

# MICHAEL CRICHTON



Esta novela nos sumerge en los aspectos más sombríos de la investigación genética, la especulación farmacéutica y las consecuencias morales de esta nueva realidad. El investigador Henry Kendall mezcla ADN humano y de chimpancé y produce un híbrido extraordinariamente evolucionado al que rescatará del laboratorio y hará pasar como un humano. Tráfico de genes, animales «de diseño», encarnizadas guerras de patentes: un futuro turbador que ya está aquí. Un tema apasionante en el que la realidad supera la ficción. Las consecuencias de la manipulación genética indiscriminada son impredecibles y plantean un debate moral que, sin duda, determinará nuestro futuro inmediato.

**Lectulandia**

Michael Crichton

# **Next**

ePUB v1.2

Perseo 08.07.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Next*

Michael Crichton, 2006

Traducción: Laura Martín de Dios y Laura Rins Calahorra

Diseño/retoque portada: Perseo, basada en la original

Editor original: Perseo (v1.0 a v1.2)

ePub base v2.0

## **CHIMPANCÉ PARLANTE EN JAVA**

Un grupo de turistas japoneses confirma que un chimpancé los insultó a gritos cuando visitaban una zona selvática.

**NEXT**

## **CIENTÍFICOS IDENTIFICAN EL GEN DE LA AUTORIDAD**

Se descubre la base genética que comparten las personas que se convierten en líderes.

**NEXT**

## **MASCOTAS TRANSGÉNICAS A LA VENTA**

Cucarachas gigantes, cachorros que no crecen... En poco tiempo estarán disponibles para todos.

**NEXT**

Bienvenidos a nuestro mundo genético. Rápido, furioso, fuera de control. No es el mundo del futuro. Es el mundo de ahora mismo.

Esta novela es ficción,  
salvo las partes que no lo son.

Cuanto más comprensible parece el universo, más parece también carecer de sentido.

STEVEN WEINBERG

La palabra «causa» es un altar a un dios desconocido.

WILLIAM JAMES

Lo que no es posible es no elegir.

JEAN-PAUL SARTRE

# Prólogo

Vasco Borden, de cuarenta y cinco años, alisó las solapas de la americana y enderezó la corbata al tiempo que avanzaba por el lujoso pasillo alfombrado. No estaba acostumbrado a llevar traje; por suerte disponía de aquel, azul marino, especialmente diseñado para disimular su constitución musculosa. Borden era corpulento, medía casi un metro noventa y cinco y pesaba ciento diez kilos. Había sido futbolista y a la sazón trabajaba como investigador privado; su especialidad era capturar fugitivos. En aquel preciso momento, Vasco andaba detrás de un hombre, un investigador de posdoctorado de treinta y cinco años, medio calvo, que había huido de la empresa MicroProteonomics de Cambridge, Massachusetts, y se dirigía a la sala principal del congreso.

La edición de 2006 del congreso BioChange, cuyo lema era la entusiástica expresión «¡Hazlo posible ya!», se celebraba en el hotel Venetian de Las Vegas. Los dos mil asistentes desempeñaban todo tipo de funciones dentro del mundo de la biotecnología; entre ellos había inversores, directores de recursos humanos que contrataban a científicos, directores de departamentos de transferencia de tecnología, directores generales y abogados especialistas en propiedad intelectual. De una u otra forma, prácticamente todas las empresas de biotecnología de Estados Unidos se encontraban representadas.

Era el lugar ideal para que el fugitivo se reuniera con su contacto. El hombre tenía aspecto de bobalicón. Su rostro de expresión inocente lucía una perilla mínima y su andar desgarrado le confería cierto aire de timidez e ineptitud. Pero la verdad era que se había escabullido con doce embriones transgénicos en un termo criogénico y los había transportado desde la otra punta del país hasta el congreso, donde planeaba entregárselos a aquel para quien trabajaba.

No era la primera vez que un investigador de posdoctorado se cansaba de trabajar como asalariado. Y tampoco sería la última.

El fugitivo se dirigió al mostrador de recepción para obtener su tarjeta de identificación y colgársela del cuello. Mientras Vasco se paseaba junto a la entrada, se pasó la cinta de su propia tarjeta de identificación por la cabeza. Había acudido bien preparado. Simulaba estar leyendo el panel de intervenciones.

Las conferencias más importantes tendrían lugar en el salón principal. Los seminarios previstos llevaban por título «Mejorar el proceso de selección»,



«Estrategias decisivas para conservar el talento en la investigación», «Retribución de directivos y dividendos de acciones», «La estrategia de dirección empresarial y la Comisión de Intercambio y Valores», «Las tendencias en el registro de la propiedad industrial», «Los grandes inversionistas: ¿beneficio o perjuicio?» y, por último, «La piratería de los secretos comerciales: ¡protéjase ya!».

La mayor parte del trabajo de Vasco guardaba relación con empresas de alta tecnología. Había asistido con anterioridad a conferencias como aquellas; siempre tenían que ver con la ciencia o con el mundo empresarial. Las actuales eran del segundo tipo.

El fugitivo, que respondía al nombre de Eddie Tolman, lo sobrepasó y entró en el salón de actos. Vasco lo siguió. Tolman avanzó unas cuantas filas y se acomodó en un asiento solitario. Vasco se deslizó en la fila posterior y eligió un asiento que estaba unos cuantos del fugitivo. Tolman comprobó los mensajes de texto del móvil, luego pareció relajarse y alzó la cabeza dispuesto a escuchar el discurso.

Vasco se preguntó por qué motivo lo hacía.

El hombre que se encontraba en el podio era uno de los capitalistas de riesgo más famosos de California, un auténtico mito de las inversiones en alta tecnología. Se llamaba Jack B. Watson. Su rostro apareció proyectado a gran tamaño en la pantalla que Vasco tenía detrás; su bronceado característico y su imponente atractivo físico se ampliaron hasta llenar la sala. Watson era un hombre de cincuenta y dos años con aspecto juvenil, que cultivaba diligentemente su reputación de capitalista con conciencia. En los acuerdos financieros que había cerrado a lo largo de su carrera no había mostrado un ápice de piedad. No obstante, los medios de comunicación lo presentaban continuamente dando conferencias en escuelas concertadas o concediendo becas a los alumnos menos privilegiados.

Sin embargo, Vasco sabía que lo que el público de aquella sala tenía presente ante todo era la «buena» reputación de Watson para cerrar los tratos más difíciles. Se preguntaba si el hombre sería lo bastante despiadado como para adquirir una docena de embriones transgénicos por medios ilícitos. Suponía que sí.

No obstante, el papel de Watson en aquel preciso momento era más bien de animador.

—La biotecnología está en auge. Nos encontramos a punto de presenciar el mayor crecimiento de un sector empresarial desde la expansión informática de hace treinta años. La empresa de biotecnología más grande que existe, Amgen, de Los Ángeles, cuenta con siete mil empleados. El gobierno federal concede cada año más de cuatro mil millones en becas para estudiar en universidades, desde Nueva York hasta San Francisco y desde Boston hasta Miami. Los capitalistas de riesgo invierten en las empresas del sector biotecnológico a razón de cinco mil millones anuales. La

perspectiva de disponer de remedios magníficos gracias a las células madre, las citocinas y la proteómica está atrayendo a este terreno a los cerebros más brillantes. Y si se tiene en cuenta el hecho de que la población global envejece por momentos, el futuro se presenta más halagüeño que nunca. Pero eso no es todo.

»Hemos llegado a un punto en que podemos permitirnos poner en su sitio a la gran industria farmacológica, y sin duda lo haremos. Esas empresas gigantescas y hinchadas nos necesitan y lo saben. Necesitan genes, necesitan tecnología. Ellas forman parte del pasado, en cambio nosotros representamos el futuro. ¡Estamos donde está el dinero!

Aquello suscitó un gran aplauso. Vasco acomodó su corpulenta figura en el asiento. La audiencia aplaudía, aunque sabía que aquel hijo de puta reduciría sus empresas a la nada en cuestión de segundos si le pareciera conveniente.

—Por supuesto, algunos obstáculos dificultan nuestro progreso. Algunas personas, por muy buenas intenciones que crean albergar, deciden plantarse en medio del camino del avance humano. No quieren que los paralíticos anden, ni que los afectados de cáncer mejoren, ni tampoco que los niños enfermos sobrevivan y puedan jugar. Esas personas tienen sus motivos para poner objeciones: religiosos, éticos o incluso prácticos. Pero sean cuales sean sus razones, el hecho es que se ponen de parte de la muerte. ¡Y no triunfarán!

Más aplausos atronadores. Vasco miró al fugitivo, a Tolman. El tipo volvía a comprobar su móvil. Era evidente que esperaba un mensaje, y que lo esperaba con impaciencia.

¿Significaría aquello que su contacto llegaba tarde?

Seguro que la situación inquietaba a Tolman, porque en algún lugar aquel hombre había escondido un termo de acero inoxidable que contenía nitrógeno líquido para conservar los embriones. En su habitación no estaba; Vasco ya lo había buscado allí. Habían pasado cinco días enteros desde que Tolman saliera de Cambridge.

La sustancia refrigerante no duraría por siempre; y si los embriones se calentaban, no servirían para nada. Así que, a menos que Tolman contara con algún modo de reponer el LN<sub>2</sub>, debía de estar ansioso por sacar el recipiente de su escondrijo y entregárselo al comprador.

Tenía que ocurrir pronto.

Al cabo de una hora como máximo. Vasco estaba seguro.

—Por supuesto, la gente tratará de impedir el progreso —continuó Watson desde el podio—. Incluso las compañías más importantes se ven implicadas en litigios inmotivados e improductivos. Una de mis nuevas empresas, BioGen, con sede en Los Ángeles, ha tenido que presentarse ante el tribunal porque un hombre llamado Burnet cree que no debe cumplir los contratos que firmó de su puño y letra. Resulta que ha

cambiado de idea. Burnet tiene intención de impedir el progreso médico si no le pagamos. Es un extorsionador, y su hija es la abogada que lo representa. Así todo queda en familia. —Watson sonrió—. Pero ganaremos el caso. ¡Nada puede detener el progreso!

En aquel momento, Watson levantó las manos y las agitó en el aire mientras el aplauso de la audiencia invadía la sala. Vasco pensó que se comportaba casi igual que un candidato político. ¿Sería aquello a lo que aspiraba? A buen seguro, el tipo tenía suficiente dinero para optar a ser elegido. La riqueza era algo imprescindible en la política estadounidense del momento. Muy pronto...

Levantó la cabeza y se percató de que Tolman había desaparecido.

El asiento estaba vacío.

¡Mierda!

—El progreso es nuestra misión, la vocación a que consagramos nuestra vida —aseguró Watson, alzando la voz—. ¡El progreso ha de derrotar a la enfermedad! ¡El progreso ha de detener el envejecimiento, desterrar la demencia y alargar la vida! ¡Una vida libre de enfermedad, de decaimiento, de dolor y de miedo! ¡El gran sueño de la humanidad! ¡Hecho por fin realidad!

Vasco Borden no lo escuchaba. Caminaba junto a la hilera de asientos hacia el pasillo lateral y escrutaba las salidas. Vio unas cuantas personas que se marchaban, pero ninguna se parecía a Tolman. El tipo no podía haberse escapado, había...

Se volvió hacia atrás justo a tiempo para ver que Tolman avanzaba lentamente por el pasillo central. El tipo volvía a mirar su teléfono móvil.

—¡Sesenta mil millones este año! ¡Doscientos mil millones el que viene! ¡Quinientos mil millones dentro de cinco años! ¡Ese es el futuro de nuestro sector, y ese es el porvenir que ofrecemos a la humanidad!

De súbito, la multitud se puso en pie y dedicó a Watson una ovación; por un momento a Vasco le resultó imposible seguir con la mirada a Tolman.

Aunque solo por un momento. Tolman se dirigía ahora a la puerta central. Vasco se dio media vuelta y salió por la puerta lateral al pasillo en el mismo instante en que lo hacía Tolman, quien parpadeaba ofuscado por la luz.

El hombre miró el reloj y avanzó por el corredor más lejano, pasando junto a los grandes ventanales orientados hacia la réplica en ladrillo rojo del campanario de San Marcos del hotel Venetian, radiantemente iluminado de noche. Se dirigía a la zona de la piscina, o tal vez al patio. A esas horas ambos espacios se encontrarían muy concurridos.

Vasco lo siguió de cerca.

Pensaba que ya lo tenía.

Jack Watson se paseaba por el salón de baile sonriendo y saludando con la mano a la multitud que lo aclamaba.

—Gracias, gracias. Son muy amables. Gracias... —Cada vez que pronunciaba las palabras agachaba un poco la cabeza. La dosis de modestia precisa.

Rick Diehl soltó un resoplido de desagrado al observarlo. Diehl se encontraba entre bastidores, siguiéndolo todo a través de un pequeño monitor en blanco y negro. Tenía treinta y cuatro años y era el director general de BioGen Research, una nueva empresa de Los Ángeles que pujaba por abrirse paso en el campo de la investigación. La actuación de su inversor externo más importante le había producido un gran desasosiego pues sabía que, a pesar de la actitud alentadora y las fotografías de prensa en las que aparecía junto a sonrientes niños de color, Jack Watson era un ser auténticamente despreciable. Tal como había dicho otra persona: «Lo mejor que puedo afirmar de Watson es que no es un sádico. Solo es un hijo de puta de marca mayor».

Diehl había aceptado la financiación de Watson con muchísima reticencia. Habría preferido no necesitarla. La esposa de Diehl era rica y él había fundado BioGen con su dinero. Su primera operación como director general había consistido en realizar una oferta por una línea celular propiedad de la UCLA: la línea celular Burnet. Se había desarrollado a partir de Frank Burnet, un hombre cuyo organismo producía unas moléculas químicas llamadas citocinas que resultaban muy eficaces contra el cáncer.

En realidad Diehl no esperaba conseguir la línea, pero así fue, y de pronto se encontró en la tesitura de tener que prepararse para que la FDA aprobara los ensayos clínicos. El coste de los ensayos empezó siendo de un millón de dólares, y pronto ascendió hasta los diez por cada uno, eso sin tener en cuenta los costes colaterales y los posteriores gastos de comercialización. No podía depender únicamente del dinero de su esposa. Necesitaba financiación externa.

Fue entonces cuando descubrió lo arriesgado que consideraban los capitalistas invertir en citocinas. Muchas de estas moléculas, como por ejemplo las interleucinas, habían tardado años en salir al mercado. Se sabía que existían muchas otras que podían resultar peligrosas, incluso mortales, para los pacientes. Y encima a Frank Burnet no se le había ocurrido otra cosa que entablar una demanda judicial y sembrar dudas acerca de que BioGen fuera la propietaria de la línea celular. A Diehl le había costado mucho trabajo conseguir que los inversores accedieran aun a reunirse con él. Al final había tenido que aceptar la ayuda del sonriente y siempre bronceado Jack Watson.

Sin embargo, sabía muy bien que Watson no pretendía otra cosa que apoderarse

de BioGen y propinarle a él, Rick Diehl, una patada en el culo.

—¡Jack! ¡El discurso ha sido magnífico! ¡Magnífico! —Rick le tendió la mano a Watson cuando por fin este se dirigió al camerino.

—Sí. Me alegro de que te haya gustado. —Watson no le devolvió el saludo. En vez de eso, se desprendió del transmisor inalámbrico y se lo colocó en la palma de la mano a Diehl—. Guárdame esto, Rick.

—Claro, Jack.

—¿Ha venido tu esposa?

—No, Karen no ha podido venir. —Diehl se encogió de hombros—. Ha tenido que quedarse con los niños.

—Es una pena que se haya perdido el discurso —opinó Watson.

—Ya le diré que vea el DVD —repuso Diehl.

—Hemos conseguido que las noticias lleguen ahí fuera —dijo Watson—. Esa es la cuestión. Ahora todo el mundo sabe que hay una demanda judicial en marcha y que Burnet se ha portado mal, y también que nosotros llevamos las de ganar. Eso es lo que importa. La empresa se encuentra perfectamente posicionada.

—¿Por eso accediste a dar el discurso? —preguntó Diehl.

Watson se lo quedó mirando.

—¿Y qué coño creías? ¿Que tenía muchas ganas de venir a Las Vegas? —A continuación se desprendió del micrófono y se lo entregó a Diehl—. Guárdame esto también.

—Claro, Jack.

Jack Watson se dio media vuelta y se alejó de él sin decir nada más. Rick Diehl se estremeció. Pensó que era una suerte que Karen tuviera dinero. De otro modo, estaría más que sentenciado.

Vasco Borden atravesó la arcada del Palacio Ducal y salió al patio siguiendo al fugitivo, Eddie Tolman, entre la concurrencia nocturna. Oyó un chisporroteo en el auricular. Debía de ser Dolly, su ayudante, desde otro lugar del hotel. Se llevó la mano a la oreja.

—Adelante —dijo.

—El calvo, Tolman, ha planeado una noche de lo más entretenida.

—¿De verdad?

—Sí, tiene...

—Espera —la interrumpió Vasco—, un momento.

Vasco no daba crédito a lo que tenía enfrente. En la zona derecha del patio vio a Jack B. Watson junto a una sensual morenaza mezclándose con la multitud. Watson

tenía fama de andar siempre acompañado de mujeres guapísimas. Todas trabajaban para él. Eran muy inteligentes y de una belleza deslumbrante.

A Vasco no le sorprendió el aspecto de la mujer, lo que le llamó la atención fue ver que se dirigían en línea recta hacia Eddie Tolman, el fugitivo. Aquello no tenía ningún sentido. Aunque Tolman pretendiera cerrar algún trato con Watson, el conocido inversor nunca accedería a encontrarse con él personalmente. Y aún menos en un lugar público. Sin embargo, allí estaban, camino de colisionar en medio del transitado patio del Venetian, justo delante de sus narices.

¡Caray! No podía creer que algo así estuviera a punto de ocurrir.

En ese momento, la morenaza dio un pequeño traspié y se detuvo. Llevaba un vestido corto muy ceñido y zapatos de tacón. Se apoyó en el hombro de Watson, flexionó la pierna por la rodilla mostrándola cuan larga era y examinó su zapato. Ajustó la tirita que lo sujetaba y se incorporó sonriendo a Watson. Vasco dejó de mirarlos un momento y se percató de que Tolman había desaparecido.

En ese instante, Watson y la mujer pasaban junto a él, tan cerca que percibió el aroma del perfume de ella y oyó que Watson le susurraba unas palabras; ella le dio un ligero apretón en el brazo y apoyó la cabeza en su hombro mientras seguían avanzando. Una pareja de lo más romántica.

¿Habría sido un simple accidente? O ¿lo habían planeado? ¿Lo habrían hecho para burlarlo? Presionó el auricular.

—Dolly, lo he perdido.

—No hay problema. Lo tengo yo. —Vasco alzó la vista. Dolly se encontraba en el segundo piso y divisaba a todas las personas de la planta baja—. ¿Es Jack Watson el que acaba de pasar?

—Sí, me parece que...

—No, no —lo interrumpió Dolly—. Es imposible que Watson esté metido en esto. No es su estilo. El calvo se dirige a su habitación porque tiene una cita. Eso era lo que empezaba a contarte. Le aguarda una noche muy entretenida.

—¿En qué consiste el entretenimiento?

—Es una rusa. Parece que le gustan mucho las rusas. Las altas.

—¿La conocemos?

—No, pero he conseguido un poco de información. Y he hecho que coloquen cámaras en la suite.

—¿Cómo te las has arreglado? —No tuvo más remedio que sonreír.

—Digamos que las medidas de seguridad del Venetian no son lo que eran. Claro que también ha bajado de precio.

Irina Katayeva, de veintidós años, llamó a la puerta. Llevaba en la mano una botella de vino dentro de una bolsita de terciopelo cuyo extremo superior estaba fruncido por

unas cintas. Un chico de aproximadamente treinta años abrió la puerta, sonriente. No era atractivo.

—¿Eres Eddie?

—Sí. Pasa.

—Te he traído esto, de la caja fuerte del hotel. —Le entregó el vino.

Al ver la escena reproducida en el pequeño monitor portátil, Vasco observó:

—Se lo ha entregado en el pasillo, saldrá reflejado en la pantalla de seguridad. ¿Por qué no ha esperado a estar dentro de la habitación?

—A lo mejor le han pedido que lo haga así —aventuró Dolly.

—Debe de medir un metro ochenta. ¿Qué sabemos de ella?

—Habla muy bien inglés. Lleva cuatro años en el país. Estudia en la universidad.

—¿Trabaja en el hotel?

—No.

—Así, ¿no es una profesional? —preguntó Vasco.

—Estamos en Nevada —respondió Dolly.

En la pantalla se vio cómo la joven rusa entraba en la habitación y la puerta se cerraba. Vasco accionó el sintonizador del monitor de vídeo y eligió una de las cámaras interiores. El chico se alojaba en una suite muy grande, de casi doscientos metros cuadrados, decorada al estilo veneciano. La joven asintió y sonrió.

—Una habitación muy bonita.

—Sí. ¿Te apetece tomar algo?

Ella negó con la cabeza.

—No tengo tiempo. —Se llevó la mano a la espalda, se bajó la cremallera del vestido y este quedó colgando de sus hombros. Se dio media vuelta fingiendo desconcierto y dejó que el chico observara su espalda desnuda hasta las nalgas—. ¿Dónde está el dormitorio?

—Es por aquí, nena.

Mientras entraban en el dormitorio, Vasco volvió a accionar el sintonizador. La estancia apareció en pantalla justo cuando la chica decía:

—No sé a qué te dedicas y no quiero saberlo. Hablar de trabajo es aburridísimo. —Dejó que el vestido cayera al suelo. Lo sorteó y se tendió encima de la cama. Solo llevaba puestos los zapatos de tacón y se los quitó de sendas patadas—. Me parece que no quieres tomar nada —dijo—. Yo, te aseguro que no.

Tolman se arrojó sobre ella y cayó haciendo una especie de ruido sordo. Ella soltó un gruñido pero trató de sonreír.

—Calma, tío. —El jadeaba y resollaba. Quiso alcanzar el pelo de ella para acariciarlo—. Deja tranquilo el pelo —le espetó la joven, y se dio media vuelta para apartarse—. Túmbate y déjame complacerte —añadió.

—¡Caray! —exclamó Vasco mirando la diminuta pantalla—. ¿Qué te parece? No ha durado ni un minuto. Con una mujer así, cualquiera diría...

—Eso ahora da igual —lo interrumpió Dolly por el auricular—. Ella ya se está vistiendo.

—Pues sí —convino Vasco—. Y a toda prisa.

—Se supone que tiene que dedicarle media hora, y ni siquiera he visto que él le haya pagado.

—Yo tampoco. El caso es que él también se está vistiendo.

—Se llevan algo entre manos —opinó Dolly—. La chica va hacia la puerta.

Vasco accionó el mando con el pulgar para tratar de obtener una visión desde otra cámara, pero solo captó interferencias.

—No veo una mierda.

—La chica se marcha. Él se queda allí. No, espera... Él también se marcha.

—¿Sí?

—Sí. Y se lleva la botella de vino.

—Muy bien —dijo Vasco—. ¿Y adónde va?

Los embriones congelados podían transportarse gracias al nitrógeno líquido contenido en un vaso Dewar, un termo de acero inoxidable cuyo interior estaba revestido de vidrio de borosilicato. Los vasos Dewar solían ser grandes, del tamaño y la forma de una jarra de leche, pero también podían encontrarse recipientes de un litro de capacidad. Un vaso Dewar no tenía la forma de una botella de vino porque el tapón y la boca eran anchos, pero el tamaño sí que podía ser parecido. Era evidente que cabía en la bolsita de terciopelo.

—Seguro que los tiene él —dijo Vasco—. Los lleva dentro de la bolsa.

—Me imagino que sí —repuso Dolly—. ¿Aún los ves?

—Sí.

Vasco alcanzó a la pareja en la planta baja, cerca de la parada de góndolas. Caminaban cogidos del brazo y el chico llevaba la botella de vino derecha, sujeta con la parte interior del codo. Era una extraña forma de transportarla; además, ellos formaban una pareja curiosa: una chica guapísima y un tipo tímido de andar desgarrado. Avanzaban junto al canal y apenas miraban las tiendas al pasar.

—Van a reunirse con alguien —opinó Vasco.

—Ya los tengo —dijo Dolly.

Vasco escrutó la calle abarrotada y vio a Dolly en el extremo opuesto. La chica tenía veintiocho años y un aspecto normal y corriente. Dolly podía hacerse pasar por cualquier persona: contable, novia, secretaria o ayudante. Siempre daba el pego. Esa noche iba vestida al estilo de Las Vegas: llevaba el pelo rubio crepado y un vestido brillante con un gran escote. Le sobraban algunos kilos y aquello hacía que el



conjunto resultara perfecto. Vasco llevaba con ella cuatro años; trabajaban bien juntos. Su relación personal, sin embargo, era solo pasable. Ella no podía soportar que él fumara puros en la cama.

—Van hacia el vestíbulo —lo informó Dolly—. No, acaban de dar media vuelta.

El vestíbulo principal era un espacio enorme de forma ovalada con un techo muy alto revestido de oropel, lámparas de luz tenue y columnas de mármol. Hacía parecer enanas a las personas que lo atravesaban. Vasco se detuvo y se hizo a un lado.

—¿Han cambiado de idea? ¿O tratan de despistarnos?

—Creo que lo hacen por precaución.

—Bueno, ha llegado el gran momento. —Más que capturar al fugitivo, lo que les interesaba era averiguar a quién iba a entregarle los embriones. Estaba claro que se trataba de alguno de los asistentes al congreso.

—Ya no falta mucho —dijo Dolly.

Rick Diehl se paseaba arriba y abajo junto a las tiendas que daban al canal, con el teléfono móvil en la mano. No prestaba atención a los escaparates, donde se exponían cosas carísimas que él nunca se compraría. Diehl era el tercer hijo de un médico de Baltimore. Los otros chicos de la familia estudiaron medicina y se hicieron tocólogos, como su padre, pero Diehl no quiso tomar ese camino y se dedicó a la investigación. Al final la presión familiar lo obligó a trasladarse al oeste del país. Se dedicó un tiempo a la investigación genética en la UCSF, pero acabó interesándole más el espíritu empresarial que se respiraba en el campus. Daba la impresión de que todos los profesores que valían la pena habían fundado alguna empresa o formaban parte del consejo de administración de varias compañías biotecnológicas. Durante la hora de la comida, las conversaciones trataban de transferencia de tecnología, de licencias cruzadas, de remuneración progresiva, de compra y pago de acciones, del pasado y el futuro de los derechos de propiedad intelectual...

Para entonces, Karen, la esposa de Rick, había percibido una herencia sustancial y él se dio cuenta de que contaba con el capital suficiente para hacer su incursión. El Área de la Bahía estaba atiborrada de empresas. Había mucha competencia y el espacio disponible era escaso y estaba caro; por eso decidió establecerse en el norte de Los Angeles, donde situó las enormes instalaciones de Amgen. Diehl construyó una planta modernísima, contrató equipos brillantes y se puso en marcha. Su padre y sus hermanos acudieron a visitar la empresa. Quedaron muy impresionados.

Pero... ¿por qué no lo llamaba su esposa? Miró el reloj. Eran las nueve en punto. Los niños ya tendrían que estar durmiendo, y Karen tendría que estar en casa. La empleada doméstica le había dicho que se había marchado hacía una hora, no sabía adónde, pero Karen nunca salía sin el móvil. Seguro que lo llevaba encima. Entonces, ¿por qué no lo llamaba?

No lo comprendía, y el asunto le estaba haciendo perder los nervios. Allí estaba él, solo en esa maldita ciudad que exhibía más mujeres hermosas por metro cuadrado de las que él había visto en toda su vida. Claro que eran medio de plástico, estaban retocadas por todas partes, pero no por eso dejaban de ser muy, pero que muy atractivas.

Frente a él, vio a un chico desgarbado acompañado de una joven altísima que andaba encumbrada en sus zapatos de tacón de aguja. Era espectacular: morena, de piel satinada y figura esbelta y explosiva. El patoso debía de haber pagado para que le hiciera compañía, aunque era evidente que no le daba la importancia que se merecía. Sujetaba la botella de vino como si fuera un bebé y estaba tan nervioso que iba a ponerse a sudar de un momento a otro.

Y la chica... Santo Dios. Era explosiva. ¡Explosiva!  
¿Por qué coño no lo llamaba Karen?, pensó.

—¡Eh! —exclamó Vasco—. Mira, mira. Por ahí va el de BioGen. Se pasea como si no tuviera nada que hacer.

—Ya lo veo —dijo Dolly. Se encontraba una manzana por delante de él.

—Déjalo, da igual.

Tolman y la chica rusa pasaron junto al tipo de BioGen, quien se limitó a abrir el teléfono móvil y marcar un número. ¿Cómo se llamaba? Diehl. Vasco había oído hablar de él. Había fundado una empresa con el dinero de su esposa y ahora ella tenía la sartén por el mango. O algo parecido. Era una mujer riquísima, de una de las familias más antiguas del Este; estaba forrada. Las mujeres así siempre llevaban bien puestos los pantalones.

—Van al restaurante —lo informó Dolly—. Están entrando en el Terrazzo.

II Terrazzo Antico era un restaurante de dos plantas con galerías acristaladas. Por la decoración, parecía una casa de putas. Todo era dorado: las columnas, el techo, las paredes... Las superficies estaban cargadas de adornos. Vasco se asustó con solo echar un vistazo.

La pareja entró en el local. Pasaron por delante del mostrador de recepción y se dirigieron a una mesa lateral, en la que Vasco vio a un tipo recio con aspecto de matón. Tenía la piel morena y unas cejas muy pobladas. Al mirar a la chica rusa, se le caía literalmente la baba.

Tolman fue directamente hacia allí y entabló conversación con el hombre de piel morena. El tipo parecía desconcertado. No lo invitó a sentarse. Vasco pensó que algo debía de ir mal. La rusa había retrocedido un paso.

En ese momento destelló un flash. Dolly había tomado una fotografía. Tolman se volvió, comprendió lo que estaba ocurriendo y salió disparado.

—¡Mierda! ¡Dolly!

Vasco salió corriendo detrás de Tolman, que se adentraba en el restaurante. Un camarero alzó las manos para detenerlo.

—Perdone, señor...

Vasco lo tiró al suelo y siguió corriendo. Tolman le llevaba ventaja, pero iba más lento de lo que podía para no agitar demasiado la valiosa botella de vino. No sabía muy bien adónde se dirigía. No conocía el restaurante; se limitaba a correr. Abrió de golpe unas puertas abatibles y se encontró en la cocina. Vasco le pisaba los talones. Todo el mundo les gritaba y algunos de los cocineros blandían sus cuchillos en el aire pero Tolman los apartó de un empujón, parecía convencido de que en la cocina había una puerta trasera.

Sin embargo no era así. Estaba atrapado. Miró alrededor con desesperación. Vasco aminoró la marcha y le mostró una placa contenida en un billetero de aspecto oficial.

—Queda usted detenido —lo informó.

Tolman se encogió atemorizado; detrás tenía dos cámaras frigoríficas y una puerta estrecha con una pequeña ventanilla vertical en medio. Tolman se deslizó por la puerta y esta se cerró tras él.

Al lado, parpadeó un piloto.

Era un ascensor de servicio.

«Mierda».

—¿Adónde lleva?

—Al segundo piso.

—¿A ningún sitio más?

—No. Solo al segundo piso.

Vasco presionó el auricular.

—¿Dolly?

—Estoy en ello —dijo. La oyó jadear mientras subía la escalera.

Vasco se apostó frente a la puerta del ascensor y aguardó. Accionó el botón para hacer bajar el aparato.

—Estoy delante del ascensor —lo informó Dolly—. Lo he visto. Volvía a bajar.

—Este ascensor es diminuto —dijo Vasco.

—Ya lo sé.

—Si lleva nitrógeno líquido, no debería permanecer ahí.

Unos años atrás, Vasco había perseguido a un fugitivo por un almacén de material de laboratorio. El tipo había estado a punto de ahogarse por haberse encerrado en un armario.

El ascensor bajó. En cuanto se detuvo, Vasco tiró del pomo para abrir la puerta, pero Tolman debía de haber accionado algún dispositivo de emergencia puesto que no lo consiguió. Vio la bolsa de terciopelo en el suelo. Estaba arrugada y dejaba al

descubierto el borde de acero inoxidable del termo.

Y este estaba destapado. La boca aparecía rodeada de espuma blanca.

A través del cristal, Tolman lo miraba con ojos furibundos.

—Sal, hijo —lo instó Vasco—. No hagas locuras.

Tolman negó con la cabeza.

—Es peligroso —le advirtió Vasco—. Ya lo sabes.

Aun así, el chico accionó un botón y el ascensor volvió a subir.

Vasco tuvo un mal presentimiento.

El chico lo sabía. Sabía muy bien lo que hacía.

—Aquí está —dijo Dolly, que permanecía en el segundo piso—. Pero la puerta no se abre. No. Vuelve a bajar.

—Vuelve a la mesa —le ordenó Vasco—. Déjalo estar.

Ella comprendió enseguida lo que quería decir. Se dirigió corriendo a la lujosa escalera enmoquetada de terciopelo rojo y volvió a la planta baja. No le sorprendió ver que la mesa antes ocupada por el hombre con aspecto de matón estaba vacía. Ni rastro del matón. Ni rastro de la belleza rusa. Solo había un billete de cien dólares debajo de un vaso. Había pagado en efectivo; cómo no.

Y había desaparecido.

Vasco se encontraba ahora rodeado por tres miembros del equipo de seguridad del hotel que hablaban a la vez. Les sacaba media cabeza. De pie en medio del corro, les gritó para que se callaran.

—Quiero saber una cosa. ¿Cómo podemos abrir el ascensor?

—Debe de haber bloqueado el automatismo.

—Díganme cómo podemos abrirlo.

—Tendremos que desconectarlo de la corriente.

—¿Así se abrirá?

—No, pero cuando esté parado podemos ponerle una cuña.

—¿Cuánto tiempo nos llevará eso?

—Unos diez o quince minutos. No importa, el chico no tiene escapatoria.

—Sí, sí que la tiene —replicó Vasco.

El guardia de seguridad se echó a reír.

—¿Adónde coño va a ir?

El ascensor volvió a bajar. Tolman estaba de rodillas y tapaba el cristal.

—Levántate —lo instó Vasco—. Levántate, levántate. Vamos, hijo, no vale la pena. Ponte de pie.

De súbito, el chico se quedó con los ojos en blanco y cayó de espaldas. El

ascensor empezó a subir.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó uno de los guardias de seguridad—. Por lo menos dígame quién es.

«Qué mierda», pensó Vasco.

El chico había bloqueado de algún modo el automatismo del ascensor. Tardaron cuarenta minutos en conseguir abrir la puerta y sacarlo de allí. Ya llevaba muerto un buen rato, por supuesto. Al caer, había quedado inmerso en una atmósfera invadida al cien por cien de nitrógeno, por culpa del gas que emanaba del termo. Como aquel elemento pesaba más que el aire, había ido saturando el ascensor progresivamente de abajo arriba. Cuando el chico cayó de espaldas, ya casi había perdido el conocimiento y no debió de tardar ni un minuto en fallecer.

Los guardias de seguridad querían saber qué contenía el recipiente, del cual ya no salía humo. Vasco se enfundó unos guantes y extrajo el largo tubo metálico. Allí no había nada, solo una serie de fijaciones vacías que debían de haber albergado los embriones. Se los habían llevado.

—¿Quiere decir que se ha suicidado? —preguntó uno de los vigilantes.

—Eso es —confirmó Vasco—. Trabajaba en un laboratorio de embriología. Conocía lo peligroso que resulta el nitrógeno líquido en un espacio reducido. —El nitrógeno provocaba más accidentes mortales en el laboratorio que ningún otro producto químico, y la mitad de las víctimas eran personas que trataban de ayudar a algún compañero que se había desmayado por culpa de encontrarse en un espacio reducido—. Era la única forma que tenía de escapar de una situación difícil —concluyó Vasco.

Cuando más tarde se dirigía a casa en coche junto con Dolly, esta le preguntó:

—Así, ¿qué ha ocurrido con los embriones?

Vasco sacudió la cabeza.

—Ni idea. El chico no los tenía.

—¿Crees que se los ha llevado la rusa antes de subir a su habitación?

—Lo que está claro es que alguien los ha sacado de allí. —Vasco suspiró—. ¿En el hotel no la conocen?

—Han revisado las grabaciones de las cámaras de seguridad. No saben quién es.

—¿No decías que era estudiante?

—Fue a la universidad el año pasado. Este año no llegó a matricularse.

—Así que se ha esfumado.

—Sí —afirmó Dolly—. Ella, el hombre moreno y los embriones. Todo se ha esfumado.

—Me gustaría saber cuál es la relación entre todo esto —dijo Vasco.

—A lo mejor no hay ninguna —opinó Dolly.

—No sería la primera vez —respondió Vasco.

Un poco más adelante divisó las luces de neón de un bar de carretera en medio del paisaje desierto. Se acercó hasta allí. Necesitaba tomar algo.

La división 48 del Tribunal Superior de Los Ángeles se encontraba en una sala revestida con paneles de madera y dominada por el gran sello del estado de California. El espacio era reducido y la decoración resultaba rancia. La alfombra roja aparecía raída y veteada de mugre. La madera que recubría el estrado estaba astillada; además faltaba un fluorescente, por lo que la tribuna del jurado quedaba más oscura que el resto de la sala. Los propios miembros del jurado vestían de manera informal, con vaqueros y camisa de manga corta. La silla del juez crujía cada vez que el honorable Davis Pike se volvía a mirar la pantalla de su ordenador portátil, lo cual ocurrió varias veces durante el día. Alex Burnet sospechaba que se dedicaba a leer emails o a comprobar el estado de sus acciones.

En general, aquel tribunal parecía un extraño lugar para litigar sobre aspectos complejos relacionados con la biotecnología. Sin embargo, eso era lo que habían estado haciendo durante las dos últimas semanas en el caso «Frank M. Burnet contra el consejo rector de la Universidad de California».

Alex, de treinta y dos años, era una abogada de éxito y una socia menor del bufete. Se sentaba en la mesa de la parte demandante, junto a los otros abogados de su padre, y en aquellos momentos observaba a este subir al estrado a testificar. Aunque le sonreía en señal de apoyo, en realidad estaba preocupadísima por cómo le iría.

Frank Burnet era un hombre fornido que no aparentaba los cincuenta y un años que tenía. De aspecto saludable, parecía muy seguro de sí mismo al prestar juramento. Alex sabía que la apariencia enérgica de su padre podía hacerle perder el caso. Y para colmo, la publicidad anterior a la celebración del juicio había resultado de lo más negativa. El equipo de relaciones públicas de Rick Diehl había trabajado con tesón para presentar a su padre como un hombre ingrato, un especulador rapaz y sin escrúpulos. Una persona que faltaba a su palabra y a quien solo le interesaba el dinero. Nada de eso era verdad. En realidad, lo cierto era justamente o lo contrario. No obstante, ningún periodista se había molestado en telefonar a su padre para interesarse por su versión de la historia. Ni uno solo. Detrás de Rick Diehl se apostaba Jack Watson, el famoso filántropo. Los medios de comunicación habían dado por hecho que Watson era el bueno y, por tanto, su padre era el malo. En cuanto dicha versión de la pantomima moral apareció en el *New York Times*, (por obra del

columnista de la sección de cultura y espectáculos), todos los demás siguieron la misma línea. *L. A. Times* contenía un extenso artículo que se sumaba a la opinión de la edición de Nueva York y trataba de superarla en el empeño por vilipendiar a su padre. Los sensacionalistas informativos locales recordaban a diario la historia del hombre que pretendía impedir el progreso de la medicina y que se atrevía a criticar a UCLA, una institución de gran renombre, la cuna de la universidad por excelencia. Media docena de cámaras los seguían a ella y a su padre cada vez que subían la escalera del palacio de justicia. Sus propios esfuerzos por difundir la historia se habían frustrado del todo. El asesor mediático que había contratado su padre era bastante eficiente; aun así, no podía competir con la maquinaria carísima y perfectamente engrasada de Jack Watson.

En consecuencia, los miembros del jurado eran conocedores del asunto y parte de sus entresijos ya desde antes del juicio, lo cual había conllevado mayor presión para su padre, pues a este ya no solo se le exigía que contara su historia sino también que se redimiera y contrarrestara así el perjuicio que le había causado la prensa antes incluso de subir al estrado.

El abogado de su padre se puso en pie e inició el turno de preguntas.

—Señor Burnet, vamos a remontarnos al mes de junio de hace unos ocho años. ¿A qué se dedicaba en esa época?

—Trabajaba en la construcción —contestó su padre con voz segura—. Supervisaba las soldaduras del gasoducto de Calgary.

—¿Cuándo sospechó por primera vez que estaba enfermo?

—Cuando empecé a despertarme por las noches empapado en sudor.

—¿Tenía fiebre?

—Creo que sí.

—¿Acudió al médico?

—Al principio no, tardé un tiempo. Pensaba que sería la gripe o algo así. Pero no dejaba de sudar. Al cabo de un mes, empecé a sentirme muy débil. Entonces fui al médico.

—¿Qué le dijo el doctor?

—Me diagnosticó un tumor en el abdomen, y me recomendó el mejor especialista de la costa Oeste. Me contó que formaba parte del equipo docente del UCLA Medical Center, en Los Ángeles.

—¿De quién se trataba?

—Del doctor Michael Gross. Es ese. —Su padre señaló al acusado, que se encontraba sentado a la mesa contigua. Alex no volvió la vista. Siguió fijándola en su padre.

—Así que el doctor Gross lo visitó.



—Sí.

—¿Efectuó un examen médico?

—Sí.

—¿Le hizo alguna prueba en el momento?

—Sí. Me hizo un análisis de sangre y radiografías, también me hizo un TAC de cuerpo entero. Y tomó una muestra de la médula ósea para una biopsia.

—¿Cómo le hicieron eso exactamente, señor Burnet?

—Me clavarón una aguja en el hueso de la cadera, justo aquí. La aguja me atravesó el hueso hasta la médula. Luego extrajeron una muestra y la analizaron.

—Y cuando acabó con las pruebas, ¿obtuvo un diagnóstico?

—Sí. Me dijo que tenía leucemia linfoblástica aguda.

—¿Qué entendió usted que tenía?

—Cáncer de la médula ósea.

—¿Le propuso el doctor algún tratamiento?

—Sí. Me recomendó una intervención quirúrgica y quimioterapia.

—¿Le dijo cuál era el pronóstico? ¿Cuál preveía él que sería el resultado?

—No muy bueno.

—¿Fue más específico?

—Me dijo que era probable que me quedara menos de un año de vida.

—Ante esa respuesta, ¿consultó a otro médico?

—Sí.

—Y ¿cuál fue el resultado?

—Bueno, él... confirmó el diagnóstico. —Su padre hizo una pausa y se mordió el labio; hacía esfuerzos por no emocionarse. Alex estaba sorprendida. El hombre era un tipo duro y normalmente se mostraba impasible. Se sintió preocupada por él, aunque sabía que esa reacción emocional podía ayudarle a ganar el caso—. Me asusté mucho, mucho —confesó su padre—. Todos me decían... que no me quedaba mucho tiempo de vida. —Bajó la cabeza.

En la sala del tribunal se hizo un silencio sepulcral.

—Señor Burnet, ¿quiere un vaso de agua?

—No, estoy bien. —Alzó la cabeza y se pasó la mano por la frente.

—Por favor, continúe cuando pueda.

—Pedí una tercera opinión. Todo el mundo me dijo que el doctor Gross era el mejor especialista en la enfermedad.

—Así, inició el tratamiento con el doctor Gross.

—Sí, eso hice.

Su padre parecía haber recobrado la serenidad. Alex se recostó en la silla y respiró hondo. La declaración prosiguió sin dificultades a partir de ese punto. Su padre había relatado aquel episodio decenas de veces. Él, un hombre que temía por su

vida, había depositado toda su fe en el doctor Gross. Se había sometido a una intervención quirúrgica y a un tratamiento de quimioterapia bajo la supervisión del especialista. En el curso de un año, los síntomas de la enfermedad habían ido remitiendo y el doctor Gross pareció convencido de que su padre estaba bien y de que el tratamiento se había completado con éxito.

—¿Efectuó después el doctor un seguimiento periódico?

—Sí. Iba a verlo cada tres meses.

—¿Cuáles eran los resultados?

—Todo era normal. Había ganado peso, volvía a sentirme fuerte y me crecía otra vez el pelo. Estaba bien.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Aproximadamente un año después, tras una de las revisiones, el doctor Gross me dijo que tenía que hacerme más pruebas.

—¿Le explicó por qué?

—Me dijo que ciertos valores sanguíneos no eran normales.

—¿Especificó en qué consistían las pruebas?

—No.

—¿Le dijo que el cáncer se había reproducido?

—No, pero eso era lo que yo me temía. Hasta aquel momento no me había repetido ninguna prueba. —Su padre se removió en el asiento—. Le pregunté si el cáncer había reaparecido y él me dijo que de momento no, pero que tenía que realizar un examen exhaustivo. Me recalcó que tendría que someterme a pruebas de forma continuada.

—¿Cómo reaccionó usted?

—Estaba aterrorizado. La segunda vez fue peor que la primera. Cuando empecé a encontrarme mal por primera vez, me preparé mentalmente para el diagnóstico. Sin embargo, me recuperé y me sentí revivir; tenía la oportunidad de volver a empezar. Entonces recibí la terrorífica llamada telefónica.

—Creía que estaba enfermo otra vez.

—Claro. Si no, ¿por qué iba a querer el médico hacerme más pruebas?

—¿Estaba asustado?

—Aterrorizado.

Alex, al ver cómo iba el interrogatorio, pensó que era una pena que no contaran con fotografías. Su padre parecía radiante y lleno de energía. Recordaba la época en que se le veía débil, delicado de salud y con el rostro ceniciento. Las prendas le quedaban holgadas y tenía un aspecto moribundo. Ahora, en cambio, se le veía fuerte; por fin su apariencia revelaba al albañil que había sido toda su vida. No parecía un hombre que se asustara fácilmente. Alex sabía que todas aquellas preguntas eran esenciales para establecer una base sobre la que demostrar el fraude y

también los daños psicológicos. No obstante, tenían que andarse con cuidado. Por desgracia, el abogado que dirigía el turno de preguntas tenía la mala costumbre de soslayar sus propias anotaciones una vez que la declaración estaba en marcha.

El letrado prosiguió:

—¿Qué ocurrió después, señor Burnet?

—Me sometí a las pruebas. El doctor Gross las repitió todas. Incluso llegó a hacerme otra biopsia del hígado.

—¿Cuál fue la conclusión?

—Me dijo que volviera al cabo de seis meses.

—¿Por qué motivo?

—No me lo explicó. Solo dijo que volviera al cabo de seis meses.

—¿Cómo se sentía usted en aquellos momentos?

—Me encontraba bien. De todas formas, estaba convencido de haber sufrido una recaída.

—¿Se lo confirmó el doctor Gross?

—No, no me dijo nada. Ninguna persona del hospital me dijo nada. Solo insistían en que volviera al cabo de seis meses.

Era lógico que el padre de Alex creyera que seguía estando enfermo. Conoció a una mujer con quien podría haberse casado, sin embargo no lo hizo porque estaba convencido de que le quedaba poco tiempo de vida. Vendió la casa y se trasladó a un piso pequeño para amortizar la hipoteca.

—Al oírlo, se diría que estaba aguardando a morir —intervino el abogado.

—¡Protesto!

—Retiro la pregunta. Sigamos, señor Burnet. ¿Cuánto tiempo estuvo yendo a la UCLA para someterse a pruebas médicas?

—Cuatro años.

—Cuatro años. Y ¿cuándo empezó a sospechar que no le estaban diciendo la verdad acerca de su estado de salud?

—Bueno, al cabo de cuatro años me seguía encontrando bien. No me había ocurrido nada. Cada día esperaba que aparecieran síntomas, pero ese momento no llegaba. Sin embargo, el doctor Gross insistía en que debía continuar haciéndome pruebas y más pruebas. Para entonces, me había trasladado a San Diego. Le propuse hacerme allí los análisis y enviárselos, pero él se negó; me dijo que tenía que hacérmelos en la UCLA.

—¿Por qué motivo?

—Decía que se fiaba más de su laboratorio. La respuesta era absurda. Además, no paraba de presentarme impresos para que los firmara.

—¿Qué tipo de impresos?

—Al principio eran formularios de consentimiento, tenía que firmarlos para que quedara constancia de que estaba de acuerdo en someterme a un proceso que entrañaba riesgos. Los documentos tenían una o dos páginas. Sin embargo, pronto empezó a presentarme otros en los que se afirmaba que yo accedía a participar en un proyecto de investigación. Cada vez que volvía a la consulta me presentaba nuevos formularios. Los últimos tenían diez páginas, eran documentos redactados en un denso lenguaje jurídico.

—Y usted ¿los firmó?

—Los últimos no.

—¿Por qué?

—Porque algunos eran autorizaciones para comercializar mis tejidos.

—¿Eso le molestó?

—Por supuesto. Pensé que no me había dicho la verdad, no me había contado lo que estaba haciendo, cuál era el verdadero motivo de las pruebas. Durante una de las visitas, le pregunté directamente al doctor Gross si pensaba utilizar las muestras de mis tejidos para fines comerciales. Lo negó rotundamente; dijo que su único interés era investigar. Por eso me presté a seguir adelante y firmé todos los impresos a excepción de los que autorizaban el uso comercial de mis tejidos.

—¿Qué ocurrió después?

—El doctor se enfadó mucho. Dijo que no podría seguir tratándome a menos que firmara todos los impresos, que estaba poniendo en peligro mi salud y mi futuro. Me advirtió que cometía un gran error.

—¡Protesto! ¡No hay pruebas!

—De acuerdo. Señor Burnet, cuando se negó a firmar los formularios, ¿dejó el doctor Gross de tratarlo?

—Sí.

—Y entonces consultó a un abogado.

—Sí.

—Y ¿qué descubrió?

—Que el doctor Gross había vendido mis células, las que había extraído de mi organismo mediante todas aquellas pruebas, a una empresa farmacéutica llamada BioGen.

—¿Cómo se sintió al oír eso?

—Me quedé de piedra —aseguró el padre de Alex—. Había acudido al doctor Gross porque estaba enfermo y asustado, y en ese momento era muy vulnerable. Confiaba en él, confiaba en mi médico. Había dejado mi vida en sus manos, y al final resultaba que me había estado mintiendo y asustando innecesariamente durante años, todo para robar parte de mi organismo y hacer negocio con él. Para su propio beneficio. Yo no le preocupaba en absoluto, solo quería mis células.

—¿Sabe cuánto dinero valen sus células?

—La empresa farmacéutica afirmó haber pagado tres mil millones de dólares.  
Los miembros del jurado exhalaban sendos gritos ahogados.

Alex había estado observando al jurado durante la última declaración. Los rostros de sus miembros mostraban una expresión imperturbable, pero la verdad era que nadie movía ni un músculo. La exclamación a coro había sido espontánea y evidenciaba hasta qué punto lo que estaban oyendo les tocaba la fibra sensible. Siguieron paralizados mientras proseguía el turno de preguntas.

—Señor Burnet, ¿se disculpó el doctor Gross por haberlo engañado?

—No.

—¿Le ofreció al menos compartir los beneficios?

—No.

—¿Se lo propuso usted?

—Al final, sí, cuando me di cuenta de que el mal ya estaba hecho. Eran células de mi organismo, me pertenecían. Pensé que tenía derecho a opinar sobre lo que se hacía con ellas.

—Sin embargo, él se negó.

—Sí. Dijo que lo que él hiciera con mis células no era asunto mío.

La afirmación causó la reacción del jurado. Varios de los miembros se volvieron a mirar al doctor Gross. A Alex le pareció que aquello también era una buena señal.

—Una última pregunta, señor Burnet. ¿Llegó a firmar alguna autorización para que el doctor Gross utilizara sus células con fines comerciales?

—No.

—¿No autorizó su venta?

—No, nunca. Aun así, él las vendió.

—No haré más preguntas.

El juez anunció un descanso de quince minutos. Cuando el tribunal volvió a reunirse, los abogados de la UCLA iniciaron su turno de preguntas. Para aquel juicio, la UCLA había recurrido a Raeper and Cross, un céntrico bufete especializado en defender a empresas de renombre en grandes litigios. Raeper solía representar a compañías petroleras y a los principales proveedores del Departamento de Defensa. Era evidente que la UCLA no se enfrentaba a aquel juicio con la intención de defender una investigación médica. Tres mil millones de dólares estaban en juego; era un gran negocio y por eso habían contratado a un bufete especializado precisamente en eso.

El principal abogado defensor de la UCLA se llamaba Albert Rodríguez. Lucía un aspecto juvenil y una sonrisa cordial, y daba toda la impresión de ser novato. En realidad, Rodríguez tenía cuarenta y cinco años y llevaba veinte de brillante carrera. Sin embargo, se las arreglaba para aparentar engañosamente que se enfrentaba a su primer juicio y así apelaba con sutileza a la benevolencia del jurado y lo obligaba a perdonarle algunos patinazos.

—Señor Burnet, imagino que ha resultado muy duro para usted recordar las agotadoras experiencias de los últimos años. Agradezco que ya las haya expuesto al jurado, así no me alargaré mucho. Creo que ha explicado que estaba muy asustado, como lo habría estado cualquiera en su lugar. Por cierto, ¿cuánto peso había perdido cuando acudió por primera vez a la consulta del doctor Gross?

Alex advirtió el peligro. Sabía adónde quería ir a parar Rodríguez, pensaba destacar los aspectos más dramáticos del tratamiento. Miró al abogado que se sentaba a su lado, era evidente que se estaba estrujando los sesos para idear una estrategia. Se inclinó hacia él y le susurró:

—Córtalo.

El abogado sacudió la cabeza, confundido.

En ese momento, su padre respondió.

—No sé cuántos kilos perdí. Unos dieciocho o veinte.

—Así, la ropa le iba grande.

—Sí, muy grande.

—¿Cómo andaba de fuerzas? ¿Podía subir un tramo de escalera seguido?

—No, tenía que pararme cada dos o tres escalones.

—¿Porque se cansaba?

Alex propinó un discreto codazo al abogado que ocupaba el asiento contiguo. Le susurró al oído:

—El mismo se responde a las preguntas. —El abogado se puso en pie de inmediato.

—¡Protesto! Señorita, el señor Burnet ya ha explicado que le habían diagnosticado una enfermedad terminal.

—Sí —intervino Rodríguez—. También ha dicho que estaba asustado. Sin embargo, a mí me parece que el jurado tendría que saber hasta qué punto su situación era desesperada.

—Se acepta.

—Gracias. Entonces sigamos, señor Burnet. Había perdido una cuarta parte de su peso y se sentía tan débil que solo podía subir cuatro escaleras contadas sin pararse. Tenía una leucemia grave, una enfermedad mortal. ¿Es eso cierto?

—Sí.

Alex apretó los dientes. Quería interrumpir aquel interrogatorio a toda costa, era

evidente que les perjudicaba y que además resultaba irrelevante para la cuestión que de verdad importaba: que el médico de su padre había actuado de forma indebida después de curarlo. Sin embargo, el juez había decidido permitir que continuara; ella no podía hacer nada. Además, la actuación no era lo bastante conspicua como para protestar.

—En los momentos de necesidad —prosiguió Rodríguez—, acudió al mejor profesional de la costa Oeste para que lo tratara, ¿no es cierto?

—Sí.

—Y él lo trató.

—Sí.

—Y lo curó. Un profesional experto y solícito lo curó.

—¡Protesto! Señoría, el doctor Gross es médico, no un santo.

—Se acepta.

—Muy bien —acató Rodríguez—. Digámoslo de otra manera, señor Burnet. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que le diagnosticaron la leucemia?

—Seis años.

—¿No es cierto que tras cinco años de supervivencia un enfermo de cáncer se considera curado?

—¡Protesto! Eso solo puede responderlo un experto.

—Se acepta.

—Señoría —dijo Rodríguez volviéndose hacia el juez—, no sé por qué los abogados del señor Burnet me lo ponen tan difícil. Solo trato de demostrar que el doctor Gross curó al demandante de un cáncer mortal.

—Pues yo no sé por qué a la defensa le cuesta tanto plantear la pregunta sin tanta retórica inoportuna —respondió el juez.

—Sí, señoría. Gracias. Señor Burnet, ¿se considera curado de la leucemia?

—Sí.

—¿Se encuentra bien del todo?

—Sí.

—En su opinión, ¿quién lo ha curado?

—El doctor Gross.

—Gracias. Creo que antes ha explicado al tribunal que, cuando el doctor Gross le pidió que volviera a hacerse pruebas, usted creía que seguía estando enfermo.

—Sí.

—¿Le dijo en algún momento el doctor Gross que aún tenía leucemia?

—No.

—¿Se lo dijo alguna otra persona en su consulta o alguien de su equipo?

—No.

—Entonces, si he comprendido bien su declaración, no recibió información



alguna que especificara que seguía estando enfermo.

—Así es.

—Muy bien. Ahora vamos a centrarnos en el tratamiento. Se sometió a cirugía y a quimioterapia. ¿Sabe si el tratamiento que le aplicaron es el habitual para casos de leucemia linfoblástica?

—No, mi tratamiento no fue el habitual.

—¿Era un tratamiento nuevo?

—Sí.

—¿Fue usted el primer paciente en recibir ese protocolo?

—Sí.

—¿Se lo dijo el doctor Gross?

—Sí.

—Y ¿aceptó participar en la investigación?

—Sí.

—¿Le explicó cómo se estaba desarrollando el protocolo de tratamiento?

—Me dijo que formaba parte de un programa de investigación.

—Y usted estuvo de acuerdo en participar.

—Sí.

—¿Junto con otros pacientes afectados por la misma enfermedad?

—Creo que había más pacientes, sí.

—¿Funcionó, en su caso, el protocolo experimental?

—Sí.

—Lo curó.

—Sí.

—Gracias, señor Burnet. ¿Sabe que en investigación médica muchas veces los fármacos que ayudan a combatir determinada enfermedad proceden de tejidos de los pacientes o tienen que probarse en estos?

—Sí.

—¿Sabía que sus tejidos serían utilizados de ese modo?

—Sí, pero los fines comerciales...

—Lo siento, límitese a responder «sí» o «no». Cuando aceptó que sus tejidos fueran utilizados en la investigación, ¿sabía que podrían usarse para obtener o probar fármacos nuevos?

—Sí.

—Y si se encontraba un fármaco apropiado, ¿esperaba que se pusiera a disposición de otros pacientes?

—Sí.

—¿Firmó una autorización para ello?

Hubo una larga pausa. Al final se oyó la respuesta.

—Sí.

—Gracias, señor Burnet. No haré más preguntas.

—¿Cómo crees que ha ido? —preguntó Burnet a su hija al salir del juzgado.

Al día siguiente tendrían lugar las conclusiones finales. Caminaban hacia la zona de aparcamiento bajo el sol bochornoso del corazón de Los Angeles.

—Es difícil de decir —respondió Alex—. Se las han arreglado muy bien para tergiversar los hechos. Nosotros sabemos que no se ha obtenido ningún fármaco nuevo con ese programa, pero dudo que el jurado comprenda lo que realmente ocurrió. Presentaremos testigos expertos que expliquen que la UCLA solo obtuvo una línea celular con tus tejidos y que la utilizó para fabricar una citocina de la misma forma en que tu organismo la fabrica de forma natural. No hay fármaco nuevo que valga, pero es probable que el jurado no lo hubiera entendido así. Además, Rodríguez está actuando claramente con intención de reproducir con exactitud el caso Moore, que tuvo lugar hace unas cuantas décadas. El caso Moore es muy parecido al tuyo. Al hombre le extrajeron tejidos valiéndose de pretexto y luego los vendieron. La UCLA ganó el caso sin esfuerzo, aunque no debería haber sido así.

—Entonces, abogada, ¿en qué situación cree que se encuentra nuestro caso?

Alex sonrió a su padre, le pasó el brazo por los hombros y lo besó en la mejilla.

—¿Quieres saber la verdad? El camino va a ser duro —dijo.

Barry Sindler, abogado especialista en divorcios estelares, se removió en su asiento. Se esforzaba por prestar atención a su cliente, sentado frente al escritorio, pero le costaba mucho. El cliente en cuestión era un pazguato llamado Diehl que dirigía una compañía biotecnológica. El hombre hablaba de forma distraída, sin denotar emoción, con el semblante prácticamente hierático a pesar de estarle contando que su esposa tenía una aventura. Diehl debía de resultar un marido pésimo. Sin embargo, Barry no tenía muy claro cuánto dinero había de por medio en aquel caso. Parecía que todo el capital estaba en manos de la mujer.

Diehl hablaba en tono monótono. Le explicó que la primera vez que sospechó de ella fue cuando la telefoneó desde Las Vegas. Luego descubrió las facturas del hotel al que acudía cada miércoles. Un día la esperó en el vestíbulo y la sorprendió entrando con un jugador de tenis profesional de la ciudad. En California, la historia siempre era la misma, Barry la había oído cientos de veces. ¿Acaso aquellas personas no eran conscientes de haber caído en un tópico? Marido ultrajado descubre a su mujer con jugador de tenis. Ni siquiera en *Mujeres desesperadas* recurrirían a una situación semejante.

Barry dejó de esforzarse por escuchar. Esa mañana tenía muchas cosas en la cabeza. Había perdido el caso Kirkorovich y lo sabía la ciudad entera. Todo porque unas pruebas de ADN demostraban que el bebé no era hijo del multimillonario. El tribunal no le pagaría sus honorarios a pesar de haberlos rebajado a la ridícula suma de un millón cuatrocientos mil dólares; el juez le había entregado solo una cuarta parte del dinero. A aquellas horas todos, absolutamente todos los abogados de la ciudad debían de estar frotándose las manos, puesto que le tenían ojeriza. Había oído que el *L.A. Magazine* había convertido el caso en un notición, lo consideraba a todas luces desfavorable para Barry. La verdad era que a él eso le importaba una mierda. De hecho, cuanto más lo presentaban como un gilipollas despiadado y sin escrúpulos, más le llovían los clientes. Cuando de un divorcio se trataba, lo que quería la gente era precisamente un abogado sin escrúpulos, hacían cola en su puerta. Y Barry Sindler era, sin lugar a dudas, el abogado especialista en divorcios más despiadado e inmoral de toda California; le encantaba que le hicieran publicidad, aplicaba el autobombo y no se detenía ante nada. Y encima se enorgullecía de ello.

No, a Barry no le preocupaba nada de eso. Ni siquiera le importaba la casa que

estaba haciendo construir en Montana para Denise y sus dos hijos malcriados. Tampoco le quitaban el sueño las reformas de su casa de Holmby Hills, a pesar de que solo la cocina ascendía a quinientos mil dólares y Denise no paraba de hacer cambios en el proyecto. La mujer era adicta a las reformas, sufría una auténtica patología.

No, no, no. A Barry Sindler solo le inquietaba una cosa: el contrato de arrendamiento. Wilshire and Doheny ocupaba toda una planta de un edificio de oficinas. Ninguno de los veintitrés abogados que trabajaban en su bufete valía una mierda, pero verlos a todos aplicados en sus respectivos escritorios impresionaba a los clientes. Además, a ellos les encargaba las tareas menores, como tomar declaraciones o rellenar los impresos para presentar peticiones, minucias en las que Barry no quería molestarse. Sabía que los litigios eran guerras de desgaste, sobre todo en los casos de custodia. Su táctica consistía en aumentar los costes y alargar el proceso tanto como fuera posible para ganar cuanto más dinero mejor. Además, de ese modo el cónyuge solía acabar cansado de los aplazamientos sin fin, de tanta formulación y, por supuesto, de los gastos, que aumentaban a ritmo vertiginoso. Incluso el más rico acababa saturado.

Por lo general, los maridos eran personas sensatas. Querían seguir adelante con su vida, comprar otra casa, trasladarse a su nuevo hogar junto con su novia y que esta les hiciera una buena mamada. Querían resolver pronto el tema de la custodia. Sin embargo, las esposas solían buscar la venganza. Así que Barry se dedicaba un año tras otro a impedir que las cosas se resolvieran y, al final, todos se rendían. Daba igual que fueran millonarios, multimillonarios o gilipollas famosos, todos acababan por claudicar. La gente opinaba que eso no era bueno para los hijos. Pues que se jodan. Si los clientes se preocuparan de verdad por ellos, empezarían por no divorciarse. Habrían seguido estando casados y llevando una vida infeliz como todo el mundo, porque...

El pazguato dijo algo que le llamó la atención.

—Lo siento —se disculpó Barry Sindler—. Repítamelo otra vez, señor Diehl. ¿Qué es lo que acaba de decir?

—He dicho que quiero que a mi mujer le hagan pruebas.

—Le aseguro que este proceso pondrá muy a prueba su capacidad de aguante. Además, contrataremos a un detective para que la siga; él nos dirá cuánto bebe y si toma drogas, si se pasa la noche fuera de casa, se enrolla con lesbianas y cosas de ese tipo. Es el procedimiento habitual.

—No, no —repuso Diehl—. Me refiero a pruebas genéticas.

—¿Para comprobar qué?

—Todo —respondió Diehl.

—Ah, ya —dijo Barry, asintiendo con aire de entendido. ¿De qué coño le estaba

hablando aquel tipo? ¿Pruebas genéticas? ¿En un caso de custodia? Bajó la vista a los documentos que tenía enfrente y a la tarjeta de visita. DOCTOR RICHARD «RICK» DIEHL. Barry, contrariado, frunció el entrecejo. Solo a un gilipollas se le ocurriría poner un diminutivo en su tarjeta de visita. La tarjeta también lo presentaba como director general de BioGen Research Inc., una empresa situada en Westview Village.

—Por ejemplo —empezó a explicar Diehl—, me apuesto cualquier cosa a que mi esposa tiene una predisposición genética para el trastorno bipolar. Es muy voluble. Podría incluso tener el gen del Alzheimer. Si le hacen pruebas psicológicas, es posible que se manifiesten los principios de la enfermedad.

—Bien, muy bien. —Ahora Barry Sindler asentía de forma categórica. Aquello le estaba gustando. Nuevos campos de batalla. A Sindler le encantaban los campos de batalla. Sometería a la esposa a un examen psicológico. Tanto si el resultado mostraba indicios de Alzheimer como si no, ¿quién era el guapo que podía asegurarlo? Maravilloso, sencillamente maravilloso. Fuera cual fuese el resultado, lo pondrían en duda. Y eso significaba alargar el juicio más días, interrogar a más testigos. Los médicos se sucederían en el contencioso que se alargaría días y días. Las jornadas de actuación ante el tribunal resultaban especialmente lucrativas.

Lo mejor de todo era que Barry preveía que aquellas pruebas genéticas podían pasar a formar parte del procedimiento habitual en todos los casos de custodia. Se convertiría en un pionero y eso le reportaría publicidad. Se inclinó hacia delante, entusiasmado.

—Siga, señor Diehl...

—Pueden comprobar si tiene el gen de la diabetes, si se observan las mutaciones genéticas que provocan el cáncer de mama, y todo el resto. Además —prosiguió Diehl—, es posible que mi esposa tenga el gen de la enfermedad de Huntington, causante de una degeneración nerviosa irreversible. Su abuelo contrajo la enfermedad, así que la familia es portadora. Sus padres aún son jóvenes y la dolencia solo se manifiesta a edades avanzadas. Puede que mi esposa tenga ese gen y que, por tanto, esté sentenciada a morir de Huntington.

—Hummm... sí —dijo Barry Sindler al tiempo que asentía—. Eso la incapacitaría para hacerse cargo de los niños.

—Exacto.

—Me sorprende que no haya pedido ella misma las pruebas.

—Prefiere no saberlo —aseguró Diehl—. Hay un cincuenta por ciento de posibilidades de que tenga el gen. Si es así, acabará por desarrollar la enfermedad y morir de demencia. Pero solo tiene veintiocho años, la enfermedad podría no manifestarse en los próximos veinte. Si supiera de antemano que va a contraerla, le arruinaría el resto de su vida.

—Sin embargo, también podría aliviarla el hecho de saber que no tiene ese gen.

—El riesgo es demasiado alto. No se hará las pruebas por voluntad propia.

—¿Se le ocurre alguna otra prueba?

—Claro que sí —respondió Diehl—. No he hecho más que empezar. Quiero que le practiquen todas las pruebas existentes. En la actualidad, hay mil doscientas.

¡Mil doscientas! Sindler se relamía ante la perspectiva. ¡Excelente! ¿Por qué nadie le había hablado antes de eso? Se aclaró la garganta.

—¿Ha pensado que ella también le pedirá a usted que se someta a las pruebas?

—No hay problema —aseguró Diehl.

—¿Ya se las ha hecho?

—No, pero sé cómo falsificar los resultados.

Barry Sindler se recostó en el asiento.

—Perfecto.

Bajo el gran manto que formaban las copas de los árboles, el suelo de la jungla permanecía sumido en la penumbra y el silencio. Ni un soplo de aire removía los helechos gigantes que ascendían hasta la altura del hombro. Hagar se enjugó el sudor de la frente, se volvió a mirar al resto del grupo y siguió adelante. La expedición avanzaba adentrándose en la jungla del corazón de Sumatra. Ninguno de los miembros pronunciaba palabra, tal como le gustaba a Hagar.

El río quedaba enfrente. En la orilla más próxima había una piragua. También a la altura del hombro se extendía una cuerda tensa de lado a lado del río. Cruzaron en dos tandas. Hagar viajaba de pie en la canoa y la hacía avanzar sujetándose a la cuerda para darse impulso. Cuando hubo trasladado al primer grupo, volvió a por el segundo. Todo estaba en silencio salvo por el chillido de un tucán cercano.

Prosiguieron su camino a partir de la otra orilla. El sendero que atravesaba la jungla se volvió más estrecho y, a tramos, fangoso. A la expedición eso no le gustó. Hacían mucho ruido tratando de sortear los charcos como podían. Al fin uno de ellos intervino.

—¿Cuánto queda?

Era aquel mocoso, el norteamericano impertinente con el rostro cubierto de pecas. Miraba a su madre, una matrona bastante corpulenta que llevaba un gran sombrero de paja.

—¿Falta mucho? —preguntó el adolescente en tono quejumbroso.

Hagar se llevó el dedo a los labios.

—¡Silencio!

—Me duelen los pies.

Los otros turistas rodeaban al chico y formaban una nube de prendas de vistosos colores. Se lo quedaron mirando.

—Escucha —susurró Hagar—, si haces ruido, no los verás.

—Aunque no haga ruido, tampoco los veo —le espetó el chico con un mohín. No obstante, se colocó en la fila cuando el grupo se dispuso a avanzar.

Ese día estaba formado en su mayoría por estadounidenses. A Hagar no le gustaban los estadounidenses; sin embargo, no eran los peores. Tenía que reconocer que los peores de todos eran los...

—¡Allí!

—¡Mirad allí!

Los turistas señalaban hacia delante; se mostraban entusiasmados y no paraban de hablar. A unos cincuenta metros del punto del camino en el que se encontraban y un poco hacia la derecha, un joven orangután macho se erguía sobre unas ramas que se mecían suavemente con su peso. Era una criatura espléndida, debía de pesar aproximadamente dieciocho kilos. Tenía el pelaje rojizo y un inconfundible mechón blanco encima de la oreja. Hagar llevaba semanas sin verlo.

El guía indicó al grupo mediante gestos que guardara silencio y avanzó por el sendero. Los turistas se apiñaron tras él; lo seguían dando traspiés y chocando unos con otros debido a la emoción.

—¡Chiss! —siseó.

—¿A qué vienen tantos aspavientos? —preguntó alguien—. Me parece que estamos en una reserva, ¿no?

—¡Chiss!

—Los animales están protegidos...

—¡Chiss!

Para Hagar era imprescindible que reinara el silencio. Se llevó la mano al bolsillo de la camisa y apretó la tecla de la grabadora. Desprendió el micrófono de la solapa y lo sostuvo en la mano.

Ahora los separaban unos treinta metros del orangután. Pasaron junto a un letrero que rezaba RESERVA DE ORANGUTANES DE BUKUT ALAM. Allí los orangutanes huérfanos eran atendidos hasta que se reponían y podían volver a liberarlos en la selva. Había un centro veterinario y otro de investigación donde trabajaba un equipo de científicos.

—Si es una reserva, no entiendo por qué...

—George, ya has oído lo que te ha dicho el guía. Cállate.

Ahora se encontraban a veinte metros.

—¡Mirad! ¡Hay otro! ¡Dos! ¡Allí!

Señalaban hacia la izquierda. En lo alto de la copa de un árbol, un ejemplar de un año hacía crujir las ramas al avanzar junto a su compañero, mayor que él pero también muy joven. Se balanceaban con gracia. Hagar no les prestó atención. Seguía fijándose en el primer animal.

El orangután del mechón blanco no se apartó. Se columpiaba en el aire sujetándose solo con una mano y ladeaba la cabeza mientras los observaba. Los animales más jóvenes que poblaban las copas de los árboles habían desaparecido. En cambio, el del mechón blanco permanecía en el mismo lugar y los miraba.

Estaban a diez metros. Hagar sostenía el micrófono con el brazo extendido. Los turistas empezaban a preparar las cámaras. El orangután miró a Hagar a los ojos y emitió un extraño sonido gutural, parecido a la tos.

—*Dwaas*.



Hagar respondió con un ruido parejo.

—*Dwaas*.

El orangután se lo quedó mirando. Sus labios curvados empezaron a moverse y emitió una secuencia de gruñidos.

—*Ooh stomm dwaas, varlaat léanme*.

—¿Es él quien hace esos ruidos? —quiso saber un turista.

—Sí —respondió Hagar.

—¿Está... hablando?

—Los simios no hablan —respondió otro turista—. Los orangutanes son muy silenciosos. Lo dice el libro.

Varios miembros de la expedición hicieron destellar sus flashes al tomar fotografías del mono colgado del árbol. El joven ejemplar macho no pareció sorprenderse. Sin embargo, volvió a mover los labios.

—*Geen lichten dwaas*.

—¿Es que está resfriado? —preguntó una mujer con cierto nerviosismo—. Parece que tosa.

—No está tosiendo —dijo otra voz.

Hagar se volvió a mirarlos. Un hombre corpulento a quien había visto jadeando y con las mejillas encendidas al esforzarse por mantener el ritmo sostenía ahora una grabadora en la mano y la orientaba hacia el simio. Lo miraba con aire resuelto.

—¿Nos está tomando el pelo? —preguntó el hombre a Hagar.

—No —respondió él.

El hombre señaló al orangután.

—Habla holandés —dijo—. Sumatra fue una colonia holandesa. Lo que habla es holandés.

—No lo sabía —confesó Hagar.

—Pues yo sí. El animal ha dicho: «Dejadme en paz, imbéciles», y luego ha añadido: «Nada de luz». Lo dijo justo en el momento en que los flashes de las cámaras han dejado de destellar.

—No sabía qué clase de sonidos eran —dijo Hagar.

—Pero los ha grabado.

—Solo por curiosidad...

—Ha preparado el micrófono un buen rato antes de que empezaran los ruidos. Ya sabía que el animal hablaba.

—Los orangutanes no hablan —insistió Hagar.

—Pues este sí.

Todos se quedaron mirando al orangután, que seguía columpiándose colgado de un brazo. Con la mano que le quedaba libre, se rascó. Guardaba silencio.

El hombre corpulento habló en voz alta.

—*Geen lichten.*

El simio se limitó a mirarlo y parpadeó despacio.

—*Geen lichten!*

El orangután no mostró señales de haberlo entendido. Tras unos instantes, saltó a una rama cercana y empezó a trepar impulsándose con facilidad, un brazo detrás del otro.

—*Geen lichten!*

El simio continuó ascendiendo. La mujer del sombrero de paja intervino.

—Me parece que estaba tosiendo, o algo parecido.

—¡Eh! —le gritó el hombre corpulento—. *Mesieu! Comment ca va?*

El simio continuó trepando por las ramas balanceándose a buen ritmo gracias a sus largos brazos. No miró abajo.

—Creía que tal vez hablara francés —explicó el turista. Se encogió de hombros—. Parece que no.

Una fina lluvia empezó a atravesar las copas tupidas. Los otros turistas guardaron las cámaras. Uno se atavió con un impermeable ligero y transparente. Hagar se enjugó el sudor de la frente. Por delante de él, tres jóvenes orangutanes correteaban alrededor de una bandeja depositada en el suelo que contenía papayas. Los turistas centraron en ellos su atención.

Procedente de las alturas oyeron una voz gutural.

—*Espèce de con.*

La frase les llegó con una nitidez sorprendente a través de la atmósfera en la que no soplaba el aire.

El hombre corpulento se volvió alrededor.

—¿Cómo?

Todos miraron arriba.

—Ha soltado un taco —aseguró el adolescente—. En francés. Lo sé seguro. Ha soltado un taco en francés.

—¡Chitón! —lo acalló su madre.

El grupo observó las copas de los árboles recorriendo con la mirada el denso y oscuro follaje. No veían al simio por allí arriba.

El hombre corpulento se puso a gritar.

—*Qu'estce que tu dis?*

No obtuvo respuesta. Solo percibió el sonido de un animal que avanzaba a través de las ramas y el chillido lejano de un tucán.

CHIMPANCÉ DESCARADO OFENDE A TURISTAS  
(*News of the World*)

AFFE SPRICHT IM DSCHUNGEL, FLÜCHE GEORGE BUSH  
(*Der Spiegel*)

ORANG PARLE FRANCAIS?!!  
(*Paris Match*, junto a una fotografía de Jacques Derrida)

OCCIDENTALES REPRENDIDOS POR UN SIMIO MUSULMÁN  
(*Weekly Standard*)

CUANDO EL MONO HABLA, LOS TESTIGOS SE QUEDAN SIN PALABRAS  
(*National Enquirer*)

DESCUBIERTO CHIMPANCÉ PARLANTE EN JAVA  
(*New York Times*, publicada posterior rectificación)

PRIMATES POLÍGLOTAS DESCUBIERTOS EN SUMATRA  
(*Los Angeles Times*)

Para terminar, un grupo de turistas en Indonesia aseguran haber sido insultados por un orangután en plena jungla de Borneo. Según los turistas, el simio los ha obsequiado con unos cuantos insultos en holandés y en francés, de lo cual se deduce que el animal es probablemente mucho más inteligente que ellos. Sin embargo, no existe ninguna grabación de las ofensas del mono, lo cual nos lleva a la conclusión de que todo aquel que crea esta historia merece un puesto en la administración. ¡Allí sí que hay bestias que hablan!

(*Countdown with Keith Olbermann*,  
MSNBC News, sin rectificación).

—¡Escucha esto! —exclamó Charlie Huggins mientras miraba la televisión en la cocina de su casa de San Diego. Aunque había desconectado el sonido, estaba leyendo el subtítulo que aparecía progresivamente en la pantalla—. Dice: AVISTADO UN SIMIO PARLANTE EN SUMATRA.

—¿Qué quiere decir que le han avistado? ¿Estaba ciego? —preguntó su esposa, mirando la pantalla. Estaba preparando el desayuno.

—No, mujer —respondió Huggins—. Lo que quieren decir es que lo han descubierto.

—¿Que lo han descubierto? ¿Y qué? ¿Qué tenía que esconder? —La esposa de Huggins era profesora de lengua en un instituto. Le encantaban los juegos de palabras.

—No, cariño. La noticia dice que... un grupo de turistas en Sumatra topó en plena jungla con un simio que hablaba.

—Yo creía que los simios no hablaban —dijo la mujer.

—Bueno, eso pensábamos todos.

—Entonces, seguro que es mentira.

—¿Tú crees? Uy... Britney Spears no se divorcia. Qué alivio. Parece que vuelve a estar embarazada. Por las imágenes, lo parece. Y la Spice pija lleva un vestido verde precioso... Es una gala. ¡Anda! Sting dice que es capaz de practicar sexo durante ocho horas seguidas.

—¿Duro o igual que siempre?

—Por lo visto, tántrico.

—Que cómo quieres el huevo del desayuno.

—Ah, como siempre.

—Avisa a los niños, ¿quieres? Esto está casi a punto.

—De acuerdo.

Charlie se levantó de la mesa y se dirigió a la escalera. Justo cuando entraba en la sala de estar, sonó el teléfono. Era una llamada del laboratorio.

En los laboratorios de Radial Genomics Inc., situados entre los eucaliptos que poblaban el campus de la Universidad de California en San Diego, Henry Kendall tamborileaba con los dedos en el mostrador mientras esperaba a que Charlie descolgara el auricular. El tono de llamada sonó tres veces. ¿Dónde coño se había

metido? Al fin oyó la voz de Charlie.

—¿Diga?

—Charlie —respondió Henry—. ¿Has oído la noticia?

—¿Qué noticia?

—Cuál va a ser, la del simio de Sumatra.

—Ah, eso. Menuda chorrada.

—¿Por qué lo dices?

—Vamos, Henry. Sabes que no puede ser verdad.

—Dicen que el mono habla holandés.

—Es mentira.

—Tiene que haber sido cosa del equipo de Uttenbroek —insistió Kendall.

—Qué va. El animal es grande. Debe de tener dos o tres años.

—¿Y qué? A lo mejor Uttenbroek lo hizo tiempo atrás, su equipo está bastante adelantado. Además, los de Utrecht son un atajo de embusteros.

Charlie Huggins exhaló un suspiro.

—Ese tipo de experimentos están prohibidos en los Países Bajos.

—Claro. Por eso lo hicieron en Sumatra.

—No, Henry, hace falta demasiada tecnología. Aún quedan años para que un simio transgénico vea la luz, ya lo sabes.

—No, no lo sé. ¿Has oído lo que Utrecht anunció ayer? Han cultivado células madre de toro y las han inyectado en testículos de ratón. Para eso sí que hace falta tecnología punta. Eso sí que es un invento de cojones.

—Sobre todo para los toros.

—No le veo la gracia.

—¿Te imaginas a los pobres ratones, corriendo por ahí con dos cojones de toro morados y enormes?

—Sigue sin parecerme gracioso...

—Henry, ¿me estás diciendo que has oído por televisión que han descubierto un simio parlante y que te lo crees?

—Eso es, sí.

—Henry —empezó Charlie en tono exasperado—, la tele es la tele. Esa noticia es igual que la de la serpiente de dos cabezas, haz el favor de tranquilizarte.

—La serpiente de dos cabezas existía de verdad.

—Tengo que llevar a los niños al colegio. Luego te llamo —se excusó Charlie, y colgó el teléfono.

Menudo cabrón. Siempre era su mujer quien llevaba a los niños a la escuela.

«Lo hace para evitarme».

Henry Kendall se paseó por el laboratorio, luego se asomó a la ventana y al cabo de un rato empezó a pasearse de nuevo. Respiró hondo. Charlie debía de tener razón.

Era todo mentira.

Pero ¿y si no lo era?

Henry Kendall era un manojo de nervios. A veces le temblaba el pulso al hablar, sobre todo cuando se emocionaba por algo. Además, era un poco torpe, siempre tropezaba y acababa chocando con los utensilios del laboratorio. Se angustiaba por todo y sufría de colon irritable.

Sin embargo, lo que Henry no le había confesado a Charlie era que el motivo real de su preocupación tenía que ver con una conversación que había mantenido hacía una semana. En aquel momento no le había dado importancia.

En cambio ahora le parecía inquietante.

Una estúpida secretaria de los National Institutes of Health había llamado al laboratorio y había preguntado por el doctor Kendall. Cuando este se puso al teléfono, le dijo:

—¿Es usted el doctor Henry A. Kendall?

—Sí...

—¿Es cierto que hace cuatro años se tomó seis meses sabáticos y los dedicó a hacer una visita a los NIH?

—Sí.

—De mayo a octubre, ¿no?

—Me parece que sí. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿Llevó a cabo parte de su investigación en el centro de primates de Maryland?

—Sí.

—Y ¿es cierto también que, cuando llegó a los NIH en mayo de ese año, se sometió a las pruebas habituales de enfermedades transmisibles porque pensaba llevar a cabo experimentos con primates?

—Sí —respondió Henry. Le habían pasado una batería de pruebas completa, desde el VIH hasta la gripe, pasando por la hepatitis. Le extrajeron mucha sangre—. ¿Puedo preguntarle a qué viene todo esto?

—Solo son trámites burocráticos —respondió la secretaria—, estoy rellenando unos impresos para el doctor Bellarmino.

A Henry se le puso la piel de gallina.

Rob Bellarmino era el director del departamento de genética de los NIH. Cuatro años atrás, cuando Henry visitó la institución, no formaba parte de la plantilla. Ahora, sin embargo, era él quien estaba al cargo del centro. Y no era precisamente amigo de Henry ni de Charlie.

—¿Hay algún problema? —inquirió Henry. Tenía la clara sensación de que así era.

—No, no —lo tranquilizó la chica—. Es que hemos traspapelado algunas fichas y

el doctor Bellarmino es muy maniático con la información. Cuando estuvo en el centro de primates, ¿llevó a cabo algún experimento con un chimpancé hembra llamado Mary? Le correspondía el código de laboratorio F402.

—Pues la verdad es que no me acuerdo —respondió Henry—. Hace mucho tiempo de eso y he trabajado con varios chimpancés. No lo recuerdo.

—Aquel verano, Mary estaba embarazada.

—Lo siento. Ya le he dicho que no me acuerdo.

—Fue el mismo verano en que hubo un brote de encefalitis, y la mayoría de los chimpancés tuvieron que ser puestos en cuarentena. ¿Le suena?

—Sí, lo de la cuarentena sí. Enviaron chimpancés a varios centros del país.

—Gracias, doctor Kendall. Ah, ya que lo tengo al teléfono, ¿me permite que compruebe si la dirección es correcta? La que aparece aquí es 348 Marbury Madison Drive, La Jolla.

—Sí, la dirección es correcta.

—Gracias por su tiempo, doctor Kendall.

Esa fue toda la conversación. Lo único que a Henry se le ocurrió pensar en aquel momento fue que Bellarmino era un hijo de puta; uno nunca sabía qué se traía entre manos.

En cambio ahora... Después de lo del primate de Sumatra...

Henry sacudió la cabeza.

Charlie Higgins podía decir lo que quisiera, pero el hecho era que los científicos habían desarrollado un mono transgénico. Lo habían obtenido hacía años. A esas alturas, existían ya mamíferos transgénicos de todo tipo: perros, gatos... De todo. No cabía duda de que el orangután parlante también era un producto transgénico.

El trabajo de Henry en los NIH estaba relacionado con la base genética del autismo. Había acudido al centro de primates porque quería saber qué genes eran los causantes de las diferencias en la capacidad comunicativa de los humanos y de los simios respectivamente. Y había llevado a cabo parte del trabajo con embriones de chimpancé. Sin embargo, no había obtenido resultados. En realidad, apenas le había dado tiempo de empezar antes de que el brote de encefalitis interrumpiera su investigación. Acabó regresando a Bethesda y trabajando en un laboratorio durante el resto del período sabático. Eso era todo cuanto sabía. Por lo menos, todo cuanto sabía con seguridad.

## **Humanos y chimpancés se cruzaban hasta hace poco**

La división de las especies no impidió la interacción sexual, la

## genética proporciona a los investigadores resultados controvertidos

Investigadores de Harvard y del MIT llegan a la conclusión de que la división entre chimpancés y humanos es más reciente de lo que se creía. Los investigadores genéticos saben desde hace mucho tiempo que los simios y los seres humanos provienen de un antepasado común que habitó la Tierra hace unos dieciocho millones de años. Los primeros en escindirse fueron los gibones, que aparecieron hace dieciséis millones de años. Los siguieron los orangutanes, hace doce millones de años. Los gorilas aparecieron hace diez millones de años. Los chimpancés y los humanos fueron las últimas especies que se originaron, hace unos nueve millones de años.

No obstante, tras la descodificación del genoma humano en el año 2001, los genetistas descubrieron que los seres humanos y los chimpancés solo diferían en un 1,5 por ciento de sus genes (unos quinientos en total), lo cual resultó ser mucho menos de lo esperado. En el año 2003, los científicos empezaron a clasificar con precisión los genes que distinguían ambas especies. Ahora se sabe que muchas proteínas estructurales, incluida la hemoglobina y el citocromo C, son idénticas en los chimpancés y en los humanos. La sangre de ambas especies es idéntica. Además, si se dividieron hace nueve millones de años, ¿por qué se siguen pareciendo tanto?

Los genetistas de Harvard creen que los humanos y los chimpancés continuaron cruzándose durante mucho tiempo después de que las especies se dividieran. El cruce o hibridación ejerce presión evolutiva sobre el cromosoma X y provoca que su transformación se acelere. Los investigadores han descubierto que los genes más recientes del genoma humano aparecieron en el cromosoma X.

Del hallazgo los investigadores deducen que los humanos y los chimpancés continuaron cruzándose hasta hace 5,4 millones de años. A partir de ese momento, la división de las especies resultó definitiva. Este nuevo punto de vista contrasta enormemente con la creencia general de que, una vez tiene lugar la división de las especies, «la influencia de la hibridación es insignificante». Sin embargo, según el doctor David Reich de la Universidad de Harvard, el hecho de que apenas se haya observado hibridación en otras especies «puede ser debido simplemente a que no se le ha prestado atención».

Los investigadores de Harvard advierten que el cruce entre humanos y



chimpancés no es posible hoy en día y señalan que se ha demostrado la falsedad de todos los reportajes periodísticos sobre híbridos de las dos especies.

BioGen Research Inc., estaba emplazada en un edificio con forma de cubo revestido de titanio de una zona industrial de las afueras de Westview Village, al sur de California. Majestuosamente situado sobre la concurrida autopista 101, el edificio había sido ideado por el presidente de BioGen, Rick Diehl, que insistía en llamarlo hexaedro. La construcción de aspecto imponente y tecnológicamente revolucionario no revelaba nada en absoluto de lo que sucedía en su interior, lo cual respondía con exactitud a lo que Diehl pretendía.

Además, BioGen disponía de una nave corriente de tres mil setecientos metros cuadrados en una zona industrial a tres kilómetros de distancia. Era allí donde albergaban a los animales y también donde estaban los laboratorios más peligrosos. Josh Winkler, un joven investigador con mucho futuro, cogió unos guantes de látex y una mascarilla de una estantería cercana a la puerta que conducía a la zona que alojaba a los animales. Su ayudante, Tom Weller, leía un recorte de prensa colgado en la pared.

—Vamos, Tom —dijo Josh.

—Diehl debe de estar cagado —opinó Weller señalando el artículo—. ¿Lo has leído?

Josh se volvió a mirarlo. Era un artículo del *Wall Street Journal*.

### **Los científicos consiguen aislar el gen «dominante»**

¿Existe una base genética para controlar a los demás?

TOULOUSE, FRANCIA. Un equipo de biólogos franceses ha conseguido aislar el gen que lleva a ciertas personas a tratar de controlar a los demás. Los genetistas del instituto bioquímico de la Universidad de Toulouse, dirigidos por el doctor Michel Narcejac-Boileau, han anunciado hoy el descubrimiento en una conferencia de prensa. «El gen está asociado con el dominio social y el fuerte control ejercido sobre otras personas —ha afirmado el doctor Narcejac-Boileau—. Hemos conseguido aislarlo en ases del deporte, altos ejecutivos y jefes de Estado. Creemos que todos los

dictadores de la historia poseen ese gen».

El doctor NarcejacBoileau ha explicado que mientras la forma más activa del gen origina dictadores, la forma heterocigótica, más moderada, «provoca cierta tendencia totalitaria» a decirles a los demás cómo tienen que vivir su vida, normalmente por su bien o para su seguridad.

«Las pruebas psicológicas demuestran que los individuos que poseen la forma moderada del gen perciben que los demás necesitan de su clarividencia y son incapaces de dirigir sus vidas sin su orientación. Esa forma del gen se encuentra en políticos y asesores políticos, fundamentalistas religiosos y famosos en general. El sistema de creencias tiene su expresión en un profundo sentimiento de certeza acompañado de una importante sensación de autoridad, además de un resentimiento bien alimentado hacia quienes no los escuchan».

Al mismo tiempo, el doctor ha insistido en la necesidad de interpretar los resultados con prudencia. «Lo único que persiguen muchas de las personas que sienten el impulso de controlar a los demás es que todo el mundo sea como ellos. No son capaces de tolerar la diferencia».

Eso explicaría el descubrimiento paradójico del equipo de científicos, según el cual los individuos que poseen la forma moderada del gen son también los que más toleran las situaciones autoritarias que conllevan normas sociales estrictas e invasivas. «Nuestro estudio demuestra que las personas que poseen el gen, además de ser autoritarias, aceptan de buen grado someterse a la autoridad. Tienen una marcada preferencia por los regímenes totalitarios». El doctor ha señalado que esas personas son especialmente propensas a dejarse llevar por las modas de cualquier tipo y reprimen las opiniones y preferencias que el grupo no comparte.

—«Especialmente propensas a dejarse llevar por las modas...» ¿Están de broma? —preguntó Josh.

—No. Lo dicen en serio. Son técnicas de publicidad —respondió Tom Weller—. Hoy en día todo es cuestión de publicidad. Lee el resto.

Aunque el equipo de científicos franceses no ha llegado a anunciar que la forma moderada del llamado gen dominante indique una enfermedad genética (una «adicción a la pertenencia», tal como lo expresó NarcejacBoileau), sí que ha sugerido que la presión evolutiva está llevando a la raza humana a actitudes cada vez más conformistas.

—Es increíble —dijo Josh—. Esos tipos de Toulouse convocan una conferencia de prensa y el mundo entero difunde la historia del «gen dominante». ¿Han publicado algún artículo al respecto?

—No, solo han dado una conferencia de prensa. No han publicado nada, y tampoco han mencionado que fueran a hacerlo.

—¿Y qué vendrá después? ¿El gen del esclavismo? A mí me parece una sandez —opinó Josh. Miró el reloj.

—Querrás decir que ojalá lo sea, ¿no?

—Sí, eso es lo que quiero decir. Ojalá sea una sandez. Porque lo que está claro es que, de ser cierto, interferiría con lo que BioGen está a punto de anunciar.

—¿Crees que Diehl pospondrá el lanzamiento? —quiso saber Tom Weller.

—Puede ser. Aunque no le gusta esperar. Está impaciente desde que volvió de Las Vegas.

Josh se colocó los guantes de látex, las gafas protectoras y la mascarilla de papel. A continuación cogió el pequeño cilindro de aire comprimido de quince centímetros y lo unió al vial que contenía el retrovirus. En total, el dispositivo era del tamaño de un estuche de puros. Después, colocó en el extremo un cono de plástico diminuto y lo insertó ejerciendo presión con el dedo pulgar.

—Tráete la PDA.

Ambos atravesaron la puerta de vaivén y penetraron en la zona en la que se encontraban los animales.

El fuerte olor de las ratas, algo dulzón, les resultaba familiar. Había quinientas o seiscientas, todas bien etiquetadas y dispuestas en jaulas apiladas hasta una altura de un metro ochenta a ambos lados del pasillo que recorría la nave.

—¿A cuáles nos toca administrar hoy la sustancia? —preguntó Tom Weller.

Josh leyó una retahíla de cifras. Tom comprobó en su PDA la situación según el orden numérico. Avanzaron por el pasillo hasta dar con las jaulas que se correspondían con los números del día. Eran cinco, y en cada una había una rata. Los animales eran de pelo blanco, estaban más bien gordos y se movían con normalidad.

—Tienen buen aspecto. ¿Es ya la segunda dosis?

—Sí.

—Muy bien, chicas —dijo Josh—. Portaos bien con papá.

Abrió la primera jaula y capturó con rapidez a la rata que contenía. Sujetó al animal y con sus dedos expertos le oprimió el cuello a la vez que se apresuraba a colocar el pequeño cono de plástico sobre el hocico del animal. El aliento de este empañó el cono. Se oyó un pequeño siseo al liberarse el virus. Josh sujetó la mascarilla diez segundos durante los cuales la rata inhaló la sustancia. Luego devolvió el animal a la jaula.

—Una menos.

Tom Weller punteó con el lápiz óptico en la pantalla de la PDA. Luego se dirigió a la siguiente jaula.

El retrovirus había sido diseñado para portar un gen conocido como ACMPD3N7, de la familia de los genes que controlan la aminocarboximuconato paraldehído descarboxilasa. En BioGen lo llamaban el gen de la madurez. Cuando se activaba, el ACMPD3N7, parecía modificar las respuestas de la amígdala y del giro cingulado cerebrales. El resultado era una aceleración del comportamiento madurativo, por lo menos en las ratas. Las crías de sexo femenino, por ejemplo, mostraban indicios muy precoces de conducta maternal, como el hecho de que hicieran rodar los excrementos dentro de la jaula. Además, BioGen contaba con pruebas preliminares de los efectos del gen madurativo en macacos de la India.

El interés por el gen se centraba en su posible vínculo con las enfermedades neurodegenerativas. Una de las corrientes de opinión sostenía que las dolencias neurodegenerativas eran el resultado de trastornos en el desarrollo madurativo del cerebro.

Si eso resultaba ser cierto, si el ACMPD3N7, estaba relacionado con la enfermedad de Alzheimer o con cualquier otra forma de demencia senil, el gen tendría un valor comercial incalculable.

Josh se había desplazado hasta la siguiente jaula y sostenía la mascarilla sobre la rata correspondiente cuando sonó el móvil. Le hizo una señal a Tom para que lo extrajera de su bolsillo.

Weller miró la pantalla.

—Es tu madre —dijo.

—Mierda —exclamó Josh—. Sigue tú con esto un momento, por favor.

—Joshua, ¿qué haces?

—Estoy trabajando, mamá.

—¿Puedes salir un rato?

—La verdad es que no...

—Es urgente.

Josh suspiró.

—¿Qué es lo que ha hecho esta vez, mamá?

—No lo sé —dijo—. Está en la cárcel, en el centro de la ciudad.

—Bueno, le pediremos a Charles que lo saque de allí. —Charles Silverberg era el abogado de la familia.

—Ya lo está haciendo —le explicó su madre—. Aun así, Adam tiene que presentarse ante el tribunal, y alguien tiene que acompañarlo a casa cuando termine la vista.

—Pues yo no puedo. Tengo que trabajar.

—Es tu hermano, Josh.

—Sí, pero ya tiene treinta años —replicó Josh. Hacía demasiado tiempo que aquello duraba. Su hermano Adam era un ejecutivo de inversiones que había pasado por el centro de rehabilitación un montón de veces—. ¿No puede coger un taxi?

—No me parece muy sensato, dadas las circunstancias.

Josh exhaló un suspiro.

—¿Qué ha hecho, mamá?

—Parece ser que le compró cocaína a una agente de la DEA.

—¿Otra vez?

—Joshua, ¿piensas ir a buscarlo o no?

Se oyó un largo suspiro.

—Sí, mamá. Ahora voy.

—¿Ahora mismo?

—Sí, mamá. Ahora mismo.

Colgó y se volvió hacia Weller.

—¿Te parece bien que dejemos esto para más tarde?

—Claro, no te preocupes —lo tranquilizó Tom—. Tengo unos cuantos informes por redactar.

Joshua se dio media vuelta y empezó a quitarse los guantes mientras salía de la habitación. Guardó el cilindro, las gafas protectoras y la mascarilla de papel en el bolsillo de la bata, desprendió de esta el medidor de radiación y se dirigió al coche a toda prisa.

Durante el trayecto, echó un vistazo al cilindro que sobresalía de la bata, tirada de cualquier manera en el asiento del acompañante. Para cumplir el protocolo, Josh tenía que volver al laboratorio y hacer inhalar el virus a las ratas restantes antes de las cinco de la tarde. El hecho de tener un horario y la obligación de ceñirse a él eran un buen ejemplo de cuan distintos eran Josh y su hermano mayor.

Tiempo atrás, Adam había sido afortunado: atraía todas las miradas, gozaba de cualidades atléticas y de popularidad. Durante la época en que había asistido a la distinguida escuela Westfield, los éxitos se sucedían. Había sido director de la revista de la escuela, capitán del equipo de fútbol, presidente del círculo de debate y ganador de una beca de la National Merit Scholarship Corporation. Josh, en cambio, era un pánfilo regordete, bajito y desgarrado. Andaba como un pato, no podía evitarlo, y los zapatos ortopédicos que su madre insistía en que llevara no resultaban de gran ayuda. Las chicas no le hacían ningún caso. Cuando se cruzaba con ellas por los pasillos, las oía reírse. Los años de instituto representaron para Josh una tortura y, en consecuencia, no obtuvo buenos resultados. Adam ingresó en Yale; Josh, en cambio,

estuvo a punto de no conseguir siquiera una plaza en Emerson State.

Desde entonces, las cosas habían cambiado mucho.

Hacía un año que a Adam lo habían despedido del Deutsche Bank por culpa de la cantidad de problemas que tenía con las drogas. Mientras tanto, Josh había obtenido un puesto en BioGen y, aunque al principio no realizaba ningún trabajo cualificado, la compañía pronto reconoció su esfuerzo y su ingenio y lo ascendió. A la sazón, Josh poseía acciones de la compañía, y si alguno de los proyectos actuales, incluido el del gen de la madurez, resultaba ser un éxito comercial, se haría rico.

Adam, por otra parte...

Josh aparcó frente al juzgado. Adam aguardaba sentado en la escalera, con la mirada fija en el suelo. Llevaba un traje raído y sucísimo y barba de un día. Charles Silverberg se encontraba de pie a su lado, hablando por el móvil.

Josh tocó el claxon. Charles lo saludó con la mano y se dispuso a marcharse. Adam se acercó con paso alicaído y entró en el coche.

—Hola, hermanito. —Cerró la puerta de un fuerte golpe—. Gracias por venir.

—No tiene importancia.

Josh se incorporó a la circulación y miró el reloj. Aún le daba tiempo de acompañar a Adam a casa de su madre y volver al laboratorio antes de las cinco.

—¿Te he cogido en mal momento? —preguntó Adam.

Eso era lo que más le molestaba de su hermano. No tenía bastante con complicarse él la vida, tenía que complicársela también a los demás. Al parecer, le encantaba.

—Pues para serte franco, sí.

—Lo siento.

—¿Que lo sientes? Si lo sintieras, dejarías toda esa mierda.

—Eh, tío —protestó Adam—. ¿Yo qué coño sabía? Me tendieron una trampa, hasta Charles lo dice. Esa cabrona me tendió una trampa. Pero Charles dice que va a sacarme pronto.

—Si no consumes, no hay trampa que valga.

—¡Vete al carajo! ¡Solo falta que me vengas con sermones!

Josh no le respondió. ¿Para qué se habría molestado en decir nada? Después de tantos años, ya sabía que no valía la pena. Nada de lo que él dijera cambiaría las cosas. Se limitó a conducir en silencio.

—Lo siento —repitió Adam por fin.

—No, no lo sientes.

—Muy bien, tienes razón —admitió. Bajó la cabeza y empezó a sollozar con aire teatral—. La he vuelto a cagar.

Pobre Adam, siempre arrepintiéndose.

Josh había presenciado situaciones como aquellos centenares de veces. Unos días

Adam se mostraba agresivo; otros, se arrepentía. A veces entraba en razón y a veces lo negaba todo. La cuestión era que la prueba de tóxicos siempre resultaba positiva. Siempre.

Se encendió un piloto anaranjado en el salpicadero. Quedaba poca gasolina y Josh vio cerca una estación de servicio.

—Tengo que llenar el depósito.

—Vale, yo voy a mear.

—Tú me esperas en el coche.

—Tengo que mear, tío.

—¡Te digo que me esperes en el coche, hostia! —Josh se detuvo junto al surtidor y bajó del vehículo—. No pienso perderte de vista.

—Me lo voy a hacer encima, tío.

—Ni se te ocurra.

—Pero...

—¡Aguántate, Adam!

Josh insertó la tarjeta de crédito en la ranura y empezó a poner gasolina. Echó un vistazo a su hermano a través de la luna posterior, luego se volvió de nuevo hacia el indicador numérico rotatorio. El combustible estaba carísimo. Lo mejor que podía hacer era comprarse un coche que consumiera menos.

Por fin terminó y entró en el vehículo. Miró a Adam. Su hermano tenía una expresión divertida y en el interior del coche se respiraba un olorcillo peculiar.

—Adam...

—¿Qué?

—¿Qué has hecho?

—Nada.

Josh puso en marcha el vehículo. Ese olor... De pronto, captó con la mirada algo plateado. Miró abajo y vio el cilindro tirado en el suelo, junto a los pies de su hermano. Se inclinó y lo recogió. Le pareció que pesaba poco.

—Adam...

—¡Te digo que no he hecho nada!

Josh agitó el recipiente. Estaba vacío.

—Pensaba que era óxido nitroso o algo así —admitió su hermano.

—¡Imbécil!

—¿Por qué? Si no he hecho nada.

—Eso es para las ratas, Adam. Acabas de inhalar un virus para las ratas.

Adam dio un respingo.

—¿Es malo?

—Muy bueno no es.



Cuando Josh estacionó enfrente de casa de su madre, en Beverly Hills, ya había meditado y llegado a la conclusión de que Adam no corría riesgo alguno. El retrovirus estaba destinado a infectar a las ratas y, aunque también podía infectar a los humanos, la dosis había sido calculada para un sujeto de ochocientos gramos de peso. Su hermano pesaba cien veces más; por tanto, el contacto con la sustancia no tendría manifestación clínica.

—Así, ¿estoy bien? —preguntó Adam.

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

—Lo siento —se disculpó Adam, saliendo del coche—. Gracias por acompañarme. Hasta pronto, hermanito.

—Me espero a que entres —dijo Josh.

Observó a su hermano recorrer el camino que conducía a la casa y llamar a la puerta. Su madre le abrió. Adam entró y la mujer cerró la puerta.

A él nunca le hacía caso, ni siquiera lo miraba.

Josh puso en marcha el vehículo y se alejó.

Al mediodía, Alex Burnet salió del despacho de la firma de abogados de Century City en el que trabajaba y se dirigió a casa. No estaba lejos. Vivía en un piso de Roxbury Park con Jamie, su hijo de ocho años. Este estaba resfriado y se había quedado en casa en lugar de ir a la escuela. El padre de Alex se había ofrecido a cuidar de él.

Encontró al hombre en la cocina, preparando macarrones con queso. Era lo único que Jamie querría comer en su estado.

—¿Cómo está? —le preguntó.

—Le ha bajado la fiebre, pero aún tiene mocos y tos.

—¿Tiene apetito?

—Antes no ha querido comer nada. De todas formas, me ha pedido que le hiciera macarrones.

—Buena señal —opinó Alex—. Si quieres, puedes marcharte ya.

Su padre negó con la cabeza.

—Ahora ya le he cogido el truco, no hacía falta que salieras antes del trabajo.

—Ya lo sé. —Alex hizo una pausa—. El juez ha dictado sentencia, papá.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Y?

—Hemos perdido.

Su padre continuó removiendo la pasta.

—¿En todo?

—Sí —respondió Alex—, hemos perdido en todos los supuestos. No tienes ningún derecho sobre tus tejidos. Los han considerado «residuos» que tú entregaste a la universidad para que se deshiciera de ellos. El tribunal dice que los tejidos, una vez extraídos de tu organismo, ya no te pertenecen y que, por tanto, la universidad puede hacer con ellos lo que quiera.

—Pero me hicieron volver expresamente...

—El juez opina que cualquier persona en su sano juicio se habría dado cuenta de que los tejidos iban a utilizarse con fines comerciales. Dice que, de manera tácita, tú lo aceptaste.

—Me dijeron que estaba enfermo.

—No hay nada que hacer, papá. Ha rechazado todos nuestros argumentos.

—Me mintieron.

—Ya lo sé, pero según el juez la política social debe promover la investigación médica. Si reconocieran tus derechos, estarían sentando un precedente que dificultaría futuras investigaciones. En eso es en lo que se escudan para justificar el fallo: en el bien común.

—¡Qué bien común ni que ocho cuartos! ¡Lo único que quieren es hacerse ricos! —protestó su padre—. Dios mío, tres mil millones de dólares...

—Ya lo sé, papá. Las universidades persiguen ganar dinero. Ese juez defiende exactamente lo mismo que han defendido todos los jueces de California desde la resolución del caso Moore en 1980. Al igual que en tu caso, el tribunal decidió que los tejidos del señor Moore eran residuos sobre los que él no tenía ningún derecho. Eso fue hace más de dos décadas, y desde entonces no hemos avanzado nada.

—¿Y ahora qué?

—Apelaremos —dijo Alex—. Es posible que caiga en saco roto, pero tenemos la obligación de hacerlo antes de interponer un recurso ante el Tribunal Superior de California.

—¿Cuándo podremos recurrir?

—Dentro de un año.

—No nos queda otra opción, ¿verdad? —concluyó su padre.

—Ni hablar —respondió Albert Rodríguez, haciendo girar la silla para situarse de frente al padre de Alex. Rodríguez y el resto de abogados de la UCLA se habían dirigido a la firma de abogados de Alex tras el veredicto—. No tienen ninguna posibilidad de salir airosos aunque apelen, señor Burnet.

—Me sorprende que confíen tanto en la decisión del Tribunal Superior de California —intervino Alex.

—No tenemos ni idea de cuál va a ser su decisión —dijo Rodríguez—. Lo único que sé es que perderán este caso diga lo que diga el Tribunal.

—¿Por qué? —preguntó Alex.

—La UCLA es una universidad estatal. El Consejo Rector tiene derecho a convertirse en dueño de las células de su padre, en nombre del estado de California, gracias al dominio eminente.

Alex lo miró perpleja.

—Aunque el Tribunal Superior decida que el material celular de su padre le pertenece, lo cual creemos bastante improbable, el estado se erigirá en propietario del dominio eminente.

El dominio eminente hacía referencia al derecho que tiene el estado de hacerse con una propiedad privada sin el consentimiento del dueño. Era bastante habitual su uso con finalidades públicas.

—Pero el dominio eminente se utiliza en casos de escuelas o autopistas...

—El estado también puede aplicarlo en este caso —aseguró Rodríguez—. Y no les quepa duda de que lo hará.

El padre de Alex los miraba estupefacto.

—¿Están de broma?

—Ni mucho menos, señor Burnet. Es una práctica legítima, y el estado ejercerá su derecho.

—Entonces, ¿cuál es el propósito de esta reunión? —preguntó Alex.

—Nos ha parecido conveniente informarles de la situación, por si prefieren renunciar a seguir litigando.

—¿Nos está proponiendo que dejemos el caso? —aventuró Alex.

—Es lo que yo le aconsejaría a su padre si fuera mi cliente —respondió Rodríguez.

—Claro, si se acaba el litigio, el estado se ahorra muchos gastos.

—El estado y todo el mundo —respondió Rodríguez.

—Así que lo que me propone es un acuerdo para que abandonemos el caso, ¿no?

—Ni mucho menos, señorita Burnet. Me temo que me ha entendido mal. Esto no es ninguna negociación. Solo hemos venido a exponerles nuestra postura para que puedan tomar la decisión más apropiada por su propio interés.

El padre de Alex se aclaró la garganta.

—Lo que nos están diciendo es que piensan quedarse con mis células a toda costa. Las han vendido por tres mil millones de dólares y piensan quedarse con todo el dinero sea como sea.

—Dicho así suena muy crudo, pero no se equivoca —admitió Rodríguez.

La reunión tocó a su fin. Rodríguez y los miembros de su equipo les dieron las gracias por el tiempo que les habían dedicado, se despidieron y salieron de la sala. Alex le hizo una señal de asentimiento a su padre y luego siguió a los demás abogados. A través del cristal, Frank Burnet vio que seguían hablando.

—Menudos cabrones —exclamó—. ¿En qué mundo vivimos?

—Eso mismo me pregunto yo —dijo alguien detrás de él.

Burnet se dio media vuelta.

Un joven que llevaba gafas con montura de carey se encontraba sentado en el extremo opuesto de la sala. Burnet lo recordaba bien. Había entrado durante la reunión con un termo de café y tazas y lo había depositado todo en una mesita aparte. Luego se había sentado en el rincón y allí había permanecido hasta que terminó la sesión. Burnet supuso que se trataba de un empleado recién incorporado a la plantilla; sin embargo, el joven hablaba con total seguridad.

—Reconózcalo de una vez, señor Burnet —dijo—, lo han estafado. Resulta que

sus células son muy raras y valiosas. Son eficaces fabricantes de citocinas, unas moléculas químicas que combaten el cáncer. Esa es la verdadera razón por la cual superó la enfermedad. El hecho es que sus células fabrican citocinas como churros, con mayor eficacia que cualquier proceso comercial. Por eso sus células valen tanto dinero. Los médicos de la UCLA no han producido ni inventado nada, no han realizado ninguna modificación genética. Se han limitado a coger sus células, cultivarlas en una placa y vendérselo todo a BioGen. Y a usted, amigo mío, lo han estafado.

—¿Quién es usted? —quiso saber Burnet.

—No albergue ninguna esperanza de que se haga justicia porque los tribunales son todos unos incompetentes —prosiguió el joven—. No se dan cuenta de la rapidez con que la realidad cambia, no comprenden que ya formamos parte de un mundo completamente nuevo. No están al día de las nuevas cuestiones. Puesto que sus conocimientos sobre tecnología son nulos, no saben qué procedimientos se utilizan o si se utiliza alguno. En su caso no se utilizó ningún procedimiento: a usted le robaron las células y luego las vendieron, simple y llanamente. Y al tribunal le ha parecido la mar de bien.

Burnet exhaló un hondo suspiro.

—No obstante, aún es posible que los ladrones se lleven su merecido.

—¿Qué quiere decir?

—Que como la UCLA no ha modificado sus células, otra empresa podría hacerse con ellas, realizar pequeñas modificaciones genéticas y venderlas como un producto nuevo.

—Pero si ya las tiene BioGen...

—Es cierto. Pero las líneas celulares son muy delicadas, pueden ocurrirles cosas.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Los cultivos son vulnerables a los hongos, a las infecciones bacterianas, a la contaminación e incluso a la mutación. Pueden estropearse por muchos motivos.

—Seguro que BioGen ha tomado precauciones.

—Claro que sí; sin embargo, a veces toda precaución resulta insuficiente —sugirió el hombre.

—¿Quién es usted? —insistió Burnet.

Miró a través de las paredes de cristal de la sala de reuniones. Fuera, en la gran oficina, la gente iba y venía. Se preguntó dónde se habría metido su hija.

—No soy nadie —respondió el joven—. No me conoce.

—¿Tiene una tarjeta de visita?

El hombre negó con la cabeza.

—No estoy aquí, señor Burnet.

Burnet frunció el entrecejo.

—¿Y mi hija?

—No tiene ni idea, no he hablado nunca con ella. Esto es entre usted y yo.

—Pero lo que me propone es ilegal.

—Yo no le propongo nada porque usted y yo no hemos hablado nunca —dijo el hombre—. Solo vamos a imaginarnos lo que podría pasar.

—Muy bien.

—Legalmente, no puede vender sus células puesto que el tribunal ha decidido que no le pertenecen, son de BioGen. Sin embargo, sus células pueden obtenerse de otras maneras. En el curso de su vida le han extraído sangre muchas veces y en muchos lugares distintos. Hace cuarenta años estuvo en Vietnam y el ejército le extrajo sangre. Hace veinte años lo operaron de la rodilla en un hospital de San Diego, donde le extrajeron sangre y también se quedaron con un trozo de cartílago. A lo largo de los años ha acudido a varios médicos. Le han hecho análisis de sangre y los laboratorios se han quedado con las muestras. Como ve, no resulta difícil encontrar sangre suya. Puede obtenerse a partir de bases de datos a las que cualquiera puede acceder. Lo digo por si, por ejemplo, a otra empresa le interesara utilizar sus células.

—¿Qué pasaría entonces con BioGen?

El joven se encogió de hombros.

—La biotecnología entraña dificultades. Estamos constantemente expuestos a la contaminación. Si en los laboratorios de la compañía ocurre algo malo, no es culpa suya, ¿verdad?

—Pero ¿cómo...?

—No tengo ni idea. Pueden ocurrir muchas cosas.

Se hizo un breve silencio.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Burnet.

—Recibirá cien millones de dólares.

—¿A cambio de qué?

—De la biopsia por punción de seis órganos.

—Pensaba que era muy fácil obtener sangre mía.

—En teoría, sí. Si hubiera un litigio, podría alegarlo. Sin embargo, en la práctica las empresas prefieren células frescas.

—No sé qué decir.

—No se preocupe. Piénselo, señor Burnet. —El joven se puso en pie y se colocó bien las gafas sobre el caballete de la nariz—. Lo han estafado, pero no por eso tiene que tirar la toalla.

Extraído de la revista *Alumni News* de Beaumont College

**ENCARNIZADO DEBATE EN TORNO A LAS CÉLULAS**

## MADRE

*Tratamientos efectivos «a décadas vista»  
El profesor McKeown sorprende a la audiencia.*

Max Thaler

El afamado biólogo Kevin McKeown sorprendió a la numerosa audiencia de Beaumont Hall al considerar la investigación con células madre «un fraude brutal».

«Lo que les han contado no es más que un mito cuya finalidad es asegurar fondos a los investigadores a costa de dar falsas esperanzas a los enfermos graves —afirmó el profesor—. Vamos a ceñirnos a la verdad».

Según explicó el profesor, las células madre se llaman así porque tienen la capacidad de transformarse en otras células. Las hay de dos clases. Las células madre adultas se encuentran por todo el organismo: en los músculos, en el cerebro, en el tejido hepático, etcétera. Estas pueden generar nuevas células, pero solo del tejido en el cual se encuentran. Son muy importantes porque el cuerpo humano renueva todas las células cada siete años.

Las investigaciones relativas a células madre adultas no presentan, en general, datos controvertidos. Sin embargo, hay otro tipo de células madre: las llamadas células madre embrionarias. Las progenitoras de este tipo sí que resultan muy polémicas. Se encuentran en la sangre del cordón umbilical y también pueden obtenerse de embriones jóvenes. Las células madre embrionarias son pluripotenciales, lo cual significa que tienen la capacidad de transformarse en cualquier tipo de tejido. Sin embargo, la investigación resulta controvertida porque implica la utilización de embriones humanos, los cuales muchas personas consideran, tanto por motivos religiosos como de otros tipos, que gozan de los mismos derechos que cualquier ser humano. Este viejo debate no tiene visos de resolverse pronto.

### **LOS CIENTÍFICOS TEMEN QUE SE PROHIBA LA INVESTIGACIÓN**

La administración estadounidense ha declarado que está permitida la obtención de células madre a partir de líneas de investigación existentes, pero no de nuevos embriones. Los científicos consideran que las líneas existentes son insuficientes y por ese motivo entienden la resolución como una prohibición de hecho para la investigación. Esa es la razón por la cual han empezado a recurrir a centros privados con el fin de llevar a cabo los experimentos, sin ayuda económica gubernamental.

Sin embargo, el problema real no se reduce a la simple carencia de células madre. Lo cierto es que, para que se produjeran efectos terapéuticos, los científicos necesitarían que cada persona dispusiera de sus propias células madre pluripotenciales. Así, un órgano podría regenerarse o se repararían los daños causados por una herida o una enfermedad, incluso una parálisis sería reversible. Es el sueño dorado. En la actualidad, nadie es capaz de llevar a la práctica semejantes milagros terapéuticos, nadie tiene siquiera una vaga idea de cómo llegar a lograrlo. Lo que está claro es que, en primer lugar, se necesitarían células.

En el caso de los recién nacidos, es posible recoger sangre del cordón umbilical y congelarla. Muchas personas llevan a cabo actualmente esa práctica con sus hijos. Pero ¿qué ocurrirá con los adultos? ¿De dónde sacaremos las células madre pluripotenciales?

Esa es la pregunta que todos nos hacemos.

### **HACIA EL SUEÑO TERAPÉUTICO**

Las células madre con las que contamos los adultos solo pueden producir un tipo de tejido. Pero ¿cabe la posibilidad de que de algún modo estas células madre adultas se conviertan en embrionarias? La transformación permitiría que todos los adultos contáramos con nuestras propias células madre embrionarias a punto para ser utilizadas en el momento necesario. Así, el sueño terapéutico se haría realidad.

Pues bien, la cuestión es que sí que es posible la transformación regresiva de las células madre adultas, pero solo introduciéndolas en un óvulo. Por algún motivo, en el interior del óvulo se deshace la diferenciación y la célula adulta vuelve a ser una célula embrionaria. Sin duda es una buena noticia, aunque conseguirlo con células humanas resulta infinitamente difícil. Aun en el supuesto de que el método funcionara en seres humanos, se necesitaría una cantidad enorme de cigotos para ponerlo en práctica, lo cual vuelve a desatar la polémica.

Por ese motivo, los científicos están buscando formas alternativas de convertir las células madre adultas en pluripotenciales. El esfuerzo se está llevando a cabo a escala mundial. Un investigador de Shangai ha inyectado células madre humanas en óvulos de gallina y ha obtenido resultados ambiguos; mientras, otros se limitan a manifestar su desaprobación. Por ahora, no está claro que ese tipo de métodos llegue a funcionar.

Lo que tampoco está claro es que el sueño de las células madre (trasplantes sin rechazo, reversibilidad de lesiones en la médula espinal, etcétera) llegue a hacerse realidad. Los abogados han interpuesto demandas fraudulentas y los medios de comunicación han especulado de forma



absurda durante años. A los pacientes afectados por enfermedades graves se les ha hecho creer que el remedio aguarda a la vuelta de la esquina. Por desgracia, tal afirmación no es cierta. Para obtener medidas terapéuticas eficaces faltan todavía muchos años, tal vez décadas enteras. Muchos científicos serios han afirmado en declaraciones privadas que hasta el año 2050 no se sabrá si la terapia de las células madre resulta efectiva, y señalan al respecto que tuvieron que pasar cuarenta años desde que Watson y Crick descodificaron el genoma humano hasta que la terapia génica despuntó.

### **UN ESCÁNDALO SACUDE AL MUNDO ENTERO**

Fue en el año 2004, en plena euforia esperanzada y bombo publicitario, cuando el bioquímico coreano Hwang WooSuk anunció que había conseguido generar con éxito una célula madre embrionaria a partir de otra adulta mediante la transferencia nuclear somática, es decir, inyectándola en un óvulo humano. Hwang era conocido por su adicción al trabajo: pasaba en el laboratorio dieciocho horas al día los siete días de la semana. Su emocionante artículo fue publicado en la revista *Science* en marzo de 2005. Investigadores de todo el mundo acudieron en peregrinación a Corea. El tratamiento con células embrionarias humanas parecía estar de pronto al alcance de la mano. Hwang se convirtió en un héroe en Corea y le propusieron dirigir el nuevo World Stem Cell Hub (Centro Mundial de Células Madre), financiado por el gobierno coreano.

Sin embargo, en noviembre de 2005, un colaborador estadounidense de Pittsburgh anunció que iba a poner fin a la relación laboral con Hwang. Luego, un colega del bioquímico coreano reveló que este había obtenido óvulos de forma ilegal, de las trabajadoras de su laboratorio.

En diciembre de 2005, la Universidad Nacional de Seúl anunció que las líneas celulares de Hwang eran pura mentira, igual que los artículos que había publicado en *Science*. La revista retiró los artículos. Ahora Hwang se enfrenta a cargos criminales. Ese es el estado de la situación.

### **PELIGROS DEL «BOMBO MEDIÁTICO»**

«¿Qué lección puede extraerse de todo esto? —se pregunta el profesor McKeown—. En primer lugar, tenemos que aprender que en un mundo invadido por los medios de comunicación, el constante bombo publicitario concede un crédito injustificado a las afirmaciones más disparatadas. Durante años, los medios de comunicación han vendido la investigación con células madre como un milagro inminente. Así, en el momento en que alguien anunció que el sueño se había hecho realidad, recibió entero

crédito. Si eso es o no una prueba de que el bombo mediático representa un peligro, júzguenlo ustedes mismos. Una noticia así no solo resulta cruel por despertar vanas esperanzas en los enfermos, también afecta a los científicos. La comunidad empieza a creer que el milagro aguarda a la vuelta de la esquina, a pesar de que deberían tener más juicio.

»¿Cómo podemos combatir el bombo mediático? Si las instituciones científicas lo desearan, al cabo de una semana habrían terminado con él. Por desgracia, no es así. Les encanta la publicidad, saben que atrae subvenciones. Por eso no harán nada por cambiar las cosas. Yale, Stanford y Johns Hopkins promueven la difusión mediática tanto como Exxon o Ford, y lo mismo hacen los investigadores de esas instituciones a título individual. Tanto los científicos como las universidades están cada vez más motivados por el éxito comercial, al igual que las empresas. Si alguna vez oyen a un científico declarar que han exagerado sus afirmaciones o que las han sacado de contexto, pregúntenle si ha enviado una carta al editor para quejarse. El 99 por ciento de las veces la respuesta será negativa.

»Otra lección tiene que ver con la supervisión por parte de los colegas. Todos los artículos de Hwang que se publicaron en *Science* habían sido supervisados por colegas suyos. Si hacía falta alguna prueba de que dicho tipo de supervisión es un ritual absurdo, este suceso es un claro ejemplo. Hwang hizo unas afirmaciones extraordinarias, sin embargo no proporcionó pruebas extraordinarias. Muchos estudios han demostrado que la supervisión corporativista no mejora en nada la calidad de los artículos científicos, y los investigadores lo saben. No obstante, los profanos siguen considerándolo una garantía de calidad y así dicen: “Este artículo lo ha supervisado un colega del autor” o “Este artículo no ha sido supervisado” como si eso fuera importante, cuando en realidad no lo es.

»Lo siguiente que tenemos que aprender guarda relación con las propias publicaciones. ¿Dónde aparecía la firma del editor de *Science*? No olviden que la revista es en realidad una gran empresa, en ella trabajan 115 personas. Con todo, el fraudulento ultraje, que incluía fotografías retocadas con Adobe Photoshop, no se detectó. El Photoshop es conocido como una de las herramientas con las que más se practica el fraude científico. Sin embargo, la revista no tuvo forma de detectarlo.

»No es que *Science* sea la única revista que publica mentiras. Artículos fraudulentos han aparecido también en el *New England Journal of Medicine*; los autores ocultaron información de vital importancia sobre infartos provocados por el analgésico Vioxx. En *The Lancet* se publicó una investigación sobre drogas y cáncer oral que resultó ser una pura

invención. El simple hecho de que 250 de los pacientes compartieran la misma fecha de nacimiento tendría que haber despertado sospechas. El fraude médico es más que un escándalo, es una amenaza contra la salud pública. Sin embargo, continúa».

#### **EL COSTE DEL FRAUDE**

«El coste que supone un fraude así es enorme —afirma McKeown—. Se estima en treinta mil millones de dólares anuales pero es probable que triplique esa cifra. El fraude en el ámbito científico no es extraño y no es práctica exclusiva de los más osados. Los investigadores y las instituciones más respetadas han falsificado datos alguna vez. Incluso Francis Collins, director del Proyecto del Genoma Humano de los NIH, aparece como coautor de cinco artículos engañosos que deberían haber sido retirados de la circulación.

»La lección más importante que debemos aprender es que la ciencia no es algo especial; por lo menos, ya no. Tal vez lo fuera cuando Einstein hablaba con Niels Bohr y no existían más que unos pocos especialistas importantes en cada campo. Ahora, en cambio, Estados Unidos cuenta con tres millones de investigadores. La ciencia ya no es una vocación, es una profesión, una actividad humana igual de corruptible que cualquier otra. Los que la ejercen no son santos, son seres humanos, y hacen lo mismo que el resto de seres humanos: mentir, engañar, robarse unos a otros, entablar demandas, ocultar datos, falsificarlos, darse una importancia exagerada y desacreditar injustamente a los que sostienen un punto de vista opuesto. Así es la naturaleza humana, y nunca cambiará».

En el laboratorio de animales de BioGen, Tom Weller avanzaba entre las hileras de jaulas junto a Josh Winkler, quien iba administrando a las ratas dosis de virus con genes añadidos. Esa era su rutina diaria. De pronto, sonó el móvil de Tom.

Josh se volvió a mirarlo. Él era el jefe y podía permitirse hablar por teléfono en horas de trabajo, pero Tom no. Weller se despojó de uno de los guantes de látex y se sacó el teléfono del bolsillo.

—¿Diga?

—Tom.

Era su madre.

—Hola, mamá, estoy en el trabajo.

Josh le dedicó otra mirada.

—¿Puedo llamarte más tarde?

—Tu padre tuvo anoche un accidente de coche —dijo—. Ha... muerto.

—¿Qué? —Tom se mareó de súbito. Se apoyó en las jaulas de ratas y exhaló un suspiro poco profundo. Josh lo miraba ahora con expresión de preocupación—. ¿Cómo ha ocurrido?

—Fue hacia la medianoche. Se estrelló contra un paso elevado —explicó su madre—. Lo llevaron al hospital Long Beach Memorial pero ha muerto esta mañana a primera hora.

—Dios mío. ¿Estás en casa? —preguntó Tom—. ¿Quieres que vaya? ¿Lo sabe Rachel?

—Acabo de hablar con ella.

—Muy bien. Ahora mismo voy —resolvió Tom.

—Tom —empezó su madre—, no me gusta nada tener que pedirte esto, pero...

—¿Quieres que se lo diga a Lisa?

—Lo siento, no puedo localizarla. —Lisa era la oveja negra de la familia. Era la más joven de los hermanos, acababa de cumplir los veinte años. Hacía muchos años que su madre no hablaba con ella—. ¿Sabes por dónde anda, Tom?

—Me parece que sí. Me llamó hace unas cuantas semanas.

—¿Para pedirte dinero?

—No, solo me llamó para darme su dirección. Vive en Torrance.

—No sé dónde localizarla —repitió su madre.

—Iré a buscarla —se ofreció él.

—Dile que el funeral será el jueves, por si quiere venir.

—Se lo diré.

Tom colgó el teléfono y se volvió hacia Josh. Este lo miraba con expresión preocupada y comprensiva.

—Mi padre ha muerto.

—Lo siento mucho.

—Tuvo un accidente de coche ayer por la noche. Tengo que avisar a mi hermana.

—¿Te marchas ya?

—Al salir pasaré por la oficina y le pediré a Sandy que me sustituya.

—Sandy no sabe hacer esto. No conoce la rutina...

—Josh —lo atajó Tom—, tengo que irme.

El tráfico saturaba la 405. Tardó casi una hora en llegar hasta el edificio de apartamentos en mal estado de South Acre, en Torrance. Llamó al timbre del piso treinta y ocho. El edificio se alzaba muy cerca de la autopista y el rugido del tráfico era constante.

Sabía que Lisa trabajaba de noche, pero ya eran las diez de la mañana. Tal vez estuviera despierta. De pronto, oyó claramente el sonido del portero electrónico y abrió la puerta. El vestíbulo olía a orín de gato. El ascensor no funcionaba, así que subió la escalera hasta la tercera planta, esquivando las bolsas de basura. Un perro había rasgado una y el contenido se había desparramado por unos cuantos escalones.

Tom se detuvo frente al número treinta y ocho y llamó al timbre.

—¡Un momento, joder! —gritó su hermana desde dentro. Él aguardó. Por fin, la chica abrió la puerta. Llevaba puesto un albornoz y se había recogido el corto pelo moreno. Parecía molesta—. Me ha llamado la bruja.

—¿Mamá?

—Sí, me ha despertado, la muy bruja. —Se dio media vuelta y entró en el piso. Su hermano la siguió—. Pensaba que me traían la bebida.

El piso estaba hecho un desastre. Lisa se dirigió tranquilamente a la cocina y rebuscó entre las sartenes y los platos amontonados en el fregadero. Encontró una taza y la aclaró.

—¿Te apetece un café?

El negó con la cabeza.

—Mierda, Lisa —exclamó—. Tienes el piso hecho una pocilga.

—Trabajo de noche, ya lo sabes.

Lisa nunca se había ocupado demasiado de su entorno. De niña, su dormitorio estaba permanentemente hecho una leonera, pero a ella no parecía importarle. Tom observó por entre las mugrientas cortinas de la cocina el tráfico que circulaba a paso

de tortuga por la 405.

—¿Qué tal te va el trabajo?

—¿A ti qué te parece? Hago de camarera en una cafetería. Todas las noches la misma mierda.

—¿Qué te ha dicho mamá?

—Quería saber si voy a ir al funeral.

—¿Y tú qué le has contestado?

—La he mandado al carajo. ¿Por qué iba a ir? No era mi padre.

Tom suspiró. Esa discusión era ya un clásico en la familia. Lisa estaba convencida de que no era hija de John Weller.

—Tú piensas lo mismo —le dijo a Tom.

—Sí.

—Lo que pasa es que siempre dices lo que mamá quiere que digas.

Cogió una colilla de un cenicero rebosante y se inclinó sobre los fogones para encenderla con el quemador.

—¿Iba bebido cuando tuvo el accidente?

—No lo sé.

—Seguro que se había puesto hasta el culo de alcohol, o de los asteroides esos que se chutaba para desarrollar los músculos.

El padre de Tom practicaba culturismo. Se había aficionado ya de mayor y había llegado incluso a participar en concursos para amateurs.

—Papá no se chutaba esteroides.

—Claro que sí, Tom. Yo metí muchas veces las narices en su cuarto de baño y vi las agujas.

—Vale, por eso no te caía bien.

—Eso ahora da lo mismo —dijo ella—. No era mi padre, me da igual lo que hiciera o dejara de hacer.

—Mamá siempre decía que sí que era tu padre, que tú decías que no porque no te caía bien.

—Mira, ¿sabes? Vamos a averiguarlo de una vez por todas.

—¿Qué quieres decir?

—Podemos pedir las pruebas de paternidad.

—Lisa, no empieces.

—No empiezo, acabo.

—No lo hagas, prométeme que no lo harás. Mira, papá ha muerto y mamá está disgustada. Prométemelo.

—Eres un cagado, ¿sabes?

En ese momento Tom se dio cuenta de que a Lisa se le saltaban las lágrimas. La rodeó con los brazos y ella se echó a llorar. Él se limitó a abrazarla mientras notaba

los movimientos espasmódicos de su cuerpo.

—Lo siento —dijo ella—. Lo siento mucho.

Cuando su hermano se hubo marchado, Lisa calentó una taza de café en el microondas y luego se sentó frente a la pequeña mesa de la cocina, junto al teléfono. Llamó a información y consiguió el número del hospital. Al cabo de unos instantes, oyó a la recepcionista responder:

—Long Beach Memorial.

—Con el depósito de cadáveres, por favor —dijo.

—Lo siento. El depósito está en la oficina del forense del condado. ¿Quiere el teléfono?

—Un familiar mío ha muerto en el hospital. ¿Sabe dónde lo tienen?

—Un momento, por favor, le pasaré con anatomía patológica.

Al cabo de cuatro días, su madre volvió a llamarla.

—¿A qué coño estás jugando?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué haces yendo al hospital y pidiendo una muestra de sangre de tu padre?

—No era mi padre.

—Lisa, ¿todavía sigues con esa monserga?

—Te digo que no era mi padre, las pruebas genéticas han salido negativas. Lo pone aquí. —Cogió la hoja impresa—. Hay menos de una posibilidad entre 2,9 millones de que John Weller fuera mi padre.

—¿Qué pruebas genéticas?

—He pedido las pruebas de paternidad.

—Eres una asquerosa.

—No, mamá, la asquerosa eres tú. John Weller no era mi padre, las pruebas lo demuestran. Siempre he sabido que me engañabas.

—Ya veremos en qué queda todo esto —la amenazó su madre, y colgó el teléfono.

Una media hora más tarde la telefoneó Tom, su hermano.

—Hola, Lisa. —Parecía despreocupado y relajado—. Acaba de llamarme mamá.

—Me ha comentado algo sobre unas pruebas.

—Sí. He pedido las pruebas, Tommy. Y ¿sabes qué?

—Sí, ya lo sé. ¿Dónde han hecho esas pruebas, Lisa?

—En un laboratorio de aquí, de Long Beach.

—¿Cómo se llama?

—BioRad Testing.

—Ya. Esos laboratorios que se anuncian por internet no son muy fiables. Lo sabes, ¿verdad?

—Me han garantizado el resultado.

—Mamá está muy enfadada.

—Pues peor para ella —respondió Lisa.

—¿Sabes que ahora va a pedir ella las pruebas? ¿Y que te demandará? La estás acusando de infidelidad.

—Mira, Tommy, ¿sabes? Me importa un bledo.

—Lisa, me parece que todo esto está creando muchos problemas innecesarios en torno a la muerte de nuestro padre.

—De tu padre, querrás decir. Mío no lo era.



Kevin McCormick, el administrador jefe del Long Beach Memorial, miró al hombre de figura rechoncha que acababa de entrar en su despacho.

—¿Cómo coño es posible que haya ocurrido una cosa así? —le espetó, plantándole delante un montón de papeles.

Marty Roberts, el jefe de anatomía patológica, echó un vistazo rápido al documento.

—No tengo ni idea —respondió.

—La viuda del señor John J. Weller nos ha demandado por entregar sin su permiso una muestra de tejido a la hija del fallecido.

—¿Cuál es la situación legal? —preguntó Marty Roberts.

—No está clara —respondió McCormick—. Según la ley, la hija es miembro de la familia y, por tanto, tiene pleno derecho a pedir que se le entreguen muestras de tejidos para detectar enfermedades que podrían afectarle. El problema es que pidió una prueba de paternidad y el resultado fue negativo, así que no es su hija, lo cual da pie a argumentar que no estábamos autorizados a entregarle la muestra.

—Pero en aquel momento nosotros no lo sabíamos.

—Por supuesto que no, pero la ley es la ley. Lo único que importa es que la familia puede demandarnos. Tienen fundamentos para presentar una querrela, y lo han hecho.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó Marty.

—Enterrado. Hace ocho días.

—Ya. —Marty hojeó el documento—. Y ¿qué piden?

—Además de daños y perjuicios, quieren que se les entreguen muestras de sangre y de tejidos para volver a realizar las pruebas —dijo McCormick—. ¿Guardamos muestras de sangre y de tejidos de los fallecidos?

—Lo comprobaré —respondió Marty—, aunque me imagino que sí.

—¿Sí?

—Seguramente. Hoy en día se guardan muestras de todo, Kevin. Se recoge todo lo que la ley permite de las personas que pasan por el hospital.

—Esa no es la respuesta correcta —repuso McCormick, fulminándolo con la mirada.

—¿Pues qué tengo que decir?

—Que no guardamos los tejidos de ese hombre.

—Pero ya saben que sí. Como mínimo saben que tenemos sangre porque le hicimos una prueba de tóxicos después del accidente.

—Pues la hemos perdido.

—De acuerdo, la hemos perdido. ¿Y de qué va a servirnos? Siempre pueden desenterrar el cuerpo y extraer tantas muestras como quieran.

—Precisamente.

—No te entiendo.

—Que lo hagan. Es lo que aconseja el abogado. La exhumación lleva tiempo y cuesta mucho dinero. Supongamos que no tienen tiempo ni dinero... Se olvidarán de todo.

—Estupendo —dijo Marty—. Entonces, ¿para qué me has hecho venir?

—Porque tienes que volver a anatomía patológica y confirmármelo. Resulta que, por desgracia, no tenemos más muestras del cadáver. Todo lo que no le dimos a la hija, lo hemos tirado o se ha perdido.

—Ya.

—Llámame como máximo dentro de una hora —le ordenó McCormick, y se dio media vuelta.

Marty Roberts entró en el laboratorio de anatomía patológica de la planta baja. Su ayudante, Raza Rashad, un joven de veintisiete años, muy atractivo y de ojos negros, se encontraba limpiando los tableros de acero inoxidable para el siguiente trabajo. A decir verdad, era Raza quien gestionaba el laboratorio. A Marty lo absorbían por completo la gran carga de trabajo administrativo que conllevaba la gestión del personal: especialistas sénior de patología, residentes, estudiantes de turnos rotativos y demás empleados. Había llegado a confiar por completo en Raza, que era muy inteligente y ambicioso.

—Oye, Raza, ¿te acuerdas del blanco de cuarenta y seis años de hace una semana que presentaba heridas por colisión? Se estrelló contra un paso elevado.

—Sí, sí que lo recuerdo. Se llamaba Heller, o Weller.

—¿Te acuerdas de que la hija nos pidió una muestra de sangre?

—Sí. Ya se la dimos.

—Pues resulta que ha pedido las pruebas de paternidad y han salido negativas. Ese hombre no era su padre.

Raza lo miró sin dar crédito.

—¿De verdad?

—Sí. Ahora resulta que la madre está hecha una furia. Quiere más muestras. ¿Qué tenemos?

—Lo miraré. Supongo que lo de siempre. Todos los órganos principales.

—¿Cabe alguna posibilidad de que el material se haya extraviado? ¿De que no podamos dar con él? —preguntó Marty.

Raza asintió despacio, mirando a Marty fijamente.

—Es posible, sí. Siempre cabe la posibilidad de que nos hayamos equivocado al etiquetarlo. Si es así, nos costará mucho encontrarlo.

—¿Varios meses?

—Años, incluso; tal vez no lo encontremos nunca.

—Qué lástima —se lamentó Marty—. ¿Y la muestra de sangre para la prueba de tóxicos?

Raza frunció el entrecejo.

—La guarda el laboratorio, nosotros no tenemos acceso a su almacén.

—Así que aún la tienen, ¿no?

—Sí.

—¿Seguro que no tenemos acceso a su almacén?

Raza sonrió.

—Puede que me lleve unos cuantos días.

—Muy bien. Hazlo.

Marty Roberts se dirigió al teléfono y marcó el número del despacho del administrador. Cuando McCormick se puso, le dijo:

—Tengo malas noticias, Kevin. Por desgracia, no tenemos ninguna muestra: o se han perdido o no están almacenadas en su sitio.

—Lo lamento —dijo McCormick, y colgó.

—Oye, Marty, ¿hay algún problema con ese tal Weller? —preguntó Raza, entrando en el despacho.

—No —respondió Marty—. Ya no. Y te lo tengo dicho, no me llames Marty. Llámame doctor Roberts.

## C010

En el laboratorio de Radial Genomics de La Jolla, Charlie Huggins volvió la pantalla plana de su ordenador para mostrarle a Henry Kendall el titular: «El simio parlante es un fraude».

—¿Qué te había dicho? —presumió Charlie—, apenas ha pasado una semana y ya sabemos que la historia es mentira.

—Muy bien, muy bien. Me equivoqué —reconoció Henry—. Lo admito, estaba preocupado por una tontería.

—Muy preocupado...

—Eso ya pasó. ¿Podemos hablar de cosas importantes?

—¿De qué?

—Del gen de la novedad. Nos han denegado la subvención. —Empezó a teclear—. Nos han vuelto a joder. Ha sido cosa de tu amiguito, el pope de la dopamina, el doctor Robert A. Bellarmino de los NIH.

Durante los últimos diez años, el estudio del cerebro se había ido centrando cada vez más en un neurotransmisor llamado dopamina. Los niveles de la sustancia parecían importantes para que la salud no se viera afectada por enfermedades como el párkinson o la esquizofrenia. Del trabajo realizado en el laboratorio de Charlie Huggins se deducía que los receptores cerebrales de dopamina estaban regulados por el gen D4DR entre otros. El laboratorio de Charlie iba a la vanguardia de la investigación hasta que un científico rival llamado Robert Bellarmino que trabajaba en los National Institutes of Health empezó a referirse al D4DR como el «gen de la novedad», el gen que supuestamente controlaba la necesidad de asumir riesgos, cambiar con frecuencia de compañero sexual y tender a comportamientos que implicaran la búsqueda de emociones fuertes.

Tal como expuso Bellarmino, el hecho de que los niveles de dopamina fueran más altos en los hombres que en las mujeres explicaba que los primeros exhibieran una conducta más temeraria y, por tanto, se sintieran atraídos por ciertas cosas, desde escalar montañas hasta la infidelidad.

Bellarmino era cristiano evangélico y jefe de investigación de los NIH. Dotado para la política, representaba el ideal de científico moderno, una combinación

perfecta de discreto talento para la ciencia y gran habilidad mediática. Su laboratorio fue el primero en contratar a su propia empresa de publicidad y, como resultado, sus ideas siempre recibían mucha cobertura periodística. (Ese hecho, a su vez, atraía a los estudiantes de posdoctorado más brillantes y ambiciosos, quienes realizaban para él un excelente trabajo y le conferían más prestigio si cabe del que ya gozaba).

Respecto al D4DR, Bellarmino era capaz de adaptar sus comentarios a las convicciones de la audiencia. Así, podía hablar del nuevo gen con gran entusiasmo a los grupos progresistas y despreciarlo ante los más conservadores. Era un hombre muy expresivo, tenía una gran visión de futuro y no moderaba sus pronósticos. Se había atrevido incluso a sugerir que un día podría llegar a fabricarse una vacuna contra la infidelidad.

Comentarios absurdos como aquel habían molestado tanto a Charlie y a Henry que seis meses atrás habían solicitado una subvención para investigar la preponderancia del «gen de la novedad».

Su propuesta era muy sencilla. Enviarían equipos de investigadores a los parques de atracciones para extraer muestras de sangre a los sujetos que frecuentaban la montaña rusa durante la jornada. En teoría, los grandes aficionados a esa atracción tenían mayor probabilidad de portar el gen.

El único problema en relación con la solicitud a la NSF era que la propuesta sería evaluada por investigadores anónimos, y había muchas posibilidades de que uno de ellos fuera Robert Bellarmino. Y el hombre era muy conocido por lo que suavemente podría llamarse «apropiación de ideas ajenas».

—Sea como sea, la cuestión es que la NSF ha rechazado nuestra propuesta —dijo Henry—. Los investigadores no consideran la idea digna de ponerse en práctica. Uno de ellos la califica de demasiado «lúdica».

—Ya, y ¿qué tiene que ver Robón Rob en todo esto?

—¿Te acuerdas de dónde propusimos llevar a cabo el estudio?

—Claro —respondió Charlie—. En dos de los parques de atracciones más grandes del mundo, en dos países distintos. El parque Sandusky de Estados Unidos y el de Blackpool, en Inglaterra.

—Adivina quién ha salido de viaje —dijo Henry, y accionó el icono del correo electrónico.

De: Rob Bellarmino, NIH.

Asunto: Respuesta automática por ausencia: Viaje.

Estaré fuera de la oficina durante las próximas dos semanas. Si necesita una respuesta urgente, póngase en contacto con la oficina por teléfono.

—He llamado a su oficina. ¿Sabes dónde está? Bellarmino se ha marchado a Ohio, a Sandusky. Y Luego irá Inglaterra, a Blackpool.

—Qué hijo de puta —renegó Charlie—. Si uno piensa robarle la idea a otro, lo mínimo que puede hacer es cambiarla un poco.

—Es evidente que a Bellarmino no le preocupa nada que nos enteremos —opinó Henry—. ¿No te cabrea? ¿Qué te parece si vamos a por él? ¿Lo denunciaremos por falta de ética?

—Nada me gustaría más —aseguró Charlie—, pero no. Para acusarlo formalmente de falta de ética profesional hace falta mucho papeleo y tiempo. Y la subvención podría esfumarse.

Además, al final no serviría de nada. Rob es un pez gordo de los NIH, dispone de unas instalaciones estupendas y se gasta millones en becas. A menudo se reúne con miembros del Congreso para desayunar y rezar. Es un científico creyente. En el Capitolio lo adoran. No le achacarán la falta de ética profesional, no lo inculparían aunque lo descubriéramos sodomizando a un ayudante.

—Así que no tenemos más remedio que tragar, ¿no?

—No vivimos en un mundo perfecto —dijo Charlie—. Tenemos mucho trabajo. Será mejor dejarlo correr.

Barry Sindler estaba harto. La mujer que tenía enfrente no paraba de refunfuñar. Era la típica ricachona del Este que llevaba bien puestos los pantalones. Se comportaba a lo Katherine Hepburn: segura de sí misma, con voz nasal y acento de Newport. Sin embargo, a pesar de su aire aristocrático, lo único que sabía hacer era tirarse al profesor de tenis, como todas las cabezas de chorlito con tetas de silicona de Los Ángeles.

No obstante, iba bien acompañada por el imbécil de su abogado, vestido con su traje de raya diplomática, camisa de cuello abotonado, corbata de moaré y ridículos zapatitos de cordones de puntera picada, un memo salido de Ivy League que se llamaba Bob Wilson. No hacía falta pensar mucho para adivinar por qué todo el mundo lo llamaba Wilson el Blanco. Nunca se cansaba de recordarles a los demás que había estudiado en Harvard, como si les importara un carajo. A Barry Sindler no, desde luego. Sabía que Wilson era un caballero, lo cual equivalía a ser un gallina. No se le tiraría al cuello.

Sindler, en cambio, siempre se tiraba al cuello de sus víctimas.

La mujer, Karen Diehl, seguía hablando. Santo Dios, cuánto hablaban las putas ricachonas. Sindler no la interrumpía porque no quería que el Blanco anotara en el informe que Sindler la estaba acosando. Wilson se lo había advertido ya cuatro veces. Pues muy bien, que la bruja hablara cuanto quisiera. Que contara con todo lujo de detalles la agotadora y pasmosamente aburrida historia de por qué su marido era un padre pésimo y un jodido sinvergüenza. A fin de cuentas, era ella quien le había puesto los cuernos.

No es que eso fuera a salir a relucir ante el tribunal. En California no hacía falta inculpar a ninguno de los esposos para conseguir el divorcio, no tenía por qué ocurrir nada en particular, bastaba con que existieran «diferencias irreconciliables». Sin embargo, la infidelidad de la mujer siempre animaba el proceso. En manos de un experto, como por ejemplo Barry, ese hecho podía tergiversarse con facilidad para insinuar que aquella mujer tenía prioridades que le importaban más que sus queridos hijos. Desatendía sus necesidades, no era una tutora de fiar, era una egoísta que solo se preocupaba de su propio bienestar mientras los niños quedaban al cuidado de la asistente hispana.

Y para tener veintiocho años estaba de muy buen ver. Eso también jugaría en su

contra. Barry Sindler veía perfilarse con claridad el grueso de su argumentación. Y Wilson el Blanco parecía un poco inquieto. Era probable que adivinara hacia dónde pensaba orientar Sindler el caso.

O tal vez le extrañara el mero hecho de que atendiera a su diente. Barry Sindler no solía encargarse de las declaraciones de los esposos; siempre dejaba esas tareas a los memos de los subordinados que trabajaban en su firma de abogados mientras él se pasaba el día en el centro, acumulando las rentables horas de su presencia en los tribunales.

Al fin la mujer se calló para tomar aire. Sindler aprovechó para meter baza.

—Señora Diehl, me gustaría aparcar momentáneamente este tema y pasar a otro. Le estamos pidiendo formalmente que se someta a una batería completa de pruebas genéticas en un centro reputado, a ser posible la UCLA, y...

La mujer se incorporó de golpe en su asiento. Sus mejillas enrojecieron al instante.

—¡No!

—No se precipite —la tranquilizó el Blanco, y posó la mano en el brazo de su diente. Ella la apartó con un gesto airado.

—¡He dicho que no! ¡Ni hablar! ¡Me niego rotundamente!

Estupendo. Sindler no había previsto semejante reacción; era estupendo.

—En previsión a su posible negativa, hemos redactado el borrador de una petición al tribunal para que ordene las pruebas —prosiguió Sindler, y le entregó un documento al Blanco—. Estamos casi seguros de que el juez se mostrará de acuerdo.

—Nunca había oído nada parecido —protestó el Blanco mientras hojeaba las páginas—. Pruebas genéticas en un caso de custodia...

Para entonces la señora Diehl estaba completamente histérica.

—¡No! ¡No! ¡He dicho que no! Ha sido idea de ese gilipollas, ¿verdad? ¡Cómo se atreve! ¡Es un asqueroso hijo de puta!

El Blanco observaba a su diente con perplejidad.

—Señora Diehl —empezó—, creo que será mejor que hablemos de esto en privado.

—¡No! ¡No hay nada de que hablar! ¡Nada de pruebas! ¡He dicho que no y sanseacabó!

—En ese caso no nos queda más opción que recurrir al juez —dijo Sindler, encogiéndose ligeramente de hombros.

—¡Váyase a la mierda! ¡Y él también! ¡Todos a la mierda! ¡Las pruebas se las hará su puta madre!

Dicho esto, se levantó, cogió el bolso, salió de la sala pisando con fuerza y dio un portazo.

Se hizo un instante de silencio. Al fin Sindler habló.



—Incluya en su informe que a las tres cuarenta y cinco de la tarde la declarante salió del despacho y tuvimos que dar por finalizada la sesión.

Empezó a guardar los documentos en el maletín.

—Nunca había oído nada parecido, Barry —admitió Wilson el Blanco—. ¿Qué pinta una batería de pruebas genéticas en un caso de custodia?

—Los resultados nos lo dirán —respondió Sindler—. Es un procedimiento nuevo, pero estoy seguro de que pronto se convertirá en habitual. —Cerró el maletín, estrechó la mano flácida del Blanco y abandonó el despacho.

Josh Winkler acababa de cerrar la puerta de su despacho y se dirigía a la cafetería cuando sonó el móvil. Era su madre. Hablaba en tono amable, lo cual siempre resultaba alarmante.

—Josh, cariño, dime qué le has hecho a tu hermano.

—¿Qué quieres decir? Yo no le he hecho nada, hace dos semanas que no lo veo, desde que fui a buscarlo a la cárcel.

—Hoy era cuando tenía que comparecer ante el juez —explicó su madre—. Y Charles ha acudido a representarlo.

—Ah... —Esperaba a que le cayera la reprimenda—. ¿Cómo ha ido?

—Adam ha llegado puntual al juzgado, con una camisa limpia y corbata, y el traje y el pelo bien arreglados; hasta se ha limpiado los zapatos. Se ha declarado culpable y ha pedido que lo incluyan en un programa de desintoxicación. Ha dicho que llevaba dos semanas sin consumir y que había encontrado trabajo.

¿Qué?

—Sí, ha encontrado trabajo. Parece que lo han contratado como chófer de limusinas en su antigua empresa. Lleva trabajando allí las dos últimas semanas. Charles dice que ha engordado.

—No puedo creerlo —dijo Josh.

—Ya me lo imagino. Charles tampoco daba crédito, pero jura que es verdad. Adam es un hombre nuevo. Parece que ha madurado de golpe. Es un milagro, ¿no te parece? ¿Joshua? ¿Estás ahí?

—Sí, estoy aquí —dijo tras una pausa.

—Nada, mamá. Solo estuvimos hablando. —Dice que le diste una sustancia genética, que la inhaló.

«Dios mío —pensó Josh—. Ese tipo de cosas está regulado por ley, las normas son muy serias».

No podía experimentarse con humanos sin una solicitud formal y las reuniones de la junta de aprobación; había que seguir las directrices marcadas por el gobierno federal. Despedirían a Josh al instante.

—No, mamá. Me parece que se confunde. Ese día Adam estaba hecho un asco.

—Dice que llevabas un rociador.

—No, mamá.

—Inhaló un rociador para ratas.

—Te digo que no, mamá.

—Él dice que sí.

—Y yo digo que no, mamá.

—No hace falta que te pongas a la defensiva —dijo la mujer—. Pensaba que te haría ilusión saberlo, Joshua. Siempre andas buscando nuevas sustancias que tengan grandes aplicaciones comerciales. Pues a lo mejor esta sirve para que la gente se desenganche de las drogas. A lo mejor termina con la adicción.

Joshua negaba con la cabeza.

—Mamá, no pasó nada.

—Muy bien, no quieres contarme la verdad, ya lo veo. ¿Era para un experimento? ¿Para eso era el rociador? —Mamá...

—El caso, Josh, es que se lo he contado a Lois Graham porque su Eric ha dejado los estudios. Se mete crack, o caballo, o...

—Mamá...

—Quiere que pruebe el rociador.

«Por Dios».

—Mamá, no puedes ir contándolo por ahí.

—Y a Helen Stern, también. Su hija está enganchada a los somníferos. Tuvo un accidente de coche y dicen que van a entregar a su hijo a una familia de acogida. Helen quiere...

—¡Mamá! ¡Haz el favor de no contárselo a nadie más!

—¿Te has vuelto loco? Tengo que contarlo. Me has devuelto a mi hijo y para mí es como un milagro. ¿Es que no te das cuenta, Joshua? Has hecho posible un milagro. El mundo entero hablará de ello, te guste o no.

Joshua estaba empezando a sudar y a marearse. De súbito, recobró la calma y lo vio claro. «El mundo entero hablará de ello».

Por supuesto, cómo no. Si aquel fármaco era capaz de desenganchar a la gente de las drogas, se convertiría en el más valioso de los últimos diez años. Todo el mundo querría conseguirlo. ¿Y si servía para más cosas? A lo mejor curaba los trastornos obsesivo compulsivos, o el déficit de atención. El gen de la madurez tenía efectos sobre la conducta, eso ya lo sabían. El hecho de que Adam inhalara la sustancia de aquel aerosol había resultado providencial.

Lo siguiente que pensó Joshua fue en qué estado se encontraría la solicitud de patente del ACMPD3N7.

Decidió saltarse la comida y volver al trabajo.

—¿Mamá?

—Dime, Josh.

—Necesito que me ayudes.

—Claro, cariño. Dime qué puedo hacer.

—Necesito que hagas una cosa por mí y que no se lo cuentes nunca a nadie.

—Bueno, eso va a ser difícil...

—Dime sí o no, mamá.

—Muy bien, de acuerdo, cariño.

—Me dijiste que el hijo de Lois Graham está enganchado al caballo y que ha abandonado la universidad, ¿verdad?

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—Parece que vive en el centro, cerca del campus, en un horrible albergue para gente sin hogar.

—¿Sabes dónde está?

—Exactamente no, pero Lois ha ido a ver a su hijo. Me contó que se había quedado raquítrico. Creo que está en la calle Treinta y ocho Este. Es una casucha de madera con persianas azules. Dentro viven ocho o nueve drogadictos, que duermen tirados en el suelo. Si quieres puedo llamar a Lois y preguntarle...

—No —respondió rápidamente—. No hagas nada, mamá.

—Pero has dicho que necesitabas que te ayudara...

—Más adelante, mamá. De momento no hace falta. Te llamaré dentro de un día o dos.

Anotó en un cuaderno:

Eric Graham

Treinta y ocho Este

Casa madera persianas azules

Cogió las llaves del coche.

Rachel Allen, la encargada de distribuir el material, dijo:

—Todavía no has devuelto el bote de oxígeno que te llevaste hace dos semanas, Josh. Ni el vial de virus.

La empresa examinaba los virus que quedaban en los viales retornados, era su forma de controlar las dosis que administraban a las ratas.

—Sí, ya lo sé. Es que se me ha olvidado.

—¿Dónde está?

—Lo tengo en el coche.

—¿En el coche? Josh, es un retrovirus contagioso.

—Sí, para ratones.

—Da igual. Tiene que guardarse en un entorno de laboratorio a presión negativa.

Rachel era muy estricta con las reglas; nadie le hacía caso.

—Ya lo sé, Rach —respondió Josh—. He tenido problemas familiares urgentes.

—Bajó la voz—. He tenido que sacar a mi hermano de la cárcel.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Qué ha hecho?

Josh vaciló.

—Ha cometido un atraco a mano armada.

—¿De verdad?

—Ha robado en una licorería. Mi madre está hecha polvo. Ya te devolveré el bote. Por cierto, ¿puedo llevarme otro?

—Solo se pueden sacar de uno en uno.

—Ya, pero me hace falta otro. Venga, por favor. Tengo muchísimo trabajo.

Caía una lluvia muy fina. Las calles estaban satinadas de un aceite donde se reflejaban los titilantes colores del arco iris. Acechado por las nubes bajas y amenazadoras, Josh se dirigió en coche hasta la calle Treinta y ocho Este. Se trataba de un barrio degradado que lindaba por el norte con una zona reconstruida llena de edificios modernos. Ese barrio, en cambio, conservaba las viejas construcciones de los años veinte y treinta. Josh pasó por delante de varias casas de madera, unas en peor estado que otras. Vio una puerta azul, pero ninguna casa con persianas azules.

Acabó en la zona industrial. A ambos lados de la calle se alineaban los muelles de descarga. Dio media vuelta y volvió por el mismo camino. Condujo tan despacio como pudo y al fin divisó la casa en cuestión. No estaba en la calle Treinta y ocho sino en la esquina de la Treinta y ocho con Alameda, oculta detrás de hierbajos y arbustos raquíticos. Tirado en la acera, frente a la casa, había un viejo colchón manchado de óxido. En el campizal vio un neumático de camión. Había aparcado un autocar abollado de marca Volkswagen junto al bordillo.

Josh detuvo el coche en la acera opuesta. Observó la casa. Y esperó.

El ataúd emergió a la luz del día. Tenía el mismo aspecto que cuando lo enterraron una semana antes, salvo por los terrones que caían de la parte inferior.

—Todo esto es muy humillante —se lamentó Emily Weller.

Estaba de pie junto a la tumba, muy seria, acompañada por su hijo Tom y su hija Rachel. Lisa, desde luego, no estaba presente. Ella era la causante de todo aquello, pero no pensaba molestarse en acudir a ver lo que le había hecho a su pobre padre.

El ataúd se balanceó despacio en el aire mientras los enterradores lo portaban hasta el extremo opuesto del hoyo bajo la supervisión del jefe de anatomía patológica del hospital, un hombre nervioso y bajito llamado Marty Roberts. Emily pensó que, en cierta manera, era normal que se mostrara inquieto, puesto que él era quien había entregado la muestra de sangre a Lisa sin permiso.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Emily volviéndose hacia su hijo.

Tom tenía veintiséis años e iba vestido con un traje de corte elegante y corbata. Había cursado un máster en microbiología y trabajaba para una gran empresa biotecnológica de Los Ángeles. Tom había dado buen resultado, igual que su hermana Rachel. Esta estaba terminando administración y dirección de empresas en la USC.

—¿Van a sacarle aquí la sangre a Jack?

—Van a sacarle más cosas —respondió Tom.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Emily.

—Verás, para una prueba genética como esta en la que hay divergencia de opiniones, suelen extraer tejidos de diferentes órganos —explicó Tom.

—No había caído —dijo Emily, frunciendo el entrecejo.

El latido de su corazón empezó a acelerarse. Odiaba esa sensación. Enseguida notó que el malestar le atenazaba la garganta. Resultaba muy desagradable. Se mordió el labio.

—¿Estás bien, mamá?

—Tendría que haber cogido las pastillas para la ansiedad.

—¿Tardarán mucho? —preguntó Rachel.

—No —la tranquilizó Tom—, solo unos minutos. El patólogo abrirá el ataúd para confirmar la identidad del cadáver. Luego se lo llevarán al hospital para extraer los tejidos y practicar los análisis genéticos. Mañana o pasado volverán a enterrar el

cadáver.

—¿Mañana o pasado? —se horrorizó Emily. La mujer se sorbió la nariz y se enjugó las lágrimas de los ojos—. ¿Tendremos que volver a venir? ¿Volverán a enterrar a Jack? Todo esto es... es...

—Ya lo sé, mamá. —Le dio una palmadita en el brazo—. Lo siento, pero no hay otra forma de hacerlo. Verás, tienen que comprobar una cosa que se llama quimerismo...

—No me lo digas —exclamó la madre con un gesto disuasorio de la mano—. No quiero saber de qué estás hablando.

—De acuerdo, mamá —respondió pasándole el brazo por el hombro.

Según la mitología clásica, las quimeras eran monstruos cuyo cuerpo estaba formado por miembros de distintos animales. La Quimera original tenía cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de sierpe. Algunas eran en parte humanas, como la Esfinge egipcia, con cuerpo de león, alas de pájaro y cabeza de mujer.

Sin embargo, la existencia de las quimeras humanas, es decir, las personas que contaban con doble ADN, era un descubrimiento reciente. Los hijos de una mujer a quien tenían que practicar un trasplante de riñón se habían hecho las pruebas para confirmar si eran posibles donantes y se había descubierto que no poseían el mismo ADN que la madre. A la mujer le dijeron que no eran hijos suyos y tuvo que demostrar que había dado a luz. Se celebró un juicio. Después de muchas investigaciones, los médicos descubrieron que el organismo de la mujer poseía dos series de ADN. En los ovarios encontraron óvulos con información genética de dos tipos. Las células epiteliales del abdomen contenían el ADN de sus hijos mientras que las de los hombros no. Todos los órganos de su cuerpo formaban un mosaico.

Por lo visto, en su origen la mujer había formado parte de una pareja de gemelas y durante una etapa temprana de la gestación su hermana en estado embrionario se había fusionado con ella. Así, ella era ahora, además de sí misma, su gemela.

Desde entonces se había descubierto la existencia de más de cincuenta quimeras. Los científicos sospechaban que el quimerismo no era tan extraño como se creía. En realidad, cada vez que aparecía alguna cuestión compleja relacionada con la paternidad se tenía que pensar en el quimerismo como la posible respuesta. Era posible que el padre de Lisa fuera una quimera. Sin embargo, para determinar si así era, hacían falta tejidos de todos los órganos del cuerpo y, a ser posible, de distintas partes de cada uno de los órganos.

Por eso el doctor Roberts tenía que extraer tantas muestras de tejido, y por eso la extracción tenía que realizarse en el hospital y no en el lugar de la sepultura.

El doctor Roberts levantó la tapa del ataúd y se volvió hacia la familia que aguardaba al otro lado de la tumba.

—¿Puede alguno de ustedes identificar el cadáver, por favor?

—Yo —se ofreció Tom.

Avanzó hasta el hoyo y miró dentro del ataúd. Sorprendentemente, su padre se conservaba muy bien; la única diferencia que observó fue que la piel mostraba un tono grisáceo mucho más oscuro y las extremidades se habían encogido, habían perdido masa, sobre todo las piernas, cubiertas por los pantalones.

El patólogo habló en tono formal.

—¿Es este su padre, John J. Weller?

—Sí, sí que lo es.

—Muy bien. Gracias.

—Doctor Roberts, ya sé que tienen que seguir el protocolo pero... si pudieran extraer aquí los tejidos para que mi madre no tuviera que esperar un día más y asistir a otro entierro...

—Lo siento —se disculpó Marty Roberts—. Tengo que hacer lo que dicta la ley estatal. Es imprescindible que nos llevemos el cadáver al hospital para someterlo a las pruebas requeridas.

—Si pudiera saltárselo... Solo por esta vez...

—Lo lamento. Ojalá pudiera.

Tom asintió y volvió junto a su madre y su hermana.

—¿De qué hablabais? —quiso saber su madre.

—Le he hecho una pregunta al doctor.

Tom se volvió y vio al doctor Roberts inclinado, con medio cuerpo dentro del ataúd. El patólogo se incorporó de súbito, se acercó a Tom y le susurró algo al oído para que los demás no pudieran oírlo.

—Señor Weller, tal vez podamos ahorrarle un mal trago a su familia. Si esto queda entre nosotros...

—Claro. ¿Lo hará...?

—Sí, lo haremos aquí. Me llevará poco rato. Voy a por el maletín. —Se dirigió a toda prisa hacia un todoterreno cercano.

Emily se mordió el labio.

—¿Qué está haciendo?

—Le he pedido que practique aquí las pruebas, mamá.

—¿Y le ha parecido bien? Gracias, cariño —dijo, y besó a su hijo—. ¿Le hará las mismas pruebas que le hubiera hecho en el hospital?

—No, todas no. Pero dice que con eso habrá bastante para resolver tus dudas.

Al cabo de veinte minutos ya habían extraído las muestras de tejido y las habían



introducido en una serie de probetas de cristal. Luego colocaron las probetas en las ranuras destinadas a ello dentro de un estuche térmico de metal. El ataúd fue devuelto a la tumba y desapareció en la penumbra.

—Vamos —dijo Emily Weller a sus hijos—. Vayámonos de aquí. Necesito tomar algo.

Mientras se alejaban del lugar en coche, la mujer se dirigió a su hijo.

—Siento que te haya tocado hacerlo a ti, cariño. ¿Cómo estaba el pobre Jack? ¿Muy descompuesto?

—No —respondió Tom—. No mucho.

—Qué bien. —Emily respiró aliviada—. Qué suerte.

Cuando llegaron al hospital Long Beach Memorial, Marty Roberts estaba sudando. Si se descubría lo que había hecho en el cementerio, podían retirarle la licencia y no podría ejercer nunca más. Cualquiera de los enterradores podía descolgar el teléfono y llamar a la oficina del condado. Allí se preguntarían por qué Marty había infringido el protocolo, sobre todo teniendo en cuenta que había pendiente un juicio. Cuando se extraían muestras de tejido fuera del laboratorio, se corría el riesgo de contaminarlas. Eso era algo que sabía todo el mundo. Así que en la oficina del condado se preguntarían por qué Marty Roberts se había expuesto a ello. Y, poco después, se preguntarían...

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Estacionó en el aparcamiento de urgencias, junto a las ambulancias, y corrió por el pasillo de la planta baja hasta el departamento de anatomía patológica. Era la hora de comer, no había casi nadie. Los tableros de acero inoxidable que se alineaban en la sala estaban limpios.

Raza se estaba lavando.

—Eh, tú, imbécil de mierda —lo insultó Marty—. ¿Qué quieres? ¿Que nos metan a los dos entre rejas?

Raza se volvió despacio.

—¿Qué ocurre? —preguntó sin inmutarse.

—¿Que qué ocurre? —repitió Marty—. Te lo tengo dicho. Extráeles los huesos solo a los cadáveres que vayan a incinerar, no a los que vayan a enterrar. Solo a los que vayan a incinerar. ¿Tanto cuesta de entender?

—No, bueno, ya lo hago —respondió Raza.

—No, no lo haces. Acabo de volver de una exhumación, y ¿sabes lo que he visto al abrir el ataúd, Raza? Un hombre cuyas piernas y cuyos brazos eran puro pellejo. Y lo habían enterrado.

—No —repuso Raza—. Yo no hago eso.

—Pues alguien le ha extraído los huesos.

Raza se dirigió al despacho.

—¿Cómo se llamaba el hombre?

—Weller.

—¿Otra vez ese? Es el mismo del que perdimos las muestras de tejido, ¿no?

—Sí. La familia ha pedido que se exhume el cadáver. Ya te he dicho que lo habían enterrado.

Raza se inclinó sobre su escritorio y tecleó el nombre del paciente. Observó la pantalla.

—Ah, sí. Lo enterraron. Pero no me encargué yo.

—¿No fuiste tú? ¿Pues quién narices lo hizo? —gritó Marty.

Raza se encogió de hombros.

—Vino mi hermano. Esa noche había quedado para salir.

—¿Tu hermano? ¿Qué hermano? Se supone que nadie puede...

—Cálmate, Marty —le aconsejó Raza—. Mi hermano viene de vez en cuando. Él ya sabe lo que tiene que hacer. Trabaja en el depósito de cadáveres de Hilldale.

Marty se enjugó el sudor de la frente.

—Dios mío. ¿Cuánto tiempo hace que viene por aquí?

—Un año, más o menos.

—¡Un año!

—Solo viene de noche, Marty. Ya tarde. Se pone mi bata y es como si fuera yo. Nos parecemos mucho.

—Espera un momento —dijo Marty—. ¿Quién le dio a la chica la muestra de sangre? A Lisa Weller.

—De acuerdo —admitió Raza—. A veces comete errores.

—Y a veces también viene por la tarde, ¿no?

—Solo los domingos, Marty. Solo si he quedado con alguien, y ya está.

Marty se aferró al borde del escritorio para tranquilizarse. Se apoyó y respiró hondo.

—¿Me estás diciendo que un mamarracho que ni siquiera es empleado del hospital ha entregado una muestra de sangre sin autorización a una mujer porque ésta se la pidió? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—No es un mamarracho, es mi hermano.

—Por Dios.

—Me dijo que la chica era muy mona.

—Eso lo explica todo.

—Vamos, Marty —dijo Raza en tono suave—. Siento lo de Weller, de verdad, pero puede haberlo hecho cualquiera. Puede que en el puto cementerio lo desenterraran y le extrajeran los huesos. Incluso podrían haberlo hecho los enterradores que trabajan por cuenta propia. Ya sabes que esas cosas pasan. Cogieron a aquellos tipos de Phoenix, y a los de Minnesota. Y hace poco ocurrió en Brooklyn.

—Y ahora están todos en la cárcel, Raza.

—De acuerdo, tienes razón —admitió Raza—. Yo le pedí a mi hermano que lo hiciera.

—Que tú...

—Sí. La noche en que llegó el cuerpo de Weller, recibimos una llamada urgente que reclamaba huesos y Weller nos venía de perlas. ¿Qué podíamos hacer si no? Ya sabes que esos tipos acuden a donde haga falta. Para ellos, «ahora» es «ahora». Cumplir o morir.

Marty exhaló un suspiro.

—Ya lo sé, cuando hay una petición urgente, tenemos que suministrar lo que piden.

—Entonces estamos de acuerdo.

Marty se dejó caer en el asiento y empezó a teclear en el ordenador.

—De todos modos, si extrajiste los huesos hace ocho días, ¿cómo es posible que aún no me hayan hecho ninguna transferencia? —se extrañó.

—No te preocupes, ya la harán.

—¿Tienes el comprobante del envío?

—Ay, se me olvidó pedirlo. No te preocupes, recibirás tu parte.

—Asegúrate de que así sea —dijo Marty. Se dio media vuelta dispuesto a marcharse—. Y más vale que tu puto hermano no vuelva a acercarse por el hospital, ¿me has entendido?

—Claro, Marty. Claro que sí.

Marty Roberts se dirigió al aparcamiento y retiró el coche de la zona de urgencias. Luego aparcó en la zona reservada a los médicos. Permaneció sentado en el coche un buen rato, pensando en Raza.

«Recibirás tu parte».

Tenía la impresión de que a Raza empezaban a subírsele los humos, parecía que él fuera el director del programa y que tuviera a Marty Roberts a su cargo. Raza era quien distribuía los pagos. También él decidía a quién tenían que contratar como colaborador. No se comportaba como un empleado corriente sino como si él fuera el responsable, y eso era muy peligroso por varios motivos.

Marty tenía que hacer algo al respecto.

Tenía que actuar pronto.

De lo contrario, que le retiraran la licencia sería el menor de sus problemas.

Al atardecer, el cubo de titanio que albergaba BioGen Research lanzaba un brillo rojizo deslumbrante y teñía el aparcamiento contiguo de un tono anaranjado oscuro. El presidente, Rick Diehl, salió del edificio, se detuvo para colocarse las gafas de sol y se dirigió a su Porsche Carrera SC de color plata recién estrenado. Le encantaba ese coche, lo había comprado la semana anterior para celebrar su inminente divorcio.

—¡Mierda!

No podía creer lo que veían sus ojos.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

La plaza de aparcamiento estaba vacía. El coche había desaparecido.

«¡Esa zorra!».

No sabía cómo lo había logrado, pero estaba seguro de que había sido ella quien le había robado el coche. Era probable que hubiera liado a su novio para que lo hiciera. A fin de cuentas, aquel nuevo novio suyo se dedicaba a vender coches. Había progresado en comparación con el tenista. ¡Menuda zorra!

Volvió a entrar en el edificio a grandes zancadas. Bradley Gordon, el responsable de seguridad, se encontraba apoyado en el mostrador de recepción charlando con Lisa, la recepcionista. La chica era muy mona. Por eso la había contratado Rick.

—Mierda, Brad —dijo Rick Diehl—. Tenemos que revisar todas las grabaciones de seguridad del aparcamiento.

Brad se volvió.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—Me han robado el Porsche.

—No joda —exclamó Brad—. ¿Cuándo?

«El tipo no sirve para este trabajo», se dijo Rick. No era la primera vez que lo pensaba.

—Vamos a revisar las grabaciones, Brad.

—Claro, claro.

Brad le guiñó el ojo a Lisa y penetró en una zona de acceso restringido tras abrir la puerta con la tarjeta magnética. Rick lo siguió echando chispas.

En uno de los dos escritorios del pequeño despacho de paredes acristaladas destinado al personal de seguridad, un joven se entretenía examinando milímetro a milímetro la palma de su mano sin prestar la más mínima atención a los monitores

que se alineaban frente a él.

—Jason —dijo Brad en tono de advertencia—. El señor Diehl está aquí.

—Mierda. —El chico se incorporó de inmediato en su asiento—. Lo siento, me ha salido un sarpullido. No sabía si...

—El señor Diehl quiere comprobar las grabaciones. ¿Qué cámaras son exactamente, señor Diehl?

«Por Dios».

—Las del aparcamiento —dijo Rick.

—Muy bien, las del aparcamiento. Jason, vamos a empezar cuarenta y ocho horas atrás y...

—Esta mañana he venido en coche —les informó Diehl.

—Muy bien, ¿a qué hora ha llegado?

—A las siete.

—Bien. Jason, empieza a partir de las siete de la mañana.

El chico se removió en la silla.

—Este... Señor Gordon, las cámaras del aparcamiento no funcionan.

—Ah, es verdad. —Brad se volvió hacia Rick—. Las cámaras del aparcamiento no funcionan.

—¿Por qué?

—No estoy seguro. Me parece que hay algún problema eléctrico.

—¿Cuánto tiempo llevan estropeadas?

—Bueno...

—Dos meses —respondió el chico.

—¡Dos meses!

—Tenemos que pedir unas piezas de recambio —se disculpó Brad.

—¿Qué piezas?

—Las fabrican en Alemania.

—¿Qué piezas?

—Tengo que comprobarlo.

—Las cámaras del tejado sí que funcionan —dijo el chico.

—Bueno, pues enséñame la grabación de esas cámaras —accedió Diehl.

—Muy bien. Jason, muéstranos las cámaras del tejado.

Les llevó quince minutos rebobinar la grabación digital y reproducirla desde el principio. Rick se vio estacionar el Porsche, salir del vehículo y entrar en el edificio. Lo siguiente que ocurrió lo sorprendió. Al cabo de dos minutos llegó otro coche. De él salieron dos hombres, entraron en el suyo tras forzar la cerradura y se lo llevaron.

—Le estaban esperando —opinó Brad—. A lo mejor le han seguido.

—Eso parece —convino Rick—. Llama a la policía y denuncia el robo. Y dile a Lisa que quiero que me acompañe a casa.

Brad se quedó perplejo ante esa última petición.

De camino a su casa en el coche de Lisa, Rick estuvo reflexionando y llegó a la conclusión de que, por muy idiota que fuera Brad Gordon, no podía despedirlo. Ese loco del surf, del esquí y de los viajes, ese borrachín en tratamiento que había abandonado los estudios era sobrino de Jack Watson, un importantísimo inversor de BioGen. Jack Watson siempre se había ocupado de Brad, siempre se había encargado de que no le faltara el trabajo. Sin embargo, Brad no hacía más que meterse en líos. Corría el rumor de que incluso se había tirado a la esposa del vicepresidente de GeneSystems en Palo Alto, y lo habían despedido por ello, no sin que su tío armara un escándalo; no comprendía por qué Brad tenía que abandonar la empresa. «La culpa es del presidente», fue la famosa frase de Watson.

Ahora resultaba que en el aparcamiento no había cámaras de seguridad. Y que llevaban así dos meses. Eso hizo que Rick se preguntara qué otros fallos relacionados con la seguridad se cometían en BioGen.

Miró a Lisa, que conducía con serenidad. Rick la había contratado como recepcionista poco después de descubrir que su esposa tenía una aventura. Lisa lucía un bonito perfil; bien podría haber sido modelo. Quienquiera que le hubiera retocado la nariz y la barbilla era un genio. También tenía una hermosa figura, de cintura estrecha y pechos bien realzados. Tenía veinte años y había llegado desde Crestview State para pasar allí el verano. Irradiaba un atractivo sexual saludable y típicamente americano. En la empresa, los llevaba a todos de cabeza.

Por eso a Rick le sorprendía que Lisa se limitara a permanecer tendida siempre que hacían el amor. Al cabo de unos instantes parecía percatarse de la frustración de él y entonces empezaba a moverse de forma mecánica y a emitir unos suaves jadeos, como si hubiera aprendido en alguna parte que eso era lo que la gente hacía en la cama. A veces, cuando Rick estaba preocupado y abatido, ella le hablaba, «Oh, cariño. Sí, cariño, hazlo, cariño», como si eso fuera a servir para desencallar las cosas. Sin embargo, era demasiado obvio que permanecía indiferente.

Rick había investigado un poco y había descubierto un síndrome llamado anhedonía que consistía en la incapacidad de sentir placer. Los afectados de anhedonía mostraban indiferencia afectiva, lo cual describía a la perfección el comportamiento de Lisa en la cama. Lo interesante era que la anhedonía parecía tener un componente genético. Al parecer, estaba relacionado con el sistema límbico cerebral, así que debía de haber un gen relacionado con ese estado. Rick tenía la intención de practicarle a Lisa una batería completa de pruebas un día de aquellos. Solo para cerciorarse.

Mientras tanto, las noches que pasaba con ella le habrían infundido inseguridad de no haber sido por Greta, la estudiante de posdoctorado austríaca que trabajaba en

el laboratorio de microbiología. Greta era corpulenta, llevaba gafas y un corte de pelo masculino, pero follaba como una fiera y ambos acababan resollando y empapados de sudor. Greta chillaba, bramaba y se estremecía de placer. Después de estar con ella se sentía fenomenal.

El coche se detuvo delante de su nuevo piso. Rick buscó las llaves en el bolsillo.

—¿Quieres que suba? —preguntó Lisa con total naturalidad.

Tenía unos bonitos ojos azules de largas pestañas. Sus labios carnosos resultaban muy atractivos.

«Qué coño», pensó Rick.

—Claro. Sube.

Llamó a su abogado, Barry Sindler, para avisarle de que su esposa le había robado el coche.

—¿De verdad cree que ha sido ella? —preguntó Sindler. Parecía dudarlo.

—Sí, contrató a unos tipos. Lo he visto en la grabación de la cámara de seguridad.

—¿Ella aparece en la cinta?

—No, ella no, los hombres. Pero ella está detrás de esto.

—Yo no estaría tan seguro —opinó Sindler—. Las mujeres suelen destrozarle el coche al marido, no robárselo.

—Le digo...

—Muy bien, lo comprobaré. Por ahora, hay unas cuantas cosas que quiero repasar con usted. Es sobre el juicio.

En el otro extremo de la habitación Lisa se despojaba de la ropa. Dobló cada una de las prendas y las colocó sobre el respaldo de la butaca. Llevaba un sujetador rosa y unas braguitas también de color rosa que dejaban al descubierto el hueso pubiano. No tenían adornos de encaje, eran de una tela elástica que se ajustaba a la perfección a su perfecta silueta. Se llevó la mano a la espalda para desabrocharse el sujetador.

—Te llamaré más tarde —dijo Rick.

## **Los rubios se extinguen**

### **Especie amenazada «desaparecerá dentro de doscientos años»**

Según la BBC, «un estudio realizado por expertos en Alemania indica que las personas de cabello rubio son una especie en peligro de extinción y que habrán desaparecido en el año 2202». Los investigadores prevén que la última persona de pelo rubio natural nacerá en Finlandia, el país que cuenta



con mayor número de personas rubias entre la población. No obstante, los científicos afirman que poquísimas personas portan actualmente el gen como para que los rubios duren mucho tiempo más. Los investigadores dan a entender que los rubios llamados «de bote» «posiblemente son los culpables de la desaparición de sus competidores naturales».

No todos los científicos están de acuerdo con la previsión de una extinción inminente. Sin embargo, un estudio llevado a cabo por la Organización Mundial de la Salud concluye que las personas rubias naturales tienen bastantes probabilidades de extinguirse durante los próximos dos siglos.

Recientemente, la probabilidad de que los rubios se extingan fue comentada en *The Times* londinense a la luz de los nuevos datos aportados sobre la evolución del MC1R, el gen del pelo rubio.

## C016

La jungla se encontraba sumida en un completo silencio. No se oía el canto de las cigarras, el chillido de los tucanes ni el parloteo de ningún mono en la distancia. Un silencio absoluto, aunque Hagar pensó que no era de extrañar. Negó con la cabeza mientras observaba a los diez equipos de cámaras procedentes de diversas partes del mundo que se apiñaban formando pequeños grupos sobre el terreno y protegían sus objetivos de las gotas de humedad que se desprendían de las copas de los árboles al alzarlos para escrutar entre las ramas. Les había pedido que se mantuvieran callados y, de hecho, nadie hablaba. Los franceses estaban fumando. El grupo de alemanes guardaba el debido silencio, pero su cámara no paraba de chasquear los dedos con gesto imperioso para indicar a su ayudante que hiciera esto o lo otro. Los japoneses de la NHK permanecían callados; sin embargo, a su lado los de la CNN de Singapur susurraban y murmuraban, y no paraban de cambiar las lentes de los objetivos con el consiguiente ruido de las cajas metálicas. El equipo de la British Sky TV procedente de Hong Kong llevaba una indumentaria inapropiada. Se habían quitado las zapatillas deportivas y se arrancaban las sanguijuelas de entre los dedos de los pies, sudando la gota gorda.

Sin remedio.

Hagar había advertido a las diferentes compañías de las condiciones que sus empleados tendrían que soportar en Sumatra y de las dificultades que conllevaría el hecho de grabar allí. Les había recomendado que enviaran a equipos especializados en grabación de la naturaleza con experiencia en el trabajo de campo. No obstante, todas habían hecho caso omiso. En lugar de eso, se habían apresurado en enviar a Berastagi a los equipos que estaban disponibles en ese momento y, como resultado, la mitad de los miembros lo único que sabían hacer era pasearse con el micrófono en la mano, como si esperaran entrevistarse con un jefe de Estado.

Llevaban así tres horas.

Hasta el momento, el orangután parlante no había dado señales de vida y Hagar tenía motivos para creer que ya no lo haría. Su mirada se cruzó con la de un miembro del equipo francés y aprovechó para indicarle mediante señas que apagara el cigarrillo. El tipo se encogió de hombros y se volvió de espaldas a Hagar sin dejar de fumar.

Uno de los japoneses se apartó del grupo y se situó al lado de Hagar.

—¿Cuándo saldrá el animal? —susurró.

—Cuando haya silencio.

—¿Quiere decir que hoy no?

Hagar hizo un gesto de desesperanza con las palmas de las manos hacia arriba.

—¿Somos demasiados?

Hagar asintió.

—Tal vez mañana, vendremos solo nosotros.

—Muy bien —dijo Hagar.

En ese mismo momento, los periodistas dieron muestras de excitación. Se aferraron de un salto a las respectivas cámaras, recolocaron los trípodes y empezaron a grabar. Hagar captó el suave rumor de voces en diferentes idiomas. El periodista de la Sky TV, que se encontraba cerca, se acercó el micrófono a los labios y empezó a susurrar como en un aparte:

—Nos encontramos en el corazón de la remota jungla de Sumatra. Justo al otro lado del sendero, observamos a la criatura que ha suscitado polémica en el mundo entero: el primate que supuestamente habla y, sí, incluso insulta. «Por Dios», pensó Hagar.

Se volvió para ver qué estaban filmando y divisó un poco de pelaje pardusco y una cabeza más oscura. Era evidente que el animal no superaba los sesenta centímetros de altura. Casi de inmediato se oyó el suave gemido de la llamada característica del macaco de cola de cerdo.

Los equipos de cámaras estaban electrizados. Los micrófonos apuntaban como cañones de pistola al animal, que se desplazaba con rapidez. Procedentes del follaje lejano les llegaron más gemidos. Resultaba obvio que había acudido un grupo bastante numeroso.

Los alemanes fueron los primeros en percatarse.

—*Nein, nein, nein!* —El cámara se apartó muy enfadado de su herramienta de trabajo—. *Es ist ein macaque.*

Por encima de ellos, las copas de los árboles se agitaban al columpiarse en sus ramas una docena de macacos que se dirigían hacia el norte.

Uno de los británicos se volvió hacia Hagar.

—¿Dónde para el chimpancé?

—Es un orangután —lo corrigió Hagar.

—Da igual. ¿Dónde está? —Su tono denotaba impaciencia.

—No utiliza agenda —ironizó Hagar.

—¿Suele andar por este sitio? ¿Sí? Pues podríamos poner un poco de comida o algo para atraerlo o llamarlo como si hubiera una hembra en celo.

—No —respondió Hagar.

—¿No hay manera de atraerlo?

—No.

—Así, ¿no nos queda más remedio que sentarnos y esperar que aparezca? —El periodista miró el reloj—. Quieren las imágenes a mediodía.

—Mala suerte —le espetó Hagar—. Resulta que estamos en la jungla y las cosas ocurren cuando ocurren. Así es la naturaleza.

—Pero ese animal habla, eso no es natural —protestó el cámara—. No dispongo de todo el puto día.

—¿Qué quiere que le diga? —se limitó a responder Hagar.

—¡Tráigame aquí a ese puto mono! —vociferó el tipo.

El berrido asustó a los macacos de los árboles y los hizo huir entre chillidos. Hagar miró al resto del grupo. El cámara francés habló.

—¿Qué tal si nos llamamos? Va para todos.

—¡Váyase a la mierda, gilipollas! —saltó el británico.

—Tranquilícese, amigo.

Un hombre corpulento del grupo australiano avanzó y apoyó la mano en el hombro del británico. Este le propinó un puñetazo en la mandíbula. El australiano le cogió la muñeca, se la retorció y lo lanzó contra el trípode de un empujón. El dispositivo cayó al suelo y el cámara se despatarró encima. Los demás británicos se abalanzaron sobre el australiano y los compañeros de este acudieron en su defensa secundados por los alemanes. Al cabo de unos instantes, tres equipos de periodistas estaban en plena batalla campal. Cuando el trípode de los franceses cayó al suelo y el cámara quedó salpicado por completo de barro, el resto de equipos se enfrascaron también en la pelea.

Hagar se limitó a contemplarlos.

«Desde luego hoy no va a aparecer ningún orangután», pensó.

Rick Diehl, de BioGen, se estaba cambiando en el vestuario del club de campo de Bel Air. Había acudido allí para jugar un *foursome* con unos inversores que parecían interesados en la empresa. Se trataba de un tipo de Merrill Lynch, su novio y un tercero de Citibank. Rick trató de aparentar tranquilidad, aunque en realidad tenía cierto apremio pues vivía en un pánico constante desde que había visto a su esposa atravesar el vestíbulo junto a aquel imbécil vestido de tenista. Sin el apoyo financiero de Karen, Rick quedaba a merced del otro principal inversor, Jack Watson. Eso no lo hacía sentirse precisamente cómodo. Le hacía falta dinerito fresco.

En el campo de golf, bajo el sol radiante y la suave brisa, les habló de las novedosas maravillas de la biotecnología y del poder de las citocinas producidas a partir de la línea celular Burnet que BioGen había adquirido. Representaba una verdadera oportunidad para introducirse en una empresa que estaba a punto de expandirse con rapidez.

Sin embargo, ellos no lo veían de la misma manera. El tipo de Merrill Lynch formuló una pregunta.

—¿No son lo mismo las linfocinas y las citocinas? ¿No se han dado varios casos de defunciones, a causa de las citocinas, de las que no se han ofrecido explicaciones?

Rick les explicó que así era, que se habían producido algunas muertes, unos años atrás, por culpa de unos cuantos médicos que se habían precipitado a dar el pistoletazo de salida para su aplicación terapéutica.

El tipo de Merrill Lynch prosiguió.

—Yo me metí en las linfocinas hace cinco años pero no llegué a ver ni un céntimo.

Entonces intervino el de Citibank.

—¿Qué me dice de las tormentas de citocinas?

«¿Tormentas de citocinas? Dios santo», pensó Rick. Golpeó la pelota.

—De hecho, eso no es más que una hipótesis —dijo—. Parece que en ciertas circunstancias poco habituales las citocinas pueden sobreestimular el sistema inmunológico, por lo que este ataca en respuesta al propio organismo con la consiguiente disfunción de varios órganos.

—¿Como en la epidemia de gripe de 1918?

—Es lo que dicen unos cuantos especialistas, pero no hay que olvidar que

trabajan para empresas farmacéuticas que fabrican productos competidores.

—¿Insinúa que podría no ser cierto?

—Hoy en día hay que andarse con mucho cuidado con lo que difunden las universidades.

—¿Incluso sobre lo de 1918?

—La desinformación toma formas muy distintas —aseguró Rick al tiempo que recogía la pelota—. La verdad es que el futuro está en las citocinas. Tanto los ensayos clínicos como el desarrollo del producto avanzan muy rápido y ofrecen los mejores resultados financieros de todas las líneas de productos disponibles. Por eso fueron la primera adquisición de BioGen. Además, acabamos de ganar el juicio...

—¿No van a recurrir? Había oído que sí.

—Al conocer la resolución del juez se les han quitado las ganas.

—Pero hay personas que han muerto al transferirles genes que les han provocado una tormenta de citocinas, muchísimas personas han muerto.

Rick exhaló un suspiro.

—No tantas.

—¿Cuántas? ¿Cincuenta o cien, más o menos?

—No conozco la cifra exacta —respondió Rick, que empezaba a darse cuenta de que el día no iba a salirle precisamente redondo. Y eso ya una hora antes de que uno de los hombres afirmara que, en su opinión, solo un idiota invertiría en citocinas.

Fantástico.

Tras el partido, se sentó en el banco del vestuario derrotado y sin fuerzas. Entonces apareció Jack Watson, bronceado y espléndido con su blanco equipo de tenis. Se sentó junto a él.

—¿Ha ido bien el partido? —preguntó.

Era la última persona a quien Diehl deseaba ver.

—No ha ido mal del todo.

—¿Va a animarse alguno a entrar en el negocio?

—Es posible. De momento, toca esperar.

—Esos tipos de Merrill Lynch no tienen cojones. Para ellos arriesgarse es mearse en la bañera. Yo no cantaré victoria. ¿Qué opinas del tema de Radial Genomics?

—¿Qué tema de Radial Genomics?

—Ya me imaginaba que la noticia no era de dominio público, pero pensaba que tú lo sabrías. —Se inclinó y empezó a desabrocharse los cordones de las zapatillas de deporte—. Pensaba que estarías preocupado —prosiguió—. ¿No te han robado hace poco?

—Sí. Mi coche desapareció del aparcamiento —respondió Diehl—. Me estoy divorciando, y justo ahora las cosas se han puesto bastante feas.

—¿Crees que el coche te lo robó tu esposa?

—Sí...

—¿Lo sabes seguro?

—No, saberlo no —respondió Diehl torciendo el gesto—. Me imagino...

—Así empezaron las cosas en Radial Genomics, con unos cuantos robos de poco valor en las propias instalaciones. Un día fue el coche de un auxiliar de laboratorio; otro, un monedero en la cafetería. Una tarjeta de acceso en el baño. En su momento, nadie le dio importancia; sin embargo, mirándolo en retrospectiva, es probable que alguien tratara de comprobar si el sistema de seguridad tenía puntos débiles. Lo comprendieron después de la desaparición de muchísima información del banco de datos.

—¿Desapareció información del banco de datos? —preguntó Diehl, frunciendo el entrecejo.

Aquello representaba un gran peligro potencial. En Genomics conocía a Charlie Huggins. Lo llamaría y le pediría que se lo contara todo.

—Claro que Huggins no admite que haya ocurrido nada de eso —aclaró Watson—. En junio habrá una oferta pública inicial y sabe que eso les perjudicaría. El caso es que el mes pasado les robaron cuatro líneas celulares del laboratorio y desaparecieron cincuenta terabytes de datos de la red, incluidas las copias de seguridad de la información recogida en otras instalaciones. Quienquiera que fuera hizo muy bien su trabajo. Fue un verdadero revés.

—Y que lo digas. Lo siento por ellos.

—En cuanto me enteré, puse en contacto a Charlie con la empresa BDG, Biological Data Group. Se dedica a la seguridad, seguro que la conoces.

—¿BDG? —A Diehl el nombre no le sonaba, pero daba la impresión de que debiera estar al corriente—. Claro que la conozco.

—Bien. Han trabajado para Genentech, Wyeth, BioSyn y unas doce empresas más. Ellos nunca contarán lo ocurrido, pero sin duda BDG es la mejor cuando se tienen problemas. Se presentan allí, analizan el sistema de seguridad, identifican los puntos débiles y cubren las lagunas existentes en la red. Es silencioso, rápido y confidencial.

Diehl pensó que el único problema relacionado con la seguridad que tenía era precisamente el sobrino de Jack Watson. En cambio, dijo:

—A lo mejor yo también me pongo en contacto con ellos.

Así fue como Rick Diehl se encontró sentado en un restaurante frente a una rubia elegantemente vestida con un traje chaqueta negro. Al presentarse le dijo que se llamaba Jacqueline Maurer. Tenía el pelo corto y un talante dinámico. Lo saludó con un fuerte apretón de manos y le entregó su tarjeta de visita. No debía de tener más de treinta años y el cuerpo firme de una gimnasta. Era muy directa al hablar y no

apartaba la mirada.

Rick echó un vistazo a la tarjeta. Ponía BDG en letras azules, y debajo, en una fuente de menor tamaño, aparecía su nombre y un número de teléfono. Nada más.

—¿Dónde están las oficinas de BDG? —preguntó él.

—En muchas ciudades del mundo.

—¿Usted dónde trabaja?

—Ahora, en San Francisco. Antes trabajaba en Zúrich.

Le llamó la atención su acento. Habría dicho que era francés, pero lo más probable era que fuera alemán.

—¿Usted es de Zúrich?

—No. Nací en Tokio. Mi padre formaba parte del cuerpo diplomático. De pequeña viajé mucho, fui a la escuela en París y en Cambridge. Empecé trabajando para Crédit Lyonnais en Hong Kong porque sé hablar mandarín y cantones. Luego cambié a Lombard Odier, en Ginebra; es una entidad bancaria privada.

El camarero se acercó a la mesa y la chica pidió un agua mineral de una marca que Rick no conocía.

—¿Qué es? —le preguntó.

—Es un agua noruega. Está muy buena.

El pidió lo mismo.

—¿Cómo fue a parar a BDG? —quiso saber.

—Fue hace dos años, en Zúrich.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Rick.

—Lo siento, no puedo contárselo. Una empresa tenía un problema y avisaron a BDG para resolverlo. Me pidieron que colaborara con ellos por cuestiones técnicas y al final acabaron contratándome.

—¿La empresa que tenía el problema era de Zúrich?

La chica sonrió.

—Lo siento.

—¿Para qué empresas ha trabajado desde que entró en BDG?

—No estoy autorizada a decírselo.

Rick torció el gesto. Se le antojó que aquella entrevista iba a resultar muy tonta si la chica no podía contarle nada.

—Ya sabe que el robo de datos es un problema muy extendido. Afecta a empresas de todo el mundo. Las pérdidas se estiman en un billón de euros anuales. A ninguna compañía le interesa que sus problemas salgan a la luz, así que mantenemos en secreto la identidad de nuestros clientes.

—¿Qué es exactamente lo que puede contarme? —preguntó Rick.

—Piense en todas las grandes empresas bancarias, científicas y farmacéuticas que se le ocurran. Es probable que hayamos trabajado para ellas.



—Es muy discreta.

—También seremos discretos con usted. Enviaremos tan solo a tres personas a su empresa, incluyéndome a mí. Nos haremos pasar por auditores de una entidad de capital riesgo que se plantea invertir. Emplearemos una semana en comprobar la situación y luego le presentaremos un informe.

Era muy franca, muy directa. Rick trataba de concentrarse en lo que le estaba diciendo; sin embargo, su belleza lo distraía. La chica no había hecho la más mínima insinuación: ni una mirada, ni un contoneo, ni un roce, pero le parecía enormemente sexy. No llevaba sujetador, se notaba, sus pechos turgentes se perfilaban bajo la blusa de seda...

—Señor Diehl —lo llamó.

Lo estaba mirando. Se le había ido el santo al cielo.

—Lo siento. —Sacudió la cabeza—. Estoy pasando por un mal momento...

—Ya sabemos que tiene problemas personales —dijo ella—. Y también estamos al corriente de los problemas que tiene con la seguridad de la empresa; me refiero al problema político.

—Sí —reconoció él—. Tenemos un jefe de seguridad, Bradley...

—Tienen que buscarle un sustituto de inmediato —le espetó la chica.

—Ya lo sé —dijo él—, pero su tío...

—Déjelo en nuestras manos —lo atajó.

El camarero regresó y ella pidió algo para comer.

A medida que se desarrollaba la conversación, Rick se sentía cada vez más atraído por la chica. Jacqueline Maurer poseía cierto exotismo y un aire reservado que se le antojó retador. No le costó decidirse a contratarla. Deseaba volver a verla.

Cuando terminaron de comer, salieron juntos del restaurante. Ella le estrechó la mano con firmeza.

—¿Qué día les va bien empezar? —preguntó Rick.

—Cualquiera. Hoy mismo, si quiere.

—Muy bien —accedió él.

—De acuerdo. Entonces dentro de cuatro días nos presentaremos en sus instalaciones.

—¿No iban a venir hoy?

—Ah, no. Hoy empezaremos a trabajar, pero lo primero que tenemos que hacer es resolver el problema político. Luego iremos a la empresa.

Una limusina negra se detuvo junto a ellos. El chófer salió del vehículo, lo rodeó y le abrió la puerta del acompañante a la chica.

—Por cierto —dijo—, han localizado su Porsche en Houston. Estamos bastante seguros de que no fue cosa de su mujer.

Al entrar en la limusina se le subió la falda, y no se la bajó. Agitó la mano para despedirse de Rick mientras el chófer cerraba la puerta.

Cuando la limusina se alejó, Rick se percató de que se había quedado sin respiración.

No era más que una forma de relajarse, Brad Gordon era consciente de ello, pero a ver cómo se lo explicaba a los demás. Un soltero tenía que andarse con cuidado en los tiempos que corrían. Precisamente por eso siempre llevaba encima la PDA y el móvil cuando se sentaba en las gradas del colegio. Aparentaba estar todo el rato enviando mensajes y hablando, como haría cualquier padre ocupado, o cualquier tío. No acudía siempre, solo una o dos veces por semana durante la temporada de fútbol. Cuando no tenía nada más que hacer.

En plena tarde soleada, las chicas que corrían de un lado a otro en pantalones cortos y con calcetines hasta la rodilla tenían un aspecto estupendo. Eran alumnas de primer curso de secundaria, de ágiles piernas y pechos incipientes que apenas botaban cuando corrían. Algunas tenían las tetas bastante desarrolladas y un buen trasero; sin embargo, la mayoría conservaba un aire infantil de lo más atractivo. Aún no eran mujeres, pero ya no eran niñas. Con todo, seguirían destilando inocencia durante una buena temporada.

Brad ocupó el asiento habitual en el extremo de una fila central, como si quisiera guardar las distancias para mantener la privacidad mientras hablaba por teléfono de asuntos laborales. Saludó con la cabeza a los demás acompañantes, abuelos y asistentes hispanas, mientras sacaba la PDA y se colocaba el teléfono móvil en el regazo. Cogió el lápiz óptico y empezó a puntear la pantalla del aparato como si estuviera demasiado ocupado para prestar atención a las chicas.

—Disculpe.

Alzó la mirada. Una muchacha asiática se había sentado a su lado. No la había visto nunca hasta entonces. Era muy mona, debía de tener unos dieciocho años.

—Lo siento, lo siento muchísimo —dijo—. Tengo que llamar a los padres de Emily —se explicó, señalando con la cabeza a una de las chicas del terreno de juego— y me he quedado sin batería. ¿Me permite que utilice su móvil? Será solo un momento.

—Claro —accedió Brad, y le tendió el teléfono.

—Es una llamada local.

—No te preocupes.

Efectuó la llamada con rapidez, dijo que estaban en el tercer cuarto y que podrían ir a recogerla pronto. Brad trató de aparentar que no estaba escuchando. Cuando hubo

terminado, la chica le entregó el móvil y, al hacerlo, le rozó la mano.

—Muchas gracias.

—De nada.

—No lo he visto en los otros partidos —dijo—. ¿Viene mucho por aquí?

—No tanto como quisiera. Cosas de trabajo, ya sabes. —Bradley señaló al campo—. ¿Cuál de las chicas es Emily?

—La delantero centro. —Señaló a una chica de color del otro extremo del campo

—. Soy una amiga. Kelly.

Extendió la mano y estrechó la de él.

—Brad —se presentó él.

—Encantada de conocerlo. ¿Con quién ha venido?

—Ah, acompaño a mi sobrina, pero hoy tenía dentista —mintió—. Cuando lo he sabido ya estaba aquí. —Se encogió de hombros.

—Qué tío más amable. Debe de estar encantada de que la acompañe. Nadie diría que tiene usted una sobrina de esa edad.

Brad sonrió. Se estaba poniendo nervioso. Kelly se había sentado muy cerca de él y sus muslos casi se rozaban. No podía utilizar la PDA ni el móvil. No era normal que alguien se sentara así de cerca.

—Mis padres son muy mayores —dijo Kelly—. Cuando nací, mi padre tenía cincuenta años. —Volvió la cabeza hacia el campo—. Supongo que por eso me gustan los hombres mayores.

«¿Cuántos años debe de tener esta chica?», pensó Brad, pero no se le ocurrió ninguna forma de preguntárselo disimuladamente.

La chica alzó las manos con los dedos extendidos y las examinó.

—Me acaban de hacer la manicura —explicó—. ¿Le gusta el color?

—Sí. Es muy bonito.

—A mi padre no le gusta nada que me pinte las uñas, cree que me hace aparentar más años de los que tengo. A mí este color me gusta mucho, se llama rojo pasión.

—Sí...

—Todas las chicas se hacen la manicura, no es nada malo. Yo a los doce años ya me pintaba las uñas y aun así aprobé el bachillerato.

—Ah, ¿ya has terminado el bachillerato?

—Sí, el año pasado.

La chica había abierto el bolso y rebuscaba entre el contenido. Además del pintalabios, las llaves del coche, el iPod y los productos de maquillaje, Brad vio unos cuantos porros dentro de un envoltorio de plástico y una tira de condones de colores que, al apartarla, crujió. El hombre desvió la mirada.

—¿Así que ahora vas a la universidad?

—No —respondió la chica—. Me he tomado un año sabático. —Le sonrió—. No

sacaba muy buenas notas, me dedicaba a pasármelo bien. —Extrajo del bolso un botellín de plástico que contenía zumo de naranja—. ¿Tiene un poco de vodka?

—No lo llevo encima —respondió Brad con sorpresa.

—¿Y ginebra?

—No, no...

—Pero seguro que puede conseguir un poco, ¿verdad? —Volvió a sonreírle.

—Supongo que sí —respondió él.

—Le prometo que le pagaré —aseguró, sin dejar de sonreír.

Así fue como empezó.

Se marcharon del campo por separado al cabo de un buen rato. Bradley salió primero y aguardó en el aparcamiento, dentro del coche, hasta que la vio acercarse. La chica llevaba chancletas, minifalda y un top con encaje que más bien parecía un salto de cama. Sin embargo, así era como vestían todas las adolescentes en esos tiempos. El enorme bolso le golpeaba el costado al caminar. Ella encendió un cigarrillo y entró en su propio coche, un Mustang de color negro. Le hizo una señal con la mano.

El hombre puso en marcha el motor y salió del aparcamiento; ella lo siguió.

«No te hagas ilusiones», se dijo. Aunque la verdad era que ya se las había hecho.

A Marilee Hunter, la pedante directora del laboratorio genético del Long Beach Memorial, le encantaba escucharse mientras hablaba. Marty Roberts hacía auténticos esfuerzos para aparentar interés. Marilee era pejuguera y muy susceptible, como las bibliotecarias de las películas de los años cuarenta. Disfrutaba sacando faltas al personal del hospital. Acababa de llamar a Marty para decirle que quería verlo de inmediato.

—Corríjame si me equivoco —empezó Marilee Hunter—. La hija del señor Weller solicitó una prueba de paternidad post mortem, y el resultado indica que su padre y ella no poseen el mismo ADN. Con todo, la viuda insiste en que Weller es el padre y ha pedido más pruebas. Por eso usted va y me trae muestras de sangre y de tejidos del bazo, del hígado, del riñón y de los testículos, a pesar de que pueden estar afectados por el embalsamamiento. Es evidente que cree que se trata de un caso de quimerismo.

—Sí. A menos que se hubiera cometido algún error en la prueba original —respondió Marty—. No sabemos de dónde sacó la hija la sangre para el análisis.

—El margen de error de las pruebas de paternidad no es precisamente despreciable —dijo Marilee—. Sobre todo si quien las practica es uno de esos laboratorios que se anuncian por internet. En mi laboratorio no se cometen errores. Analizaremos todos esos tejidos, Marty... En cuanto consiga células bucales de la hija.

—Muy bien, muy bien. —Se había olvidado de eso. Necesitaban células de la hija para poder comparar el ADN—. Tal vez no quiera colaborar.

—En ese caso haremos los análisis al hijo y a la otra hija —resolvió Marilee—. Pero ya sabe que analizar todos esos tejidos llevará tiempo. Puede que tardemos semanas enteras.

—Sí, sí. Claro.

Marilee abrió la carpeta con el historial de Weller, sobre la cual aparecía estampada la palabra, FALLECIDO. Pasó rápidamente las páginas.

—Mientras tanto, no me queda más remedio que poner en duda la autopsia original.

Marty se irguió de repente.

—¿Por qué?

—Aquí pone que practicaron un análisis de tóxicos que resultó negativo.

—Siempre comprobamos los tóxicos en un accidente de tráfico. Es lo habitual.

—Mmm —musitó Hunter, frunciendo los labios—. Pues hemos repetido los análisis en el laboratorio, y esta vez el resultado no ha sido negativo.

—¿Ah, sí? —dijo Marty, tratando de controlar la voz.

«¿Qué coño está diciendo?», se dijo.

—Resulta muy difícil practicar un análisis de tóxicos a un cadáver después de que haya sido embalsamado; con todo, tenemos suficiente experiencia. La conclusión es que el fallecido señor Weller muestra elevados niveles intracelulares de calcio y magnesio...

«¡Dios!», pensó Marty.

—... además de un aumento significativo de la etanol deshidrogenasa en el hígado, lo cual implica niveles elevados de alcohol en sangre en el momento del accidente...

Marty gruñó para sus adentros. ¿Quién habría hecho el análisis de tóxicos original? ¿Lo habría encargado el imbécil de Raza a una empresa externa? ¿O lo había dicho pero no lo había hecho?

—... y encima hemos encontrado restos de ácido etacrínico —dijo Marilee.

—¿Acido etacrínico? —Marty negaba con la cabeza—. Eso no tiene ningún sentido. Es un diurético que se toma por vía oral.

—Así es.

—El tipo tenía cuarenta y seis años. El cuerpo quedó en muy mal estado, pero aun así es evidente que estaba en perfecta forma física, como si practicara culturismo o algo así. Los culturistas toman ese tipo de sustancias. Es posible que ese sea el motivo.

—Da por hecho que el hombre sabía que la tomaba —repuso Hunter—. Es posible que no lo supiera.

—¿Cree que alguien lo envenenó? —preguntó Marty.

La mujer se encogió de hombros.

—Los efectos tóxicos incluyen el shock, la hipotensión y el coma. Eso podría haber contribuido a su muerte.

—No sé cómo podría determinarse algo así.

—Usted hizo la autopsia —le recordó mientras recorría el gráfico con el pulgar.

—Sí. El cuerpo de Weller mostraba numerosos daños. Traumatismo severo en la cara y el pecho, derrame pericárdico, fractura de la cadera y del fémur. El airbag no funcionó.

—Supongo que examinaron el vehículo.

Marty suspiró.

—Pregúntele a la policía. Eso no forma parte de mi trabajo.

—Tendrían que haberlo examinado.

—Mire —empezó Marty—, en el accidente solo se vio implicado un vehículo. Hay testigos. El tipo no estaba bebido ni en coma. Chocó de lleno contra un paso elevado de la autopista a más de ciento cuarenta kilómetros por hora. Casi todos los accidentes de un solo vehículo resultan ser suicidios. No me extrañaría que la propia víctima hubiera desactivado el airbag.

—Pero no examinaron el vehículo, Marty.

—No, no tenía motivos para hacerlo. El análisis de tóxicos resultó negativo y los niveles de electrolitos eran normales dados los daños y la hora de la muerte.

—No eran normales, Marty.

—Nuestros resultados fueron normales.

—Mmm... ¿Está seguro de que se hicieron los análisis?

Fue en ese momento cuando Marty Roberts empezó a dudar seriamente de Raza. El chico le había explicado que aquella noche había recibido una llamada urgente del banco de huesos. Raza quería cumplir, así que no le interesaba que el cadáver de Weller yaciera en una cámara frigorífica durante cinco o seis días mientras analizaban los niveles anormales de tóxicos.

—Tendré que comprobar que fue así —respondió Marty.

—Me parece que debemos hacerlo —opinó Marilee—. Resulta que, según los datos de que dispone el hospital, el hijo del fallecido trabaja en una empresa biotecnológica y la esposa en la consulta de un pediatra. Imagino que ambos tienen acceso a fármacos. Siendo así, no podemos estar completamente seguros de que al señor Weller no lo envenenaron.

—Cabe la posibilidad —admitió Marty—, aunque me parece poco probable.

La mujer le lanzó una mirada glacial.

—Lo averiguaré de inmediato —se apresuró a añadir Marty Roberts.

Mientras se dirigía de vuelta al laboratorio, trató de decidir qué hacer con Raza. El chico representaba una amenaza. Llegados a ese punto, Marty estaba seguro de que Raza no había pedido los análisis de tóxicos, lo cual significaba que habían falseado el informe del laboratorio. Daba igual que lo hubiera hecho el propio Raza, fotocopiando otro informe y cambiando el nombre, como que tuviera un cómplice en el laboratorio que lo hubiera falsificado por él. De hecho, era probable que hubiera ocurrido lo segundo. Santo Dios, eso quería decir que había una persona más implicada en todo aquello.

Y ahora doña tiquismiquis andaba a la caza de malhechores por culpa de los indicios de ácido etacrínico. Ácido etacrínico. Si John Weller había sido envenenado, Marty tenía que admitir que lo habían hecho de forma muy inteligente. Era evidente que el tipo presumía de cuerpo. A su edad, debía de pasarse bastantes horas en el



gimnasio. Era probable que tomara un montón de suplementos energéticos y mierdas de esas. Resultaría difícil probar que no había ingerido el diurético por voluntad propia.

Difícil, pero no imposible... Para comprar ácido etacrínico hacía falta receta médica, lo cual quería decir que tenía que haber pruebas. Podría ser que se lo hubiera dado otra persona, otro culturista, o que lo hubiera adquirido a través de una página web australiana; tardarían días enteros en comprobarlo. No pasaría mucho tiempo hasta que alguien decidiera echar otro vistazo al cadáver y descubriera que le faltaban los huesos de los brazos y de las piernas.

Mierda.

¡Maldito Raza!

Marty se imaginó a un culturista de cuarenta y seis años. Solo podía haber dos motivos para que un tipo de esa edad con familia se diera la paliza con tal de conseguir un cuerpazo: o era gay o tenía una amiguita. En cualquiera de los dos casos no follaba con su mujer. ¿Cómo debía de sentirse ella al respecto? ¿Cabreada?

Sí, probablemente. ¿Lo bastante como para envenenar al pimpante maridito? No podía descartarse. Había gente que asesinaba al cónyuge con menor motivo. De pronto, Marty se descubrió analizando el comportamiento de la señora Weller, tratando de recordar todo lo ocurrido durante la exhumación del cadáver. Lo que apareció en su mente fue una viuda hecha un mar de lágrimas, abrazada a su esbelto hijo y con la hija ejemplar apostada a su lado, sujetándole los pañuelos de papel. Una estampa conmovedora.

Sin embargo...

«En cuanto extrajeron el ataúd de la tumba, Emily Weller empezó a mostrar nerviosismo».

De pronto, la afligida viuda quería que todo se hiciera lo más rápido posible, que ni siquiera trasladaran el cadáver al hospital, que no le extrajeran muchas muestras de tejido. La mujer que había solicitado un concienzudo análisis de ADN parecía haber cambiado súbitamente de idea.

Tal vez aún hubiera esperanzas.

Entró en su despacho y cerró la puerta. Tenía que llamar a la señora Weller, lo cual resultaba delicado. En el hospital se registraba el día y la hora en que se efectuaban todas las llamadas. Necesitaba una excusa. Se estrujó los sesos.

Claro: le hacía falta una muestra de su ADN y del de sus hijos.

Muy bien. Aunque, ¿por qué no había obtenido el ADN en el cementerio? Con un frotis del interior de la mejilla habría bastado. Le habría llevado solo un momento.

Ya tenía la respuesta: pensaba que el laboratorio de la tiquismiquis ya había obtenido la muestra de ADN por su cuenta.

Marty lo pensó bien. Repasó mentalmente la conversación.  
No veía ninguna laguna. Era un motivo más que justificado para llamar.  
Descolgó el auricular y marcó el número.

—Hola, señora Weller, soy el doctor Roberts, del hospital Memorial. Marty Roberts.

—Hola, doctor Roberts. —Hubo una pausa—. ¿Hay algún problema?

—No, señora Weller. Solo quería concertar una cita con usted y con sus hijos para extraerles sangre y un frotis de la mejilla. Son para la prueba de ADN.

—Ya nos lo hicieron. Se encargó la señora que trabaja en el laboratorio.

—Ah, ¿se refiere a la doctora Hunter? Lo siento, no lo sabía.

De nuevo se hizo un silencio. Al final habló Emily.

—¿Han empezado ya con los análisis de Jack?

—Sí. Algunos los hacemos aquí y otros se hacen en el laboratorio.

—¿Han encontrado algo? Quiero decir si el resultado es el que esperaban.

Marty sonrió mientras escuchaba. No se refería a la paternidad, estaba preocupada por que pudieran encontrar otra cosa.

—Bueno, señora Weller, la verdad es que...

¿Qué?

—La cosa se ha complicado un poco. No es nada importante.

—¿Cuál es la complicación?

—El laboratorio genético ha encontrado una sustancia poco habitual en los tejidos del señor Weller. Es posible que sea debido a un error del laboratorio, a la contaminación.

—¿Qué tipo de sustancia?

—Solo se lo digo porque sé que desea que su esposo descanse en paz cuanto antes.

—Sí, quiero que lo dejen tranquilo —dijo ella.

—Sentiría que se tardaran días, incluso semanas, en concluir todo esto —se congozó Marty—. Podrían empezar a formularse preguntas sobre la sustancia y cómo fue a parar al organismo de su marido. Aunque sea un error del laboratorio, la cuestión es que cualquier hecho tiene que denunciarse y seguir el proceso legal, señora Weller. No tendría que haberla llamado pero... Me siento responsable. Ya le he dicho que lamentaría que todo esto tardara en concluir por culpa de una investigación forense.

—Ya lo entiendo —aseguró la señora Weller.

—Yo no me atrevo a aconsejarle que no siga las pautas legales, señora Weller, pero noté que la exhumación de su marido le causó un gran desgaste emocional.

—Sí, sí...

—Si no quiere tener que pasar por otro entierro, por no hablar de los gastos que

conllevaría, debería optar por una solución más fácil emocionalmente hablando. Además, si anda mal de dinero, le saldría mucho más barato. Podría pedir que incineraran el cadáver.

—No lo había pensado —admitió.

—Supongo que tampoco había pensado que le resultara tan traumático desenterrar a su marido.

—No, no me lo había imaginado.

—Está en su derecho de no permitir que la hagan volver a pasar por ello.

—Me parece que será lo mejor —convino ella.

«Para usted, seguro que sí», pensó Marty.

—Claro que en cuanto le comuniquen que va a efectuarse una investigación no le permitirán incinerar el cadáver. Por eso yo no puedo recomendárselo. Pero aún está a tiempo de decidirlo por sí misma, por sus propios motivos. Si lo solicita rápido, hoy o mañana, habrá sido una cuestión de mala suerte. Será una lástima, pero el cadáver habrá sido incinerado antes de que el forense ordene la investigación.

—Ya lo entiendo.

—Tengo que dejarla —dijo Marty.

—Le agradezco mucho la llamada. ¿Tiene algo más que decirme?

—No, eso es todo —dijo él—. Gracias, señora Weller.

—Gracias a usted, doctor Roberts.

Y colgaron.

Marty Roberts se recostó en la silla. Estaba satisfecho de cómo había ido la conversación telefónica, muy satisfecho.

Solo le quedaba una cosa pendiente.

—Laboratorio de la quinta planta, le atiende Jennie.

—Jennie, soy el doctor Roberts, de anatomía patológica. Necesito que compruebe un resultado.

—¿Es reciente, doctor Roberts?

—No, es de hace días. Un análisis de tóxicos que se encargó hace una semana. El nombre del paciente era Weller.

Marty le leyó el número del historial.

Hubo una breve pausa. Marty oyó el tintineo de las llaves.

—¿John J. Weller? Varón, blanco, cuarenta y seis años.

—Sí.

—Realizamos un análisis completo de tóxicos a las tres y treinta y siete minutos de la madrugada del domingo 8 de mayo. Ah, y nueve pruebas más.

—¿Conservan las muestras de sangre?

—Seguro que sí. Ahora se guarda todo.

—¿Puede comprobarlo?

—Doctor Roberts, se guardan siempre. Se guardan incluso las tarjetas de la prueba del talón de los recién nacidos. Es una prueba a la que nos obliga la ley para detectar si el bebé tiene fenilcetonuria, pero aun así conservamos las tarjetas. Y también guardamos la sangre del cordón umbilical, y la placenta y las extirpaciones quirúrgicas. Lo guardamos todo...

—Ya lo comprendo. De todas formas, ¿le importaría mirarlo?

—Lo estoy viendo en la pantalla —respondió la chica—. La muestra congelada se encuentra en la cámara B7. Se la llevarán al almacén externo a final de mes.

—Lo siento —se disculpó Marty—. Es que es posible que haya un proceso legal. ¿Puede comprobar que la muestra se encuentra físicamente donde se supone que debe estar?

—Claro. Ahora envío a alguien, lo llamaré en cuanto lo sepa.

—Gracias, Jennie.

Colgó el teléfono y volvió a recostarse en la silla. A través de la mampara de cristal, observó a Raza limpiar uno de los tableros de acero inoxidable para la siguiente autopsia. Raza limpiaba a conciencia. Marty tenía que reconocerlo: el chico era concienzudo, prestaba atención a los detalles.

Por tanto, no se le habría pasado por alto modificar la base de datos del hospital para incluir una muestra no existente. Si no lo había hecho él mismo, se lo habría pedido a otra persona.

En ese momento sonó el teléfono.

—¿Doctor Roberts? Soy Jennie.

—Dime, Jennie.

—Me parece que me he precipitado. La muestra de Weller consiste en treinta centímetros cúbicos de sangre venosa, congelada. Pero no se encuentra en la cámara B-7, debe de estar cambiada de sitio. Ya la están buscando. Lo avisaré en cuanto la encuentren. ¿Quería algo más?

—No —respondió Marty—. Muchas gracias, Jennie.

¡Por fin!

Ellis Levine encontró a su madre en la segunda planta de la tienda Polo Ralph Lauren, en la esquina de Madison Avenue con la calle Setenta y dos. La mujer salía en ese momento del probador y llevaba puestos unos pantalones blancos de lino y un vistoso top cruzado. Se colocó delante del espejo y se volvió, primero hacia un lado y luego hacia el otro. Entonces lo vio.

—Hola, cariño —lo saludó—. ¿Te gusta?

—¿Qué estás haciendo aquí, mamá?

—Me compro ropa para el crucero, cariño.

—No vas a hacer ningún crucero —dijo Ellis.

—Claro que sí, cada año hacemos uno. ¿Qué te parecen los pantalones con vuelta?

—Mamá...

La mujer frunció el entrecejo y se ahuecó el pelo cano con gesto distraído.

—El top no me acaba de convencer —confesó—. Parezco una macedonia, ¿no?

—Tenemos que hablar —le espetó Ellis.

—Muy bien. ¿Tienes tiempo de ir a comer?

—No, mamá. Tengo que volver al trabajo.

Ellis trabajaba de contable en una agencia publicitaria. Había salido de la oficina a toda prisa para ir al centro porque lo había llamado su hermano, asustadísimo.

Se acercó a su madre y le dijo en voz baja:

—Mamá, no puedes comprarte nada.

—No digas tonterías, cariño.

—Mamá, ya hablamos de esto.

Ellis y sus dos hermanos se habían reunido con sus padres el fin de semana anterior. La conversación que habían mantenido en la casa de Scarsdale había resultado violenta y penosa. El padre tenía sesenta y tres años y la madre cincuenta y nueve. Los hermanos habían repasado con ellos la situación económica.

—No hablarás en serio... —reaccionó por fin la mujer.

—Sí.

Ellis le dio un estrujoncito en el brazo.

—Ellis Jacob Levine —lo amonestó su madre—, esto es impropio de ti.

—Escucha, mamá: papá se ha quedado sin trabajo.

—Ya lo sé pero tenemos mucho...

—Le han retirado la pensión.

—Solo durante un tiempo.

—No, mamá, no es solo durante un tiempo.

—Siempre hemos tenido mucho...

—Pues ya no. Se acabó.

La mujer se lo quedó mirando.

—Tu padre y yo seguimos hablando después de que vosotros os marcharais. Me dijo que estuviera tranquila, que no íbamos a vender la casa ni el Jaguar. Todo esto es ridículo.

—¿Eso te dijo papá?

—Sí, eso es.

Ellis suspiró.

—Lo dice para que no te preocupes.

—No me preocupo. Está encantado con el Jaguar; cada año estrena uno, desde que vosotros erais muy pequeños.

Los dependientes los estaban mirando. Ellis arrastró a su madre a un rincón de la tienda.

—Mamá, las cosas han cambiado.

—Por favor.

Ellis apartó la vista del rostro de su madre. Era incapaz de mirarla a los ojos. Siempre había sentido admiración por sus padres: tenían dinero y una relación estable y sólida. Sus hermanos y él habían pasado por altibajos —el mayor se había divorciado, por el amor de Dios—, pero por suerte sus padres pertenecían a una generación anterior en la que prevalecía la estabilidad. Siempre podían contar con ellos. Ni siquiera se preocuparon cuando su padre perdió el trabajo. Si bien era cierto que a su edad no iba a encontrar otro empleo, contaban con inversiones, acciones, tierras en Montana y en el Caribe y una generosa pensión. No había razón para preocuparse. Sus padres no cambiaron el tren de vida. Continuaron saliendo, viajando y gastando a todas horas.

Sin embargo, a la sazón sus hermanos y él estaban pagando la hipoteca de Scarsdale mientras trataban de vender el apartamento de Charlotte Amalie y el chalet de Vail.

—Mamá —empezó—, tengo dos hijos que van a preescolar. El de Jeff está en primero de primaria. ¿Sabes cuánto cuestan las escuelas privadas de la ciudad? Aaron tiene que pagar una pensión alimenticia. Todos tenemos nuestra propia vida, no podemos andar pagándoos vuestros caprichos.

—Vosotros no nos pagáis nada a vuestro padre ni a mí —le espetó su madre.

—Sí, mamá. Te digo que no puedes comprarte ropa. Por favor, vuelve a entrar ahí y quítate lo que llevas puesto.

Ellis contempló horrorizado cómo su madre prorrumpía en lágrimas y se cubría el rostro con las manos.

—Tengo mucho miedo —confesó—. ¿Qué va a pasarnos?

Estaba temblando y él la rodeó con el brazo.

—No pasará nada —dijo—. Cámbiate, te llevo a comer.

—Pero si no tienes tiempo. —La mujer estaba sollozando—. Me lo acabas de decir.

—No te preocupes, comeremos juntos, mamá. Iremos al Carlyle. No pasará nada.

La mujer se sorbió la nariz y se enjugó las lágrimas. A continuación se dirigió al probador con la cabeza muy alta.

Ellis sacó el teléfono móvil y llamó a la oficina para avisar de que llegaría tarde.

El doctor Roben Bellarmino aguardaba impaciente a que terminaran de presentarlo en el desayuno de oración biotecnológico junto a los miembros del Congreso que tuvo lugar en Washington. El congresista Henry Waters, famoso por su prolijidad, seguía con la cantinela.

—Todos conocemos muy bien al doctor Bellarmino —dijo—. Es un médico con conciencia, un hombre que sirve a la ciencia y a Dios, un hombre de principios en la era del oportunismo, una persona recta en una época en que la excesiva preocupación por el hedonismo hace que todo valga, sobre todo en la MTV. El doctor Bellarmino no es solo el director de los National Institutes of Health, es también pastor laico de la iglesia baptista de Thomas Field de Houston y autor de *Turning Points*, un libro sobre su despertar espiritual al mensaje redentor de Nuestro Señor Jesucristo. Estoy seguro... Bueno, me está mirando y dentro de una hora tiene que estar en la sala de actos del Congreso, así que permítanme que ceda la palabra al hombre que sirve a Dios y a la ciencia, el doctor Robert A. Bellarmino.

El bien parecido y seguro de sí mismo Robert Bellarmino se acercó al estrado. El tema de que iba a hablar era el que aparecía en el programa: «Los planes de Dios para la humanidad en relación con la investigación genética».

—En primer lugar, quiero dar las gracias al señor Waters y a todos los asistentes. Seguro que algunos se preguntan cómo puede un científico conciliar su mundo y el de Dios, sobre todo si se dedica a la investigación genética. Sin embargo, tal como explica Denis Alexander, la Biblia nos recuerda que Dios, el Creador universal, no forma parte de Su creación pero al mismo tiempo la preserva de forma activa en cada momento. Dios es, por tanto, el creador del ADN que subyace en la diversidad de nuestro planeta. Por eso los que critican la ingeniería genética afirman que no debe practicarse, porque implica jugar a ser Dios. Algunas doctrinas ecológicas sostienen un punto de vista similar, dicen que la naturaleza es sagrada e inviolable. Por supuesto, ambas creencias son paganas.

Bellarmino hizo una pausa para que la audiencia saboreara la palabra. Se planteó continuar hablando de las creencias paganas, en particular del culto panteísta a la naturaleza que algunos llamaban «cosmología de California». Sin embargo, decidió no hacerlo ese día. Tenía que proseguir.

—La Biblia lo explica claramente en el Génesis 1,28 y 2,15: Dios ha encargado a



los humanos una tarea, nos ha asignado la responsabilidad de cuidar la Tierra y todas las criaturas que la habitan. No estamos jugando a ser Dios. Debemos responder ante Él si no administramos con responsabilidad lo que ha entregado a nuestro cuidado con toda su majestuosidad y biodiversidad. Esa es la tarea que nos ha encomendado Dios. Somos los encargados de cuidar el planeta.

»La ingeniería genética utiliza las herramientas que el Creador nos ha dado para llevar a cabo buenas obras en el planeta. Los cultivos desprotegidos son atacados por plagas de insectos o mueren debido a las heladas o a la sequía. La modificación genética puede evitar esos daños, utilizar menor superficie para los cultivos, conservar más tierras vírgenes y aun así seguir alimentando a los hambrientos. La ingeniería genética nos permite hacer extensiva la munificencia de Dios a todas las criaturas tal como Él desearía. Los organismos genéticamente modificados fabrican insulina pura para combatir la diabetes y factores de coagulación puros para combatir la hemofilia. Hasta ahora, los enfermos que padecían una de esas enfermedades solían morir debido a la contaminación. El hecho de que podamos crear sustancias puras es obra de Dios. ¿Quién se atrevería a afirmar que no es así?

»Los críticos acusan a la ingeniería genética de antinatural porque transforma la esencia del organismo, su naturaleza más inherente y profunda. Esa idea es absurda y pagana. Sin embargo, el hecho es que la domesticación de las plantas y los animales, tal como se viene practicando desde hace miles de años, también cambia la naturaleza inherente y profunda de los organismos. Un perro doméstico no es un lobo. El trigo ya no es un vegetal mal desarrollado y no comestible. La ingeniería genética no es más que el siguiente paso de una tradición aceptada desde hace mucho tiempo, no significa ninguna ruptura radical con el pasado.

»A veces se oyen cosas como que el ADN no hay que tocarlo y punto. ¿Por qué no? El ADN no es invariable, cambia con el tiempo. Interactúa constantemente con la existencia diaria. ¿Acaso debemos pedirles a los atletas que no levanten pesas porque eso cambiará el tamaño de sus músculos? ¿Tenemos que decirles a los estudiantes que no lean para que la estructura de su mente en desarrollo no sufra modificaciones? Por supuesto que no. Nuestro cuerpo cambia constantemente y con él, el ADN.

»De forma mucho más directa, hay quinientas enfermedades genéticas que en potencia pueden curarse mediante terapia génica. Muchas de estas enfermedades causan un sufrimiento terrible a niños y acaban provocándoles una muerte prematura y dolorosa. Otros trastornos pesan sobre la vida de determinadas personas como una sentencia de cadena perpetua: la persona en cuestión no tiene más remedio que esperar a que la enfermedad aparezca y acabe con ella. ¿Acaso no deberíamos curar esas enfermedades si pudiéramos? ¿No tendríamos que aliviar el sufrimiento siempre que sea posible? Pues para ello lo único que tenemos que hacer es cambiar el ADN. Es tan simple como eso.

»Entonces, ¿debemos modificar el ADN o no? ¿Se trata de una obra de Dios o de un orgullo desmesurado del hombre? No son decisiones para tomar a la ligera. Lo mismo ocurre con un tema aún más delicado: la utilización de células germinales y embriones. En la tradición judeocristiana, hay muchas personas que se oponen sin dudar a la utilización de embriones. Sin embargo, esos puntos de vista acabarán chocando con el objetivo de curar a los enfermos y aliviar el sufrimiento. No sucederá este año, ni el que viene, pero el momento llegará. Hará falta pensarlo con detenimiento y rezar para obtener la respuesta. Nuestro Señor Jesucristo hizo que los hombres volvieran a caminar. ¿No debemos hacer nosotros lo mismo, si podemos? A nosotros nos resulta más difícil porque todos sabemos que el orgullo humano puede tomar muchas formas y no solo actúa yendo más allá de lo que es sensato sino también empeñándose en no permitir el avance. Estamos aquí para llevar la gloria de Dios a toda Su obra, y no el ego y la terquedad humana. Personalmente, en estos momentos no conozco la respuesta. Les confieso que mi corazón alberga confusión.

»A pesar de todo, tengo fe y sé que al final Dios nos guiará hasta el mundo que Él quiere para nosotros. Tengo fe en que nos guiará hacia una sabia decisión, en que seremos prudentes y no nos obstinaremos en sostener una postura contraproducente para Su trabajo, para Sus niños enfermos y para todas las criaturas a quienes Él ha dado vida. Por ello rezo humildemente, en nombre de Dios. Amén.

Por supuesto, el discurso surtió efecto, siempre lo surtía. Bellarmino llevaba una década pronunciándolo en distintas versiones y cada vez avanzaba un paso más, cada vez hablaba con mayor seguridad. Cinco años atrás no utilizaba la palabra «embrión». A la sazón, sí, aunque pocas veces y con prudencia. Estaba sentando las bases, obligaba a la gente a pensar. La idea del sufrimiento les resultaba inquietante, pero también la de devolver la movilidad a los paralíticos.

Desde luego, nadie tenía la certeza de que aquello llegara a ocurrir. El propio Bellarmino lo dudaba. Sin embargo, permitía que la gente pensara que sería así, la dejaba con la preocupación. Era lo que tenían que hacer; había mucho en juego y el avance era meteórico. Si Washington impedía que se llevara a cabo determinado experimento, este tendría lugar en Shangai, Seúl o Sao Paulo. Y Bellarmino, con toda su experiencia y su actitud moralista, trataba de asegurarse de que eso no llegara a ocurrir. No debía suceder nada que resultara negativo para su laboratorio, sus investigaciones o su reputación. Sabía proteger muy bien las tres cosas.

Una hora más tarde, en la sala de conferencias revestida de madera, Bellarmino efectuaba su comparecencia ante el Comité de la Cámara de Representantes sobre Genética y Salud. La reunión se había convocado para plantearse si era apropiado que el registro de patentes permitiera incluir genes humanos. A esas alturas, ya se habían tramitado miles de licencias de características semejantes. ¿Era una buena idea?

—De lo que no cabe duda es de que tenemos un problema —opinó el doctor Bellarmino sin consultar las anotaciones. Había memorizado la intervención para poder hablar mirando a las cámaras de televisión y causar así mayor impacto—. El hecho de que las empresas puedan patentar genes representa un problema importante para el futuro de la investigación. Por otra parte, el hecho de que los patentes los académicos plantea un problema mucho menor puesto que el trabajo puede compartirse con total libertad.

Era evidente que lo que decía no tenía sentido. El doctor Bellarmino no mencionó que hacía tiempo que la diferencia entre la investigación académica y la empresarial había desaparecido. El 20 por ciento de los académicos obtenía ingresos gracias a la industria. El 10 por ciento se dedicaba al desarrollo de fármacos y más del 10 por ciento ya había lanzado algún producto al mercado. Más del 40 por ciento había solicitado alguna patente en el decurso de su carrera.

Bellarmino tampoco mencionó que él mismo perseguía las patentes genéticas sin tregua. Durante los últimos cuatro años, su laboratorio había rellenado 572 solicitudes que cubrían un gran espectro de condiciones, desde el alzhéimer y la esquizofrenia hasta el trastorno maníaco depresivo, la ansiedad y el déficit de atención. Se habían concedido patentes de docenas de genes causantes de trastornos metabólicos específicos que iban desde el déficit de 1-tiroxi-hidrocambina (asociado con el síndrome de las piernas inquietas) hasta un exceso de para-amino-2, 4-dihidroxibentamina, (que causaba la necesidad de orinar con frecuencia durante las horas de sueño).

—Sin embargo —prosiguió el doctor Bellarmino—, puedo asegurar a esta comisión que las patentes de genes son en general un sistema que beneficia a la sociedad. Los medios con que contamos para proteger la propiedad intelectual funcionan bien. Las investigaciones más importantes están protegidas y el consumidor, el paciente estadounidense, se beneficia de nuestros esfuerzos.

No les explicó que cada año se concedían más de cuatro mil patentes de ADN, dos por cada hora de trabajo diario. Puesto que el genoma humano se componía tan solo de treinta y cinco mil genes, la mayoría de los expertos estimaba que más del 20 por ciento del genoma ya era propiedad privada.

Bellarmino no señaló que el mayor propietario de patentes no era un gigante empresarial sino la Universidad de California. La UC poseía más patentes genéticas que Pfizer, Merck, Lilly y Wyeth juntos. Poseía más patentes que el gobierno estadounidense.

—La idea de que alguien posea parte del genoma humano resulta extraña para algunas personas —prosiguió Bellarmino—. Sin embargo, eso es lo que hace crecer a Estados Unidos y fortalece nuestra capacidad de innovación. Es cierto que existen algunos fallos técnicos, pero con el tiempo todos se resolverán. Las patentes

genéticas son el camino a seguir.

Al terminar su discurso, el doctor Bellarmino abandonó la reunión y se dirigió al aeropuerto Reagan, donde tomaría un vuelo de regreso a Ohio para continuar la investigación sobre el gen de la novedad, que tenía lugar en un parque de atracciones de ese estado. Bellarmino había contratado a un equipo de cámaras del *60 Minutes* para que lo siguiera a todas partes y realizara un montaje que mostrara las distintas e importantes actividades de investigación genética que llevaba a cabo al tiempo que reflejaba su faceta más personal. El tiempo en Ohio constituía una parte decisiva del final del documental puesto que allí interactuaba con personas corrientes y, según los realizadores, el contacto humano era verdaderamente importante, sobre todo teniendo en cuenta que él era un científico, y especialmente en televisión.

## Oficina de Transferencia de Tecnología Universitaria de Massachusetts

GOVERNMENT CENTER, BOSTON

*Para su difusión inmediata*

### **Los científicos dan vida en el laboratorio a una oreja en miniatura**

**Primera «forma de vida parcial» en el MIT  
Posibles aplicaciones en tecnología auditiva**

Los científicos del MIT han desarrollado por vez primera una oreja humana a partir de un cultivo.

El artista de performance australiano Stelarc colaboró con los laboratorios del Instituto Tecnológico de Massachusetts para que le crearan una oreja de recambio. El órgano tiene un tamaño equivalente a la cuarta parte de una oreja normal, ligeramente mayor que el tapón de una botella. El tejido extraído a Stelarc se cultivó en un biorreactor de microgravedad rotativo durante el crecimiento.

El MIT ha declarado que la oreja de recambio puede considerarse una «forma de vida parcial, en parte producida por medios artificiales y en parte desarrollada por un crecimiento normal». La oreja cabe bien en la palma de la mano.

El año pasado, el mismo laboratorio del MIT obtuvo tiras de tejido de rana a partir de su cultivo en una matriz de biopolímero. También obtuvieron tejido a partir de las células de un feto de oveja. Crearon lo que llamaron «piel sin víctimas». Se trataba de piel producida por medios artificiales en el laboratorio adecuada para la fabricación de zapatos, bolsos, cinturones y

otros artículos. Es probable que lo hicieran con intención de comercializar los productos en el sólido mercado vegetariano.

Muchos fabricantes de audífonos han iniciado negociaciones con el MIT relativas a la posible comercialización de su tecnología de creación de orejas. Según el genetista Zack Rabi, «a medida que la población estadounidense envejece, es posible que muchos ciudadanos de edad avanzada prefieran unas orejas algo más grandes de lo normal modificadas genéticamente antes que confiar su percepción auditiva a los aparatos». Un portavoz de Audion, el fabricante de audífonos, remarcó que «no estamos hablando de orejas de Dumbo. Un simple incremento de un 20 por ciento en el tamaño de la aurícula duplicaría la capacidad auditiva. Pensamos que el mercado de las orejas de tamaño superior es enorme. Cuando mucha gente las tenga, ya nadie lo notará. Creemos que para entonces las orejas de tamaño superior serán lo más normal del mundo, igual que ha ocurrido con los implantes de silicona en los pechos».

Marty Roberts tenía un mal día, y la llamada de Emily Weller aún lo estropeó más.

—Doctor Roberts, lo llamo del depósito de cadáveres. Parece que hay un problema con la incineración de mi marido.

—¿Qué tipo de problema? —preguntó Marty Roberts, sentado en su despacho del laboratorio de anatomía patológica.

—Dicen que no pueden incinerar a mi Jack porque contiene metal.

—¿Metal? ¿Qué quiere decir que contiene metal? Su marido no lleva ninguna prótesis de cadera, ni tampoco tiene heridas de guerra, ¿verdad?

—No, no. Dicen que tiene tubos de metal en los brazos y en las piernas en lugar de huesos.

—¿De verdad? —Marty se incorporó de golpe en la silla y chasqueó los dedos para llamar la atención de Raza, que se encontraba en la sala de autopsias contigua—. No entiendo cómo puede haber sucedido.

—Precisamente eso es lo que quería preguntarle.

—No sé qué decirle. No alcanzo a comprenderlo, señora Weller. Lo único que puedo decirle es que me ha dejado estupefacto. —Para entonces, Raza había entrado en el despacho—. Voy a conectar el altavoz, señora Weller. Así podré tomar notas al mismo tiempo. ¿Dónde está ahora? ¿Se encuentra en el crematorio, junto a su marido?

—Sí —respondió ella—. Me acaban de comunicar lo de los tubos de metal, no pueden incinerarlo.

—Ya —respondió Marty, mirando a Raza.

Raza negó con la cabeza. Garabateó unas palabras en el bloc. «Solo le quitamos el hueso de una pierna, lo reemplazamos por una espiga de madera».

—No concibo cómo ha podido ocurrir una cosa así, señora Weller —dijo Marty—. Tal vez sea necesario investigarlo. Me temo que alguien ha obrado de forma incorrecta; tal vez la funeraria, o el propio personal del cementerio.

—La cuestión es que dicen que habrá que volver a enterrarlo. También me han aconsejado que llame a la policía, porque parece que han robado los huesos. La verdad es que no quiero tener que declarar ante la policía y pasar por todo eso. —Hizo una larga pausa, muy elocuente—. ¿Usted qué piensa, doctor Roberts?

—Deme un poco de tiempo, señora Weller. La llamaré enseguida. —Marty

Roberts colgó el teléfono—. ¡Tonto del culo! Mira que te lo tengo dicho: ¡madera, siempre madera!

—Ya lo sé —respondió Raza—. No fuimos nosotros, te lo juro. Siempre utilizamos madera.

—Tubo de plomo... —dijo Marty, sacudiendo la cabeza—. Menuda locura.

—Te digo que no fuimos nosotros, Marty, lo juro. Deben de haber sido los hijos de puta del cementerio, ya sabes que a ellos les cuesta muy poco. Se celebra el entierro, la familia echa la primera palada de tierra y todo el mundo se marcha a su casa sin que acaben de enterrar el ataúd. A veces tardan incluso un día o dos en hacerlo. Es posible que esa misma noche entraran y se llevaran los huesos. Ya sabes cómo funcionan estas cosas.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le espetó Marty, mirándolo fijamente.

—Porque el año pasado nos llamó una mujer. Habían enterrado a su marido con el anillo de casado y quería recuperarlo. Quería saber si se lo habíamos quitado para hacerle la autopsia. Yo le dije que aquí no teníamos ningún efecto personal pero que llamaría al cementerio. Resulta que aún no habían enterrado al hombre y pudo recuperar el anillo.

Marty Roberts se sentó.

—Mira —empezó—, si investigan el caso y les da por echar un vistazo a las cuentas bancarias...

—No pasará nada. Confía en mí.

—No me hagas reír.

—Marty, lo digo en serio, no fuimos nosotros. Nunca utilizamos plomo. De ninguna manera.

—Muy bien, ya te he oído, pero no te creo.

Raza dio un golpecito en el escritorio.

—Más vale que la asustes con lo de la receta.

—Es lo que pienso hacer. Ahora lárgate, voy a llamarla.

Raza cruzó la sala de autopsias y entró en el vestuario. No había nadie, así que sacó el móvil y marcó un número.

—Jesu —dijo—. ¿Qué coño haces, tío? Le has metido plomo al del accidente. Qué mierda. Marty está hecho una fiera y con razón. Iban a incinerarlo y resulta que no han podido porque tenía tubos de plomo dentro. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo? ¡Madera, utiliza madera!

—Señora Weller —empezó Marty—, me parece que será mejor que vuelvan a enterrar a su marido. Es la única opción que tiene.

—Eso será si no hablo antes con la policía y les cuento lo de los huesos robados.

—Yo no puedo decirle lo que tiene que hacer —repuso él—. Es usted quien tiene que decidir lo que crea que es mejor. Sin embargo, en mi opinión, si hay una larga investigación policial es probable que se descubra que la farmacia Longwood, de Motor Drive, posee una receta de ácido etacrínico extendida a su nombre.

—Lo compré para mí.

—Ya lo sé, pero puede que se pregunten cómo fue a parar al organismo de su marido. La situación resultaría bastante violenta.

—¿Han encontrado indicios en el laboratorio del hospital?

—Sí, pero estoy seguro de que el propio hospital solicitaría al laboratorio que interrumpiera el trabajo en cuanto usted retirara la demanda. En fin, señora Weller, ya me comunicará su decisión. Hasta pronto.

Marty colgó y consultó el termómetro de la sala de autopsias. Marcaba quince grados. No obstante, estaba sudando.

—Me estaba preguntando cuándo ibas a aparecer —dijo Marilee Hunter, del laboratorio genético. No parecía muy contenta—. Quiero saber qué has tenido que ver tú exactamente en todo esto.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Hoy ha llamado Kevin McCormick. La familia Weller ha interpuesto otra demanda. Esta vez ha sido cosa de Tom Weller, el hijo del fallecido. El que trabaja en una empresa biotecnológica.

—¿De qué se queja?

—Yo me limité a seguir el protocolo —contestó Marilee, a la defensiva.

—Aja... ¿De qué se queja?

—Parece ser que le han cancelado el seguro de enfermedad.

—¿Por qué?

—Su padre tenía el gen BNB71, causante de enfermedades cardíacas.

—¿En serio? No tiene sentido, ese tipo estaba obsesionado con su salud.

—Tenía el gen, lo que no quiere decir que se expresara. Lo encontramos en las muestras de tejido y lo anotamos debidamente en el informe. La empresa aseguradora lo vio y canceló la póliza del hijo por posibles antecedentes familiares de enfermedad hereditaria.

—¿De dónde sacaron la información?

—De internet —respondió ella.

—¿De internet?

—Hay una investigación legal en curso —explicó la mujer—.

Según la ley del estado, en ese caso los datos dejan de ser confidenciales. Nos obligaron a enviar toda la información obtenida en el laboratorio a una dirección FTP.



En teoría el acceso está protegido mediante contraseña, pero cualquiera podría conectarse al servidor.

—¿Enviáis los datos genéticos por internet?

—En general, no. Solo cuando hay un juicio pendiente. De todas formas, el hijo dice que él no autorizó la difusión de sus datos genéticos, lo cual es cierto. Sin embargo, la cuestión es que al revelar los datos genéticos del padre, tal como manda la ley estatal, también revelamos los del hijo, lo cual la ley nos prohíbe. Es evidente que la mitad de los genes de los hijos son los mismos del padre, así que de una forma u otra infringimos la ley. —La mujer suspiró—. Tom Weller quiere que le devuelvan la póliza, pero lo tiene crudo.

Marty Roberts se apoyó en el escritorio.

—Entonces, ¿qué?

—El señor Weller me ha demandado a mí y al hospital. El departamento jurídico insiste en que el laboratorio no toque más el material de esa familia. —Marilee Hunter soltó un bufido—. No hay nada que hacer.

¡No había nada que hacer! ¡No habría más investigaciones, no desenterrarían el cadáver! Marty Roberts se sintió aliviado, aunque trató de aparentar aflicción.

—Es muy injusto —opinó él—. Hoy día no se puede dar ni un paso sin un abogado.

—Da igual. Ahora ya ha terminado todo, Marty —dijo ella—. Se acabó.

Más tarde, Marty regresó al laboratorio de anatomía patológica.

—Raza, uno de los dos sobra en este laboratorio.

—Ya lo sé —dijo Raza—. Te echaré de menos, Marty.

—¿Qué quieres decir?

—He encontrado otro trabajo —lo informó, con una sonrisa—. Me voy al hospital Hamilton de San Francisco. El auxiliar acaba de sufrir un ataque al corazón. Empiezo pasado mañana, y como tengo que recoger mis cosas y hacer todos los trámites, hoy es mi último día de trabajo.

Marty Roberts se lo quedó mirando.

—Bueno, no sé qué decir.

—Ya sé que tendría que darte dos semanas, pero he dicho en el hospital que se trata de un caso especial y que tú lo entenderías. Por cierto, conozco a un tipo que puede sustituirme. Es amigo mío, se llama Jesu. Es muy bueno. Ahora trabaja en una funeraria, así que el cambio no será muy grande.

—Le haré una entrevista —convino Marty—. De todas formas, creo que será mejor que elija yo a la persona.

—Claro, no hay problema —aseguró Raza. Le estrechó la mano a Marty—. Gracias por todo, doctor Roberts.

—Ahora te acuerdas —dijo Marty con una sonrisa.  
Raza se dio media vuelta y salió del laboratorio.

Josh Winkler observaba a través de la ventana de su despacho el vestíbulo de BioGen. Todo estaba patas arriba. Su ayudante, Tom Weller, se había tomado la semana libre porque su padre había muerto en un accidente de coche en Long Beach. Encima ahora Weller tenía problemas con el seguro de enfermedad. Por eso él tenía que contentarse con otro ayudante que no conocía el trabajo. En el exterior, un equipo de mecánicos se encontraba arreglando las cámaras del aparcamiento. Abajo, en el mostrador de recepción, Brad Gordon charlaba de nuevo con la atractiva Lisa. Josh suspiró. ¿Qué se había creído? ¿Que podía hacer lo que le diera la gana, incluso ligar con la amiguita del jefe? Brad estaba muy seguro de que no lo despedirían.

Lisa tenía unos bonitos pechos.

—¿Josh? ¿Me estás escuchando?

—Sí, mamá.

—¿Qué te ronda por la cabeza?

—Nada, mamá.

Desde arriba divisaba la blusa de escote redondeado de Lisa, que revelaba el contorno de sus pechos firmes. Demasiado firmes, de hecho, pero eso no incomodaba a Josh. En los tiempos que corrían, la cirugía lo retocaba todo y a todos, incluidos los hombres. Hasta los veinteañeros se sometían a liftings e implantes de pene.

—¿Qué te parece? —le preguntó su madre.

—¿El qué? Lo siento, mamá, no sé de qué me estabas hablando.

—De los Levine, mis primos.

—No sé. ¿Dónde viven ahora?

—En Scarsdale, cariño.

En ese momento lo recordó todo. Los padres de la familia Levine gastaban demasiado.

—Mamá, eso no es legal.

—Con el hijo de Lois lo hiciste, tú lo hiciste.

—Es verdad.

Josh lo había hecho porque creía que nadie llegaría a saberlo.

—Y ahora ese chico ha dejado las drogas y está trabajando. Lo han contratado nada menos que en un banco, Josh. En un banco.

—¿Qué hace?

—No lo sé. Me parece que está de cajero.

—Eso está muy bien, mamá.

—Está más que bien —puntualizó su madre—. Ese rociador tuyo es un gran negocio, Josh. Es el fármaco que todo el mundo está esperando. Por fin vas a ser alguien.

—Qué bonito, mamá.

—Ya sabes a qué me refiero. Ese rociador puede llegar a ser un gran producto. —La mujer hizo una pausa—. Aunque me imagino que antes de nada has de investigar qué efectos tiene en las personas mayores, ¿no?

Josh suspiró. Tenía razón.

—Sí...

—Pues Pruébalo con los Levine.

—De acuerdo —accedió él—. Trataré de conseguir un bote.

—¿Uno para cada uno?

—Sí, mamá, uno para cada uno.

Josh colgó el teléfono. Estaba planteándose qué debía hacer con exactitud acerca de la cuestión —y, de hecho, acababa de cambiar completamente de planes al respecto—, cuando oyó unas sirenas. Al cabo de un instante dos coches de policía se detuvieron frente al edificio y cuatro agentes salieron a toda prisa de los vehículos, penetraron en el edificio y avanzaron directamente hasta Brad, quien seguía apoyado en el mostrador, hablando con Lisa.

—¿Es usted Bradley A. Gordon?

Al cabo de un momento un policía lo obligó a darse media vuelta, le colocó los brazos en la espalda y lo esposó.

«¡Coño!», pensó Josh.

Brad no hacía más que gritar.

—¿Qué narices pasa? ¡Que alguien me explique qué narices está pasando!

—Señor Gordon, queda usted detenido por asalto y violación de una menor.

—¿Qué dice?

—Tiene derecho a guardar silencio...

—Pero ¿qué dice? —seguía gritando—. ¿Qué menor? ¡Joder! ¡Yo no conozco a ninguna menor de mierda!

El agente se lo quedó mirando fijamente.

—Vale, vale, retiro el insulto. Pero no conozco a ninguna menor.

—Me parece que sí que conoce a una menor, señor.

—¡Se están equivocando, cono! —gritó Brad mientras los agentes lo conducían al exterior.

—Haga el favor de acompañarnos, señor.

—¡Voy a demandarlos a todos, hijos de puta!  
—Por aquí, señor —insistieron los agentes.  
Y, por la puerta, salieron a plena luz del día.

Cuando se hubieron llevado a Brad, Josh observó a las demás personas apoyadas en la barandilla. La mitad del personal se encontraba allí asomado, charlando y murmurando sobre lo ocurrido. En el extremo opuesto de la galería vio a Rick Diehl, el director de la empresa.

Se había limitado a contemplar toda la escena con las manos en los bolsillos. La verdad era que si Diehl estaba disgustado, lo disimulaba muy bien.

Brad Gordon observó el retrete de la celda con desagrado. Una tira de papel higiénico mojado colgaba junto al inodoro metálico. Delante del retrete había un charco amarillento en el que flotaban ciertas partículas. Brad tenía ganas de mear; sin embargo, no pensaba poner los pies en ese líquido asqueroso, fuera lo que fuese. No se atrevía siquiera a pensarlo.

A su espalda oyó que alguien le daba la vuelta a la llave en la cerradura. Se puso en pie. La puerta se abrió de par en par.

—Hola, Gordon. Vamos.

—¿Qué ocurre?

—Ha llegado el abogado.

El agente empujó a Brad por un pasillo hasta que llegaron a una pequeña sala. Dentro, sentados frente a un ordenador portátil, aguardaban un hombre de edad avanzada vestido con un traje de raya diplomática y un joven con una cazadora de los Dodgers. El chico llevaba unas gafas con montura de concha muy gruesa que le daban aspecto de búho, o de Harry Potter o algo así. Ambos se pusieron en pie y le estrecharon la mano a Brad. Este no retuvo los nombres, pero sabía que trabajaban en el bufete de su tío.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

El abogado de mayor edad abrió una carpeta.

—La chica se llama Kelly Chin —explicó—. Se conocieron en un partido de fútbol, usted se acercó a ella...

—¿Que yo me acerqué a ella?

—Y luego la llevó al hotel Westview Plaza, a la habitación 413...

—No lo han informado bien.

—Una vez en la habitación, practicó con ella el sexo oral, genital y anal. La chica tiene dieciséis años.

—¡Por Dios! —exclamó Brad—. Eso no es lo que ocurrió.

El abogado de mayor edad se limitó a mirarlo.

—Está de mierda hasta el cuello, amigo.

—Le digo que eso no es lo que ocurrió.

—Ya. Las cámaras de seguridad del hotel los grabaron en el vestíbulo y en el ascensor. Las imágenes captadas por las cámaras del pasillo de la cuarta planta

muestran cómo entró en la habitación 413 con la señorita Chin. Permanecieron allí una hora y siete minutos. Luego, la chica salió sola.

—Sí, claro, pero...

—En el ascensor, se echó a llorar.

—¿Qué?

—Luego fue al hospital general Westview y explicó que la habían agredido y violado. Allí la examinaron y tomaron fotografías. Presentaba desgarros vaginales y contusiones, y también desgarros anales. Le extrajeron semen del recto. Ahora lo están analizando, pero la chica lo acusa a usted. ¿Lo hizo?

—Qué mierda —dijo Brad en voz baja.

—Lo mejor que puede hacer es decir la verdad —le aconsejó el abogado—. Cuénteme qué ocurrió con exactitud.

—Menuda hija de puta.

—Empecemos por el partido de fútbol donde se conocieron. Hay testigos que afirman haberlo visto en el campo otras veces, va a ver jugar a las chicas. ¿Por qué va allí, señor Gordon?

—Santo Dios —exclamó Brad.

Brad explicó su versión de la historia. Sin embargo, el hombre mayor no cesaba de interrumpirlo. Tardó casi media hora en relatar qué había ocurrido exactamente hasta llegar a la habitación del hotel.

—Así, dice que la chica mostró interés por usted —dijo el abogado.

—Sí, claramente.

—En el ascensor, mientras subían, no hubo besos ni gestos cariñosos.

—No, se mostraba reservada. Cosas de la cultura asiática, ya sabe.

—Ya. Cosas de la cultura asiática. Por desgracia, en las grabaciones no parece muy dispuesta a actuar por voluntad propia.

—Me parece que le entró miedo —opinó Brad.

—¿Cuándo observó eso?

—Bueno, estábamos en la habitación, besuqueándonos, y parecía entregarse con pasión, pero al mismo tiempo se comportaba de forma un poco rara, ya sabe, de vez en cuando se echaba atrás. Parecía quererlo y, a la vez, no quererlo. De todas formas, en general llevaba ella la iniciativa. Por ejemplo, fue ella quien me puso el condón. Cuando yo estaba a punto, se tumbó en la cama con las piernas abiertas y, de repente, va y se levanta. «No, no quiero hacerlo», me dijo. Yo estaba a su lado, con la polla tiesa, y empecé a irritarme. Entonces ella me dice que lo siente, se pone a chupármela y yo me corro en el condón. Parecía toda una profesional, pero ya sabe cómo son las chávalas de hoy en día. Luego me quitó el condón, entró en el baño y la oí tirar de la cadena. Salió con una toallita empapada en agua caliente, me limpió y me dijo que lo

sentía pero que tenía que marcharse a casa.

»Yo le dije que vale, que lo que quisiera. Empezaba a pensar que lo de aquella chávala no era normal, que era una perversa o algo así, o una calentapollas, que no sería la primera vez. O que estaba mal de la cabeza. Yo solo tenía ganas de que se largara cuanto antes. Por eso le dije: «Claro, vete, siento que no lo hayas pasado bien». Ella me pidió que esperara un poco antes de marcharme. «Claro, no te preocupes», le dije. Y se marchó. Esperé un poco y también me marché. Le juro que eso es todo cuanto ocurrió —aseguró Brad.

—No le dijo cuántos años tenía.

—No.

—¿Usted no se lo preguntó?

—No, me dijo que había terminado el instituto.

—No es verdad. Está en segundo.

—Qué mierda.

Hubo un silencio. El abogado hojeó el contenido de la carpeta delante de él.

—Entonces, según su versión, la chica se le insinuó en el campo de fútbol y usted la llevó a un hotel. Ella le sacó el esperma con un condón, se marchó, se hizo heridas en los genitales y se colocó esperma en el recto. Luego fue al hospital y dijo que la habían violado. ¿Es así?

—Solo se me ocurre esa explicación —dijo Brad.

—Es difícil de creer, señor Gordon.

—Pero es la única explicación posible.

—¿Puede probar lo que dice?

Brad guardó silencio mientras pensaba.

—No —dijo al fin—. No tengo pruebas.

—Pues entonces tiene un problema —concluyó el abogado.

Después de que acompañaran a Brad de nuevo a la celda, el abogado se dirigió al joven de la cazadora y las gafas de montura de concha.

—¿Tienes información?

—Sí. —Le dio la vuelta a la pantalla de modo que el hombre de mayor edad pudiera ver las líneas negras en zigzag—. Los marcadores acústicos de estrés se han mantenido en la franja de normalidad. Los patrones de titubeo que indican interferencia prefrontal con la cognición no han aparecido en ningún caso. Ese tipo no miente, o por lo menos él está convencido de que lo que cuenta es lo que ocurrió.

—Interesante —opinó el abogado—. De todas formas, da igual. Ni con un milagro conseguiríamos que quedara libre.



Henry Kendall estacionó en el aparcamiento del Long Beach Memorial y entró en el hospital por la puerta lateral, llevando un recipiente con tejido orgánico. Bajó a la planta del sótano, se dirigió al laboratorio de anatomía patológica y preguntó por Marty Roberts. Habían sido amigos durante los años de instituto en el condado de Marin. Marty salió enseguida.

—¡Dios mío, qué susto! —exclamó—. ¡He oído tu nombre y he pensado que habías muerto!

—De momento, no —dijo Henry, y le estrechó la mano—. Estás muy bien.

—Lo que estoy es gordo. Tú sí que estás bien. ¿Qué tal Lynn?

—Muy bien. Y los niños también. ¿Qué tal Janice?

—Me dejó por un cirujano cardíaco hace un par de años.

—Lo siento, no lo sabía.

—Ya lo he superado —aseguró Marty Roberts—. La vida no me va mal. Por aquí hemos llevado bastante ajeteo, pero ahora estoy más tranquilo. —Sonrió—. ¿No estás un poco lejos de La Jolla? Ahora trabajas allí, ¿verdad?

—Sí, así es. En Radial Genomics.

Marty asintió.

—Y... ¿qué te trae por aquí?

—Quiero enseñarte una cosa —dijo Henry Kendall—. Es sangre.

—No hay problema. ¿Puedo preguntarte de quién es?

—Pregúntamelo, pero no puedo responderte porque no lo sé. No estoy seguro.

Le entregó a Marty el recipiente. Era de poliestireno y la parte interior estaba recubierta de aislante. Dentro había un tubo lleno de sangre. Marty lo cogió.

—La etiqueta dice: «Laboratorio de Robert A. Bellarmino». Qué tiempos, ¿eh, Henry? —La despegó y observó con detenimiento la más antigua que había debajo—. ¿Qué es esto? ¿Un número? Parece que ponga F-102. No lo distingo muy bien.

—Me parece que eso es lo que pone.

Marty se quedó mirando a su viejo amigo.

—Muy bien, ahora dime la verdad. ¿Qué es esto?

—Quiero que me lo digas tú —respondió Henry.

—Antes de nada, te advierto que no voy a hacer nada ilegal —dijo Marty—. Aquí no hacemos esas cosas.

—No se trata de nada ilegal...

—Ya, pero no quieres analizarlo en tu laboratorio.

—En efecto.

—Y por eso has empleado dos horas en desplazarte hasta aquí para venir a verme.

—Marty, límitate a hacer lo que te pido, por favor.

Marty Roberts miró a través del microscopio y a continuación ajustó la pantalla de vídeo para que ambos pudieran observar la muestra.

—Vamos a ver —dijo—. Morfología de glóbulos rojos, hemoglobina, fracciones de proteína, todo normal. Es sangre. ¿De quién?

—¿Es sangre humana?

—Pues claro —respondió Marty—. ¿Qué crees, que es de animal?

—Solo te lo pregunto.

—Bueno, hay algunos tipos de monos cuya sangre no se distingue de la de las personas —explicó Marty—. Podría decirse que su sangre y la nuestra son idénticas. Recuerdo que una vez la policía detuvo a un trabajador del zoo de San Diego que estaba cubierto de sangre. Creían que había asesinado a alguien. Al final resultó ser menstruación de un chimpancé hembra. Me contaron la historia cuando era residente.

—¿No lo sabes seguro? ¿Y el ácido siálico?

—Es un marcador sanguíneo de los chimpancés... ¿Crees que esta sangre es de un chimpancé?

—No lo sé, Marty.

—En este laboratorio no hacemos la prueba del ácido siálico, nunca nos la han pedido. Me parece que en Radial Genomics, en San Diego, sí que la hacen.

—Muy gracioso.

—¿Quieres hacer el favor de explicarme de qué va todo esto, Henry?

—No puedo —respondió Henry—. Me gustaría que analizaras el ADN de la muestra. Y también el mío.

Marty Roberts se recostó en el asiento.

—Me estás poniendo nervioso —dijo—. ¿Estás metido en algún lío?

—No, no. No es eso. Tiene que ver con un proyecto de investigación de hace unos cuantos años.

—¿Crees que es sangre de chimpancé? ¿O tuya?

—Sí.

—¿O de ambos?

—¿Analizarás el ADN?

—Claro. Voy a extraerte una muestra de mucosa bucal. Te llamaré dentro de unas semanas.

—Gracias. ¿Puedo pedirte que esto quede entre tú y yo?

—¡Por Dios! —exclamó Marty Roberts—, estás volviendo a asustarme. Claro que sí, quedará entre nosotros. —Sonrió—. Te llamaré cuando tenga los resultados.

—Hablamos de «submarinos» —dijo el abogado especializado en patentes a Josh Winkler—. Submarinos importantes.

—Siga —lo animó Josh, sonriendo.

Se encontraban en un McDonald's de las afueras de la ciudad. Todos los demás comensales eran menores de diecisiete años, resultaba imposible que la empresa llegara a saber que se habían reunido allí.

—Me pidió que estudiara las patentes concedidas o solicitadas en relación con ese «gen de la madurez» —empezó el abogado—. He encontrado cinco, la primera data de 1990.

—Ajá.

—Dos son submarinos. Así llamamos a las patentes de contenido poco preciso que se solicitan con intención de que permanezcan sin tramitar a la espera de que alguien descubra algo más que sirva para activarlas. La más conocida es la del COX-2...

—Ya la conozco —dijo Josh—. Hace bastante tiempo de eso.

La pelea por la patente del inhibidor de COX-2 se había hecho famosa. En el año 2000 se concedió a la Universidad de Rochester una patente por un gen llamado COX-2, el cual producía una enzima que causaba dolor. La universidad no tardó nada en demandar a la gran empresa farmacéutica Searle por haber comercializado el Celebrex, un fármaco muy eficaz contra la artritis que actuaba bloqueando dicha enzima. Rochester alegó que el Celebrex había violado su patente genética, aunque esta solo hablaba de los usos generales del gen para combatir el dolor. La universidad no había solicitado ninguna patente de un tipo de fármaco en concreto.

Así fue como el juez dirimió la cuestión cuatro años más tarde y Rochester acabó perdiendo. El tribunal resolvió que la patente de Rochester era «poco más que un proyecto de investigación» y que, por tanto, la demanda contra Searle quedaba sin efecto.

Sin embargo, el fallo del tribunal no cambió el funcionamiento ya rutinario del registro de patentes. Continuaron concediendo patentes de genes que consistían en listados de contenido muy vago. Podía solicitarse, por ejemplo, una patente de todos los usos de determinado gen para controlar afecciones cardíacas o el dolor, o para combatir las infecciones. Por mucho que los tribunales resolvieran que las patentes no

tenían sentido, la oficina las seguía tramitando. De hecho, cada vez había más solicitudes; los contribuyentes, a pagar.

—Vaya al grano —pidió Josh.

El abogado consultó las anotaciones de un cuaderno.

—La que más se ajusta es una solicitud de patente de la aminocarboximuconato metaldehído deshidrogenasa, también conocida como ACMMD, que data de 1998. La patente hace referencia a los efectos potenciales del neurotransmisor sobre el giro cingulado.

—Así es como actúa nuestro gen de la madurez —dijo Josh.

—Exacto. Así que aquel a quien pertenezca la ACMMD tiene el control efectivo sobre el gen de la madurez, puesto que controla la forma en que se manifiesta. Interesante, ¿eh?

—¿A quién pertenece la patente de la ACMMD? —preguntó Josh.

El abogado pasó unas cuantas páginas.

—La patente la solicitó una empresa llamada Gen-CoCom, con sede en Newton, Massachusetts. Está recogida en el volumen 11 de 1995. Como parte del acuerdo, todas las solicitudes de patente pasaron a manos del principal inversor, Cari Weigand, que murió en el año 2000, por lo que las heredó su esposa. Ahora la mujer padece un cáncer terminal y tiene intención de cederlas al hospital Boston Memorial.

—¿Hay algo que usted pueda hacer al respecto?

—No tiene más que pedirlo —dijo el abogado.

—Pues hágalo —le pidió Josh frotándose las manos.

Rick Diehl se concentró en el problema como si de un proyecto de investigación se tratara. Leyó un libro sobre el orgasmo femenino. De hecho, fueron dos; uno de ellos con fotografías. También vio un vídeo, tres veces, e incluso tomó notas. Se había prometido a sí mismo que, de una u otra forma, conseguiría despertar en Lisa algún tipo de reacción.

En ese momento se encontraba hundido entre las piernas de ella. Llevaba media hora aplicándose con esmero, tenía los dedos agarrotados, la lengua insensible y le dolían las rodillas. Con todo, Lisa seguía con el cuerpo relajadísimo, indiferente a todas sus atenciones. Nada de eso era lo esperado, según había leído en los libros. No se observaba tumefacción labial, ni dilatación perineal, ni retracción del capuchón del clítoris. No observó alteración alguna de la respiración, ni tensión abdominal, no oyó suspiros ni gemidos...

Nada de nada.

Él estaba cada vez más cansado mientras que Lisa se limitaba a mirar al techo con la misma expresión ausente que si estuviera en el dentista. Como quien solo espera a que algo que le produce cierta incomodidad termine cuanto antes.

Justo entonces... Un momento... Su respiración se alteró. Al principio el cambio fue muy leve pero enseguida se hizo notar más. Empezó a jadear. Y su estómago empezó a tensarse de forma rítmica. La chica empezó a oprimirse los pechos y a emitir suaves gemidos.

Funcionaba.

Rick redobló sus esfuerzos y ella respondió con creces. Funcionaba de verdad... Y tan de verdad... Empezaba a resoplar... A gemir, a estremecerse, a excitarse cada vez más... Arqueó la espalda... Y, de súbito, hizo un movimiento espasmódico y dio un grito.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Brad! ¡Sííí!

Rick se echó hacia atrás de repente, como si acabaran de propinarle un puntapié, y quedó sentado sobre los talones. Lisa se llevó la mano a la boca y se dio la vuelta en la cama alejándose de él. Las sacudidas de su cuerpo duraron unos instantes; luego, se incorporó, se apartó el pelo de los ojos y se lo quedó mirando. Tenía las mejillas encendidas y las pupilas dilatadas por la excitación.

—Vaya, lo siento mucho —se excusó.

Justo en ese maravilloso momento, sonó el móvil de Rick. Lisa se precipitó a cogerlo de la mesilla de noche y se lo entregó a Rick.

—Sí. ¿Qué pasa? —le espetó Rick a su interlocutor. Estaba irritado.

—¿Señor Diehl? Soy Barry Sindler.

—Ah, hola, Barry.

—¿Lo llamo en mal momento?

—No, no.

Lisa se había levantado y se estaba vistiendo de espaldas a él.

—Tengo buenas noticias para usted.

—¿Cuáles son?

—Como ya sabe, la semana pasada su esposa se negó a someterse a las pruebas genéticas, por lo que solicitamos una orden judicial. Llegó ayer.

—Sí...

—Pues su esposa, ante la orden y la perspectiva de tener que someterse a las pruebas, ha desaparecido.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Rick.

—Que se ha marchado de la ciudad, nadie sabe a dónde ha ido.

—¿Y los niños?

—Los ha abandonado.

—¿Quién se ocupa de ellos?

—La empleada del hogar. ¿No telefonea usted a sus hijos a diario?

—Sí, suelo hacerlo, pero últimamente el trabajo me trae de cabeza...

—¿Cuándo habló con ellos por última vez?

—No sé, debe de hacer unos tres días.

—Pues haga el favor de mover el trasero y presentarse en su casa ahora mismo —le ordenó Sindler—. Quería la custodia de sus hijos y ya la tiene. Será mejor que demuestre al tribunal que es un padre responsable.

Y, dicho eso, colgó. Parecía cabreado.

Rick Diehl se sentó sobre los talones y miró a Lisa.

—Tengo que marcharme —dijo.

—No te preocupes —respondió ella—. Lo siento. Ya nos veremos.

La fianza consistió en medio millón de dólares. El abogado de Brad Gordon satisfizo el pago. Brad sabía que el dinero lo había puesto su tío, pero así por lo menos lo habían dejado en libertad. Al salir de la sala de tribunal, el joven de aspecto raro que llevaba una cazadora de los Dodgers se le acercó y le dijo:

—Tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Le tendieron una trampa y yo sé exactamente qué ocurrió.

—¿En serio?

—Sí. Tenemos que hablar.

El chico había reservado una sala en otra parte del juzgado. Brad y él se reunieron a solas. Cerró la puerta, conectó el ordenador portátil y le hizo una señal a Brad para indicarle que tomara asiento. Volvió el ordenador hacia Brad para que este pudiera ver la pantalla.

—Alguien accedió al registro de llamadas de su móvil.

—¿Cómo lo sabe?

—Tenemos contactos en la compañía telefónica.

—¿Y qué?

—Accedieron a sus llamadas mientras usted estaba fuera de la oficina.

—¿Por qué?

—Tal como probablemente sabe, su móvil está equipado con tecnología GPS. Cada vez que efectúa una llamada, su situación física queda registrada. —El chico presionó una tecla—. Al dibujar un gráfico de sus posiciones de los últimos treinta días, hemos descubierto esto. —El mapa mostraba puntos de color rojo dispersos por toda la ciudad y unos cuantos agrupados en una parte de Westview. El chico amplió la imagen—. Es el campo de fútbol.

—¿Quiere decir que saben que iba allí?

—Sí, los martes y los jueves. Lo descubrieron hace dos semanas.

—Y me tendieron una trampa —concluyó Brad.

—Es lo que trataba de explicarle, sí.

—¿Qué se sabe de la chica?

—La estamos investigando. No es una adolescente cualquiera. Pensamos que es de nacionalidad filipina. Hemos visto imágenes de una cámara web en las que se



masturba a cambio de dinero. De todas formas, lo que ahora importa es que en su versión hay inconsistencias. Si observa la grabación de las cámaras de seguridad del hotel —dijo, al tiempo que presionaba otra tecla—, verá que mientras espera el ascensor se vuelve de espaldas a la cámara, abre el bolso y se lleva la mano al rostro. Pensamos que se puso gotas u otro tipo de sustancia irritante en los ojos. Cuando unos instantes más tarde sube al ascensor, se la ve llorar. Pero hay una cosa que resulta chocante: si acababa de ser víctima de una violación y estaba tan afectada como para llorar en el ascensor, ¿cómo es que no se dirigió de inmediato a la recepción del hotel y lo denunció? ¿Por qué no lo hizo?

—¡Aja! —exclamó Brad, entrecerrando los ojos.

—En lugar de eso, pasó de largo y se dirigió al coche. La cámara de seguridad del aparcamiento la muestra alejándose en su auto a las 5.17 minutos de la tarde. El trayecto del hotel al hospital puede durar, dependiendo del tráfico, entre once y diecisiete minutos. Ella, sin embargo, no llegó allí hasta las 6.05, es decir, cuarenta y cinco minutos más tarde. ¿Qué hizo durante ese tiempo?

—¿Se hizo las heridas?

—No. Varios entendidos han estudiado las fotografías que tomaron en el hospital, además la enfermera que la examinó tiene mucha experiencia en traumatismos. Las imágenes son muy claras. Creemos que se encontró con un cómplice y él le hizo las heridas.

—¿Se refiere a un tío?

—Sí.

—Entonces tendría que aparecer su ADN, ¿no?

—Llevaba condón.

—Así que al menos hay dos personas implicadas en esto.

—De hecho, creemos que son más —dijo el chico—. La trampa que le tendieron estaba muy bien planeada. ¿Quién cree que podría querer hacerle una cosa así?

Brad había pensado en ello mientras se encontraba entre rejas. Sabía que solo había una respuesta posible.

—Rick, mi jefe. Ha estado buscando la manera de echarme desde que llegué a la empresa.

—Y usted ha estado tratando de tirarse a su amiguita.

—Eh, no se equivoque. No he tratado de tirármela; me la he tirado.

—Pues se ha quedado sin empleo, y tendrán que pasar como mínimo nueve meses hasta que tenga lugar el juicio. Y si pierde, le caerán de diez a veinte años. No está mal.

El chico cerró el portátil y se puso en pie.

—¿Y ahora qué?

—Investigaremos a la chica. Si encontramos antecedentes, un vídeo que corra por

internet o algo así, tendremos argumentos para pedirle al fiscal del distrito que retire los cargos. Sin embargo, si la cosa va a juicio, no pinta nada bien.

—Maldito Rick.

—Sí, amigo, sí. Ya puede darle las gracias. —Se dirigió a la puerta—. Voy a recomendarle algo por su bien: manténgase alejado del campo de fútbol.

Extraído de la sección «News of the Week» de la revista *Science*:

---

## **El hombre de Neandertal: ¿demasiado cauto para sobrevivir?**

### **Los científicos descubren un «gen de la extinción de la especie»**

Un antropólogo ha conseguido aislar un gen presente en esqueletos de Neandertal que, según afirma, explica la desaparición de la subespecie. «La gente no suele reparar en que el Neandertal tenía un cerebro más grande que el más moderno hombre de Cromañón. Era también más fuerte y recio que este último y sabía fabricar herramientas excelentes. Sobrevivió a muchas eras glaciales antes de que el hombre de Cromañón apareciera. Siendo así, ¿por qué se extinguió el hombre de Neandertal?».

La respuesta, según el profesor Sheldon Harmon, de la Universidad de Wisconsin, es que el hombre de Neandertal poseía un gen que lo predisponía a resistirse a los cambios. «El hombre de Neandertal fue el primer ecologista. Creó un estilo de vida en armonía con la naturaleza. Limitó la caza y controló el uso de herramientas. Sin embargo, la misma escala de valores lo hizo extremadamente conservador y reacio a los cambios. Desaprobaba al recién llegado hombre de Cromañón, que pintaba las cavernas, elaboraba herramientas muy decoradas y guiaba a manadas enteras hacia los precipicios, lo que causaba la extinción de la especie. Hoy en día, las pinturas rupestres se consideran una auténtica maravilla. Sin embargo, al hombre de Neandertal le parecían simples pintadas, graffitis prehistóricos. Veían las elaboradas herramientas del hombre de Cromañón como un despilfarro, algo que solo servía para deteriorar el entorno. Desaprobaban las innovaciones y se aferraban a las viejas costumbres. Al cabo de poco tiempo, la especie desapareció».

Con todo, Harmon insiste en que el hombre de Neandertal se cruzó con el moderno hombre de Cromañón. «Es incuestionable que lo hizo, puesto que hemos identificado ese mismo gen en seres humanos de hoy en día. El gen es una clara herencia del hombre de Neandertal y es el causante del comportamiento conservador o retrógrado. Muchas personas que hoy en día desean el regreso al glorioso pasado o, como mucho, que las cosas se

mantengan tal y como están, deben esa tendencia al gen del hombre de Neandertal». Harmon describe el gen como un modificador de los receptores de dopamina del giro cingulado posterior y del lóbulo frontal derecho. «No cabe ninguna duda de que actúa de ese modo», asegura.

La afirmación de Harmon ha provocado un aluvión de críticas por parte de sus colegas académicos. No había estallado una controversia semejante desde que E. O. Wilson publicó su tesis de sociobiología hace dos décadas. Según el genetista de la Universidad de Columbia Vartan Gorvald, Harmon ha mezclado la política en lo que debería ser una cuestión puramente científica.

«En absoluto —niega Harmon—. El gen está presente tanto en el hombre de Neandertal como en los seres humanos actuales. Su acción se ha confirmado mediante exploraciones de la actividad cerebral. La correlación entre el gen y el comportamiento retrógrado resulta irrefutable. No se trata de política, de ser de derechas o de izquierdas, se trata de una actitud de base que predispone a estar abierto al futuro o a temerlo, a ver el mundo como algo en vías de desarrollo o en decadencia. Hace mucho tiempo que se sabe que hay personas que se muestran a favor de la innovación y miran hacia el futuro de manera positiva mientras que hay otras a quienes el cambio asusta y que, por tanto, se oponen a la innovación. La línea divisoria tiene una base genética, y representa la presencia o ausencia del gen del hombre de Neandertal».

La cuestión fue retomada por *The New York Times* al día siguiente:

---

## **El gen del hombre de Neandertal saca a relucir las prioridades medioambientales**

### **Miedo justificado al «avance desenfrenado de la tecnología»**

STUTTGART, Alemania. El descubrimiento del gen de Neandertal que promueve la conservación del medio ambiente, realizado por el antropólogo Sheldon Harmon, «demuestra la necesidad de una sólida política medioambiental», según afirma la representante de Greenpeace Marsha Madsen. «El hecho de que el hombre de Neandertal perdiera la batalla por el medio ambiente debería ponernos a todos sobre aviso. Al igual que él, nosotros tampoco sobreviviremos a menos que tomemos medidas radicales desde ahora mismo a escala global».

---

Y también por *The Wall Street Journal*:

---

## **La prudencia acabó con el hombre de Neandertal**

**¿Resulta letal el «principio de precaución»?**

Opóngase al mercado libre por su cuenta y riesgo

Notas del Club for Growth

STEVE WEINBERG

Un antropólogo estadounidense ha concluido que el hombre de Neandertal desapareció a causa de su predisposición genética a mostrarse reacio al cambio. En otras palabras: «El hombre de Neandertal aplicaba el principio de precaución tan apreciado por los ambientalistas intolerantes y reaccionarios». Es el punto de vista de Jack Smythe del American Competitive Institute, un comité asesor de Washington. Smythe afirma que «la extinción del hombre de Neandertal debe servir de advertencia a todos aquellos que se oponen al progreso y nos llevan de vuelta a un modo de vida desagradable, cavernícola y retrógrado».

Situado en una esquina del despacho, el televisor mostraba cómo a Sheldon Harmon, el profesor de antropología que se había erigido en descubridor del «gen de Neandertal», lo agredían arrojándole un cubo de agua por la cabeza mientras daba una conferencia.

La pantalla reproducía la acción una y otra vez a cámara lenta: el agua caía sobre la calva del hombre huesudo mientras este conservaba una expresión extrañamente plácida.

—¿Lo ves? Está sonriendo —observó Rick Diehl—. Todo es un truco publicitario para promocionar el gen.

—Es probable —admitió Josh Winkler—. Las cámaras estaban a punto para captar la imagen.

—Exacto —dijo Diehl—. Encima, además de hacer propaganda de su gen de Neandertal, ese tipo ha revelado un modo de actuación que está íntimamente relacionado con nuestro gen de la madurez, con la activación del giro cingulado y todo eso. Va a robarnos el éxito.

—Lo dudo —opinó Josh—. Hay decenas de genes que actúan sobre el giro cingulado.

—Aun así creo que tendríamos que anunciar pronto lo nuestro —repuso Rick—. Quiero que el gen de la madurez se haga famoso.

—Con todos los respetos, creo que nos precipitaríamos —dijo Josh.

—Ya has probado el gen en ratas y ha funcionado bien.

—Sí, pero el hecho de que unas cuantas ratas empujen excrementos con el hocico no es precisamente una noticia bomba. No vamos a salir en el telediario.

Diehl asintió despacio.

—Tienes razón. Tenemos que hacer algo más importante.

—¿Cuál es la urgencia? —preguntó Josh.

—La junta. Desde que detuvieron a Brad, su tío está de un humor de perros, como si nosotros tuviéramos la culpa. No hace más que presionarnos para que anunciemos cualquier cosa que dé proyección mundial a la empresa.

—Bueno, pues aún no estamos en condiciones de hacerlo.

—Ya lo sé. De todas formas... podríamos anunciar que estamos a punto para iniciar la experimentación en humanos. ¿Qué te parece?

Josh se echó a temblar.

—Yo no lo haría. Si ni siquiera hemos solicitado a la FDA...

—Ya. Paso por paso. Vamos a preparar la solicitud para la fase inicial.

—Rick, ya sabes lo que implica cursar una solicitud para iniciar una investigación. La pila de impresos y datos experimentales requeridos puede alcanzar tranquilamente los tres metros de altura. Eso solo para empezar. Además, necesitaríamos un calendario de trabajo con todos los objetivos parciales...

Rick agitó la mano con impaciencia.

—Ya lo sé, solo digo que podríamos anunciarlo.

—¿Quieres anunciar algo que no vamos a hacer?

—No, quiero anunciarlo y luego hacerlo.

—Pues de eso me quejo —insistió Josh—. Tardaremos meses en presentar la solicitud.

—Eso a los periodistas les da igual. Habrá suficiente con decir que BioGen Research, de Westview Village, lo tiene todo listo para empezar la fase inicial de la experimentación y que está a punto de cursar la solicitud a la FDA.

—Y diremos que se trata de implantar el gen de la madurez, ¿no?

—Sí, mediante un vector retroviral.

—Y ¿qué diremos que hace ese gen? —preguntó Josh.

—No lo sé. Podemos decir que... cura la drogadicción.

A Josh se le pusieron los pelos de punta.

—¿En qué vamos a basarnos para afirmar eso?

—Bueno, tiene sentido, ¿no te parece? —dijo Rick Diehl—. El gen de la madurez favorece un comportamiento maduro y equilibrado, el cual por definición es un comportamiento libre de adicciones.

—Ya... Me imagino que sí.

—¿Cómo que te imaginas que sí? —Diehl se situó de frente a él—. Vamos, muestra un poco de entusiasmo, Josh. Te digo que es una gran idea. ¿Cuál es la tasa de recaída en las terapias actuales contra la drogodependencia? ¿Un 80 por ciento? ¿Un 90? ¿Un 100 por ciento? La rehabilitación no funciona con casi nadie. Eso es un hecho. ¿Cuántos drogadictos hay en este país? Por el amor de Dios, solo en las cárceles ya hay más de un millón. ¿Cuántos debe de haber sueltos por la calle? ¿Veinte millones? ¿Treinta?

A Josh le estaban empezando a entrar sudores.

—Eso representa de un ocho a un diez por ciento de la población.

—Me parece una cifra correcta. Yo diría que un 10 por ciento de los estadounidenses son drogodependientes, si incluimos a los alcohólicos. Un 10 por ciento como mínimo. ¡Por eso el gen de la madurez es un producto cojonudo!

Josh permanecía en silencio.

—¿Qué me dices, Josh?

—Bueno, puede que sea una buena idea...

—No vas a joderme, ¿verdad?

—No —aseguró Josh—. Claro que no.

—Tú no probarías el gen a mis espaldas, por tu cuenta y riesgo, ¿verdad?

—No —repitió Josh—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Tu madre ha llamado hace un rato —le explicó Diehl.

«Mierda».

—Está muy orgullosa de lo que has hecho y no entiende por qué no te he ascendido.

Josh se dejó caer en una silla. Estaba empapado en sudor frío.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

Rick Diehl sonrió.

—Ascenderte, por supuesto. ¿Has ido anotando las dosis a medida que las administrabas?

En una sala de reuniones acristalada de Madison Avenue, la empresa de marketing Watson & Naeme se encargaba de asignar un nombre a un nuevo producto. La sala se encontraba llena a rebosar de modernos adolescentes y veinteañeros vestidos de manera informal, como si acudieran a un concierto de rock en lugar de a la tediosa conferencia de un catedrático con pajarita que, apostado junto a un atril, les hablaba de un gen llamado A58799-6B. El académico mostraba a la sazón unos gráficos de la acción enzimática: negras líneas zigzagueantes sobre un fondo blanco. Mientras, los mocosos se encorvaban o se repantigaban en sus respectivos asientos y jugueteaban con sus BlackBerry. Tan solo unos pocos se esforzaban por prestar atención.

En la última fila, el jefe del equipo, un psicólogo llamado Paul Gode alzó la mano e hizo un gesto rotatorio con el dedo para indicarle al profesor que aligerara. El hombre de la pajarita lo miró perplejo, pero finalizó con la máxima brevedad.

—En resumen —concluyó el profesor—, el equipo de la Universidad de Columbia ha aislado un gen que potencia la armonía social y la cohesión. Actúa activando el córtex prefrontal del cerebro, un área cuya importancia a la hora de determinar los valores y las creencias es de sobra conocida. Hemos demostrado su forma de actuación exponiendo a los sujetos experimentales a ideas tanto convencionales como controvertidas. Las ideas controvertidas provocan una alteración localizada en el córtex prefrontal, mientras que las convencionales provocan una activación difusa y crean lo que podría llamarse una sensación de bienestar. Así, los sujetos que poseen el gen muestran una marcada preferencia por las ideas convencionales y familiares. También muestran preferencia por el pensamiento compartido en todas sus formas. Les gusta la televisión, la Wikipedia y las fiestas. También les gusta conversar. Agradecen estar de acuerdo con las personas de su entorno. El gen es un importante factor para la estabilidad social y la civilización. Puesto que potencia los valores convencionales, hemos pensado llamarlo el gen convencional.

La audiencia, pasmada, guardó silencio. Al fin, un asistente intervino.

—¿Cómo dice que quieren llamarlo?

—Gen convencional.

—¡Por Dios, qué horror!

—¡Anda ya!



—Olvídese de ese nombre.

—También podríamos llamarlo el gen civilizador —se apresuró a anunciar el profesor.

Se oyeron resoplidos por toda la sala.

—¿El gen civilizador? ¡Eso aún es peor!

—Es horrible.

—¡Pufff!

—Mejor tírese por el balcón.

El profesor parecía desconcertado.

—¿Qué tiene de malo ese nombre? La civilización es algo bueno, ¿no?

—Claro —respondió el jefe del equipo, avanzando hasta el frente de la sala. Paul Gode se situó junto al atril—. El único problema es que en este país nadie está dispuesto a considerarse un miembro más de la sociedad, a diluirse en la civilización. Queremos creer que somos justo todo lo contrario: recalcitrantes individualistas. Somos rebeldes, antisistema. Sobresalimos, actuamos, nos mantenemos firmes, vamos a la nuestra. Alguien dijo que somos un rebaño de mentes independientes. A nadie le gusta tener la sensación de que no es un rebelde. Nadie está dispuesto a admitir que lo único que anhela es integrarse.

—Sin embargo, en realidad lo que queremos es integrarnos —repuso el profesor—. Si no todos, casi todos. Un 92 por ciento de la población, más o menos, posee el gen del pensamiento convencional. Quienes carecen de él son los verdaderos rebeldes y...

—Déjelo, profesor —lo interrumpió el jefe del equipo alzando la mano—. Olvídese. Usted quiere que su gen sea valioso y para eso necesita que evoque algo que la gente desea de verdad, algo que resulte emocionante y atractivo. El pensamiento convencional no es ninguna de esas dos cosas; es prosaico, como la típica tostada con mantequilla y mermelada. Eso es lo que mi equipo trata de decirle. —El hombre señaló una silla—. Tal vez desee tomar asiento, profesor.

Gode se volvió hacia el grupo, que ahora parecía un poco más atento.

—Vamos, chicos. Dejad las BlackBerry. A ver qué decís.

—¿Qué tal el gen inteligente? —propuso uno.

—No está mal, pero no es de] todo exacto.

—El gen de la sencillez.

—Vamos mejorando.

—El gen social.

—Demasiado trillado.

—El gen socializador.

—Suena a terapia.

—El gen de la sabiduría. El gen sabio.

—El gen sabio. Bien, muy bien.

—El gen del pensamiento beneficioso.

—Parece un término maoísta, o budista. ¡Vamos, despertaos!

—El gen festivo.

—El gen lúdico.

—Genes lavados a la piedra, genes de cintura baja.

—El gen de la felicidad.

—El gen de la buena vida.

Gode frunció el entrecejo; volvió a levantar la mano.

—Nos estamos yendo por las ramas —dijo—. Rebobinad, otra vez desde el principio. ¿Cuál es el verdadero problema? Tenemos un gen que promueve el pensamiento convencional; en realidad, es el gen del pensamiento convencional, pero no podemos llamarlo así. Vamos a planteárnoslo de la siguiente manera: ¿qué tiene de bueno el pensamiento convencional? ¿De qué le sirve a una persona tener ideas convencionales? Vamos, rápido.

—Te sientes integrado.

—No llamas la atención.

—Piensas igual que los demás.

—Discutes menos.

—Siempre encajas.

—Lees *The Times*.

—Nadie te mira con cara rara.

—Tu vida es más fácil.

—No te peleas.

—No dudas en expresar tu opinión.

—Todo el mundo está de acuerdo contigo.

—Eres una buena persona.

—Te sientes bien.

—Te sientes cómodo.

Gode chasqueó los dedos y señaló con el dedo.

—Muy bien. El pensamiento convencional hace que uno se sienta cómodo... ¡Eso es! Nada de sorpresas, nada de disgustos. El mundo está en constante cambio, todo cambia a cada momento. No resulta un entorno precisamente cómodo; sin embargo, a todos nos gusta la comodidad, ¿verdad? Nos sentimos bien con los zapatos viejos y los jerséis anchos, nos encanta sentarnos en nuestro sillón favorito...

—¿El gen cómodo?

—El gen supercómodo.

—Gen de la comodidad. El gen de la comodidad.

—El gen mullido y calentito. ¿El gen de la calidez?

—El gen feliz.

—¿El gen de la simpatía? ¿El gen relajado?

—El gen de la tranquilidad. El gen tranquilo.

—El gen de la calma. El gen bálsamo.

Siguieron así durante un rato hasta que al final hubo nueve posibles alternativas garabateadas en la pizarra. Cada vez que borraban algún nombre, tenía lugar una reñida discusión; aunque, desde luego, todos y cada uno de los nombres se evaluaba de forma individual por grupos. Al final, todos estuvieron de acuerdo en que el ganador era el gen de la comodidad.

—Vamos a planteárnoslo en su contexto —propuso Gode—. Díganos, profesor, ¿cuál es el futuro comercial previsto para el gen?

El profesor explicó que era demasiado pronto para saberlo. Habían conseguido aislar el gen, pero aún no conocían todo el abanico de trastornos con los que estaba asociado. No obstante, puesto que casi todo el mundo era portador, pensaban que era probable que muchas personas sufrieran anomalías relacionadas con el gen. Por ejemplo, era posible que las personas que mostraban un deseo exagerado de formar parte de la mayoría debieran esa tendencia a una afección genética. También era probable que la gente que se deprimía cuando estaba sola sufriera alguna alteración de ese tipo. Tal vez los que protagonizaban actos de protesta, asistían a competiciones deportivas y buscaban situaciones en las que estuvieran rodeados de personas de opinión igual a la suya sufrieran algún desarreglo genético. Por otra parte, había personas que se sentían obligadas a mostrarse siempre de acuerdo con su interlocutor, sin importar lo que la persona en cuestión dijera; otro trastorno relacionado. ¿Y las personas a quienes asustaba pensar por sí mismas, que temían distanciarse del grupo?

—Seamos francos, hay muchas personas afectadas —afirmó el profesor—. Nadie piensa por sí mismo si puede evitarlo.

—¿Quiere decir que todos esos comportamientos pueden considerarse patológicos? —preguntó un joven.

—Toda conducta compulsiva es patológica —respondió el profesor.

—¿Incluso la conducta positiva y las manifestaciones de protesta?

—Según nuestro punto de vista, estamos a punto de identificar una serie de estados patológicos relacionados con la sociabilidad —explicó el profesor—. Las anomalías genéticas relacionadas con el gen de la comodidad no se han establecido todavía de forma definitiva, pero la Universidad de Columbia ha solicitado una patente del propio gen, y este aumentará de valor a medida que los trastornos con los que guarda alguna relación se identifiquen con certeza.

Gode carraspeó.

—Hemos cometido un error. Todos los trastornos están relacionados con la

sociabilidad. Deberíamos llamarlo el gen de la sociabilidad.

Y así fue.

Extraído de *Business Online*:

---

### **Los científicos descubren el gen de la sociabilidad**

¿Es hereditaria la tendencia a mostrarse sociable? Un grupo de científicos de los laboratorios Morecomb, de la Universidad de Columbia, así lo cree. Afirman haber descubierto el gen que la regula y han solicitado la patente...

Página de tribuna de The New York Times:

---

### **¿Un «gen de la sociabilidad»? ¿Cuándo acabará tanto sinsentido?**

Los investigadores de la Universidad de Columbia aseguran haber descubierto el gen de la sociabilidad. ¿Cuál será el siguiente hallazgo? ¿El gen de la timidez? ¿El gen de la soledad? ¿El gen monástico? ¿Por qué no prueban con el gen de dejar a la gente en paz?

En realidad, lo que los científicos están haciendo es aprovecharse de la falta de conocimiento general sobre la forma de actuación real de los genes. Ningún gen rige por sí solo un rasgo de comportamiento. Por desgracia, la gente no lo sabe y, dado que existe un gen que determina el color de los ojos, la altura o si el pelo es rizado o liso, ¿por qué no iba a existir un gen de la sociabilidad? Los genetistas no cuentan toda la verdad. Se limitan a ocupar sus puestos directivos en la empresa privada y a competir entre ellos para patentar genes en beneficio propio.

¿Acabará esto alguna vez? Es obvio que no.

Extraído de la edición digital de Grist:

---

### **¿Es usted sociable? Pues está patentado**

El departamento de investigación de la Universidad de Columbia ha

solicitado patentar un gen que, según afirman, rige la sociabilidad. ¿Significa eso que llegará un día en que todas las personas que se medican contra la depresión, el TDA o la ansiedad tengan que pagar regalías a Columbia? Según parece, el gigante farmacéutico suizo está intentando por todos los medios conseguir la patente del gen.

La reunión de la comisión de investigación bioética en los National Institutes of Health de Bethesda había sido planificada con gran esmero para que no resultara en absoluto jerarquizada ni intimidatoria. Todo el mundo ocupaba un espacio similar a lo largo de la mesa de la sala de reuniones de la tercera planta del edificio principal, un escenario familiar en cuyas paredes había colgados carteles que anunciaban futuros seminarios y en una de cuyas esquinas traqueteaba la vieja máquina dispensadora de un café que sabía a rayos y que nadie se atrevía a probar.

Los seis científicos de la comisión de investigación vestían de manera algo más formal de la acostumbrada. La mayoría llevaban americana y uno de ellos incluso se había puesto corbata. No obstante, sus posturas repantigadas denotaban una absoluta tranquilidad al dirigirse a la persona sometida a investigación, el doctor Ronald Marsh, de cuarenta y un años, que ocupaba un asiento en la misma mesa.

—¿Cómo murió exactamente esa niña de doce años?

El doctor Marsh era catedrático de medicina en la Universidad de Texas, en Austin.

—Sufría un defecto congénito del sistema de transporte. —El DCST era un defecto genético que causaba la muerte—. La niña llevaba sometiéndose a una dieta estricta y diálisis renal desde los nueve meses. Tenía algo de atrofia, pero no se observaba en ella retraso mental. Tanto ella como su familia deseaban que se le administrara el tratamiento, tenían la esperanza de que así podría llevar una vida normal en lugar de depender siempre de una máquina. Como saben, eso no es vida, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de una niña.

Los reunidos alrededor de la mesa escuchaban impasibles.

—Al plantearnos su futuro —prosiguió Marsh—, todos creímos que no podría sobrevivir a la adolescencia. Los cambios hormonales empezaban a afectar a su metabolismo, por lo que era evidente que moriría al cabo de tres o cuatro años como mucho. En base a eso, decidimos administrarle el tratamiento e introducir el gen en su organismo. —El hombre hizo una pausa—. A pesar de que conocíamos los riesgos.

Uno de los científicos intervino.

—¿Explicó a la familia en qué consistían esos riesgos?

—Por supuesto, con todo detalle.

—¿Y a la paciente?

—Sí. Era muy inteligente, fue ella la primera en proponer que se le administrara el tratamiento. Había encontrado información en internet. De todas formas, sabía muy bien que el riesgo era elevadísimo.

—¿Les habló del porcentaje de riesgo?

—Sí. Les dijimos que la probabilidad de éxito era de un 3 por ciento.

—Y, a pesar de todo, ¿decidieron seguir adelante?

—Sí. La hija los animó. Ella sabía que iba a morir de todos modos y creía que merecía la pena intentarlo.

—La chica era menor...

—Sí —admitió Marsh—, pero también era la enferma.

—¿Firmaron la autorización?

—Sí.

—Hemos leído los documentos y algunos creemos que denotan un optimismo poco realista que minimiza los riesgos.

—La autorización la redactó el departamento jurídico del hospital —explicó Marsh—. Habrán observado que la familia firmó también una declaración en la que afirman que fueron informados convenientemente de los riesgos. Todo cuanto se les comunicó figura también en el historial de la paciente. No habríamos actuado si antes de dar su consentimiento no hubieran sido informados de manera exhaustiva.

Durante la intervención, el doctor Robert Bellarmino, responsable de la comisión, entró en la sala y ocupó un asiento en el extremo opuesto de la mesa.

—Así que le administraron el tratamiento, ¿no es así? —preguntaron al doctor Marsh.

—Sí.

—¿Qué vector utilizaron?

—Le inoculamos un adenovirus modificado, además de aplicarle los protocolos estándar de inmunosupresión de Barlow.

—¿Y cuál fue el resultado?

—La fiebre apareció casi de inmediato. Le subió a más de cuarenta. El segundo día empezaron a fallarle diversos órganos. No recuperó la función hepática ni tampoco la renal. Murió al tercer día.

Hubo un instante de silencio.

—Si me permiten un comentario personal, esta experiencia ha conmocionado a todo el hospital y a mí especialmente. Llevábamos tratando a esa niña desde la más tierna infancia. Era... muy apreciada por todo el personal. Cada vez que ingresaba en la clínica, era como si hubiera entrado un pequeño rayo de sol. Nos arriesgamos a probar ese método porque ella lo quiso así. Cuando por las noches me pregunto si he obrado correctamente, siempre me digo que mi obligación era asumir el riesgo junto

con la paciente si ella así lo deseaba. Esa chica deseaba vivir, ¿cómo iba a negarle esa oportunidad?

Alguien carraspeó.

—Su equipo no tenía experiencia en trasplantes genéticos.

—No. Nos planteamos incluso delegar la intervención a otro equipo.

—¿Por qué no lo hicieron?

—Nadie más estaba dispuesto a administrarle el tratamiento.

—¿Y eso no le dijo nada?

Marsh suspiró.

—¿Ha visto morir a algún paciente de DCST? Sufren necrosis renal y deja de funcionarles el hígado. Se hinchan y su piel adquiere un tono entre grisáceo y amoratado. No pueden respirar. A veces agonizan durante días enteros hasta morir. ¿Acaso cree que podía quedarme de brazos cruzados mientras una chica encantadora pasaba por todo eso? Yo consideré que no.

Se hizo otro silencio breve. La actitud de los presentes denotaba claramente desaprobación.

—¿Por qué la familia ha interpuesto una demanda?

Marsh negó con la cabeza.

—No lo sé. No he podido hablar con ellos.

—En el escrito que han presentado en el juzgado aseguran que no se les informó.

—Sí que les informamos —protestó Marsh—. Miren, todos albergábamos la esperanza de que el tratamiento funcionara. Todos éramos optimistas. Los padres no son capaces de enfrentarse a la realidad: un 3 por ciento de posibilidades de éxito significa que el 97 por ciento de los pacientes muere. El 97 por ciento, nada más y nada menos. Es casi una muerte asegurada. Ellos lo sabían, pero al ver frustradas sus esperanzas, se sintieron estafados. Sin embargo, lo cierto es que no los hemos engañado nunca.

Después de que el doctor Marsh abandonara la sala, la comisión se reunió a puerta cerrada. Seis de los siete miembros estaban indignados. Aseguraban que Marsh no decía la verdad, que ni la decía en estos momentos ni la había dicho entonces. Consideraban que había obrado con temeridad, que había mancillado el nombre de la genética y que la especialidad tendría que luchar para superar el bache. Según su forma de verlo, había actuado a la ligera.

Se decantaban de manera obvia por la culpabilidad de Marsh y creían aconsejable que se le prohibiera tanto ejercer como solicitar subvenciones gubernamentales.

El responsable de la comisión, Rob Bellarmino, permaneció un rato sin pronunciar palabra. Al final se aclaró la garganta.

—Cuanto más lo pienso, más convencido estoy de que esos argumentos son



idénticos a los que se expusieron cuando Christian Barnard llevó a cabo el primer trasplante de corazón.

—Pero esta intervención no es precursora de nada...

—Ha actuado a la ligera, no ha pedido la autorización pertinente. Es responsable de imputaciones legales. Permítanme que les recuerde las estadísticas originales de Barnard: sus primeros diecisiete pacientes murieron casi en el acto. Lo llamaron asesino y charlatán. Sin embargo, en este país se realizan cada año más de dos mil trasplantes de corazón. La mayoría de los intervenidos viven unos quince años. Los trasplantes de riñón se han convertido en algo normalísimo. Los de pulmón e hígado, que hace unos años se consideraban un escándalo, son hoy en día bien aceptados. Cada nuevo tratamiento pasa por una etapa incipiente de riesgo. Y siempre dependeremos de los hombres valientes, como el doctor Marsh, dispuestos a asumir riesgos.

—Pero ha quebrantado muchas normas...

—¿Qué quieren hacerle al doctor Marsh? —preguntó Bellarmino—. El pobre hombre no puede dormir por las noches, se le ve en la cara. Su querida paciente ha muerto estando bajo su responsabilidad. ¿Qué castigo peor podría infligírsele? Y ¿quiénes son ustedes para decirle que ha obrado mal?

—Hay principios éticos...

—Ninguno de nosotros ha tenido la oportunidad de mirar a los ojos a esa jovencita. Ninguno de nosotros sabe nada acerca de su vida, de su sufrimiento, de sus esperanzas. Marsh, en cambio, sí. Él la conocía desde hace años. ¿Creen que estamos en posición de juzgarlo?

En la sala se hizo el silencio.

Al final, el equipo jurídico de la Universidad de Texas obtuvo un voto de censura y el doctor Marsh no resultó sancionado. Más tarde, un miembro de la comisión reconoció que Bellarmino los había hecho cambiar por completo de opinión.

—Esto es típico de Rob Bellarmino. Habla igual que un predicador, alude a Dios de manera muy sutil y siempre se las arregla para que todo el mundo acabe claudicando, da igual quién sea el perjudicado o lo que haya ocurrido. Rob es capaz de justificar cualquier cosa. Se le da de maravilla.

Sin embargo, lo cierto era que antes de que tuviera lugar la votación final, Bellarmino había abandonado la sala porque se le hacía tarde para la siguiente reunión.

Tras la sesión de la comisión bioética, Bellarmino regresó al laboratorio, donde tenía programada una reunión con uno de sus alumnos de posdoctorado. El chico procedía del Centro Médico Cornell, donde había realizado un trabajo excelente sobre los mecanismos que controlaban la formación de la cromatina.

Lo normal era que el ADN de las células se encontrara dentro del núcleo. La mayoría de las personas imaginaban el ADN como una doble hélice, la famosa escalera de caracol descubierta por Watson y Crick. No obstante, la forma de espiral era solo una de las que el ADN podía adoptar dentro de la célula. También podía hallarse en forma de un único filamento o de una estructura más compacta llamada centrómero. El hecho de que adoptara una u otra forma lo determinaban las proteínas asociadas al ADN.

El matiz era importante, puesto que cuando el ADN se encontraba empaquetado, la célula no tenía acceso a esos genes. Una manera posible de controlar los genes era transformar la cromatina de varios segmentos de ADN.

Así, por ejemplo, cuando se inyectaban genes en células nuevas, era necesario asegurarse de que la cromatina conservara una forma accesible, para lo cual se añadían sustancias químicas.

El estudiante de posdoctorado recién incorporado al equipo de Bellarmino había llevado a cabo una investigación decisiva sobre la metilación de ciertas proteínas y sus efectos sobre la estructura de la cromatina. El artículo del chico, que llevaba por título «El control de la accesibilidad de las proteínas del genoma y la adenina metiltransferasa», era un modelo de escritura clara. Con toda seguridad llegaría a ser un artículo muy importante y convertiría al chico en un científico reputado.

Bellarmino se encontraba sentado en su despacho frente al chico, que esperaba con ansiosa expectación mientras el primero hojeaba el artículo.

—Es excelente, excelente. —Bellarmino le dio unos golpecitos al documento—. Este trabajo hablará muy bien del laboratorio. Y de ti también, por supuesto.

—Gracias, Rob —dijo el chico.

—Veo que nombras a los siete coautores, y a mí de los primeros, como tiene que ser —prosiguió Bellarmino.

—El tercero —puntualizó el chico—. De todas formas, si crees que debes ocupar la segunda posición...

—De hecho, ahora me estaba acordando de la conversación que mantuvimos hace unos meses durante la cual comentamos los posibles mecanismos de metilación. Recuerdo que te hablé...

—Sí, ya me acuerdo.

—De los mecanismos que detallas en el artículo. Me parece que tengo todo el derecho de figurar como autor principal.

El chico pestañeó.

—Mmm... —Tragó saliva.

—Así nos aseguramos de que difundirán el artículo —dijo Bellarmino—. Eso es muy importante cuando se trata de una aportación de semejante magnitud. Además, el orden de la lista es una mera formalidad. Si apareces el segundo, quedará claro que

eres tú quien ha hecho la mayor parte del trabajo, quien ha completado las lagunas. Me parece que el trato te conviene. Te citarán más y te ofrecerán muchas más becas importantes. —El hombre sonrió—. Te lo aseguro. En el próximo trabajo figuraras tú solo, y dentro de un año o dos te apoyaré para que dirijas tu propio laboratorio.

—Bueno... —El chico tenía un nudo en la garganta—. Lo comprendo.

—Muy bien. Cámbialo y vuelve a enviármelo enseguida. Yo lo haré llegar a *Nature*. Creo que merece una difusión más importante de la que puede proporcionarnos *Science*; últimamente esa revista ha perdido terreno. Llamaré a *Nature* y hablaré con el director para asegurarme de que capta la importancia del artículo y de que va a publicarlo enseguida.

—Gracias, Rob —volvió a decir el chico.

—A tu disposición —respondió Rob Bellarmino.

## «Arte Viviente» en exposición

### *Los organismos transgénicos llegan a las galerías Criaturas vivientes a la venta*

**L**a artista sudafricana Laura Cinti ha expuesto en Londres un cactus transgénico que contiene material genético humano y al que le crece el pelo. Cinti afirma que «los pelos del cactus representan todos los deseos, los símbolos de la sexualidad. El deseo no quiere ser reprimido, sino expresado».

Cuando le preguntan acerca de la reacción del público, Cinti dice que «los hombres calvos son quienes se muestran más interesados».

Por otra parte, Marta de Menezes ha creado mariposas modificadas cuyas dos alas son distintas. La artista reconoce que «al principio la gente se sorprendió mucho, no lo consideraban una buena idea». Menezes confiesa que su siguiente obra consistirá en cambiar las rayas horizontales del pez cebra por rayas verticales, de manera que el animal haga aún más honor a su nombre. El cambio será hereditario.


El artista finlandés Orón Catts ha realizado un cultivo de alas de cerdo a partir de células madre de la médula ósea de ese animal. Catts afirma que su equipo puso música a las células para que crecieran. «Bajamos muchas canciones que hablan de cerdos [...] y se las pusimos a las células». El artista dice que las células parecían desarrollarse mejor con música.

El artista afincado en Chicago Eduardo Kac ha creado un conejo hembra transgénico llamado Alba que desprende un fulgor verde. Para ello inyectó GPF en un óvulo fertilizado de conejo albino. El GPF es el gen que

sintetiza la proteína verde fluorescente de las medusas del noroeste del Pacífico. El animal resultante del óvulo es también fluorescente. El fenómeno ha provocado un verdadero escándalo. Kac ha reconocido que «[el conejo], incomoda a algunas personas». Sin embargo, considera que el GFP es una sustancia muy utilizada en investigación y que se ha aplicado ya a la levadura, al moho, a las plantas, a las moscas de la fruta, a los ratones y a los embriones de vaca. Kac afirma que tiene muchas ganas de crear un perro fosforescente.

Alba murió prematuramente por causas desconocidas. Lo mismo ha ocurrido con los cactus transgénicos.

En el año 2003 salió a la venta la primera mascota transgénica. Se trataba de un pez cebra de color rojo fosforescente. Su creador fue el doctor Zhiyuan Gong, de Singapur, quien cedió la comercialización a una empresa de Austin, Texas. La mascota apareció en el mercado con el nombre de GloFish tras dos años de investigación por parte de organismos federales y estatales, los cuales concluyeron que el animal no comportaba ningún riesgo siempre y cuando no se ingiriera.



—Madame Bond, su hijo es encantador, pero tiene dificultades con las matemáticas —dijo la profesora de primer curso—. Le cuesta mucho sumar, y aún más restar. Por suerte, ha mejorado bastante en francés.

—Me alegro de oírlo —contestó Gail Bond—. Le costó mucho dejar Londres para venir aquí. De todas formas, tengo que reconocer que me sorprende que le cuesten las matemáticas.

—¿Lo dice porque usted es científica?

—Sí, supongo que sí. Trabajo en el Institut National, aquí en París —explicó la mujer—. El padre de Evan es ejecutivo de inversiones, se pasa el día haciendo cálculos.

—Bueno, puesto que es genetista sabrá que los genes no lo determinan todo —repuso la maestra—. Muchos hijos de grandes pintores dibujan fatal. De todas formas, le aseguro que no ayuda en nada a su hijo haciéndole los deberes.

—¿Cómo dice? —se alarmó Gail Bond—. ¿Que yo le hago los deberes?

—Es la única explicación —aseguró la profesora—. O se los hace usted o algún otro familiar.

—No sé a qué se refiere.

—Los ejercicios que Evan trae hechos de casa están siempre perfectos. En cambio, cada vez que le pongo un control, le sale fatal. Está claro que los deberes no los hace él.

Gail Bond negó con la cabeza.

—No sé quién podría hacérselos —aseguró la mujer—. Cuando mi hijo sale del colegio, la única persona que hay en casa es la asistenta. No habla francés. Yo llego a las cinco, y a esa hora Evan ya ha terminado los deberes. Por lo menos, eso me dice.

—¿Usted no los revisa?

—No. Nunca lo hago. Según él, no es necesario.

—Pues alguien lo está ayudando —insistió la maestra. A continuación, sacó unas cuantas hojas de ejercicios y las esparció por el escritorio—. ¿Lo ve? Todos los problemas, absolutamente todos, están perfectos.

—Ya lo veo —dijo Gail con la mirada fija en las hojas—. ¿Qué son esas manchas?

En las hojas se observaban pequeños redondeles verdes y blancos, como gotitas.

—Casi siempre entrega las hojas manchadas, hacia la parte de abajo. Parece que se le haya derramado algo.

—Creo que ya sé quién le está ayudando con los deberes —dijo Gail.

—¿Quién?

—Es del laboratorio.

En cuanto dio la vuelta a la llave en la cerradura y abrió la puerta del piso oyó el saludo de Gerard.

—Hola, mi vida.

Igual que su marido.

—Hola, Gerard —le correspondió ella—. ¿Qué tal estás?

—Quiero que me bañes.

—Voy a preparar las cosas.

La mujer avanzó por el pasillo y pasó junto a Gerard, que se encontraba posado en su percha. Gerard era un loro gris africano transgénico de dos años de edad. Siendo aún un polluelo, le habían inyectado un buen número de genes humanos, pero hasta el momento no se habían observado efectos notables.

—Qué guapa estás, nena. Te he echado de menos —dijo Gerard, volviendo a imitar la voz del marido.

—Gracias —respondió la mujer—. Me gustaría hacerte una pregunta, Gerard.

—Muy bien, si insistes.

—Dime. ¿Cuánto es trece menos siete?

—No lo sé.

Ella vaciló.

—Si a trece le restamos siete, ¿cuánto queda? —Esas eran las palabras que solía utilizar Evan.

El ave respondió en el acto.

—Seis.

—¿Y si a once le restamos cuatro?

—Siete.

—¿Y si a doce le restamos dos?

—Diez.

La mujer frunció el entrecejo.

—Si a veinticuatro le restamos once, ¿cuánto queda?

—Vaya, vaya —exclamó el loro removiéndose en la percha—. Veo que intentas liarme. Trece.

—¿Cuánto queda si a ciento uno le restamos setenta?

—Treinta y uno, pero nunca nos ponen tantas cifras. Dos como máximo.

—¿Qué quiere decir «nos ponen»?

Gerard no respondió. Agachaba repetidamente la cabeza de forma rítmica. De pronto, empezó a cantar.

—*I love a parade...*

—Oye, Gerard, ¿ayudas a Evan a hacer los deberes?

—Claro. —El loro imitó a Evan a la perfección—: «Venga, Gerrie, ven a ayudarme. Yo solo no sé hacerlo». —El animal gimoteó—. «Yo solo no séee...».

—Voy a grabarte.

—¿Soy una estrella? ¿Soy una estrella?

—Sí —respondió Gail—. Eres una estrella.

—Siento haberles dejado solos tanto tiempo, pero tuvimos que ir en busca de Hank —dijo el loro en inglés, arrastrando las palabras.

—¿De qué película es eso? —preguntó Gail.

—Vamos, Jo, tómatelo con calma —contestó el animal con el mismo acento estadounidense.

—No piensas decírmelo, ¿verdad?

—Quiero que me bañes —repitió Gerard—. Antes de grabarme. Me has prometido que me bañarías.

Gail Bond fue corriendo a por la cámara de vídeo.

Durante su primer año de vida, en Gerard apenas se vieron los efectos de los transgenes que Yoshi Tomizu y Gail Bond le habían implantado en el laboratorio de Maurice Grolier, en el Institut National de París. No resultaba sorprendente. La implantación de transgenes era una tarea delicada y requería muchísimos intentos, cientos incluso, antes de producir el efecto deseado. La lentitud se debía al hecho de que tenían que cumplirse múltiples condiciones para que el gen funcionara correctamente en un nuevo entorno.

En primer lugar, era necesario que el gen se integrara bien en el material genético existente del animal. A veces el nuevo gen corrector tenía un efecto negativo o ninguno. Otras veces se integraba en una región inestable del genoma y desencadenaba un cáncer fulminante. Eso último ocurría con bastante frecuencia.

Además, en la transgénesis nunca se introducía un solo gen. Los investigadores tenían que introducir también los genes asociados necesarios para que el gen principal funcionara. Por ejemplo, la mayoría de los genes contaba con aisladores y promotores. Los promotores podían fabricar proteínas que desactivaban los genes propios del animal para que el material incorporado tomara el relevo. También podían potenciar la acción del gen recién implantado. Los aisladores mantenían al nuevo gen separado de los que lo rodeaban. También aseguraban que el nuevo material genético fuera accesible dentro de la célula.

A pesar de ser bastante complejas, tales consideraciones no tomaban en cuenta las

complicaciones adicionales que podían surgir por parte de los ARN mensajeros dentro de la célula, o de los genes que controlaban la traducción. Y así, tantas otras cosas.

En realidad, la propia tarea de inyectar un gen a un animal y conseguir que entrara en funcionamiento se parecía más a depurar un programa informático que a un proceso biológico. Era necesario reparar errores, hacer reajustes y eliminar efectos indeseados hasta que la cosa empezaba a funcionar. Entonces, había que esperar a que los efectos esperados se manifestaran, lo cual algunas veces tardaba años enteros en ocurrir.

Por eso en el laboratorio consideraron necesario que Gail Bond se llevara a Gerard a casa y lo tuviera allí un tiempo, como si fuera un animal de compañía. Así observaría si se producía algún efecto, positivo o adverso. Los cuidados resultaban muy importantes puesto que los loros grises africanos eran muy inteligentes; en general, se consideraban tan inteligentes como los chimpancés y con una capacidad mucho mayor que estos para desarrollar el lenguaje. Unos pocos primates no humanos habían llegado a dominar unas ciento cincuenta palabras gracias al lenguaje de signos y al teclado del ordenador, lo cual era lo más normal del mundo para un loro gris. Algunos llegaban a aprender hasta mil palabras. Por eso necesitaban el tipo de interacción y estímulo propio de un entorno humano. No podían tener al loro donde albergaban a los demás animales, entre ratones y cobayas, si no querían que se volviera loco por falta de estímulos.

Los activistas en defensa de los animales creían que la causa de que muchos loros grises sufrieran trastornos mentales era precisamente un nivel de interacción insuficiente. El efecto era el mismo que si los hubieran encerrado en soledad durante años. Un loro gris requería tanta interacción como un ser humano, incluso más, según algunos científicos.

A Gerard lo acostumbraron de polluelo a posarse en el dedo para adiestrarlo y empezó a hablar a una edad muy temprana. Ya había desarrollado un vocabulario bastante extenso cuando Gail, que tenía treinta y un años y estaba casada con un ejecutivo de inversiones, se lo llevó a casa. En cuanto entraron en el salón, Gerard exclamó: «Eh, qué piso más guapo, Gail. Mola cantidad». (Por desgracia, había aprendido la jerga de los programas de la tele que veía en el laboratorio).

—Me alegro de que te guste, Gerard —dijo Gail.

—Solo era un comentario —respondió el animal.

—¿Quieres decir que no te gusta?

—Quiero decir que solo era un comentario.

—Muy bien.

—Yo solo quería hacer una observación.

—De acuerdo, no importa.



Gail se dispuso de inmediato a tomar anotaciones en un cuaderno. La forma de expresarse de Gerard le pareció lo bastante significativa. Uno de los objetivos del experimento transgénico era observar hasta qué punto los científicos podían modificar el comportamiento intelectual de los animales. Con los primates resultaba imposible, había demasiadas normas y prohibiciones; sin embargo, con los loros no había tanta susceptibilidad y no existían comisiones éticas que supervisaran la experimentación. Por eso el laboratorio Grolier trabajaba con loros grises africanos.

Entre los efectos que esperaban observar se encontraba el hecho de que el loro demostrara mediante el lenguaje que tenía conciencia de sí mismo. Ya se sabía que los loros tenían conciencia de ellos mismos, se reconocían al mirarse en el espejo; sin embargo, en términos lingüísticos la cosa era diferente. No utilizaban el pronombre «yo» para referirse a ellos mismos. En general, cuando lo utilizaban era porque repetían las palabras de otro.

La pregunta que se hacían los científicos era si un loro transgénico lograría utilizar el pronombre «yo» de forma inequívoca. A Gail Bond le pareció que Gerard acababa de hacer precisamente eso.

Era un buen comienzo.

Su marido, Richard, mostró poco interés por el recién llegado. Se limitó a encogerse de hombros y decir:

—Si crees que voy a limpiarle yo la jaula, vas lista.

Gail respondió que no tendría que hacerlo. Su hijo, Evan, mostró mayor entusiasmo. Enseguida se puso a jugar con Gerard, se lo posó en el dedo y después en el hombro. Pasaron las semanas y seguía siendo Evan quien dedicaba tiempo al loro, quien interactuaba con él y lo llevaba la mayor parte del tiempo posado en el hombro.

Y, además, parecía que obtenía su ayuda.

Gail colocó la cámara de vídeo sobre un trípode, encuadró la imagen y puso en marcha el aparato. Algunos loros grises eran capaces de contar y había quien defendía que unos cuantos incluso tenían una ligera noción de lo que significaba «cero». Sin embargo, no se sabía de ninguno que pudiera realizar operaciones aritméticas.

Ninguno, excepto Gerard.

A Gail le costó ocultar su entusiasmo.

—Gerard, voy a enseñarte un papel y quiero que me digas qué pone —dijo con tanta calma como le fue posible.

Le mostró una hoja de ejercicios de su hijo que previamente había doblado de

modo que solo quedara una operación a la vista. Tapaba la respuesta con el dedo.

—Eso ya lo he hecho antes.

—Dime qué pone —le pidió Gail señalando la operación. Consistía en restar siete a quince.

—Tienes que decirlo en voz alta.

—¿Puedes leer lo que pone y darme la respuesta? —preguntó.

—Tienes que decirlo en voz alta —repitió Gerard.

Posado en la percha, se sostenía sobre una pata y sobre la otra alternativamente y no dejaba de mirar a la cámara. A Gerard no le gustaba que lo pusieran en evidencia.

—Si a quince le restamos siete...

—Ocho —respondió el ave de inmediato.

Gail resistió la tentación de volverse hacia la cámara y gritar de emoción. En lugar de eso, le dio la vuelta a la hoja con toda tranquilidad para mostrarle otra operación.

—Dime: si a veintitrés le restamos nueve, ¿cuánto queda?

—Catorce.

—Muy bien. Ahora...

—Me lo has prometido —protestó Gerard.

—¿Qué te he prometido?

—Me lo has prometido —repitió—. Ya sabes...

Se refería al baño.

—Luego —respondió Gail—. Ahora...

—Me lo has prometido. —El tono revelaba enfado—. Quiero que me bañes.

—Gerard, voy a mostrarte otra operación. Dime, si a veintinueve le restamos ocho, ¿cuánto queda?

—Seguro que me están vigilando —dijo el ave con voz extraña—. Mejor. Así dirán: «Pero si no fue capaz ni de matar a una mosca».

—Gerard, haz el favor de prestarme atención. ¿Cuánto queda si a veintinueve le restamos ocho?

Gerard abrió el pico. En ese momento sonó el timbre. Gail se encontraba lo bastante cerca del animal para percatarse de que el sonido lo había realizado él. El loro era capaz de imitar todo tipo de sonidos a la perfección: timbres, teléfonos, incluso cisternas de inodoro.

—Gerard, por favor...

Se oyeron pasos. Luego, un chasquido y un crujido al abrirse la puerta de entrada.

—Qué guapa estás, nena, te he echado de menos —dijo Gerard, imitando la voz del marido.

—Gerard... —empezó Gail.

Entonces se oyó una voz de mujer.

—Oh, Richard, hace tanto tiempo...

Un silencio. Un beso.

Gail se quedó petrificada, mirando fijamente a Gerard. El loro continuó sin apenas mover el pico. Parecía un magnetófono.

De nuevo la voz de la mujer:

—¿Estamos solos?

—Sí —respondió el marido—. El niño no llega hasta las tres.

—¿Y dónde está...?

—Gail está en Ginebra, en un congreso.

—Entonces, tenemos todo el día para nosotros. Qué bien...

Más besos.

Los pasos de dos personas que cruzaban la sala.

El marido:

—¿Te apetece tomar algo?

—Luego, cariño. Ahora solo me apetece tú.

Gail se dio media vuelta y apagó la cámara de vídeo.

—¿Vas a bañarme o qué? —preguntó Gerard.

Gail se lo quedó mirando fijamente.

Oyó cerrarse la puerta del dormitorio.

El ruido de los muelles del somier. La mujer chillaba y se reía. Más ruidos del somier.

—Déjalo ya, Gerard —ordenó Gail.

—Estaba seguro de que te gustaría saberlo —repuso el loro.

—Odio a ese pájaro asqueroso —dijo su marido por la noche. Se encontraban en el dormitorio.

—No estamos hablando de eso —respondió Gail—. Haz lo que te dé la gana, Richard, pero en casa no. En nuestra cama no.

Había cambiado las sábanas pero aun así no era capaz de sentarse en la cama, ni siquiera de acercarse. Permanecía de pie en el extremo opuesto de la habitación, junto a la ventana. Fuera, el tráfico parisino era atronador.

—Solo ha ocurrido una vez —se defendió él.

Gail no podía soportar que le mintiera.

—Mientras estaba en Ginebra —dijo ella—. ¿Quieres que le pregunte a Gerard si ha ocurrido más veces?

—No. Deja al loro en paz.

—Ha ocurrido más veces —concluyó ella.

—¿Qué quieres que te diga, Gail? ¿Que lo siento? Muy bien, pues lo siento.

—No quiero que me digas nada —respondió ella—. Lo que quiero es que no vuelvas a hacerlo. Mantén a tus fulanas alejadas de esta casa.

—Muy bien, entendido. ¿Podemos dejar el tema?

—Sí, vamos a dejar el tema —accedió Gail.

—Odio a ese pájaro asqueroso.

Gail salió del dormitorio.

—Si te atreves a tocarlo, te mato —lo amenazó.

—¿A dónde vas?

—Voy a salir.

Fue a casa de Yoshi Tomizu. Habían iniciado su aventura amorosa hacía un año y habían vuelto a retomarla estando en Ginebra. La esposa y el hijo de Yoshi vivían en Tokio y él tenía previsto reunirse con ellos al llegar el otoño, así que lo suyo no pasaba de una mera amistad con algún que otro privilegio.

—Estás tensa —observó, masajeándole la espalda. Tenía manos de santo—. ¿Has discutido con Richard?

—No. Bueno, un poco. —Gail contempló la luz de la luna que se colaba por la ventana. Brillaba de un modo particular.

—Entonces, ¿qué te pasa? —preguntó Yoshi.

—Me preocupa Gerard.

—¿Por qué?

—Richard lo odia. Lo odia de verdad.

—Vamos, no le hará nada. Ese animal es muy valioso.

—Puede que sí o puede que no. —Se sentó en la cama—. Será mejor que vuelva a casa.

Yoshi se encogió de hombros.

—Tú misma. Si crees que...

—Lo siento —se disculpó ella.

Él la besó con suavidad.

—Haz lo que creas que tienes que hacer.

Gail exhaló un suspiro.

—Tienes razón —dijo—. Soy una estúpida. —Volvió a deslizarse entre las sábanas—. Dime que soy una estúpida, por favor.

Brad Gordon apagó el televisor y gritó:

—¡Está abierto! Entre.

Era mediodía. Se encontraba en el piso que ocupaba en una tercera planta de Sherman Yaks. Veía el partido de fútbol y esperaba a que le trajeran una pizza. Para su sorpresa, cuando se abrió la puerta quien entró fue la mujer más atractiva que había visto en su vida. Era la elegancia personificada: de unos treinta años, alta, delgada. Vestía al estilo europeo y llevaba unos zapatos de tacón no demasiado alto. Tenía un aspecto moderadamente provocativo. Brad se inclinó hacia delante en el sillón y se frotó la barbilla; hacía tres días que no se afeitaba.

—Lo siento —se disculpó—. No esperaba visitas.

—Me envía su tío, el señor Watson —anunció la mujer, avanzando en línea recta hacia él. El hombre se apresuró a ponerse en pie—. Me llamo María Gonzales. —Tenía un ligero acento extranjero, pero no precisamente español. Más bien parecía alemana—. Trabajo para la empresa que se encarga de las inversiones de su tío —explicó al tiempo que le estrechaba la mano.

Brad asintió, captando el suave aroma de su perfume. No le sorprendió que semejante belleza trabajara para tío Jack, el tipo sabía rodearse de colaboradoras atractivas y muy competentes.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Gonzales?

—A mí, en nada —contestó con suavidad. Buscaba con la mirada un sitio donde sentarse. Al final, decidió permanecer de pie—. Pero a su tío, sí.

—Claro. Haré lo que sea.

—Supongo que no es necesario que le recuerde que fue su tío quien pagó la fianza para que lo dejaran en libertad y que también será él quien asuma los costes de la defensa. Puesto que lo acusan de haber abusado sexualmente de una menor, el proceso será duro.

—Pero si me tendieron una trampa...

La chica levantó la mano.

—Eso no es asunto mío. La cuestión es que su tío lo ha ayudado muchas veces a lo largo de los años y ahora necesita que le devuelva el favor. Es confidencial.

—¿Tío Jack necesita que yo lo ayude?

—Sí.

—Muy bien, de acuerdo.

—Esto es estrictamente confidencial.

—Bien. Entendido.

—No debe hablar de esto con nadie, bajo ningún concepto.

—Muy bien, entendido.

—No puede decir ni palabra de todo esto. Si habla, se quedará sin defensa y pasará veinte años en la cárcel por haber abusado de una menor. Ya sabe lo que eso significa.

—Sí. —Brad se secó las manos en los pantalones—. Ya lo sé.

—No se le ocurra meter la pata, Brad.

—Vale, vale. Dígame de una vez qué es lo que tengo que hacer.

—Su empresa preferida, BioGen, está a punto de anunciar un gran descubrimiento. Se trata de un gen que cura la adicción a las drogas. El anuncio es el primer paso hacia la comercialización de un producto que va a arrasarse y que atraerá muchísima financiación. Su tío ocupa un puesto muy importante en la empresa y no quiere que los nuevos inversores lo eclipsen. Quiere que se asusten y desaparezcan.

—Aja...

—Para eso, tiene que difundirse una mala noticia sobre BioGen.

—¿Qué mala noticia?

—En estos momentos, el producto comercial más importante de BioGen es la línea celular Burnet. Se la compraron a la UCLA —explicó María Gonzales—. La línea celular produce citocinas, unas moléculas de importancia fundamental para la curación del cáncer.

—Aja...

—Resultaría desastroso que la línea celular se contaminara de alguna forma.

La chica introdujo la mano en el bolso y extrajo un botecito de colirio de una marca muy conocida que contenía un líquido transparente. Desenroscó el tapón y se echó una gotita en los dedos de una mano y luego hizo lo propio en los de la contraria.

—¿Lo comprende?

—Sí —respondió él.

—Una gota en cada dedo. Tiene que dejar que se seque.

—Muy bien.

—Luego solo tiene que ir a BioGen. Su tarjeta de acceso aún funciona. Busque en la base de datos en qué cámara se encuentra almacenada la línea celular Burnet. El código está anotado en este papel. —Le tendió un papelito en el que estaba escrito «BGOX6178990QD»—. Unas muestras están congeladas y otras en incubadoras. Tiene que llegar hasta ellas y... tocarlas.

—¿Solo tocarlas? —Brad contempló el botecito—. ¿Qué es esto?

—Nada que pueda perjudicarle a usted, pero a las células no les gusta.

—Las cámaras de seguridad me grabarán. Además, todos los accesos con tarjeta quedan registrados. Sabrán que he sido yo.

—No si lo hace entre la una y las dos de la madrugada. A esa hora el sistema se desconecta para realizar una copia de seguridad.

—No, no es verdad.

—Sí. Solo esta semana.

Brad aceptó el bote de plástico que le ofrecía la chica y vació un poco del contenido en su mano.

—¿Saben que también almacenan parte de esa línea celular en otro sitio? —preguntó.

—Usted límitese a hacer lo que le pide su tío y déjele a él el resto —repuso la chica. Cerró el bolso—. Ah, otra cosa. No se ponga en contacto con su tío para hablarle de esto ni de nada. No quiere que quede constancia de que se ha comunicado con usted. ¿Está claro?

—Clarísimo.

—Buena suerte, y gracias de parte de su tío.

La chica volvió a estrecharle la mano y se marchó.

### **Después de todo, los rubios no van a extinguirse**

La BBC difunde una noticia falsa sin verificación previa

No existe ningún estudio de la OMS, ni alemán

La broma ha durado 150 años

La Organización Mundial de la Salud, (OMS) ,ha negado hoy que hubiera realizado ni publicado ningún estudio que predijera la extinción del gen del pelo rubio. Según el portavoz de la ONU, «la OMS desconoce cómo se originó la noticia, pero tiene interés en destacar que no alberga ninguna opinión en particular sobre el futuro de los rubios».

Según *The Washington Post*, la noticia difundida por la BBC procedía originalmente de un comunicado de una agencia de información alemana. El comunicado se basó a su vez en un artículo que había aparecido publicado dos años antes en la revista alemana *Allegra*, dirigida a mujeres. El artículo citaba como fuente un antropólogo de la OMS. Sin embargo, nadie parece tener información de la existencia de dicho científico.

El profesor de periodismo de Georgetown Len Euler afirma que la noticia no se habría divulgado si los responsables de la BBC hubieran verificado mínimamente los datos. Algunos analistas de medios de

comunicación han advertido que en los informativos de hoy en día no se comprueba nada de nada. «Se redacta la noticia y se busca una nueva», afirma un periodista. Otro colega ha opinado, a condición de que no se revele su identidad: «Hay que reconocer que era un notición. Si se hubiera comprobado, no habría habido noticia».

Además, la página especializada en leyendas urbanas Snopes.com difundió varias versiones de la noticia de la extinción de los rubios que se remontaban a 150 años atrás, a la época de Abraham Lincoln. En todos los ejemplos citados se aseguraba que existían datos científicos, lo cual otorgaba credibilidad a la historia. Un ejemplo típico data de 1906:

### **Los rubios condenados a desaparecer de la faz de la Tierra**

**El mayor Woodruff firma su sentencia de muerte: es científicamente irrefutable**

Ricitos de oro está sentenciada: dentro de seiscientos años los rubios se habrán extinguido. El mayor C. E. Woodruff ha predicho hoy el destino del colectivo durante una conferencia auspiciada por la Asociación para el Avance de la Ciencia (AAAS) en la Universidad de Columbia [...]

Según el profesor Euler, es obvio que los rubios no van a desaparecer, pero, por desgracia, tampoco se acabarán las noticias acerca de su extinción puesto que estas han sobrevivido durante siglo y medio a pesar de carecer de base científica alguna.



La esposa de Henry Kendall, Lynn, se dedicaba a diseñar páginas web y por eso solía pasarse el día en casa. A las tres de la tarde recibió una extraña llamada telefónica.

—Soy el doctor Marty Roberts, del Long Beach Memorial —se identificó la voz—. ¿Está Henry?

—Ha ido a ver un partido de fútbol. ¿Quiere que le dé algún recado?

—Lo he llamado al despacho y al móvil, pero no me ha contestado. —El tono del doctor Roberts denotaba urgencia.

—He quedado con Henry dentro de una hora —respondió Lynn—. ¿Es que le ha pasado algo, doctor Roberts?

—No, no, tranquila, está bien. Está perfectamente. Dígale que me llame, por favor.

Lynn respondió que así lo haría.

Más tarde, cuando Henry llegó a casa, Lynn entró en la cocina y se lo encontró preparándole un vaso de leche con galletas a Jamie, el hijo de ocho años que ambos tenían en común.

—¿Conoces a alguien del hospital Long Beach Memorial? —le preguntó.

Henry se quedó perplejo.

—¿Ha llamado?

—Esta tarde. ¿Quién es?

—Un amigo del instituto. Es patólogo. ¿Qué te ha dicho?

—Nada. Quiere que lo llames.

Lynn se mordió la lengua para no preguntarle a su marido de qué iba todo aquello.

—De acuerdo —respondió él—. Gracias.

Vio que Henry se quedaba mirando el teléfono de la cocina. Al final, el hombre se dio media vuelta y se dirigió al pequeño estudio que compartían. Cerró la puerta. Lo oyó hablar en voz baja, pero no fue capaz de distinguir las palabras.

Jamie estaba merendando. Tracy, su hija de trece años, estaba escuchando música muy alta en el piso de arriba.

—¡Haz el favor de bajar eso! —gritó Lynn por el hueco de la escalera. Tracy no la oyó, así que no tuvo más remedio que subir.

Cuando volvió a bajar, Henry caminaba de un lado a otro del estudio.

—Tengo que marcharme de viaje —le explicó.

—¿A dónde vas?

—A Bethesda.

—¿A los NIH?

La organización National Institutes of Health tenía la sede en Bethesda. Henry iba allí unas cuantas veces al año, a congresos.

—Sí.

La mujer lo observó pasearse de un lado a otro.

—Henry —empezó—, ¿no piensas decirme de qué va todo esto?

—Es sobre una investigación, tengo que comprobar unos datos... Yo... No estoy seguro.

—¿Vas a Bethesda y no sabes para qué?

—Claro que sé para qué. Es... Bueno, tiene que ver con Bellarmino.

Robert Bellarmino era el director del departamento de genética de los NIH; él y su marido no se llevaban bien.

—¿Qué le pasa ahora?

—Tengo que... ocuparme de una cosa que ha hecho.

La mujer se dejó caer en una silla.

—Escucha, Henry. Te quiero, pero estoy confusa. ¿Por qué no me cuentas...?

—Mira —la interrumpió—, no quiero hablar de ello. Tengo que ir allí y ya está. Solo estaré fuera un día.

—¿Estás metido en algún lío?

—Te he dicho que no quiero hablar de ello, Lynn. Tengo que marcharme.

—Muy bien. ¿Cuándo te irás?

—Mañana.

La mujer asintió despacio.

—De acuerdo. ¿Quieres que reserve...?

—Ya lo he hecho yo, lo tengo por la mano. —El hombre dejó de pasearse y se le acercó—. Escúchame, no quiero que te preocupes.

—Lo que me pides es bastante difícil, dadas las circunstancias.

—No pasa nada —la tranquilizó—. Tengo que ocuparme de una cosa y luego se habrá acabado todo.

No le dio más explicaciones.

Lynn llevaba quince años casada con Henry. Tenían dos hijos. Sabía mejor que nadie que Henry era propenso a sufrir tics nerviosos y a fantasear. La misma capacidad imaginativa que había hecho de él un investigador de primera clase también lo había vuelto un poco histérico. Siempre creía tener síntomas de alguna enfermedad terrible. Iba al médico cada par de semanas y, entre visita y visita, le hacía consultas por

teléfono. Cada dos por tres padecía dolores, picores, erupciones y aprensiones repentinas que lo despertaban a media noche. De los problemas más nimios hacía un drama. Cualquier pequeño accidente parecía mortal, tal como Henry lo explicaba.

Así, aunque lo del viaje a Bethesda le resultaba extraño, Lynn optó por no darle más importancia. Miró el reloj y vio que era hora de descongelar la salsa de los espaguetis para la cena. No quería que Jamie comiera demasiadas galletas, porque luego no tendría apetito. Tracy había vuelto a subir el volumen de la música.

Al cabo de poco rato, las ocupaciones cotidianas la habían absorbido y habían apartado a Henry y aquel extraño viaje de su mente. Tenía cosas que hacer, y las hizo.

Henry Kendall salió del aeropuerto Dulles y se dirigió hacia el norte por la 267, al laboratorio de primates de Lambertville. Pasó casi una hora hasta que se encontró frente a la valla metálica y a la garita situada tras las dos puertas de acceso. Dentro del recinto se alzaban unos arcos enormes que sumían en la penumbra el complejo edificado en la parte más interior. Lambertville era una de las instalaciones dedicadas a la investigación con primates más grande del mundo; no obstante, los National Institutes of Health no permitían que se le hiciera propaganda ni se difundiera su emplazamiento. El hecho se debía en parte a que la investigación con primates estaba muy politizada, y también a que querían preservar el centro de posibles actos de vandalismo por parte de los activistas. Henry se detuvo frente a la puerta exterior y llamó al timbre.

—Henry Kendall —se identificó, y a continuación pronunció su código de acceso. Hacía cuatro años que no aparecía por allí; sin embargo, el código seguía activado. Sacó la cabeza por la ventanilla para que la cámara captara bien su rostro.

—Gracias, doctor Kendall.

La puerta se abrió y el hombre entró y se detuvo frente a la segunda. La puerta exterior se cerró tras él. Un guardia salió a su encuentro y comprobó su documentación. Henry conservaba un vago recuerdo de aquel chico.

—No lo esperaba hoy por aquí, doctor Kendall.

Henry le tendió una tarjeta de banda magnética que permitía el acceso temporal al recinto.

—Quieren que me lleve unas cuantas cosas de mi taquilla.

—Sí, ya me lo imagino. Aquí cada vez hay más presión desde que... Ya sabe.

—Sí, ya sé. —Se refería a Bellarmino.

La puerta interior se abrió y Henry entró con el coche. Pasó junto a las oficinas de administración y se dirigió a las instalaciones propiamente dichas. Supuso que los chimpancés estarían en el edificio B, como siempre.

Abrió la puerta de acceso al edificio, colocó la banda magnética de la tarjeta en el lector de la puerta interior y, una vez dentro, recorrió el pasillo hasta la sala de control del edificio B. La sala estaba llena de pantallas que mostraban a todos los chimpancés repartidos en las dos plantas de la instalación. Había unos ochenta, de ambos sexos y distintas edades.

Allí se encontraba el ayudante de turno del veterinario, con su uniforme caqui, y también Rovak, el director de la instalación. Debían de haberle avisado desde el control de acceso. Rovak era un hombre de cincuenta años, tenía el pelo de un gris acerado y porte militar. Pero, por encima de todo, era un buen científico.

—Me preguntaba cuándo se dejaría caer por aquí —dijo Rovak, y le estrechó la mano. Parecía simpático—. ¿Ha traído la sangre?

—Sí. —Henry asintió.

—El puto Bellarmino se puso histérico —explicó Rovak—. Aún no se ha dejado caer por aquí y nos figuramos por qué.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Henry.

—Vamos a dar una vuelta —propuso Rovak.

Henry echó un vistazo al papel.

—Busco una hembra, la F-402.

—No, lo que busca es el hijo de la hembra F-402 —lo rectificó Rovak—. Está por aquí.

Enfilaron por un pasillo lateral que conducía a unas pequeñas salas donde se llevaban a cabo experimentos de corta duración acerca del proceso de aprendizaje de los animales.

—¿Lo tienen aquí?

—Por fuerza. Ya lo verá.

Penetraron en la zona de adiestramiento. A primera vista parecía la sala de juegos de una guardería: el suelo estaba cubierto por una alfombra azul y sobre esta había esparcidos juguetes de vistosos colores. Un visitante cualquiera tal vez no se habría percatado de que los juguetes estaban hechos de un plástico muy resistente, a prueba de golpes. En uno de los laterales se alineaban varias ventanas de observación. Por los altavoces sonaba música de Mozart.

—Le gusta Mozart —explicó Rovak, encogiéndose de hombros.

A continuación entraron en una sala más pequeña que se comunicaba con la anterior por un lateral. A través de la claraboya del techo penetraba un rayo de sol. En el centro de la sala había una jaula de un metro y medio por un metro y medio, en cuyo interior se encontraba sentado un joven chimpancé del tamaño aproximado de un niño de cuatro años. El animal tenía el rostro más estilizado de lo normal y la piel pálida; con todo, era obvio que se trataba de un chimpancé.

—Hola, Dave —lo saludó Rovak.

—Hola —le correspondió el chimpancé. Tenía la voz ronca. Se volvió hacia Henry—. ¿Eres mi madre? —le preguntó.

Henry Kendall era incapaz de pronunciar palabra. Movía la mandíbula pero no podía emitir ningún sonido. Rovak respondió por él.

—Sí, Dave. —Se volvió hacia Kendall—. Se llama Dave.

El chimpancé miraba a Henry en silencio, sentado en su jaula, cogiéndose con las manos los dedos de los pies.

—Ya sé que impresiona —dijo Rovak—. Imagínese cómo reaccionó la gente cuando se descubrió el pastel. Al veterinario casi le da un patatús. Nadie pensó que el animal fuera diferente hasta que ocurrió lo inesperado: el resultado de la prueba del ácido siálico fue negativo. Aun así, decidieron repetirla porque dieron por hecho que se debía a un error. Pero no había error que valiera. Y hace unos tres meses el animal empezó a hablar.

Henry exhaló un suspiro.

—Habla muy bien —reconoció Rovak—. Solo tiene algún pequeño problema con las conjugaciones verbales. Y eso que nadie le ha enseñado. De hecho, lo han mantenido apartado de todo el mundo. ¿Quiere sacarlo usted?

Kendall vaciló.

—¿Es...? —Los chimpancés tenían a veces reacciones desagradables y agresivas. Incluso los más pequeños podían resultar peligrosos.

—Sí, tranquilo, es muy dócil. No olvide que no es un chimpancé cualquiera. —Rovak abrió la puerta de la jaula—. Sal, Dave.

Dave abandonó la jaula no muy convencido, como un hombre a quien acabaran de dejar salir de prisión. Parecía que el exterior lo asustara. Miró a Henry.

—¿Voy a vivir contigo?

—No lo sé —respondió Henry.

—No me gusta la jaula.

El animal extendió el brazo y cogió a Henry de la mano.

—¿Vamos a jugar?

Entraron en la sala de juegos. Dave iba delante.

—¿Es esto lo que suele hacer? —preguntó Henry a Rovak.

—Sí. Pasa aquí una hora al día. Casi siempre es el veterinario quien juega con él, pero a veces lo acompaño yo.

Dave se acercó a las piezas de juguete y empezó a distribuirlas formando figuras. Primero las dispuso en círculo; luego, en cuadrado.

—Me alegro de que haya venido a verlo —dijo Rovak—. Lo considero muy importante.

—¿Qué va a ocurrirle?

—¿A usted qué le parece? Esto es completamente ilegal, Henry. ¿Qué quería? ¿Una raza superior de primates? Ya sabe que Hitler trató de cruzar a un humano con un chimpancé, y Stalin también. Podría justificarse diciendo que fueron ellos quienes abrieron el nuevo campo de investigación. Lo que pasa es que entre Hitler o Stalin y un investigador de los NIH hay una ligera diferencia. Ni hablar, amigo.

—Y ¿qué piensa...?

—Esto es el resultado de un experimento no autorizado. Tengo que ponerle fin.

—¿Está bromeando?

—Estamos en Washington y lo que contempla en estos momentos es dinamita pura, políticamente hablando —se justificó Rovak—. La financiación que los NIH reciben de la Administración ya no es gran cosa, pero si esto sale a la luz nos la reducirán a un 10 por ciento.

—Este animal es extraordinario —opinó Henry.

—Pero ilegal. Eso es lo que cuenta. —Rovak negó con la cabeza—. No se ponga sentimental, realizó un experimento transgénico no autorizado y las normas estatales determinan de forma explícita que a los experimentos no aprobados por el consejo de administración tiene que ponérseles fin sin excepción.

—Y por eso... Bueno...

—Le administraremos morfina por vía intravenosa, no se enterará de nada —le aseguró Rovak—. No se preocupe, nosotros nos encargaremos de todo. Cuando hayamos incinerado el cuerpo, no quedará ninguna constancia de que esto ocurrió. —Señaló a Dave con la cabeza—. ¿Por qué no juega con él un rato? Le gustará su compañía, ya está harto de nosotros.

Sentados en el suelo, jugaron a una especie de damas improvisadas con los cubos de plástico que hacían saltar por encima de los demás. Henry se fijó en algunas cosas: en las manos de Dave, del tamaño de las de un humano; en sus pies, prensiles como los de cualquier chimpancé; en sus ojos, moteados de azul; en su sonrisa, distinta de la de un humano, pero también de la de un mono.

—¡Qué divertido! —exclamó Dave.

—Lo dices porque vas ganando.

Henry no alcanzaba a comprender las reglas del juego. De todas formas, creía que debía dejar ganar a Dave. Eso era lo que solía hacer con sus hijos.

Y en ese momento pensó: «Dave también es hijo mío».

Era incapaz de pensar con claridad y lo sabía. Actuaba por instinto. Era consciente de estar fijándose en todo cuando Dave fue devuelto a la jaula, en cómo lo encerraban con un candado de clave numérica, en cómo...

—Permítame que vuelva a estrecharle la mano —pidió Henry—. Vuelva a abrir la jaula.

—Escuche, no se lo ponga más difícil, ni a él tampoco.

—Solo quiero estrecharle la mano de nuevo.

Rovak suspiró y abrió el candado. Henry memorizó el código: 01-05-04.

Henry le estrechó la mano a Dave y le dijo adiós.

—¿Vendrás mañana? —le preguntó Dave.

—Mañana no sé, pero pronto —respondió Henry.

Dave se dio media vuelta y no miró a Henry mientras este salía de la sala y cerraba la puerta.

—Escuche —empezó Rovak—, tendría que estar agradecido de que no lo juzguen y lo metan en la cárcel. No cometa una estupidez. Nosotros nos ocuparemos de todo, usted siga con sus asuntos.

—Muy bien —respondió Henry—. Gracias.

Pidió permiso para quedarse en las instalaciones hasta que llegara la hora de coger el avión de vuelta. Lo acomodaron en una habitación que disponía de un ordenador para los investigadores. Pasó la tarde leyendo cosas sobre Dave y consultando todos los datos de su archivo. Lo imprimió todo. Luego se paseó por las instalaciones y fue al servicio varias veces para que los guardias se acostumbraran a verlo a través de los monitores.

Rovak se marchó a las cuatro y al salir se despidió de él. Los veterinarios y los guardias cambiaban de turno a las seis. A las cinco y media, Henry volvió a la zona de adiestramiento y fue directamente a la sala donde estaba Dave.

Abrió la jaula.

—Hola, mamá —lo saludó Dave.

—Hola, Dave. ¿Quieres venir conmigo de viaje?

—Sí —respondió Dave.

—Muy bien. Pues haz caso de todo lo que te diga.

Era habitual que los investigadores anduvieran por ahí con chimpancés domesticados, a veces iban incluso cogidos de la mano. Henry recorrió con Dave el pasillo de la zona de adiestramiento a paso normal, sin hacer caso de las cámaras de seguridad. Torcieron a la izquierda y se dirigieron por el pasillo principal hasta la puerta que comunicaba con el exterior. Henry abrió la primera puerta, hizo pasar a Dave y luego abrió la puerta exterior. Tal como esperaba, no había ninguna alarma.

Las instalaciones de Lambertville habían sido diseñadas para mantener alejados a los intrusos y para que los animales no se escaparan, pero no para evitar que los investigadores se los llevaran. A veces, por distintos motivos, los científicos tenían que sacar de allí a algún animal sin entretenerse en completar largos trámites. Gracias a eso, Henry pudo sentar a Dave en el suelo de la parte trasera de su coche y dirigirse a la salida.

Era justo la hora del cambio de turno y entraban y salían muchos coches. Henry devolvió la tarjeta magnética y el distintivo.

—Gracias, doctor Kendall —se despidió el guardia, y Henry se alejó hacia las



verdes laderas del oeste de Maryland.

—¿Que vuelves en coche? ¿Por qué? —se extrañó Lynn.

—Es largo de explicar.

—¿Por qué, Henry?

—No tengo más remedio que volver en coche.

—Henry, te estás comportando de una forma muy extraña y lo sabes —lo avisó Lynn.

—Era una cuestión moral.

—¿Qué cuestión moral?

—Me siento responsable.

—Responsable ¿de qué? Mierda, Henry...

—Cariño, es largo de explicar —se excusó él.

—Eso ya me lo has dicho.

—Créeme, pienso contártelo todo, de verdad —aseguró—. Pero es mejor que esperes a que llegue a casa.

—¿Es tu madre? —preguntó Dave.

—¿Quién está contigo en el coche? —quiso saber Lynn.

—Nadie.

—¿Quién ha hablado? He oído una voz ronca.

—Ahora no puedo explicártelo —insistió él—. Espera a que llegue a casa y lo comprenderás todo.

—Henry...

—Tengo que dejarte, Lynn. Besos a los niños. —Y colgó.

Dave lo miraba con expresión paciente.

—¿Era tu madre?

—No. Era otra persona.

—¿Está enfadada?

—No, no. ¿Tienes hambre, Dave?

—Un poco.

—Muy bien, pararemos en un autoburguer. Ahora, tienes que ponerte el cinturón.

Dave lo miró perplejo. Henry se le acercó y le abrochó el cinturón de seguridad. No lo sujetaba muy bien puesto que no era mucho más alto que un niño.

—No me gusta. —Dave empezó a tirar del correaje.

—Tienes que llevarlo puesto.

—No.

—Lo siento.

—Quiero volver.

—No podemos volver, Dave.

Dave dejó de forcejear. Miró por la ventanilla.

—Está oscuro.

Henry acarició la cabeza del animal y notó su corto pelaje. Sintió cómo al hacerlo el animal se relajaba.

—No te preocupes, Dave. A partir de ahora, todo irá bien.

Henry se incorporó a la circulación y enfiló hacia el oeste.

—¿De qué me hablas? —preguntó Lynn Kendall, con la mirada clavada en Dave, que permanecía sentado sin decir nada en el sofá de la sala de estar—. ¿Dices que este mono es hijo tuyo?

—Bueno, no exactamente...

—¿Qué quiere decir «no exactamente»? —La mujer se paseaba de un lado a otro de la sala—. ¿Qué coño quiere decir eso, Henry?

La tarde de aquel sábado había transcurrido de forma normal. Tracy, su hija adolescente, se encontraba en el patio trasero tomando el sol y hablando por teléfono sin dignarse a hacer los deberes. Su hermano, Jamie, chapoteaba en la piscina hinchable. Lynn se había pasado todo el día encerrada en casa tratando de acabar un trabajo urgente. Llevaba tres días pegada al ordenador, así que, al abrir la puerta, le había sorprendido que su marido entrara llevando a un chimpancé cogido de la mano.

—A ver, Henry: ¿es hijo tuyo o no?

—En cierta manera, sí.

—Ah, ya. En cierta manera. Está clarísimo, gracias por explicarlo tan bien. —Se dio la vuelta y se quedó mirando a su marido. Un pensamiento horroroso acababa de atravesar su mente—. Espera un momento, ¿me estás diciendo que te acostaste con...?

—No, no —se apresuró en responder su marido, levantando las manos—. No, cariño. No tiene nada que ver con eso. Fue un experimento.

—¿Un experimento? ¡Por Dios! ¡Un experimento! ¿Qué clase de experimento, Henry?

El mono se hizo un ovillo en el asiento. Se sujetaba los dedos de los pies con las manos mientras observaba a los dos adultos.

—Baja la voz —le pidió Henry—. Estás asustándolo.

—¿Yo? ¿Yo estoy asustándolo? ¡Venga! ¡No es más que un mono de mierda, Henry!

—Simio.

—Simio, mono... ¿Qué está haciendo aquí, Henry? ¿Por qué lo has traído a casa?

—Bueno... Yo no... De hecho, va a quedarse a vivir con nosotros.

—¿Que va a quedarse a vivir con nosotros? Lo que faltaba. Resulta que hay un mono que es hijo tuyo y me paso años sin saberlo. De pronto un día lo traes a casa

como si tal cosa. Estupendo. Es de lo más normal, cualquiera lo entendería. ¿Por qué no me lo habías dicho, Henry? Claro, era mejor que fuera una sorpresa. Llevabas a tu hijo en el coche pero era mejor esperar a decírmelo cuando estuvieras en la puerta. Estupendo, Henry. Me alegro mucho de que asistiéramos a todas esas sesiones de comunicación y confianza en la pareja.

—Lynn, lo siento...

—Siempre dices que lo sientes, Henry. ¿Qué piensas hacer con él? ¿Vas a llevarlo al zoo o qué?

—No me gusta el zoo —protestó Dave, dejándose oír por primera vez.

—No estaba hablando contigo —le espetó Lynn—. Mantente al margen.

De pronto, Lynn se detuvo en seco.

Se dio media vuelta.

Miró al animal de hito en hito.

—¿Sabe hablar?

—Sí —respondió Dave—. ¿Eres mi madre?

Lynn Kendall no se murió del susto, pero se puso a temblar como un flan y las piernas acabaron por fallarle. Henry la sujetó y la ayudó a sentarse en su sillón favorito, junto al sofá, frente a la mesita auxiliar. Dave no movió ni un músculo. Los miraba con los ojos como platos. Henry entró en la cocina, sirvió un refresco para su esposa y se lo llevó a la sala.

—Tómame esto —dijo.

—Quiero un Martini.

—Cariño, eso pertenece al pasado.

Lynn era miembro de Alcohólicos Anónimos.

—Ya no sé qué pertenece al pasado y qué no. —No dejaba de mirar a Dave—. Sabe hablar. El mono sabe hablar.

—Ya te he dicho que no es un mono.

—Siento haberte hecho enfadar —se disculpó Dave.

—Se llama Dave —le explicó Henry—. A veces conjuga mal los verbos.

—A veces hazo enfadar a la gente. Se sienten mal —dijo Dave.

—Dave, cariño —empezó Lynn—, no es culpa tuya. Me parece muy simpático. La culpa la tiene él. —Señaló a Henry con el dedo pulgar—. Es un imbécil.

—¿Qué quiere decir imbécil?

—Seguro que no ha oído nunca ningún insulto —apuntó Henry—. Tendrás que mirar lo que dices.

—¿Cómo se mira lo que se dice? —preguntó Dave—. Los sonidos no se ven.

—Estoy muy confusa —dijo Lynn, hundiéndose en el sillón.

—Es una expresión, Dave —le explicó Henry—, una forma de hablar.

—Ah, ya lo entiendo —aseguró Dave.

Se hizo un momento de silencio. La esposa de Henry exhaló un suspiro y él le dio unas palmaditas en el brazo.

—¿Tenéis árboles? —preguntó Dave—. Me gusta trepar a los árboles.

En ese preciso momento, Jamie entró en casa.

—Hola, mamá. Dame una toalla... —Interrumpió la frase y se quedó mirando al chimpancé.

—Hola —lo saludó Dave.

Tras un instante de perplejidad, Jamie reaccionó.

—¡Cómo mola! —exclamó—. Yo soy Jamie.

—Yo me llamo Dave. ¿Tienes árboles? Quiero trepar.

—¡Claro! ¡Hay uno altísimo! ¡Ven conmigo!

Jamie se dirigió a la puerta. Dave miró a Lynn y a Henry con expresión interrogativa.

—Anda, ve con él —dijo Henry.

Dave se bajó del sofá de un salto y fue correteando hasta la puerta, detrás de Jamie.

—¿Estás seguro de que no se escapará? —preguntó Lynn.

—No creo que lo haga.

—¿Porque es hijo tuyo?

La puerta se cerró de golpe. Procedentes del exterior, oyeron los gritos y los chillidos de su hija preguntando:

—¿Qué es eso?

A continuación, oyeron que Jamie le respondía:

—Es un chimpancé y vamos a trepar a los árboles.

—¿De dónde lo has sacado, Jamie?

—Es de papá.

—¿Muerde?

No oyeron la respuesta de Jamie. De todas formas, a través de la ventana vieron que las ramas de los árboles se movían. Del exterior les llegaron risitas y carcajadas.

—¿Qué piensas hacer con él? —preguntó Lynn.

—No lo sé —respondió Henry.

—Aquí no puede quedarse.

—Eso ya lo sé.

—Si no he querido tener perro, menos voy a tener en casa a un simio.

—Ya lo sé.

—Además, no tenemos sitio.

—Ya lo sé.

—Menudo problema —dijo la mujer.  
Henry no pronunció palabra, se limitó a asentir.  
—¿Cómo coño pasó, Henry? —preguntó.  
—Es largo de explicar —respondió él.  
—Soy toda oídos.

Henry le explicó que, cuando lograron descodificar el genoma humano, los científicos descubrieron que el del chimpancé era prácticamente idéntico.

—Tan solo quinientos genes diferencian a ambas especies.

Con todo, la cifra no significaba nada, puesto que los seres humanos también compartían muchos genes con los erizos de mar. De hecho, casi todas las criaturas del planeta compartían decenas de miles de genes. Una gran uniformidad subyacía en todos los seres vivos, genéticamente hablando.

El descubrimiento dio lugar a un gran interés por conocer qué causaba las diferencias entre las especies. Quinientos genes no eran muchos, sin embargo, un gran abismo parecía separar a los chimpancés de los seres humanos.

—Muchas especies son capaces de cruzarse y producir híbridos: los leopardos y los jaguares, los delfines y las ballenas, los búfalos y las vacas, las cebras y los caballos, los camellos y las llamas. Los osos pardos y los polares en estado salvaje a veces se aparean entre ellos. Los leones y los tigres producen ligres. Faltaba por saber si los chimpancés y los humanos podían dar lugar a un híbrido de ambas especies. Parece ser que no.

—¿Alguien lo ha intentado?

—Muchas personas. La primera vez fue en 1920.

Sin embargo, a pesar de que la hibridación resultara imposible, Henry explicó que existía la posibilidad de implantar genes humanos directamente en un embrión de chimpancé para crear así un animal transgénico. Cuatro años antes, durante el período sabático en los National Institutes of Health, estaba estudiando el autismo y quería saber qué genes eran los causantes de la diferencia entre las habilidades comunicativas de las personas y las de los simios.

—Los chimpancés son capaces de comunicarse, cuentan con una variedad importante de sonidos y gestos de las manos —aseguró Henry—. También saben organizarse en partidas de caza de un modo muy efectivo para atrapar animales más pequeños. Se comunican, pero no hablan. Igual que los autistas severos. Por eso me interesaban.

—¿Y qué hiciste? —quiso saber su esposa.

Con la ayuda de un microscopio había introducido genes humanos en un embrión de chimpancé en el laboratorio. Sus propios genes.

—¿Incluidos los genes que regulan el habla? —preguntó Lynn.

—De hecho, los introduje todos.

—Así que le implantaste todos tus genes.

—Escucha, yo no creía que el experimento diera fruto —se disculpó—. Mi única intención era obtener un feto.

—¿Solo un feto? ¿No un animal?

Si el feto transgénico sobrevivía durante ocho o nueve semanas antes de ser abortado de forma espontánea, la diferenciación sería lo bastante importante como para poder diseccionarlo y adquirir más conocimientos sobre el habla en los simios.

—¿Creías que el feto moriría?

—Sí. Solo esperaba que durara lo suficiente...

—¿Pensabas descuartizarlo?

—Sí, quería diseccionarlo.

—¿Tus genes? ¿Tu feto? ¿Hiciste eso para luego diseccionarlo? —Lynn lo miraba como si fuera un monstruo.

—Solo era un experimento, Lynn. Todos los científicos hacen cosas... —Se interrumpió. No la convencería—. Escucha: utilicé mis genes porque los tenía a mano, no me hacía falta pedirle permiso a nadie. Fue un experimento, no tenía nada que ver conmigo personalmente.

—Pues ahora tiene mucho que ver contigo.

La pregunta a la que Henry había tratado de hallar respuesta era clave. Los chimpancés y los humanos provenían de un antepasado común; ambas especies se habían separado seis millones de años atrás. Los científicos habían descubierto hacía mucho tiempo que cuando más se parecían los chimpancés a los humanos era en estado fetal, lo cual parecía indicar que las diferencias entre los humanos y los chimpancés se debían en parte al desarrollo intrauterino. Los chimpancés eran como humanos cuyo desarrollo se detenía en cierta fase del estado fetal. Algunos científicos creían que la diferencia se debía al crecimiento del cerebro humano, que durante el primer año después del nacimiento duplicaba su tamaño. Sin embargo, el interés de Henry se centraba en el habla, y para que esta tuviera lugar era necesario que las cuerdas vocales se situaran en la garganta y estuvieran conectadas con la boca, de modo que se creara una caja de resonancia. El fenómeno tenía lugar en los humanos, pero no en los chimpancés. La secuencia de desarrollo completa resultaba extremadamente compleja.

Henry albergaba la esperanza de obtener un feto transgénico para adquirir a partir de él más conocimientos sobre los cambios que hacían posible el desarrollo del habla en los humanos. Ese era, al menos, su plan inicial.

—¿Por qué no extirpaste el feto, tal como tenías previsto? —preguntó Lynn.

El motivo era que durante aquel verano muchos chimpancés contrajeron una

encefalitis vírica y se llevaron a los animales sanos para ponerlos en cuarentena. Los trasladaron a distintos laboratorios de la costa Este.

—No volví a oír hablar del embrión al que había implantado los genes. Supuse que la hembra habría abortado en algún lugar durante la cuarentena y que el feto habría sido desechado. No podía preguntar mucho...

—Porque lo que hiciste era ilegal, ¿no?

—Bueno, «ilegal» es un término muy contundente. Di por hecho que el experimento había fracasado y ya está.

—Pero no fue así.

—Eso parece —concluyó él.

Lo que de hecho ocurrió fue que la hembra dio a luz a una cría tras la gestación completa y ambos fueron devueltos a Bethesda. La cría de chimpancé tenía un aspecto absolutamente normal. Tenía la piel algo pálida, sobre todo en la zona sin pelo que rodeaba la boca. No obstante, puesto que los chimpancés variaban mucho en cuanto a la cantidad de pigmentación, nadie le dio importancia al asunto.

A medida que la cría se hacía mayor, su apariencia resultaba cada vez más anormal. La cara, al principio achatada, sin prominencias, siguió sin desarrollarlas con la edad. Conservaba rasgos más bien infantiles. Aun así, nadie se cuestionó nada en relación con el aspecto de la cría... hasta que, durante un análisis de sangre rutinario, los resultados de la enzima Ge del ácido siálico fueron negativos. Puesto que la enzima estaba presente en todos los simios, lo lógico era pensar que se había producido algún error en la analítica y por eso la repitieron. Sin embargo, el resultado volvió a ser negativo. La cría de chimpancé no tenía esa enzima.

—La ausencia de la enzima es una cualidad humana —explicó Henry—. El ácido siálico es un tipo de azúcar. Ningún humano tiene la forma Ge del ácido siálico; los simios, en cambio, la tienen todos.

—Excepto esa cría.

—Exacto. Por eso le hicieron una prueba de ADN y se dieron cuenta de que la diferencia genética con respecto a un ser humano era inferior al 1,5 por ciento habitual. La cría mostraba tan solo diferencias menores. A partir de ahí, empezaron a atar cabos.

—Compararon el ADN del chimpancé con los de todas las personas que habían trabajado en el laboratorio, ¿no?

—Sí.

—Y llegaron a la conclusión de que se correspondía con el tuyo.

—Sí. El departamento de Bellarmino me envió una muestra hace unas semanas, supongo que con el propósito de darme un toque de atención.

—Y tú, ¿qué hiciste?

—Se la llevé a un amigo para que la analizara.



—¿Al que trabaja en Long Beach?

—Sí.

—¿Y Bellarmino?

—Lo único que quiere es no aparecer como responsable cuando la noticia salga a la luz. —Sacudió la cabeza—. Volvía a casa en coche y justo estaba al oeste de Chicago cuando recibí la llamada de Rovak, un empleado del laboratorio. Dicen que lo que haga con él es cosa mía, esa es la postura que han adoptado. El problema es mío, no suyo.

Lynn puso mala cara.

—¿Por qué no se trata de un descubrimiento importante? ¿No debería darte a conocer en el mundo entero? Has creado el primer simio transgénico.

—El problema es que mi acción es censurable, podría incluso ir a la cárcel. Por una parte, no tenía permiso de ninguno de los comités que regulan la investigación con primates. Por otra, los NIH prohíben expresamente los experimentos transgénicos con cualquier animal salvo las ratas. Además, todos esos bichos raros que están en contra de la modificación genética y los chiflados de los alimentos Frankenstein pondrían el grito en el cielo. En los NIH no quieren verse implicados en nada de todo esto y se desentenderían del asunto.

—Así que no puedes contarle a nadie quién es Dave en realidad. Pues tienes un problema, Henry, porque te va a ser imposible mantenerlo en secreto.

—Ya lo sé —reconoció él con abatimiento.

—Ahora mismo Tracy está hablando por teléfono y les está contando a todas sus amigas que en el patio de su casa hay un simio encantador.

—Sí...

—Seguro que dentro de nada las tienes a todas aquí. ¿Cómo piensas explicarles lo de Dave? Y detrás de las chicas acudirán los periodistas. —Lynn miró el reloj—. Calculo que dentro de una hora o dos como máximo. ¿Qué piensas decirles?

—No lo sé. Tal vez les cuente que el experimento se llevó a cabo en el extranjero, en China o en Corea del Sur, y que luego enviaron aquí a Dave.

—¿Qué dirá Dave cuando los periodistas le pregunten?

—Le pediré que no hable con ellos.

—Los periodistas no se darán por satisfechos, Henry. Se instalarán en tiendas de campaña delante de casa y nos observarán con los prismáticos, o desde un helicóptero. Cogerán los primeros aviones rumbo a China y a Corea del Sur para hablar con el responsable del experimento. ¿Qué pasará cuando no lo encuentren?

Lynn se lo quedó mirando fijamente. Luego se volvió hacia la puerta y echó un vistazo al patio. Dave se encontraba jugando con Jamie. Ambos gritaban y se balanceaban colgados de las ramas de los árboles. La mujer guardó silencio un

momento. Al final volvió a hablar.

—La verdad es que tiene la piel muy pálida.

—Ya lo sé.

—Y la cara casi tan estilizada como la de un humano. ¿Qué aspecto tendría si le cortaran el pelo?

Así nació el síndrome de GandlerKreukheím, una extraña mutación genética que causaba estatura baja, excesivo crecimiento del vello y una deformación de las facciones que conferían a quien la sufría aspecto de simio. El síndrome era muy raro, solo se habían hecho cuatro referencias a él durante el último siglo. La primera vez se había dado en una familia de aristócratas húngaros de Budapest, en 1923. Dos de los hijos nacieron con el síndrome, que el doctor austríaco Emil Kreukheim describió en publicaciones médicas. El segundo en sufrirlo fue un niño esquimal nacido en Alaska en 1944. El tercer caso fue el de una niña nacida en Sao Paulo en 1957 y que murió debido a una infección a las pocas semanas de nacer. El cuarto caso tuvo lugar en Brujas, Bélgica, en 1988; al principio los medios lo difundieron, pero pronto cayó en el olvido. El paradero del chico era a la sazón desconocido.

—Me gusta —dijo Lynn. Estaba tecleando en su ordenador portátil—. ¿Cómo dices que se llama ese síndrome? El de la excesiva vellosoidad congénita.

—Hipertriosis —respondió Henry.

—Hiper... —siguió tecleando—. Así que el síndrome de GandlerKreukheim y la hipertriosis están relacionados. De hecho, es una hipertriosis lanuginosa congénita. Solo se han recogido cincuenta casos en los últimos cuatrocientos años.

—¿Lo estás escribiendo o leyendo?

—Las dos cosas. —Lynn se recostó en el asiento—. Vale, de momento ya tengo bastante. Ve a decírselo a Dave.

—¿El qué?

—Que es humano. De todas formas, seguro que es lo que él cree.

—Muy bien. —De camino a la puerta, Henry le preguntó a Lynn—: ¿De verdad crees que va a funcionar?

—Estoy segura —contestó Lynn—. En California existen leyes que impiden invadir la intimidad de los niños con problemas. La mayoría sufren deformidades importantes y ya tienen bastante con aprender a crecer con ello y asistir a la escuela como para encima tener que soportar la presión de los medios de comunicación. Las multas son de órdago. No se arriesgarán.

—Puede que tengas razón.

—Es todo cuanto podemos hacer por ahora —dijo Lynn. Volvía a teclear.

Henry se detuvo junto a la puerta.

—Si Dave es humano, no podemos mandarlo a un circo —observó.

—Claro que no —dijo Lynn—. No, no. Dave vivirá con nosotros. Gracias a ti, ahora forma parte de la familia. No nos queda más remedio que aceptarlo.

Henry salió al patio. Tracy y sus amigas se encontraban de pie junto a los árboles y señalaban hacia las ramas.

—¡Mirad el mono! ¡Miradlo!

—No —las corrigió Henry—. No es un mono. No lo molestéis, por favor. Dave tiene una extraña enfermedad genética... —Y les explicó toda la historia mientras ellas lo escuchaban embelesadas.

Jamie disponía de una cama nido que utilizaba siempre que algún amigo se quedaba a dormir. Lynn extrajo la cama sobrante y la preparó para que Dave pudiera dormir allí, al lado de Jamie.

—Es muy mullida —fueron las últimas palabras que pronunció Dave antes de quedarse dormido casi de inmediato mientras Lynn le acariciaba el pelo.

—Qué guay, mamá. Es como tener un hermanito.

—Sí —reconoció su madre.

La mujer apagó la luz y cerró la puerta. Cuando más tarde volvió para echar un vistazo, descubrió que Dave había retorcido las sábanas y las había situado en medio de la cama formando una especie de nido circular.

—¡No! No puede quedarse a vivir en casa —exclamó Tracy, plantada en medio de la cocina con los brazos en jarras—. ¿Cómo has podido hacerme una cosa así, papá?

—¿Qué te he hecho?

—Ya sabes lo que dirán los niños. Es un mono que se parece a una persona, papá. Dirán que es igual que tú pero en chato. —Estaba a punto de echarse a llorar—. Es pariente tuyo, ¿verdad? Tiene tus genes.

—Oye, Tracy...

—Me da mucha vergüenza. —La niña empezó a sollozar—. Justo ahora que tenía la oportunidad de entrar en el equipo de animadoras.

—Tracy, estoy seguro de que...

—Las cosas me estaban yendo muy bien este curso, papá.

—Y seguirán yéndote bien.

—¡No! ¡Con ese mono en casa, no!

Fue a buscar una Coca-Cola a la nevera; cuando regresó, todavía se sorbía la nariz. En ese momento entró su madre.

—No es un mono —aseguró Lynn—. Es un niño que tiene la desgracia de padecer una enfermedad horrible.

—Venga, mamá.

—Búscaló tú misma. Míralo en internet.

—Ahora mismo.

Tracy se dirigió al ordenador sin dejar de sorberse la nariz. Henry se quedó mirando a su esposa y luego se acercó a ver qué encontraba su hija.

---

### **Variante de la hipertrichosis descubierta en 1923 (Hungría)**

**Síndrome de Gandler-Kreukheim**, Lunes 01/ene/06@5.05 p.m.

Sin duda, el hirsutismo es secundario frente al QT/TD. Los casos descubiertos en Hungría no mostraban induración, según se explicó en 1923...

[Dot.gks.org/9872767/9877676/490056](http://Dot.gks.org/9872767/9877676/490056) - 22k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

### **Síndrome de Gandler-Kreukheim - Juicio esquimal. (1944)**

En tiempos de la Segunda Guerra Mundial, un joven esquimal originario de Sanduk, Alaska, que sufría el síndrome de **Gandler-Kreukheim** fue tratado por un médico de la población...

[Dot.gks.org/FAQ\\_G-K\\_S/7844908Inuit](http://Dot.gks.org/FAQ_G-K_S/7844908Inuit) - 41k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

### **Una prostituta da a luz a un niño simiesco en Pekín**

El New China Post publica el caso de un niño con pelo de chimpancé y las manos y los pies muy grandes. Es hijo de una prostituta mogola que afirma haberse apareado con un simio ruso a cambio de dinero. Las extrañas condiciones ponen en duda que se trate de un caso del **síndrome de Gandler-Kreukheim**...

[Dot.gks.org/4577878/9877676/490056](http://Dot.gks.org/4577878/9877676/490056) - 66k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

### **El «hombre mono» de Delhi: ¿un nuevo caso de Gandler-Kreukheim?**

El Hindustan Times publica el caso de un hombre con la apariencia y la agilidad de un mono, que anda por ahí saltando de un tejado a otro y asustando a los habitantes. Tres mil agentes de policía han tenido que intervenir...

[Dot.gks.org/4577878/9877676/490056](http://Dot.gks.org/4577878/9877676/490056) - 66k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

### **Síndrome de Gandler-Kreukheim - Bélgica**

La prensa de Bruselas difundió ampliamente la imagen de un niño con aspecto de mono. Diversas fotografías aparecieron también en algunas publicaciones de París y de Bonn. Al niño, llamado Gilles, no se le ha vuelto a ver desde 1989...

(Traducido)

[Dot.gks.org/4577878/9877676/490056](http://Dot.gks.org/4577878/9877676/490056) - 52k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

### **Syndrome Gandler-Kreukheim - De la Belgique**

Ressemblant à un singe, l'image du jeune garçon est apparue partout dans la presse de Bruxelles comme les publications dispersées à Paris et à Bonn. Après 1989, l'enfant dont le nom était Gilles, est disparu de la vue publique...

[Dot.gks.fr/4577878/77676/0056/9923.shtml](http://Dot.gks.fr/4577878/77676/0056/9923.shtml) - 36k - [En caché](#) - [Páginas similares](#)

---

—No tenía ni idea —confesó Tracy, sin dejar de mirar la pantalla—. Sólo han existido cuatro o cinco casos en toda la historia. ¡Pobre niño!

—Es una persona muy especial —dijo Henry—. Espero que ahora estés dispuesta

a tratarlo mejor. —Apoyó la mano en el hombro de Tracy y se volvió a mirar a su esposa—. Sí que te cunden un par de horas.

—He tenido que correr —confesó.

En la sala de conferencias del hotel Hua Ting de Shangai había cincuenta periodistas. Todos estaban sentados, ocupando hileras enteras de mesas cubiertas de fieltro verde. Las cámaras de televisión se encontraban situadas al fondo de la sala; a los pies de las cámaras, en el suelo, se acomodaban los fotógrafos, provistos de enormes teleobjetivos.

Los flashes destellaban ante el profesor Shen Zhihong, director del Instituto de Bioquímica y Biología Celular de Shangai, cuando se acercó a los micrófonos. Shen vestía un traje negro. Era un hombre de aspecto distinguido y hablaba un inglés excelente. Antes de llegar a ser director del IBBC, había pasado diez años en Cambridge, Massachusetts, ejerciendo de profesor de biología celular en el MIT.

—No sé si lo que traigo son buenas o malas noticias —empezó—. Sospecho que pueden ser causa de decepción, pero por lo menos acabarán con ciertos rumores.

El profesor explicó que, por algún motivo, después del 12.º Simposio de Investigación Biomédica, que había tenido lugar en la ciudad de Shaoxing, en Zhejiang, empezaron a circular rumores de que en China se habían realizado investigaciones poco éticas.

—No sé por qué motivo —aseguró Shen—. El congreso fue de carácter técnico y transcurrió como de costumbre.

Sin embargo, durante la siguiente edición, que tuvo lugar en Seúl, varios periodistas procedentes de Taiwán y de Tokio formularon preguntas malintencionadas.

—Byeong Jae Lee, el jefe del departamento de biología molecular de la Universidad Nacional de Seúl, me advirtió que debía ocuparme del asunto de inmediato. Él tiene bastante experiencia con la rumorología.

Entre el público se oyeron risas. Resultaba obvio que Shen se refería al escándalo que había dado la vuelta al mundo en torno a la figura del eminente genetista coreano Hwang WooSuk.

—Por eso he decidido abordar el asunto de inmediato —explicó—. Hace muchos años que corren rumores acerca de que unos científicos chinos trataron de crear un híbrido de chimpancé y humano. Según la historia, que data de 1967, un cirujano llamado Ji Yongxiang fecundó a un chimpancé hembra con espermatozoides humanos. La hembra de chimpancé estaba embarazada de tres meses cuando algunos ciudadanos

escandalizados irrumpieron en el laboratorio y pusieron fin al experimento. El chimpancé acabó por morir, pero, al parecer, unos investigadores de la Academia China de Ciencias decidieron proseguir con el trabajo. —Shen hizo una pausa—. Esa es la primera versión. Todo mentira. Ningún chimpancé ha sido nunca fecundado por el doctor Yongxiang ni por ninguna otra persona de China, ni tampoco de ningún otro lugar del mundo. Si hubiera ocurrido tal cosa, lo sabrían.

»Luego, en 1980, circuló otra historia acerca de unos investigadores italianos que habían descubierto embriones de híbrido de chimpancé y humano en un laboratorio de Pekín. El rumor llegó hasta mí cuando ejercía de profesor en el MIT. Quise solicitar una entrevista con los científicos en cuestión, pero no los encontré por ninguna parte. Siempre resultaban ser amigos de un amigo.

Shen aguardó mientras los flashes destellaban de nuevo. Las cámaras que se apiñaban a sus pies estaban empezando a molestarle. Tras una breve pausa, el hombre prosiguió.

—Por último, hace unos cuantos años, se oyó hablar de una prostituta mogola que había dado a luz a una criatura con rasgos de chimpancé. Se decía que el ser era de aspecto humano pero tenía mucho pelo y las manos y los pies muy grandes. El híbrido bebía whisky y era capaz de construir frases. Según cuentan, ahora el hombre chimpancé trabaja en la sede de la Agencia Espacial China, en el distrito de Chao Yang. A veces se le ve junto a la ventana, leyendo el periódico y fumando un cigarrillo. Parece ser que van a enviarlo a la Luna, puesto que la misión es demasiado arriesgada para destinar a un humano.

»Esa historia también es falsa. Todas lo son. Sé que resultan divertidas y atractivas, pero no son ciertas. Lo que no sé es por qué todo ocurre en China, sobre todo si tenemos en cuenta que el país donde los experimentos genéticos apenas están regulados es Estados Unidos. Allí es posible hacer casi de todo. Una vez llegaron incluso a cruzar a un gibón con un siamang... Esas especies de primates distan más entre sí que los chimpancés y los humanos. El hecho, que tuvo lugar en la Universidad Estatal de Georgia hace casi treinta años, dio como resultado varios alumbramientos.

El profesor dio paso al turno de preguntas, cuya transcripción es la siguiente:

PREGUNTA: Doctor Shen, ¿están trabajando en Estados Unidos para producir un híbrido de chimpancé y humano?

DOCTOR SHEN: No existen motivos para creer tal cosa. Yo me limito a hacer la observación de que Estados Unidos tiene la normativa más laxa.

PREGUNTA: ¿Es posible fecundar un chimpancé con esperma humano?

DOCTOR SHEN: Yo diría que no. Hace casi un siglo que se viene intentando. La cuestión se remonta a los años veinte, cuando Stalin ordenó al criador de

animales más famoso de toda Rusia que lo hiciera, que creara una nueva raza de soldados para él. El hombre, que se llamaba Ivanov, fracasó y fue encarcelado. Unos cuantos años más tarde, los científicos de Hitler también lo intentaron. Hoy se sabe que el genoma humano y el de los chimpancés son muy parecidos; sin embargo, a pesar de ello, las condiciones intrauterinas difieren considerablemente. Así que yo diría que no es posible.

PREGUNTA: ¿No podría conseguirse mediante ingeniería genética?

DOCTOR SHEN: Es difícil de decir. Desde el punto de vista técnico, resultaría bastante complicado. Desde el punto de vista ético, yo diría que es imposible.

PREGUNTA: Sin embargo, un científico estadounidense ha solicitado la patente de un híbrido humano.

DOCTOR SHEN: Al profesor Stuart Newman, de Nueva York, le negaron la patente de un híbrido en parte humano, pero en realidad tal ejemplar no existía. El doctor Newman afirma que solo solicitó la patente para poner sobre la mesa los problemas éticos que se derivarían de una cosa así. Y la cuestión ética sigue sin estar resuelta.

PREGUNTA: Doctor Shen, ¿usted cree que alguna vez llegará a crearse un híbrido?

DOCTOR SHEN: He convocado esta rueda de prensa para acabar con los rumores, no para alimentarlos. Si lo que quiere es conocer mi opinión personal, le diré que sí. Es más que posible que con el tiempo llegue a crearse.



Mark Sanger vivía obsesionado por el recuerdo. En su mente bullía la imagen de aquel pobre animal varado en plena noche en una playa de Costa Rica, indefenso mientras el jaguar se abalanzaba sobre él, le arrancaba la cabeza de un bocado y empezaba a comerse la carne mientras el otro, casi sin fuerzas, aún pataleaba. Entretanto, se oía el crujir de los huesos. Los huesos de la cabeza.

Mark Sanger no esperaba presenciar semejante horror. Había acudido a la playa de Tortuguero para ver las gigantescas tortugas laúd emerger de las aguas oceánicas y poner los huevos en la arena. Como biólogo que era, sabía que se trataba de un importante movimiento migratorio que había maravillado a la humanidad durante millones de años. Las tortugas hembra ponían en práctica una de las mayores demostraciones de cariño maternal: se arrastraban por la arena hasta alejarse lo bastante del agua, depositaban los huevos en un profundo hoyo y los cubrían de arena con sus extenuadas aletas. Luego alisaban la superficie, eliminando cualquier rastro de los huevos subyacentes. La lenta y delicada ceremonia estaba dirigida por genes cuyo origen se remontaba a un pasado milenario.

Entonces llegó el jaguar, un rayo negro en plena noche. Y, de repente, el último verano, todo cambió para Mark Sanger. La brutalidad del ataque, rápido y sanguinario, le afectó muchísimo y confirmó sus sospechas acerca de que el mundo natural había tomado un camino totalmente erróneo. Lo que el género humano le estaba haciendo al planeta había roto el delicado equilibrio de la naturaleza. La contaminación, el crecimiento desenfrenado de la industria, el deterioro del hábitat... Cuando los animales se sentían asfixiados y acorralados, exhibían un comportamiento brutal en su esfuerzo desesperado por sobrevivir.

Esa era la única explicación posible al espantoso ataque que acababa de presenciar. El mundo natural estaba en crisis. Así se lo explicó a Ramón Valdez, el atractivo naturalista que lo acompañaba, pero el hombre negó con la cabeza.

—No, señor Sanger.<sup>[1]</sup> Las cosas han sido siempre así, ya eran así en tiempos de mi padre, de mi abuelo y del padre de mi abuelo. Ellos ya hablaban de los ataques nocturnos del jaguar, forman parte del ciclo de la vida.

—Pero ahora se dan más ataques que antes —repuso Sanger—, debido a la contaminación...

—No, señor. No ha cambiado nada. Los jaguares dan cuenta de dos a cuatro tortugas al mes. Hace muchos años que llevamos la cuenta.

—La violencia con que lo hace este no es normal.

A poca distancia, el jaguar seguía comiéndose a la madre. Aún se oían crujir los huesos.

—Sí que es normal —lo contradijo Ramón Valdez—. Así son las cosas.

Sanger no quiso seguir hablando del tema. Era evidente que Valdez defendía a los industriales responsables de la contaminación, a las grandes empresas estadounidenses que dominaban Costa Rica y otros países de América Latina. No era extraño encontrar a una persona así en ese lugar, la CIA llevaba décadas enteras controlando Costa Rica. Había dejado de ser un país y se había convertido en una filial de los intereses económicos estadounidenses. Y a la economía estadounidense el entorno le importaba una mierda.

—Los jaguares también tienen que comer —dijo Ramón Valdez—. Mejor será que coman tortugas que la emprendan con los bebés, digo yo.

Mark Sanger pensó que esa era puramente una cuestión de opiniones.

Ya de vuelta en Berkeley, Sanger se refugió en su loft mientras cavilaba sobre qué hacer. A pesar de que siempre se presentaba como biólogo, en realidad no contaba con ninguna titulación que así lo acreditase. Había asistido solo un año a la universidad, luego había abandonado los estudios para trabajar durante un corto período de tiempo en Cather and Holly, una empresa que se dedicaba a la arquitectura paisajística. La única biología que había estudiado la cursó durante uno de los años de instituto. Sanger era hijo de un banquero y contaba con un fondo fiduciario sustancial, por lo cual no se veía obligado a trabajar para mantenerse. Con todo, le hacía falta un objetivo. Según su propia experiencia, el hecho de tener la vida solucionada aún complicaba más la búsqueda de la propia identidad. Además, cuanto mayor se hacía, más le costaba plantearse la posibilidad de volver a emprender los estudios y terminar la carrera.

Hacía poco que había empezado a definirse como artista, y un artista no necesitaba para nada la formación reglada. De hecho, esta interfería con su capacidad para sentir el *Zeitgeist*, para remontar las oleadas de cambio que arrollaban a la sociedad y responder de manera apropiada. En su opinión, Sanger estaba muy bien informado. Leía los diarios de Berkeley y a veces también revistas como *Mother Jones* y muchas otras sobre medio ambiente. No lo hacía cada mes sistemáticamente pero sí de vez en cuando. Aunque lo cierto era que solía mirar solo las fotos, el texto lo leía por encima. Eso era cuanto le hacía falta para conectar con el *Zeitgeist*.

El arte era una cuestión de sensaciones. Se trataba más bien de notar el efecto que producía vivir en un mundo materialista, entre lujos peripatéticos, falsas promesas y

grandes decepciones.

Lo que hacían mal las gentes de su tiempo era ignorar las propias sensaciones.

La misión del arte era, precisamente, despertar las verdaderas sensaciones, golpear a las personas para hacerlas tomar conciencia. Por eso muchos jóvenes artistas se servían de la tecnología genética y la materia orgánica para crear obras de arte. Lo llamaban arte viviente. En la actualidad, muchos artistas trabajaban a jornada completa en laboratorios de ciencias y, como consecuencia, su arte resultaba indiscutiblemente científico. Uno había cultivado filetes de ternera en un plato Petri y luego se los había comido en público, como si de un número teatral se tratara. (Debían de tener un sabor horrendo, pero la cuestión era que estaban modificados genéticamente. ¡Puaj!). En Francia, otro había obtenido un conejito fosforescente al haberle implantado los genes que causaban la luminiscencia de las luciérnagas, o algo parecido. Otros artistas habían transformado el color de pelo de algunos animales consiguiendo los tonos irisados del arco iris y también habían hecho crecer púas de puerco espín en la cabeza de un cachorro monísimo.

Ese tipo de obras de arte suscitaba violentas reacciones. En muchas personas despertaban aversión. Sanger era de la opinión que así debía ser, debían sentir la misma repugnancia que a él le producía la visión de una tortuga madre devorada por un jaguar en una playa de Costa Rica, la horrible desviación de la naturaleza, la repelente ferocidad que no lograba apartar de su mente.

Y eso, por supuesto, era lo que lo llevaba a crear obras de arte.

No el arte por el arte. Se trataba más bien del arte por el beneficio del mundo, el arte para ayudar al medio ambiente. Mark Sanger había decidido que ese sería su objetivo y se disponía a alcanzarlo.

## **Médico detenido por robar órganos**

*Implicado personal del Long Beach Memorial.  
Los ladrones traficaban con huesos, sangre y órganos*

Un renombrado médico del Long Beach, ha sido detenido por la venta de órganos extraídos de forma ilícita a cadáveres en el propio hospital. Se trata del doctor Martin Roberts, jefe del laboratorio de anatomía patológica, encargado de practicar las autopsias. Se le imputan 143 cargos por la extracción ilícita de órganos a los cadáveres y su posterior venta a bancos de tejidos.

«El caso recuerda al de una película de miedo de serie B», afirma Barbara Bates, fiscal del distrito de Long Beach. Bates también basa su

acusación en el hecho de que el doctor Roberts falsificaba certificados de defunción y resultados de autopsias y actuaba en connivencia con algunas funerarias y cementerios municipales para ocultar su sistema de error.

El caso no es más que el episodio más reciente de una pandemia nacional de modernos profanadores de tumbas. Casos parecidos son el del conocido «doctor Mike».

Mastromarino, un adinerado dentista de Brooklyn, Nueva York, quien por lo visto durante cinco años se dedicó a sustraer órganos de miles de cadáveres, incluidos los huesos de Alastair Cooke, un anciano de noventa y cinco años; el de la empresa biomédica de Fort Lee, Nueva Jersey, que vendió los órganos hurtados por Mastromarino a bancos de tejidos de todo Estados Unidos; el del crematorio de San Diego acusado de sustraer órganos de los cadáveres que le habían sido confiados; el de otro crematorio de Lake Elsinore, California, que conservaba los órganos en enormes congeladores antes de venderlos; o el del centro médico de la UCLA, donde descuartizaron quinientos cadáveres y luego los vendieron al precio de setecientos mil dólares. Uno de sus clientes era la empresa Johnson & Johnson.

«Se trata de un problema a escala mundial —asegura la fiscal Bates—. El robo de órganos ha sido denunciado en Inglaterra, en Canadá, en Australia, en Rusia, en Alemania y en Francia. Creemos que este tipo de delito tiene lugar actualmente en todos los países del mundo —añade Bates—. Los pacientes están muy preocupados».

El doctor Roberts se declaró inocente de todos los cargos ante el Tribunal Superior y fue puesto en libertad bajo fianza de un millón de dólares. Otros cuatro empleados del Long Beach Memorial habían sido también acusados. Entre ellos se encuentra Marilee Hunter, la directora del laboratorio genético del hospital.

Kevin McCormick, administrador del Long Beach Memorial, se mostró conmocionado ante los cargos y afirmó que «el comportamiento del doctor Roberts vulnera todos los principios que esta institución defiende». Dijo haber encargado un estudio a fondo de las prácticas llevadas a cabo en el hospital y aseguró que haría público el informe resultante.

Los fiscales afirman que quien los puso sobre aviso fue otro empleado del hospital, Raza Rashad. El señor Rashad cursa el primer año de medicina en la Universidad de San Francisco y había trabajado en el laboratorio de anatomía patológica que dirige el doctor Roberts. Durante su estancia allí fue testigo de numerosas prácticas ilegales. «El testimonio del señor Rashad tuvo una importancia fundamental en la redacción de la acusación

que llevó a cabo la fiscalía», asegura Bates.

Josh Winkler se dirigió a toda prisa a la nave que albergaba a los animales para ver con sus propios ojos aquello de lo que hablaba Tom Weller.

—¿Cuántas ratas han muerto? —preguntó.

—Nueve.

La visión de los cuerpos rígidos de nueve ratas que yacían en nueve jaulas contiguas hizo que Winkler empezara a sudar.

—Tenemos que diseccionarlas —dijo—. ¿Cuándo han muerto?

—Debe de haber sido por la noche —explicó Tom—. A las seis les dieron de comer y no anotaron que hubiera ningún problema. —Tom miraba una tablilla sujetapapeles.

—¿A qué grupo de estudio pertenecían? —quiso saber Josh. Temía conocer la respuesta.

—Al A-7 —respondió Tom—. El del gen de la madurez.

«¡Por Dios!».

Josh trató de conservar la calma.

—¿Qué edad tenían?

—Mmm... A ver. Treinta y ocho semanas y cuatro días.

«¡Mierda!».

La vida media de una rata de laboratorio era de unas ciento sesenta semanas, poco más de tres años. Esas ratas habían vivido solo una cuarta parte. Respiró hondo.

—¿Y el resto?

—En el grupo de estudio había veinte ratas en total —explicó Tom—. Todas eran idénticas, tenían la misma edad. Dos murieron hace unos días de una infección respiratoria, pero en el momento no le di importancia. En cuanto a las otras... Será mejor que lo veas por ti mismo. —Guió a Josh a lo largo de la hilera de jaulas hasta donde se encontraban las demás ratas. Su compañero enseguida comprendió en qué condición estaban—. Presentan calvicie, están inactivas, duermen demasiadas horas, les cuesta sostenerse sobre las patas traseras porque tienen los músculos atrofiados, cuatro sufren incluso de parálisis...

Josh no daba crédito.

—Se han hecho viejas —concluyó—. Todas se han hecho viejas.

—Sí —afirmó Tom—. No cabe duda: envejecimiento prematuro. He comprobado

el estado de las ratas que murieron hace dos días. Una presentaba adenoma pituitario y la otra, degeneración de la médula espinal.

—Son signos de envejecimiento...

—Exacto —dijo Tom—, son signos de envejecimiento. Tal vez el gen no sea la panacea que Rick espera. No, si causa la muerte prematura. Lo que será es un desastre.

—¿Que cómo me encuentro? —preguntó Adam, mientras ambos se hallaban sentados a la mesa a la hora de comer—. Me encuentro bien, Josh, y todo gracias a ti. A veces me siento un poco cansando y tengo la piel acartonada, me están saliendo arrugas. Pero estoy bien. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por saberlo —respondió Josh en el tono más despreocupado que fue capaz de utilizar.

Trataba de evitar el contacto visual con su hermano mayor. De hecho, la apariencia de Adam había cambiado radicalmente. Antes lucía un tono grisáceo en las patillas, ahora en cambio todo su pelo estaba salpicado de canas y tenía entradas. La piel que rodeaba sus ojos y sus labios estaba surcada de arrugas, y también la frente. Aparentaba muchos más años de los que tenía.

Adam tenía treinta y dos años.

«¡Por Dios!».

—¿Ya no...? ¿Ya no tomas drogas? —preguntó Josh.

—No, no. Eso ya forma parte del pasado, gracias a Dios —respondió Adam.

Había pedido una hamburguesa, pero tras unos cuantos bocados la dejó en el plato.

—¿No te gusta?

—Me duele una muela, tengo que ir al dentista. —Adam se llevó la mano a la mejilla—. No me gusta nada estar quejándome todo el rato. De hecho, me parece que lo mejor que puedo hacer es practicar un poco de ejercicio, me hace mucha falta. A veces tengo estreñimiento.

—¿Vas a volver a jugar al baloncesto? —le preguntó Josh alegremente. Antes su hermano solía entrenar dos veces por semana con ejecutivos de inversiones.

—No, no —respondió Adam—. Pensaba más bien tenis por parejas, o en el golf.

—Buena idea —lo animó Josh.

El silencio invadió la mesa. Adam apartó el plato.

—Sé que me he hecho viejo —dijo—. No hagas ver que no te das cuenta. Todo el mundo lo dice. Le pedí opinión a mamá y me dijo que a papá le pasó lo mismo: se hizo viejo de golpe a los treinta, casi de un día para otro. A lo mejor es hereditario.

—Sí, podría ser

—¿Por qué dices «podría ser»? ¿Sabes algo que yo no sepa? —inquirió Adam.

—¿Yo? No.

—¿Y esas prisas por quedar para comer hoy mismo? ¿No podía ser otro día?

—Hacía tiempo que no nos veíamos, eso es todo.

—¡Déjate de gilipollices, Josh! —le espetó—. Siempre has sido un jodido embustero.

Josh suspiró.

—Escucha, Adam —empezó—, me parece que será mejor que te hagan unas pruebas.

—¿Qué pruebas?

—Pruebas para comprobar la densidad ósea, la capacidad pulmonar. Y también una resonancia magnética.

—¿Para qué? ¿Qué se ve con todas esas pruebas? —Se quedó mirando a Josh—. ¿La edad?

—Sí.

—¿Estoy envejeciendo más rápido de lo normal? ¿Es por culpa de tu sustancia genética?

—Eso es lo que tenemos que averiguar —respondió Josh—. Voy a llamar a Ernie. Ernie Lawrence era el médico de cabecera de la familia.

—Muy bien. Encárgate de todo.



Durante la sesión informativa para los miembros del Congreso que tuvo lugar en Washington a mediodía, el profesor William Garfield, de la Universidad de Minnesota, hizo su intervención.

—A pesar de lo que se diga, nadie ha podido demostrar que exista ni siquiera un gen responsable de algún rasgo del comportamiento humano. Algunos de mis colegas sostienen que al final se descubrirá la relación; otros no creen que eso llegue a ocurrir nunca, piensan que la interacción de los genes y los factores ambientales es demasiado compleja para desentrañarla. En cualquier caso, sabemos que cada día aparecen en los periódicos noticias sobre «el gen de esto» o «el gen de lo otro» a pesar de que nadie ha sido nunca capaz de demostrar nada.

—¿De qué está hablando? —preguntó el ayudante del senador Wilson—. ¿Qué pasa con el gen gay, causante de la homosexualidad?

—Es una relación estadística, no causal. No hay ningún gen responsable de la orientación sexual.

—¿Y el gen de la violencia?

—Las últimas investigaciones no han confirmado nada.

—También se habló de un gen del sueño...

—En las ratas.

—¿Y el gen del alcoholismo?

—El argumento no tenía suficiente consistencia.

—¿Qué hay del gen de la diabetes?

—Hasta el momento hemos identificado noventa y seis genes relacionados con la diabetes. Sin duda, encontraremos más.

Los asistentes, anonadados, guardaron silencio. Al fin uno intervino:

—Si no puede demostrarse que un gen sea el causante de determinado comportamiento, ¿a qué viene tanto alboroto?

El profesor Garfield se encogió de hombros.

—Llámelo leyenda urbana o mito mediático, culpe al sistema educativo. Es evidente que entre la población está muy extendida la creencia de que los genes son los causantes del comportamiento, parece lo lógico. En cambio, la verdad es que ni siquiera rasgos como el color de pelo o la altura están determinados por los genes. Y mucho menos enfermedades como el alcoholismo.

—Espere un momento, ¿está diciendo que la altura no viene determinada genéticamente?

—A escala individual, sí. Si usted es más alto que su amigo, es probable que se deba a que sus padres también son más altos que los suyos. Sin embargo, la altura de determinada población es consecuencia de factores ambientales. Durante los últimos cincuenta años, los europeos han crecido a razón de dos centímetros y medio cada década. A los japoneses les ha ocurrido lo mismo. El cambio ha tenido lugar con demasiada rapidez para ser genético. En realidad, el único responsable es el entorno: han mejorado los cuidados durante el embarazo, la nutrición, la atención sanitaria, etcétera. En Estados Unidos, en cambio, no hemos crecido ni un milímetro en el mismo período de tiempo; si cabe, nos hemos encogido ligeramente. Es posible que la culpa la tengan los escasos cuidados durante el embarazo y la comida basura. La cuestión es que, actualmente, la relación entre los genes y el entorno resulta muy compleja. Los científicos no disponen todavía de suficientes conocimientos acerca del funcionamiento genético. De hecho, ni siquiera existe un consenso general sobre qué es un gen.

—¿Puede repetirlo?

—No existe una única definición de gen que sostengan todos los científicos. Hay cuatro o cinco diferentes.

—Yo creía que un gen era una fracción del genoma —dijo alguien—. Una secuencia de pares de bases, ATGC, que codifica una proteína determinada.

—Esa es una definición —convino Garfield—, pero no resulta apropiada. Una sola secuencia ATGC puede codificar muchas proteínas diferentes. Hay fracciones del código que funcionan como un interruptor, activando o desactivando las otras secciones. Unas permanecen dormidas hasta que determinados estímulos ambientales las activan, si es que eso ocurre. Otras solo entran en actividad durante una etapa del desarrollo y luego no intervienen nunca más. Algunas fracciones están constantemente activándose y desactivándose durante toda la vida del individuo. Tal como he dicho, la cuestión es compleja.

Alguien levantó la mano. Se trataba de un ayudante del senador Mooney, quien recibía contribuciones sustanciales de empresas farmacéuticas. Tenía una pregunta.

—Profesor, tengo entendido que la suya es una opinión minoritaria. La mayoría de los científicos discrepa de su punto de vista sobre los genes.

—Es al revés, la mayoría de científicos están de acuerdo conmigo —aseguró Garfield—. Tienen buenos motivos para estarlo.

Cuando se logró descodificar el genoma humano, los científicos se sorprendieron al descubrir que este solo contenía treinta y cinco mil genes. Esperaban que tuviera muchos más. A fin de cuentas, una simple lombriz tenía veinte mil. ¿Cómo se

explicaba entonces la enorme distancia que separaba a ambas especies en cuanto a su complejidad?

El problema dejó de serlo en cuanto los investigadores se dedicaron a estudiar la interacción entre los genes. Por ejemplo, un gen fabricaba determinada proteína; otro, fabricaba una enzima que eliminaba parte de esa proteína y, por tanto, la transformaba. Algunos genes contenían múltiples secuencias codificadoras separadas por franjas de códigos sin valor. Un gen así podía utilizar cualquiera de sus múltiples secuencias para fabricar una proteína. Algunos genes solo se activaban si muchos otros lo hacían antes, o tras una serie de cambios ambientales. Eso significaba que los genes eran mucho más sensibles al entorno, tanto interior como exterior al ser humano, de lo que nadie había previsto. Y el hecho de que las interacciones entre genes fueran múltiples significaba que había miles de millones de resultados posibles.

—No resulta nada sorprendente —prosiguió Garfield— que los investigadores avancen hacia lo que llamamos «estudios epigenéticos», los cuales se concentran en cómo interactúan exactamente los genes con el entorno para producir los individuos que nos rodean. Es un campo muy activo.

Garfield empezó a explicar las complejidades.

A medida que fueron terminando de comer, los ayudantes de los congresistas se marcharon. Solo unos cuantos permanecieron en la sala, y estos se dedicaron a leer los mensajes del móvil.

## **Los hombres de Neandertal fueron los primeros rubios**

**Más fuertes, con mayor capacidad cerebral y más inteligentes que nosotros**

Las mutaciones genéticas responsables del color de pelo indican que los primeros rubios fueron los hombres de Neandertal, no los *Homo sapiens*. El gen del pelo rubio apareció en algún momento de la glaciación Würm, tal vez como respuesta a la relativa falta de luz solar durante la era glacial. El gen se extendió entre los hombres de Neandertal, quienes en su mayoría eran rubios, según afirman los investigadores.

«Los hombres de Neandertal tenían un cerebro una quinta parte más grande que el nuestro. Eran más altos que nosotros y más fuertes. Sin duda, también eran más inteligentes —afirma Marco Svabo, del Instituto de Genética de Helsinki—. De hecho, apenas cabe duda de que el hombre moderno es una versión doméstica del de Neandertal, igual que el perro de hoy en día es la versión doméstica del lobo, más fuerte e inteligente. El hombre moderno ha degenerado, es una criatura inferior. El hombre de

Neandertal era intelectualmente superior y tenía mejor aspecto. Era rubio, tenía los pómulos prominentes y las facciones muy marcadas; debía de tener aspecto de supermodelo.

»Es lógico pensar que el *Homo sapiens* (más flaco y menos agraciado que el hombre de Neandertal) se habría sentido atraído por la belleza, la fuerza y la inteligencia de los rubios. Parece que unas cuantas mujeres de Neandertal se apiadaron de los enclenques hombres de Cromañón y se cruzaron con ellos. Para nosotros, fue un paso adelante. Tenemos suerte de llevar genes de los rubios hombres de Neandertal, de otro modo nuestra especie sería completamente estúpida. Aunque, aun así, lo somos bastante».

Svabo afirma que el hecho de considerar estúpidos a los rubios «es un prejuicio que los morenos ingeniaron para desviar la atención del verdadero problema a escala mundial: los defectos de los morenos». «Confeccionen un listado de las personas más estúpidas de la historia —añade—. Llegarán a la conclusión de que todas son morenas».

El doctor Evard Nilsson, portavoz del Instituto Marburg de Alemania, quien ha establecido la secuencia completa del genoma del hombre de Neandertal, afirma que la teoría de los rubios resulta interesante. «Mi esposa es rubia, y bastante inteligente —explica Nilsson—. Convengo en que hay algo de cierto en esa teoría».

Los primeros días de Dave en casa de los Kendall transcurrieron sorprendentemente bien. Llevaba la gorra siempre que salía, lo que ayudaba mucho a su apariencia en general. Con el cabello recortado, los vaqueros, las zapatillas deportivas y una camisa Quicksilver, tenía el mismo aspecto que cualquier otro chico de su edad. Además, aprendía rápido y coordinaba bien, por lo que escribir su nombre siguiendo las instrucciones de Lynn le resultó sencillo. Leer le costaba más.

A Dave se le daban bien los deportes de fin de semana, aunque a veces se sentía un tanto desconcertado. En un partido de la liga menor de béisbol, un golpe alto lanzó la pelota hacia el edificio de dos plantas del colegio; Dave echó a correr, escaló la pared y atrapó la bola en la ventana del segundo piso. Los niños recibieron la hazaña con una mezcla de admiración y resentimiento. No era justo; además, les habría gustado ver cómo se hacía añicos el cristal. Por otro lado, sin embargo, todo el mundo quería que Dave jugara en su equipo.

Por eso Lynn se sorprendió cuando una tarde de sábado Dave volvió a casa antes de lo previsto. Parecía triste.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Que no me quieren.

—Todos nos hemos sentido así en algún momento.

Dave sacudió la cabeza.

—Me miran.

Lynn tardó en contestar.

—No eres como los otros niños.

—Ya.

—¿Se ríen de ti?

Dave asintió.

—A veces.

—¿Qué hacen?

—Me tiran cosas... Y me insultan.

—¿Qué te dicen?

Se mordió el carnosos labio.

—Niño mono. —Estaba al borde del llanto.

—Eso no está bien —se lamentó Lynn—, lo siento. —Le quitó la gorra de béisbol

y le acarició la cabeza y la nuca—. Los niños pueden llegar a ser muy crueles.

—A veces duele.

Desanimado, se dio media vuelta y se quitó la camiseta. Lynn hundió los dedos en su pelo en busca de contusiones o cualquier otra lesión y sintió que Dave se relajaba, que su respiración se acompasaba y mejoraba su humor.

Más tarde cayó en la cuenta de que lo había estado acicalando, tal como suelen hacerlo los simios en su hábitat —uno le da la espalda al otro mientras este le escarba en el pelo—, así que decidió hacerlo a diario para que Dave se sintiera más a gusto.

Desde la llegada de Dave, la vida de Lynn había cambiado por completo. A pesar de que el pequeño era únicamente responsabilidad de Henry, el chimpancé apenas había demostrado interés alguno en él y, en cambio, se había sentido atraído hacia ella de inmediato. Por su parte, tal vez los gestos o el aspecto de la criatura —¿los enternecedores ojos?, ¿la conducta infantil?— le había robado el corazón. Lynn había empezado a informarse sobre los chimpancés y había descubierto que las hembras suelen aparearse con diferentes machos, razón por la que ignoran cuál de ellos es el que ha engendrado su descendencia y, por consiguiente, la noción de paternidad o de padre es un concepto desconocido para estos simios, que solo tienen madre. Parecía que a Dave lo habían maltratado, que se había visto privado de los cuidados de su verdadera madre, por lo que había recibido a Lynn con gran anhelo y ella no había hecho más que responder a esa llamada. Le había resultado profundamente emotivo y por completo inesperado.

—Mamá, no es tu hijo —le había recriminado Tracy.

Tracy estaba en esa edad en que exigía toda la atención de sus padres y, por tanto, se resentía de cualquier cosa que la desviara de ella lo más mínimo.

—Ya lo sé, Trace, pero me necesita —se había justificado Lynn.

—¡Mamá! ¡No es tu responsabilidad! —había exclamado su hija, alzando las manos al cielo en un gesto teatral.

—Lo sé.

—Vale, pues déjalo en paz.

—¿Estoy demasiado encima de él?

—¡Tú dirás!

—Lo siento, no me he dado cuenta.

Rodeó a su Tracy con los brazos y la estrechó contra sí.

—No me trates como si fuera un mono —le espetó Tracy, apartándola de un empujón.

Sin embargo, después de todo eran primates. Los seres humanos también eran simios, y la experiencia con Dave supuso para Lynn una incómoda toma de conciencia de cuánto compartían ambas especies: el acicalamiento, las caricias y el

contacto físico como fuentes de relajación; la mirada baja al sentirse amenazado o como señal de disgusto o sumisión —Tracy con ojos entornados flirteando con sus novietes—; el contacto visual directo para intimidar o demostrar enojo; la carne de gallina como respuesta a situaciones que causan miedo o provocan enfado, los mismos músculos que erizan el pelo de un primate para fingir una mayor corpulencia ante la presencia de una amenaza; el reposo en comunidad, hechos un ovillo en una especie de nido...

Etcétera, etcétera.

Simios.

Todos eran simios.

A medida que transcurría el tiempo, la mayor diferencia parecía radicar en el pelo: Dave era peludo, los que lo rodeaban no. Según lo que había leído, la pérdida del pelo se había dado tras la separación entre seres humanos y chimpancés. La explicación tradicional solía ser que los seres humanos habían sido criaturas acuáticas durante un tiempo. Pues la mayoría de los mamíferos eran peludos y necesitaban sus abrigos naturales para mantener la temperatura interna; en cambio, los mamíferos acuáticos, como los delfines y las ballenas, lo habían perdido en aras de una mayor adaptabilidad a su medio. De ahí la teoría sobre la posible fase acuática del hombre como explicación para la pérdida del pelo. No obstante, lo que más inquietaba a Lynn era la persistente sensación de que Dave era y no era humano al mismo tiempo, e ignoraba cómo enfrentarse a ese sentimiento. Además, no le resultaba más fácil con el paso del tiempo.

---

## EL JUICIO POR EL GEN CANAVAN PONE FIN AL CONFLICTO ÉTICO SOBRE LAS PATENTES GENÉTICAS

**L**a enfermedad de Canavan es una dolencia genética hereditaria y mortal, que afecta a los niños en sus primeros años de vida. En 1987, Dan Greenberg y su esposa descubrieron que su hijo de nueve meses padecía dicha enfermedad. Dado que en esa época no existía ninguna prueba para identificar el gen, los Greenberg tuvieron otro hijo, una niña, a la que también se diagnosticó la enfermedad.

Los Greenberg desearon evitarles el mismo sufrimiento a otras familias, por lo que convencieron a Reuben Matalón, genetista, para que trabajara en la busca de una prueba prenatal que identificara la enfermedad de Canavan. Los Greenberg donaron sus tejidos y los de sus hijos fallecidos, y pusieron todo su ahínco en obtenerlos de otras familias repartidas por todo el mundo

y afectadas por la misma enfermedad. Finalmente, en 1993 se descubrió el gen responsable de la dolencia y por fin las familias de todo el mundo dispusieron de una prueba prenatal gratuita.

Sin embargo, el doctor Matalón patentó el gen sin que los Greenberg lo supieran y empezó a exigir un desembolso generoso a todo el que deseara realizar dicha prueba. Muchas de las familias que habían contribuido con tejidos y dinero al hallazgo del gen se descubrieron incapaces de poder costearse el análisis. En 2003, los Greenberg y otras partes interesadas demandaron a Matalón y al hospital infantil de Miami aduciendo ausencia de consentimiento informado, enriquecimiento inmerecido, ocultación fraudulenta y apropiación indebida de secretos comerciales. La demanda se resolvió fuera de los juzgados y, en consecuencia, la prueba es a la sazón más asequible, aunque todavía ha de pagarse cierta cantidad al hospital infantil de Miami. La ética de los médicos y las instituciones implicadas en este caso sigue siendo tema de acalorado debate.

*Psychology News*

## **LOS ADULTOS HAN DEJADO DE MADURAR**

**Un investigador británico acusa a los profesores universitarios y científicos de formación académica de «pasmosa inmadurez»**

**S**i piensa que los adultos que lo rodean se comportan como niños, lo más probable es que esté en lo cierto. En términos científicos se denomina «neotenia psicológica», la persistencia del comportamiento infantil en la edad adulta. Y va en aumento.

Según el doctor Bruce Charlton, psiquiatra evolutivo de Newcastle upon Tyne, los seres humanos tardan cada vez más en alcanzar la madurez mental y muchos ni siquiera llegan a esta.

Charlton cree que se trata de una consecuencia accidental de la formación académica, que se dilata hasta bien entrada la veintena. «La formación académica requiere una actitud receptiva parecida a la infantil», la cual «obstaculiza la consecución de la madurez psicológica» que por lo general ocurriría al final de la adolescencia o con veintipocos años.

Apunta que «académicos, profesores, científicos y muchos otros profesionales a menudo adolecen de una pasmosa inmadurez». Los considera «impredecibles, con prioridades partidistas y tendentes a la



exageración».

Sociedades humanas anteriores a la nuestra, como la de los cazadores recolectores, eran más estables y, por ende, sus miembros alcanzaban la madurez antes de cumplir los veinte años. No obstante, hoy día, gracias al veloz cambio social y a la menor dependencia de la fuerza física, la madurez suele retrasarse. Asegura que indicadores como la graduación en la universidad, el matrimonio y el primer hijo anteriormente se daban a una edad establecida y sin embargo ahora pueden suceder a lo largo de un período que abarca décadas.

Por tanto, «es importante señalar que, psicológicamente hablando, entre la gente de hoy día hay personas que nunca alcanzan la madurez».

Charlton cree que podría tratarse de una reacción adaptativa. «Una flexibilidad de actitudes, comportamientos y conocimientos infantil» puede resultar útil para conducirse en la creciente inestabilidad del mundo moderno, dice, donde es más probable que la gente cambie de trabajo, tenga que adquirir nuevos conocimientos y se mude a nuevos lugares. Sin embargo, el precio que se ha de pagar a cambio es el de «la incapacidad de mantener la atención durante períodos prolongados, la búsqueda frenética de lo novedoso, los ciclos cada vez más cortos de modas arbitrarias y [...] una frivolidad emocional y espiritual generalizada». Añade que la gente moderna «carece de la profundidad de carácter que parecía más común en el pasado».

—Ellis, ¿qué es ese tubo? —preguntó la señora Levine.

Su hijo sostenía un bote plateado con un pequeño tapón de plástico en el extremo. Se encontraban en el salón de la casa de sus padres, en Scarsdale, y fuera se oía el martilleo de los obreros que estaban en el garaje llevando a cabo las reparaciones pertinentes para dejarla lista para la venta.

—¿Qué hay dentro de ese tubo? —insistió.

—Es un tratamiento genético nuevo, mamá.

—No lo necesito.

—Rejuvenece la piel, la hace más joven.

—Eso no es lo que le has dicho a tu padre —repuso—. Le has dicho que mejoraría su vida sexual.

—Bueno...

—Él te ha metido en esto, ¿verdad?

—No, mamá.

—Escúchame bien, no quiero mejorar mi vida sexual —le aclaró—. Nunca había sido tan feliz como ahora.

—Pero si dormís cada uno en una habitación.

—Porque ronca.

—Mamá, este rociador te ayudará.

—No necesito ayuda.

—Te hará más feliz, te prometo...

—Es que no me escuchas. Ya no lo hacías de pequeño...

—Venga, mamá.

—Y no has mejorado con la edad, ni de adulto.

—Mamá, por favor.

Ellis estaba empezando a enojarse. Además, se suponía que no era él quien debía estar haciendo aquello. Tendría que haberse encargado Aaron, su hermano. Aaron era el preferido de su madre, pero según había dicho tenía una cita en los juzgados, así que le había tocado aguantarla a Ellis.

Se acercó a ella con el bote.

—Aléjate de mí, Ellis.

Siguió acercándose.

—Ellis, soy tu madre.

Lo pisó. Ellis chilló de dolor, pero la cogió por la nuca sin pensárselo dos veces, pegó el bote contra su nariz y lo oprimió. Su madre se retorció intentando zafarse de él.

—¡Ni hablar! ¡Ni hablar!

Sin embargo, lo estaba respirando mientras protestaba.

—¡No, no, no!

Mantuvo el bote apretado contra la nariz de su madre. Mientras ella forcejeaba entre sus brazos, Ellis tuvo la sensación de estar estrangulándola, la sujetaba de la misma forma, y eso lo hizo sentir muy incómodo. Sus dedos se hundían en las carnosas mejillas de su madre mientras la mujer se resistía y gruñía. Ellis notó el olor del maquillaje.

Al final se apartó de ella.

—¿Cómo te atreves? —gritó su madre—. ¿Cómo te atreves?

Y salió corriendo de la estancia, insultándolo.

Ellis se apoyó contra la pared. Estaba asqueado por haberla abordado de esa manera; no obstante intentó convencerse de que tenía que hacerse. Tenía que hacerse, y punto.

Rick Diehl pensó que las cosas no iban bien mientras se retiraba el puré de guisantes de la cara y hacía una pausa para limpiarse las gafas. Eran las cinco de la tarde y hacía calor en la cocina. Los tres niños estaban sentados a la mesa, gritando, pegándose y lanzándose la guarnición de los perritos calientes y la mostaza, que lo había salpicado todo.

En la trona, el bebé se negaba a comer y no hacía más que escupir la papilla. Conchita era la que debería estar dándosela, pero la mujer se había desvanecido esa misma tarde. Desde la desaparición de la esposa de Diehl, Conchita había ido desatendiendo sus obligaciones paulatinamente. Las mujeres siempre se guardaban las espaldas. Así que tal vez tendría que sustituirla. Aunque contratar una nueva persona le supondría una pesadilla y, por descontado, una demanda. Tal vez pudiera negociar un acuerdo antes de llegar a los tribunales.

—¿Lo quieres? ¡Pues ten!

Jason, el mayor, estampó el perrito caliente con bollo incluido en la cara de Sam, que se puso a gritar y a gesticular como si se ahogara. Segundos después ambos rodaban por el suelo.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Dile que pare! Me está ahogando.

—Jason, no ahogues a tu hermano.

Jason no le hizo caso. Rick lo cogió por el cuello de la camiseta y lo apartó de Sam.

—He dicho que no lo ahogues.

—No lo ahogaba. Se lo ha buscado él.

—¿Quieres quedarte sin tele esta noche? ¿Verdad que no? Pues entonces cómete tu perrito caliente y deja en paz a tu hermano.

Rick cogió la cuchara para dar de comer al bebé, pero la niña cerró la boca con tozudez y lo miró fijamente con sus brillantes ojitos redondos y cargados de hostilidad. Rick suspiró. ¿Qué hacía que los niños sentados en la trona se negaran a comer y arrojaran todos sus juguetes al suelo? Tal vez no había sido tan buena idea que su mujer se hubiera ido.

En cuanto al trabajo, las cosas no iban mucho mejor. El tipo que hasta hacía poco se encargaba de la seguridad se había estado tirando a Lisa y, ahora que había salido de la cárcel, no le cabía duda de que estaba volviendo a las andadas. Esa chica tenía

muy mal gusto. Si condenaban a Brad por pedofilia, eso no haría más que reportar mala publicidad a la empresa, pero aun así Rick esperaba que lo condenasen. Además, parecía ser que la cura milagrosa de Josh Winkler mataba a la gente. Josh se la había jugado y había llevado a cabo experimentos no autorizados con humanos por su propia cuenta y riesgo, pero si lo enviaban a prisión, eso también tendría consecuencias negativas para la compañía.

Estaba intentando abrirle la boca a su hija haciendo palanca con la cuchara cuando sonó el teléfono. Las cosas se ponían mucho, pero que mucho peor.

—¡Qué hijo de puta! —Rick Diehl le dio la espalda al panel de cámaras de seguridad—. Esto es inaudito.

En las pantallas, el odiado Brad Gordon iba abriendo puertas con su tarjeta electrónica en dirección a los laboratorios, tocando placas de Petri a diestro y siniestro a medida que avanzaba. Las cámaras habían grabado el metódico paso de Brad por todos los laboratorios del edificio. Rick apretó los puños.

—Entró en el edificio a la una de la madrugada —le informó el guardia eventual de seguridad—. Debía de tener una tarjeta administrativa de la que no sabíamos nada, porque la suya estaba bloqueada. Se pasó por todos los almacenes y contaminó hasta el último cultivo de la línea celular Burnet.

—¡Menudo gilipollas! Pero no hay que preocuparse, contamos con bioalmacenes externos en San José, Londres y Singapur.

—De hecho, esas muestras se retiraron ayer —lo corrigió el empleado de seguridad—. Alguien con la autorización pertinente recogió las líneas celulares y se fue. Transmisión electrónica de códigos segura.

—¿Quién lo autorizó?

—Usted. Procedía de su cuenta.

—Por Dios. —Dio media vuelta—. ¿Cómo ha podido ocurrir?

—Lo estamos investigando.

—Pero todavía nos quedarán otros sitios donde la línea celular...

—Por desgracia, parece ser que...

—Bueno, pues entonces tendremos clientes que estén utilizando...

—Me temo que no.

—¿Qué me está diciendo? —exclamó Rick, al borde de un ataque de nervios—. ¿Me está diciendo que nos hemos quedado sin un puto cultivo Burnet? ¿En el mundo entero, joder? ¿Ni uno?

—Por lo que sé, sí.

—Esto es un puto desastre.

—Eso parece.

—¡Podría ser el fin de mi empresa! Esas células eran nuestra red de seguridad. Le

pagamos una fortuna a la UCLA por ellas y ahora usted me dice que ¡han desaparecido! —Rick frunció el ceño, enojado, al empezar a atar cabos—. Esto es un ataque coordinado y organizado contra mi empresa. Tenían gente en Londres y en Singapur, lo tenían todo preparado.

—Sí, eso creemos.

—Para destruir mi compañía.

—Posiblemente.

—Tengo que recuperar esas líneas celulares. Ya.

—Nadie dispone de células. Salvo Frank Burnet, claro.

—Entonces traigamos a Burnet.

—Por desgracia, parece ser que el señor Burnet también ha desaparecido de la faz de la Tierra. No podemos localizarlo.

—¡Genial! —exclamó Rick—. Esto es genial. —Se volvió hacia su ayudante—. ¡Llame a los putos abogados y tráigame a la puta UCLA! ¡Los quiero aquí a todos esta tarde a las ocho en punto! —le vociferó.

—No sé si...

—¡Hágalo!

Gail Bond había caído en la rutina. Pasaba la noche con Yoshi y luego volvía a casa a las seis de la mañana para despertar a Evan, darle el desayuno y despedirlo cuando se iba al colegio. Una mañana, nada más abrir la puerta supo que a Gerard le había pasado algo. La jaula estaba destapada en el pasillo y la percha, vacía. Gail soltó un taco y fue derecha al dormitorio, donde Richard todavía dormía. Lo zarandeo para despertarlo.

—Richard. ¿Dónde está Gerard?

Richard bostezó.

¿Qué?

—Gerard. Que dónde está Gerard.

—Me temo que ha ocurrido un accidente.

—¿Qué accidente? ¿Qué has hecho?

—Estaban limpiando la jaula en la cocina y la ventana estaba abierta. Salió volando.

—Es imposible, tiene las alas recortadas.

—Ya lo sé —contestó Richard, sin poder reprimir un nuevo bostezo.

—No salió volando.

—Lo único que sé es que oí chillar a Nadezhda y que cuando llegué a la cocina estaba señalando la ventana. Me asomé y vi que el pajarraco agitaba las alas desesperado mientras caía al suelo. Por descontado, bajé corriendo a la calle, pero ya no estaba.

El hijo de puta intentaba reprimir una sonrisa.

—Richard, esto es muy serio, se trata de un animal transgénico. Si escapa podría transmitir sus genes a otros loros.

—Ya te lo he dicho, ha sido un accidente.

—¿Dónde está Nadezhda?

—Ahora viene solo por la tarde. Pensé que así reduciríamos gastos.

—¿Tiene móvil?

—La contrataste tú, cielo.

—No me llames cielo. No sé qué has hecho con ese loro gris, pero esto no es cosa de broma, Richard.

—Qué quieres que te diga —contestó, encogiéndose de hombros.

Por descontado, eso arruinaba todos sus planes. Tenían pensado publicar en línea el mes siguiente y eran conscientes de que investigadores de todo el mundo pondrían el grito en el cielo proclamando que mentían. Dirían que no se trataba más que de otro fenómeno de Hans el Listo, pura mímica. Y Dios sabe qué más. Todo el mundo querría ver el pájaro y el pájaro había desaparecido.

—Mataría a Richard —comentó con Maurice, el jefe del laboratorio.

—Y yo contrataré al mejor «abobado» para tu defensa —contestó él, sin sonreír—. ¿Crees que sabe dónde está el pájaro?

—Seguramente, pero no me lo va a decir. Odiaba a Gerard.

—Tienes un problema de custodia por un pájaro.

—Hablaré con Nadezhda, pero lo más probable es que le haya pagado y la haya despachado.

—¿El pájaro sabía tu nombre o el del laboratorio? ¿Algún número de teléfono?

—No, pero memorizó los tonos de marcado de mi móvil. Solía cantarlos como una secuencia de sonidos.

—Entonces puede que te llame algún día.

Gail suspiró.

—Tal vez.



Alex Burnet se encontraba en medio del juicio más complicado de su carrera, un caso de violación en que se juzgaba la agresión sexual sufrida por un niño de dos años en Malibú. El acusado, Mick Crowley, era un joven periodista de treinta años, un columnista político afincado en Washington, que, estando de visita en casa de su cuñada, sintió el impulso irreprimible de practicar sexo anal con el hijo pequeño de esta, que todavía llevaba pañales. Crowley, acaudalado y desaprovechado licenciado de Yale, heredero de una fortuna farmacéutica, había contratado al famoso abogado de la capital Abe Ganzler («¿Dónde están las pruebas?») para su defensa.

Al final resultó que la afición de Crowley por los fetiches sexuales era ampliamente conocida en Washington, pero Ganzler —tal como tenía por costumbre— realizó una enérgica campaña en la prensa meses antes del juicio en la que se calificaba insistentemente a Alex y a la madre del niño de «fantasiosas feministas fundamentalistas» cuya «enferma y retorcida imaginación» había dado pie a todo ese asunto, a pesar de la existencia del examen médico bien documentado que se le había practicado al niño. Pese al diminuto pene de Crowley, el recto de la criatura había sufrido desgarros importantes.

Se encontraban en medio de la frenética preparación para el tercer día del juicio cuando Amy, la ayudante de Alex, le informó por el intercomunicador de que tenía a su padre al teléfono. Alex descolgó el auricular.

—Estoy bastante ocupada, papá.

—No te molestaré mucho. Me voy fuera un par de semanas.

—Muy bien, de acuerdo.

Uno de los abogados entró y descargó la última edición de los periódicos encima de la mesa. El *Star* publicaba imágenes del niño violado y del hospital de Malibú, y fotografías nada favorecedoras de Alex y la madre del niño entrecerrando los ojos para protegerse del sol.

—¿A dónde vas, papá?

—Todavía no lo sé, pero necesito estar un tiempo a solas —contestó—. Puede que el móvil no funcione, así que ya te enviaré una nota cuando llegue. Y una caja con cosas... Por si las necesitas.

—Muy bien, papá, que te lo pases bien.

Iba hojeando las páginas del *L. A. Times* mientras hablaba con él. Hacía años que

ese periódico batallaba por el derecho al acceso y publicación de toda la documentación judicial, ya fuera preliminar, privada o especulativa. Los jueces de California eran sumamente reacios a vetar el acceso a documentos en los que incluso aparecía la dirección de mujeres acosadas o los detalles anatómicos de niños que habían sido violados. Por otro lado, también había abogados que aprovechaban la política de *The Times* para presentar graves e infundadas alegaciones preliminares sabiendo que el diario las publicaría. Y las publicaba siempre, valiéndose del derecho a la información. Sí, estaba claro que la gente tenía que saber la profundidad exacta del desgarró que había sufrido el pobre niño...

—¿Cómo lo llevas por ahora? —preguntó su padre.

—Bien, papá, no te preocupes.

—¿No te estarán molestando?

—No. Estoy esperando ayuda de las organizaciones de protección al menor, pero por ahora no se pronuncian y eso es muy extraño.

—Estoy seguro de que todavía te sorprende —repuso él—. Esa rata tiene contactos políticos, ¿no? Menudo picha corta. Tengo que dejarte, Lexie.

—Adiós, papá.

Colgó el teléfono. Ese día tenían que entregarle los resultados de las pruebas de ADN, pero no habían llegado todavía. Apenas habían podido obtener muestras para realizar los análisis y le preocupaba lo que estos pudieran revelar.

Las luces fueron atenuándose poco a poco en la lujosa sala de presentaciones de Selat, Anney, Koss Ltd., la prestigiosa agencia de publicidad londinense. En la pantalla apareció un centro comercial estadounidense y la imagen borrosa de unos coches circulando a toda velocidad junto a un lamentable batiburrillo de señales. Gavin Koss sabía por experiencia que esa imagen era una magnífica estrategia para congeniar con la audiencia de forma inmediata. Cualquier crítica hacia Estados Unidos era un éxito asegurado.

—El mercado estadounidense invierte en publicidad más que cualquier otro país del mundo —anunció Koss—. Claro que, qué otra opción les queda teniendo en cuenta la calidad de sus productos...

Las risitas disimuladas circularon por la sala a oscuras.

—Y la inteligencia del público estadounidense...

Risas contenidas, ahogadas.

—Como uno de nuestros columnistas ha puesto de manifiesto recientemente, la gran mayoría de los estadounidenses no se encontrarían el trasero ni con ambas manos.

Estentóreas carcajadas. Estaba empezando a ganárselos.

—Gente tosca y sin cultura que no hace más que darse palmaditas en la espalda sin dejar de endeudarse cada vez más. —Creyó que con eso era suficiente, por lo que cambió de tono—. No obstante, me gustaría que detuvieran su atención en la ingente cantidad de mensajes publicitarios, como los que ven aquí, distribuidos a lo largo de la carretera. Del mismo modo, no debemos olvidar que todos los vehículos que circulan por allí llevan la radio encendida, con la consiguiente emisión de otros tantos mensajes publicitarios. A decir verdad, se calcula que los estadounidenses escuchan unos tres mil mensajes diarios... O, lo que es más probable: no los escuchan. Los psicólogos han determinado que la ingente cantidad de mensajes crea una especie de anestesia que, con el tiempo, acaba arraigando. En un entorno mediático saturado, los mensajes pierden impacto.

En la pantalla apareció Times Square de noche, luego Shinjuku, en Tokio, y a continuación Piccadilly, en Londres.

—Hoy día la saturación se ha extendido a todas partes. Encontramos mensajes gigantescos, entre los que se incluyen vídeos en pantalla gigante, en plazas públicas,

a lo largo de las autopistas, en las estaciones de metro y tren... Colocamos vídeos en los puntos de venta, en los lavabos, en las salas de espera, en bares y restaurantes, en las salas de embarque y una vez ya subidos al avión.

»Es más, hemos conquistado el espacio personal. Los logotipos, las marcas y los lemas asoman en objetos cotidianos, desde cuchillos y vajillas hasta ordenadores. Aparecen en nuestras posesiones. Los consumidores llevan logos en la ropa, en los bolsos, en el calzado, en las joyas. De hecho, es extraño que una persona se deje ver en público sin ellos. Si hace treinta años alguien hubiera predicho que todos nos convertiríamos en hombres anuncio que deambulan por ahí haciendo publicidad, la idea habría sonado a alucinación. Sin embargo, ha sucedido.

»El resultado es una superabundancia imaginista, un agotamiento sensorial y una disminución del impacto. ¿Qué podemos hacer al respecto? ¿Cómo podemos avanzar en la nueva era de la tecnología? Puede que la respuesta suene a herejía, pero es la siguiente.

En la pantalla apareció una imagen de naturaleza drásticamente distinta: una selva. Árboles gigantescos se alzaban hacia el cielo cubriendo el suelo de sombras. A continuación el pico nevado de una montaña. Una isla tropical, una media luna de arena, agua cristalina, palmeras. Y al final, un arrecife submarino con peces nadando entre el coral y las esponjas.

—La naturaleza está por completo desprovista de publicidad —anunció Koss—. La naturaleza está sin conquistar, sin colonizar por el mercado. Sigue virgen.

—¿Y no se trata de eso? —preguntó alguien desde la oscuridad.

—La opinión generalizada así lo sostiene, en efecto. No obstante, la opinión generalizada siempre sufre un desfase, ya que el mundo ha avanzado durante el tiempo que esta ha necesitado para convertirse en generalizada, en algo sobre lo que todo el mundo está de acuerdo. La opinión generalizada es una reliquia del pasado. Como en este caso.

De repente empezaron a aparecer marcas en la imagen del arrecife que se proyectaba en la pantalla. Las ramificaciones de coral tenían letras en las que se leía: «BP es energía limpia». Un banco de pececillos serpenteaba entre ellas mientras la palabra «Vodafone, Vodafone» parpadeaba en sus lomos. Un sigiloso tiburón con Cadbury curvándose en el morro. Un pez globo con Lloyds TSB Group en letras negras nadaba sobre enrevesadas madréporas con la marca Scottish Power en color naranja dibujada a lo largo de los arrecifes. Y, para terminar, una morena asomó la cabeza por un agujero. En el dibujo verdoso de su piel se perfilaba Marks & Spencer.

—Piensen en las posibilidades —los animó Koss.

Los asistentes se habían quedado sin habla... tal como él esperaba. Insistió en el mismo argumento.

En la pantalla se proyectaba un desierto de agujas de roca roja alzándose hacia un cielo azul surcado de nubes. Al cabo de un momento, las nubes se fundieron en un nubarrón mayor y difuso que pendía sobre el paisaje y decía: «BP es energía limpia».

—Esas palabras tienen doscientos setenta y cinco metros de alto y se suspenden a unos cuatrocientos metros por encima de la superficie. Se ven claramente a simple vista y se pueden fotografiar sin problemas. Con la puesta de sol son todo un espectáculo. —La imagen volvió a cambiar—. Ahí lo tienen, así se ven al atardecer: las letras cambian de blanco a añil oscuro pasando por el rosa y el rojo; de ese modo conservan la cualidad y la sensación de elemento natural dentro de un paisaje natural.

Volvió a la imagen anterior de la nube a la luz del día.

—Estas letras se crean a partir de la unión de nanopartículas y la bacteria *Clostridium perfringens* modificada genéticamente. La imagen es, en efecto, un nanoenjambre que será visible en el aire durante un período de tiempo variable, dependiendo de las condiciones atmosféricas, como cualquier otra nube. Podría aguantar apenas unos minutos y otras veces durar toda una hora. Podría aparecer en múltiples...

En la pantalla, las esponjosas nubes formaron el lema de BP, repetido hasta el infinito en todas ellas, mientras se alejaban hacia el horizonte.

—Creo que todo el mundo estará de acuerdo en el impacto que supone este nuevo medio: el medio natural.

El esperado aplauso espontáneo animado por el espectacular pase de diapositivas no llegó, la sala había quedado en absoluto silencio a pesar de que a esas alturas ya tendrían que estar experimentando algún tipo de reacción. Un anuncio colgado en el cielo que se repetía hasta el infinito por fuerza tenía que suscitar su interés.

—Con todo, estas nubes son un caso especial.

Regresó a la imagen submarina, a los peces nadando en el arrecife coralino.

—En este caso, los anunciantes son las propias criaturas vivientes gracias a la modificación genética directa de cada especie. Lo llamamos publicidad genómica. La capacidad de reacción es de suma importancia si queremos hacernos con este nuevo medio, pues solo existe un número limitado de peces de arrecife que suelen verse en aguas visitadas por los turistas. Unos peces son más luminosos que otros, hay algunos sin demasiado atractivo... Así que debemos escoger los que mejor se adapten a nuestras necesidades. Además, las modificaciones genéticas requerirán la patente de la fauna marina en cada caso. Por consiguiente, patentaremos el pez payaso Cadbury, el coral British Petroleum, la morena Marks & Spencer, el pez ángel Royal Bank of Scotland y, deslizándose con majestuosidad por encima de todos, la manta raya British Airways. —Koss se aclaró la garganta—. La capacidad de reacción es importante, dado que nos encontramos en una situación de competitividad. Debemos

adelantarnos para que nuestro pez payaso Cadbury deambule por sus aguas antes que Hershey's o McDonald's lo patenten. Y necesitamos una criatura resistente, pues en el medio natural el pez payaso Cadbury habrá de competir con los demás peces payaso normales y corrientes y, esperemos, imponerse a ellos. Cuantos mayores resultados reporte nuestro pez patentado, con mayor frecuencia se verá nuestro anuncio y mayores garantías obtendremos de la extinción de los peces originales sin mensaje. ¡Entramos en la era de la publicidad darwinista! ¡La supervivencia del mejor anuncio!

Alguien del público carraspeó.

—Gavin, disculpa, pero esto parece una pesadilla medioambiental —comentó alguien—. ¿Peces con marcas? ¿Lemas en las nubes? ¿Qué es lo siguiente? ¿Rinocerontes en África con el logotipo de Land Rover? Si empiezas a poner publicidad en las especies animales, no habrá ecologista en el mundo que no se te eche encima.

—De hecho, te equivocas —repuso Koss— porque no estamos proponiendo que las empresas les pongan marcas a las especies, sino que las empresas las patrocinen, como si se tratase de un servicio público. —Hizo una pausa—. Piensa cuántas exposiciones en museos, compañías de teatro y orquestas sinfónicas dependen totalmente del patrocinio empresarial. Hoy día hasta hay tramos de autopista patrocinados. ¿Por qué no debería encaminarse el mismo espíritu filantrópico hacia la naturaleza, la cual, además, se beneficiaría mucho más que nuestras carreteras? Las especies en peligro de extinción podrían obtener un patrocinio muy favorecedor. Las empresas pueden jugarse su reputación tratando de abogar por la supervivencia de ciertas especies animales igual que lo hicieron en su día con la calidad de aburridos programas de televisión. Y lo mismo ocurre con otros animales que no estén en peligro. Será porque no hay peces en el mar. Estamos hablando de una era de maravillosa filantropía empresarial... a escala global.

—¿Algo así como el rinoceronte negro, patrocinado por Land Rover? ¿El jaguar, patrocinado por Jaguar?

—Yo no lo expondría así, tan directo, pero, sí, eso es lo que proponemos. El caso es que nos encontramos ante una de esas situaciones en que todos salen ganando —aseguró Koss—. Gana el medio ambiente, ganan las empresas y gana la publicidad.

Gavin Koss había realizado cientos de presentaciones a lo largo de su carrera y su olfato para saber qué pensaba el público nunca le había fallado. Por fin sentía que ese grupo empezaba a tomarlo en serio. Había llegado el momento de encender las luces y pasar al turno de ruegos y preguntas.

Miró las filas de rostros incrédulos.

—Sé que mis ideas son radicales —admitió—, pero el mundo cambia a marchas forzadas y alguien va a hacerlo. La colonización de la naturaleza ocurrirá tarde o temprano, la cuestión es: ¿quién la llevará a cabo? Les animo a considerar esta oportunidad con la mayor atención y que luego decidan si desean tomar parte.

Al fondo, Garth Baker, director de Midlands Media Associates Ltd., se levantó.

—Es una idea novedosa, Gail, pero con cierta seguridad debo decir que no funcionará —comunicó.

—Ah, ¿y por qué?

—Porque alguien se ha adelantado.

No había luna y todo estaba en silencio salvo por la resaca del oleaje en la oscuridad y el aullido del viento impregnado de humedad. La playa de Tortuguero se extendía a lo largo de más de un kilómetro y medio de la agreste costa atlántica de Costa Rica, pero esa noche no era más que un tramo oscuro que se fundía con un cielo negro y estrellado. Julio Manarez se detuvo a la espera de que su vista se acostumbrara a la oscuridad. Con un poco de paciencia, tendría suficiente con la luz de las estrellas.

Al cabo de escasos minutos empezó a distinguir los troncos de las palmeras y los restos de madera arrastrados por la marea esparcidos sobre la oscura arena y las plantas achaparradas azotadas por el viento del océano. Apenas veía más allá de las crestas blancas de las agitadas aguas. Sabía que el océano estaba plagado de tiburones. Ese tramo de la costa atlántica era desolado e inhóspito.

Vio a Manuel en la playa, a unos cuatrocientos metros de donde estaba, una figura oscura agachada entre los mangles, a resguardo del viento. No había nadie más en la arena.

Julio se dirigió hacia él y pasó junto a los profundos hoyos excavados por las tortugas en días anteriores. Esa playa era una de las zonas de puesta de las tortugas laúd, que emergen del océano en la oscuridad para poner los huevos. Empleaban casi toda la noche en el proceso, momento en que las tortugas eran más vulnerables. Tiempo atrás el peligro lo constituían los cazadores furtivos y hoy día, en su mayoría, los jaguares que deambulaban por la playa, negros como la misma noche. En calidad de recientemente nombrado responsable de la zona protegida, Julio sabía muy bien que las tortugas morían en la playa semana tras semana a lo largo de toda la costa.

Sin embargo, los turistas ayudaban a prevenir esta situación. Si había turistas caminando por la playa, los jaguares se mantenían alejados. No obstante, los felinos solían presentarse pasada la medianoche, cuando los turistas ya habían regresado a sus hoteles.

Cabía imaginar una presión evolutiva selectiva que diera como resultado algún tipo de defensa contra el jaguar. Durante el posgrado que cursó en San Juan, solía bromear al respecto con otros alumnos. ¿Eran los turistas agentes evolutivos? Los turistas poseían la capacidad de transformar un país, ¿por qué no su flora y su fauna? Si la tortuga dispusiera de alguna cualidad —tolerancia a la luz de las linternas o la capacidad para emitir lastimeros y afligidos sonidos maternales—, si poseyera algo



que atrajese a los turistas y los mantuviese rondando toda la noche a su alrededor, entonces esa tortuga contaría con más posibilidades de supervivencia, al igual que sus huevos y su descendencia.

Supervivencia diferencial como resultado del atractivo turístico. Era la broma típica de la facultad pese a que, por descontado, en teoría era posible. Además, si lo que Manuel decía era cierto...

Manuel lo vio y lo saludó con la mano. Se irguió al ver que Julio se acercaba.

—Por aquí —dijo, y se dirigió hacia la playa.

—¿Has encontrado más de una, Julio?

—Solo una. De las que le hablé.

—Muy bien.<sup>[2]</sup>

Recorrieron la playa en silencio, pero apenas habían avanzado —tal vez habían recorrido unos cien metros—, cuando Julio atisbo el débil parpadeo del resplandor morado cerca de la arena.

—¿Es eso?

—Eso es —confirmó Manuel.

Se trataba de una hembra de unos cien kilos y poco menos de un metro y medio de largo. Tenía las características placas del caparazón de más o menos el tamaño de su mano. Pardusca con vetas negras. Estaba medio enterrada en la arena, excavando un hoyo tras de sí con las aletas.

Julio se colocó junto a la tortuga y la estudió con detenimiento.

—Empieza y se detiene —dijo Manuel.

Y luego volvía a empezar. Un resplandor morado que parecía proceder del interior de cada una de las placas del caparazón. Algunas no brillaban y estaban oscuras. Otras solo lo hacían de vez en cuando y aun otras resplandecían siempre. El pulso parecía durar un segundo, se intensificaba rápidamente y se desvanecía despacio.

—¿Cuántas tortugas de este tipo dices que has visto? —preguntó Julio.

—Esta es la tercera.

—¿Y la luz mantiene alejados a los jaguares? —insistió, sin apartar la mirada del suave parpadeo.

La peculiaridad del resplandor le transmitía una extraña sensación de familiaridad, se parecía al de la luciérnaga o una bacteria del agua, a algo que ya había visto antes.

—Sí, los jaguares se mantienen a distancia.

—Un momento, ¿qué es eso? —preguntó Julio, señalando el caparazón donde apareció un dibujo creado por la combinación de placas iluminadas y oscuras.

—Solo ocurre a veces.

—Pero ¿lo has visto?

—Sí, lo he visto.

—Parece un hexágono.

—No sé...

—Aunque se parece más a un símbolo, ¿no crees? ¿Podría ser de una empresa?

—Tal vez, sí. Es posible.

—¿Y las otras tortugas? ¿También tienen este dibujo?

—No, todas son diferentes.

—Entonces, ¿crees que podría ser una combinación al azar que por casualidad se parece a un hexágono?

—Sí. Julio, creo que sí, porque como ves la imagen del caparazón no es del todo definida, no es simétrica.

La imagen fue desvaneciéndose. La tortuga se había apagado.

—¿Te importa fotografiar el dibujo?

—Ya lo he hecho. Está tomada con exposición dilatada, sin flash, por eso está un poco borrosa, pero sí, ya la tengo.

—Bien, porque se trata de un cambio genético. Echémosle un vistazo al libro de visitas y veamos quién ha podido hacer esto.

—Josh.

Era su madre, al teléfono.

—Sí, mamá.

—Pensé que deberías saberlo. ¿Recuerdas al hijo de Lois Graham, Eric, que estaba enganchado a la heroína? Ha ocurrido una tragedia. Ha muerto.

Josh exhaló un prolongado suspiro. Se reclinó en la silla y cerró los ojos.

—¿Cómo?

—En un accidente de coche, pero al hacerle la autopsia o lo que sea descubrieron que había sufrido un ataque al corazón. Tenía veintiún años, Josh.

—¿Le venía de familia? ¿Algo de tipo congénito?

—No. El padre de Eric vive en Suiza, tiene sesenta y cuatro años y todavía escala montañas. Y Lois está bien, aunque destrozada, claro. Todos estamos destrozados.

Josh no dijo nada.

—Las cosas le iban bien a Eric. Había dejado las drogas, tenía un trabajo nuevo y había solicitado la readmisión en la escuela para el otoño. Aunque... Bueno, lo único es que estaba quedándose calvo. La gente pensaba que le estaban dando quimio. Había perdido mucho pelo y caminaba encorvado. ¿Josh? ¿Sigues ahí?

—Estoy aquí.

—Lo vi la semana pasada y parecía un anciano.

Josh no respondió.

—La familia lo está velando. Deberías ir.

—Lo intentaré.

—Josh, tu hermano también parece mayor.

—Lo sé.

—He intentado decirle que le pasa lo que a su padre, para animarlo, pero es que Adam parece muy viejo.

—Lo sé.

—¿Qué está pasando? —preguntó—. ¿Qué le has hecho?

—¿Que qué le he hecho?

—Sí, Josh. Le has dado a esa gente un gen o lo que fuera que llevaras en ese aerosol y se están haciendo viejos.

—Mamá, Adam se lo hizo él solito. Lo inhaló porque creyó que se colocaría. Ni

siquiera estaba con él cuando lo hizo. Además, fuiste tú quien me pidió que se lo diera al hijo de Lois Graham.

—¿Cómo puedes decir una cosa así?

—Pero si fuiste tú quien me llamó.

—Josh, no digas tonterías. ¿Por qué iba a llamarte? ¿Qué voy a saber yo de tu trabajo? Tú me llamaste... y me preguntaste dónde vivía Eric. Y me pediste que no se lo dijera a su madre. Eso es lo que yo recuerdo.

Josh no contestó. Hizo presión sobre los ojos cerrados con la punta de los dedos hasta que vio lucecitas. Quería huir. Quería abandonar esa oficina y la compañía. Quería que nada de eso hubiera sucedido.

—Mamá, estamos hablando de algo muy serio —dijo al fin. Se le acababa de ocurrir que podrían enviarlo a la cárcel.

—Ya sé que es muy serio. Estoy asustada, Josh. ¿Qué va a pasar? ¿Voy a perder a mi hijo?

—No lo sé, mamá. Espero que no.

—He llamado a los Levine de Scarsdale y creo que hay una esperanza —comentó su madre—. Ya son viejos, los dos pasan de los sesenta y a mí me pareció que estaban bien. Helen me aseguró que nunca se había sentido mejor y George se ha aficionado al golf.

—Eso está muy bien.

—Así que tal vez estén bien.

—Eso creo.

—Entonces puede que Adam también lo esté.

—De verdad, espero que así sea, mamá, créeme.

Josh colgó el teléfono. Por descontado que los Levine estaban bien. Lo que les había enviado en los tubos era solución salina, no el gen. No iba a enviar sus genes experimentales a una gente de Nueva York que ni siquiera conocía.

Si eso daba esperanzas a su madre, pues perfecto. Dejaría el asunto tal como estaba porque en ese momento Josh no albergaba demasiadas esperanzas. Al menos no para su hermano. Y, por consiguiente, tampoco para él.

Tendría que decírselo a Rick Diehl, pero no por ahora. Todavía no.

El marido de Gail Bond, Richard, asesor de inversiones, solía trabajar hasta tarde acompañando a clientes importantes, y ninguno lo era tanto como el estadounidense con el que se sentaba a la mesa en esos momentos: Barton Williams, el famoso inversor de Cleveland.

—¿Quiere sorprender a su mujer, Barton? —preguntó Richard Bond—, porque creo que tengo lo que necesita.

Encorvado sobre la mesa, Williams lo miró sin molestarse siquiera en fingir interés. Barton Williams tenía setenta y cinco años y se parecía mucho a un sapo: rostro de mejillas caídas de grandes poros, nariz chata y carnosas y ojos saltones. Además, esa costumbre que tenía de descansar los brazos encima de la mesa y posar la barbilla sobre los dedos aún lo asemejaba más a un batracio. En realidad, lo que estaba descansando era un cuello artrítico, ya que abominaba los aparatos correctores porque creía que lo hacían parecer viejo.

Por lo que a Richard Bond concernía, ya podía tumbarse encima de la mesa cuanto largo era. Williams era lo bastante mayor y lo bastante rico para hacer lo que le apeteciera, y lo que siempre le apetecía y le había apetecido toda su vida eran las mujeres. A pesar de la edad y el físico, seguía manteniendo más que frecuentes relaciones sexuales a cualquier hora del día. Richard se había encargado de que varias mujeres se dejaran caer por allí al final de la velada: miembros femeninos de su personal con la excusa de ir a llevarle papeleo, viejas amigas que se acercaban a saludarlo para que se lo presentaran y otras comensales, admiradoras del gran inversor, tan emocionadas que tenían que acercarse para conocerlo.

Nada conseguiría engatusar a Barton Williams, pero al menos lo divertía; y siempre esperaba que sus socios se tomaran alguna que otra molestia por él. Cuando se vale diez mil millones de dólares, la gente se esfuerza por tenerlo a uno contento. Así funcionaba. Lo consideraba un tributo.

Con todo, si en esos momentos había algo que Barton Williams deseaba por encima de cualquier otra cosa era aplacar a su esposa, con la que llevaba casado cuarenta años. Por razones inexplicables, la sexagenaria Evelyn de repente se sentía insatisfecha con su matrimonio y deploraba las interminables escapadas de Barton, como ella las llamaba.

Un regalo ayudaría.

—Pero será mejor que sea muy bueno —le advirtió Barton—. Está acostumbrada a todo: villas en Francia, yates en Cerdeña, joyas de Winston, chefs traídos expresamente de Roma para el cumpleaños de su chuchito... Ese es el problema, que ya no hay nada que pueda comprarle. Tiene sesenta años y se ha hartado.

—Le prometo que este regalo es único en el mundo —aseguró Richard—. A su mujer le gustan los animales, ¿verdad?

—Ha montado un maldito zoo en nuestra propia casa.

—¿Y cuida aves?

—Por Dios, debe de tener cientos. El condenado jardín de invierno está lleno de pichones que no callan ni a sol ni a sombra. Los cría.

—¿Y loros?

—De todo tipo. No habla ninguno, gracias a Dios. Nunca ha tenido mucha suerte con los loros.

—Pues su suerte está a punto de cambiar.

Barton exhaló un suspiro.

—No necesita otro maldito pajarraco.

—Este sí —repuso Richard—, no existe otro igual en el mundo entero.

—Salgo a las seis de la mañana —rezongó Barton.

—Lo estaré esperando en el avión —le aseguró Richard.

Rob Bellarmino sonrió de modo tranquilizador.

—No hagáis caso de las cámaras —aconsejó a los jóvenes.

Habían desplegado todo el equipo en la biblioteca del instituto George Washington de Silver Spring, en Maryland. Tres semicírculos de sillas alrededor de una central, donde el doctor Bellarmino se sentaba para charlar con los estudiantes sobre cuestiones éticas relacionadas con el campo de la genética.

La gente de la televisión tenía tres cámaras en funcionamiento, una al fondo de la sala, otra a uno de los lados, cerca de Bellarmino, y otra dirigida hacia los jóvenes para grabar sus rostros fascinados mientras oían hablar sobre la vida y milagros de un genetista en funciones de los NIH. Según el productor del programa, era importante difundir la interacción de Bellarmino con la comunidad, algo con lo que Bellarmino comulgaba. Los jóvenes habían sido escogidos por destacar en los estudios y por sus conocimientos de la materia.

Pensó que sería divertido.

Charló unos minutos sobre su formación y a continuación se abrió el turno de preguntas. Se tomó su tiempo para contestar la primera.

—Doctor Bellarmino, ¿cuál es su opinión acerca de la mujer de Texas que clonó a su gato muerto? —preguntó una jovencita asiática.

Lo que de verdad pensaba Bellarmino sobre el asunto del gato muerto no podía responderlo. Lo consideraba una señora majadería que banalizaba el trabajo verdaderamente trascendental que él y otros como él estaban llevando a cabo.

—Es evidente que nos hallamos ante una situación muy difícil donde se implican los sentimientos —contestó Bellarmino con diplomacia—. Todos los cogemos cariño a nuestras mascotas, pero... —Vaciló—. El trabajo lo realizó una compañía californiana llamada Genetic Savings and Clone y, según publicaron, el coste ascendió a cincuenta mil dólares.

—¿Cree que es ético clonar una mascota? —insistió la joven.

—Como sabéis, hasta la fecha se han clonado muchos animales, entre los que se incluyen ovejas, ratones, perros y gatos, de modo que ha pasado a ser bastante corriente... Una de las mayores preocupaciones en estos casos es la reducida esperanza de vida del animal clonado en comparación con la del original.

—¿Es ético pagar cincuenta mil dólares para clonar una mascota cuando hay tanta

gente que muere de hambre en el mundo? —preguntó otro estudiante.

Bellarmino rezongó para sus adentros. Tenía que cambiar de tema.

—No me entusiasma esa forma de proceder, pero no me atrevería a tacharla de poco ética —contestó.

—¿No podría considerársela poco ética ya que crea un clima de normalidad que podría desembocar en la clonación de un ser humano?

—No creo que clonar una mascota tenga efecto alguno sobre las cuestiones relacionadas con la clonación humana.

—¿Sería ético clonar un ser humano?

—Por fortuna todavía queda mucho camino que recorrer hasta tener que enfrentarnos a esa cuestión —respondió—. A mucha gente le preocupan los alimentos modificados genéticamente, la terapia génica y las células madre, todas ellas cuestiones muy reales. ¿Alguno de vosotros comparte esas preocupaciones? —Un joven levantó la mano al fondo—. ¿Sí?

—¿Cree que es posible clonar un ser humano? —preguntó.

—Sí, creo que es posible. No ahora, pero sí en un futuro.

—¿Cuándo?

—No quisiera aventurarme a conjeturar una fecha. ¿Alguna otra pregunta sobre otro tema? —Una nueva mano—. ¿Sí?

—En su opinión, ¿la clonación humana es inmoral?

Una vez más, Bellarmino vaciló. Era muy consciente de que la respuesta iba a ser emitida por televisión y que no tendría poder alguno sobre cómo iba la cadena a montar su intervención. Seguramente harían todo lo que estuviera en sus manos para dejarlo lo peor posible porque los periodistas albergaban mal disimulados prejuicios hacia las personas de fe. Además, sus palabras también tenían peso profesional porque dirigía una división de los NIH.

—Es probable que hayáis oído hablar largo y tendido de la clonación y que la mayor parte sea mentira. Como científico debo admitir que no considero que haya nada inherentemente inadecuado en la clonación. No supone ningún problema moral dado que no deja de ser un procedimiento genético más que, como ya he mencionado, se ha llevado a cabo anteriormente con varios animales. Sin embargo, también es cierto que el procedimiento de la clonación conlleva un alto índice de fracasos. Muchos animales mueren antes de clonar uno con éxito y es evidente que esto sería inadmisibles con los seres humanos. Por tanto, considero que la clonación no es un problema por el momento.

—¿No es la clonación como jugar a ser Dios?

—Personalmente no plantearía la cuestión de ese modo —respondió—. Si Dios ha creado el mundo y al ser humano, de ahí se deduce que también Dios ha puesto la modificación genética a nuestro alcance. Es obra de Dios, no del hombre y, como



siempre, depende de nosotros utilizar con sentido común lo que Dios nos ha concedido.

Después de sus palabras se sintió mejor. Era una de sus típicas respuestas de manual.

—Entonces, ¿la clonación es un uso sensato de lo que Dios nos ha concedido?

En contra de lo que le dictaba el buen juicio, se secó la frente con la manga de la chaqueta. Esperaba que no utilizaran ese.

—Hay gente que cree conocer los propósitos de Dios —respondió—, pero no soy uno de ellos. Creo que nadie puede saberlo, salvo Dios. Pienso que todo el que dice conocer los propósitos de Dios demuestra un ego desmedido típico de los humanos.

Deseaba echarle un vistazo a la hora, pero no lo hizo. Los jóvenes parecían jocosos, no fascinados, como había esperado.

—Disponemos de un amplio abanico de cuestiones genéticas —intentó avanzar—. Pasemos a otro asunto.

—Doctor Bellarmino, me gustaría preguntarle acerca del trastorno antisocial de la personalidad —intervino un alumno—. He leído que existe un gen que se asocia a la violencia y a la delincuencia, al comportamiento sociopático...

—Sí, es cierto. Alrededor del 2 por ciento de la población mundial posee ese gen.

—¿Qué me dice de Nueva Zelanda? Se encuentra en el 30 por ciento de la población blanca neozelandesa y en el 60 por ciento de la población maorí...

—Eso es lo que se ha publicado, pero hay que ser prudentes...

—Pero ¿no significa eso que la violencia es hereditaria? Es decir, ¿no deberíamos intentar erradicar ese gen igual que erradicamos la viruela?

Bellarmino hizo una pausa. Empezaba a preguntarse cuántos de esos jóvenes tenían padres que trabajaran en Bethesda. No se le había ocurrido pedir los nombres de los asistentes con antelación, pero las preguntas de esos chavales estaban demasiado versadas en el tema, eran demasiado implacables. ¿Acaso alguno de sus enemigos estaría intentando desacreditarlo utilizando a esos chiquillos? ¿No sería el programa de la cadena una trampa para proyectar una imagen negativa de él? ¿No sería el primer paso para echarlo de los NIH? Estaban en la era de la información; así se hacían las cosas hoy día. Disponían de todo para difundir una imagen negativa de alguien, lo hacían parecer endeble y luego lo empujaban a decir una tontería y sus palabras se repetían una y otra vez durante las siguientes cuarenta y ocho horas en todos los noticiarios por cable y las columnas de los periódicos. A continuación se producían las llamadas de los congresistas exigiendo una retractación. Chasquidos de lengua, gestos de cabeza atribulados... ¿Cómo podía ser tan insensible? ¿Estaría en verdad cualificado para el trabajo? En realidad, ¿no era un lastre para el puesto que ocupaba?

Y de patitas en la calle.

Así funcionaba todo hoy día.

Bellarmino se enfrentaba a una pregunta muy delicada sobre las características genéticas maoríes. ¿Debería decir lo que pensaba de verdad y arriesgarse a que lo acusaran de degradar a una minoría étnica oprimida? De hecho, ¿qué otra opción le quedaba más que la de callar?

Al final se decidió por lo más conveniente.

—Verás, se trata de un campo de investigación muy interesante, pero todavía no sabemos lo suficiente para poder responder a eso. Siguiendo pregunta.

Había estado lloviendo todo el día en el sur de Sumatra. El suelo de la jungla estaba mojado. Las hojas estaban mojadas. Todo estaba mojado. Los equipos de filmación internacionales hacía tiempo que se habían esfumado: habían regresado a sus otros quehaceres. Hagar había vuelto con un único cliente: un hombre llamado Gorevitch, un famoso fotógrafo de la naturaleza que había llegado hasta allí en un vuelo desde Tanzania.

Gorevitch se había acomodado bajo un enorme ficus, había abierto la bolsa de lona y había extraído una especie de red de nailon parecida a una hamaca. La dejó en el suelo, con cuidado. A continuación extrajo una maleta metálica, la abrió y montó un rifle.

—Ya sabe que eso es ilegal —le avisó Hagar—. Estamos en una reserva.

—No joda.

—Si aparecen los rangers, será mejor que lo esconda.

—Ningún problema. —Gorevitch cargó el compresor y abrió la recámara—. ¿Es muy grande ese bicho?

—Es una cría, de unos dos o tres años. Debe de pesar unos treinta kilos, tal vez menos.

—De acuerdo. Diez centímetros cúbicos. —Gorevitch sacó un dardo del estuche, comprobó el nivel y lo deslizó dentro de la recámara. A continuación, uno más. Y otro. Cerró la recámara de golpe—. ¿Cuándo lo vio por última vez? —preguntó a Hagar.

—Hace diez días.

—¿Dónde?

—Cerca de aquí.

—¿Suele pasar por esta zona? ¿Estamos en su área de campeo?

—Eso parece.

Gorevitch entrecerró los ojos y echó un vistazo por la mira telescópica. Dibujó un arco con el cañón, luego lo elevó al cielo y volvió a bajarlo. Satisfecho, lo dejó en el suelo.

—Espero que la dosis sea baja.

—No se preocupe —aseguró Gorevitch.

—Además, si se encuentra en lo alto de los árboles, no puede dispararle porque...

—He dicho que no se preocupe. —Lo miró fijamente—. Sé lo que me hago. La dosis es suficiente para desestabilizarlo. Bajaré por su propio pie mucho antes de que se desplome. Puede que incluso tengamos que seguirle el rastro por tierra antes de dar con él.

—¿Ya lo ha hecho antes?

Gorevitch asintió con la cabeza.

—¿Con orangutanes?

—Con chimpancés.

—Los chimpancés son diferentes.

—¡No me diga! —contestó, sarcástico.

Ambos hombres guardaron un incómodo silencio. Gorevitch sacó una videocámara y un trípode y los montó". A continuación, extrajo un micrófono de largo alcance con una antena parabólica de cuarenta centímetros de diámetro que añadió a lo alto de la cámara con una barra de fijación. El aparato tenía una pinta extraña, pero parecía efectivo, a juicio de Hagar.

Gorevitch se agachó, escudriñando la jungla. Los hombres escucharon atentos el repiqueteo de la lluvia y esperaron.

Durante las últimas semanas, los rumores sobre el orangután parlante habían ido desapareciendo de los medios de comunicación. La historia había corrido la misma suerte que otros anuncios sobre animales que no se habían podido demostrar: el pájaro carpintero de Arkansas que nadie había vuelto a ver, el simio del Congo de casi dos metros que nadie había podido encontrar a pesar de las insistentes historias de los nativos o el murciélago gigante de casi cuatro metros de envergadura que supuestamente había sido avistado en las junglas de Nueva Guinea.

En cuanto a Gorevitch, la pérdida de interés era cuanto podía desear porque con el redescubrimiento del simio, la atención de los medios de comunicación se dispararía y superaría la que habría tenido en un primer momento.

Sobre todo porque Gorevitch tenía intención de hacer algo más que grabar al simio parlante. Quería llevárselo vivo.

Se subió la cremallera del cuello de la chaqueta para resguardarse de la lluvia y se dispuso a esperar.

Había caído la tarde y empezaba a oscurecer. Gorevitch se estaba quedando dormido cuando oyó una voz áspera y profunda.

—*Alors. Merde.*

Abrió los ojos y miró a Hagar, sentado cerca de él. Hagar sacudió la cabeza.

—*Alors. Comment ça va?*

Gorevitch miró a su alrededor, despacio.

—*Merde. Cerdo. Espèce de con* —Se trataba de un sonido grave, ronco, como el de un borracho en un bar—. *Fungele* a usted.<sup>[3]</sup>

Gorevitch encendió la cámara. No sabía de dónde venía la voz, pero al menos la grabaría. Movi6 el objetivo en un lento arco mientras vigilaba los niveles del micrófono y gracias a que era direccional Gorevitch pudo determinar que el sonido procedía del... sur.

A las nueve. Aguzó la vista a través de la lente rastreadora e hizo una toma de aproximación. No veía nada. La oscuridad engullía la jungla por momentos.

Hagar estaba muy quieto cerca de él, observando.

Oyeron el chasquido de unas ramas y Gorevitch atisbo una sombra que cruzaba la lente. Levantó la vista y vio una forma que se elevaba cada vez más, columpiándose en las ramas a medida que ascendía hacia la copa de los árboles. En cuestión de segundos, el orangután apareció a veinte metros por encima de ellos.

—*Gods vloek het. Wijkje gilipollas. Vloek.*

Desencajó la cámara del trípode e intentó grabarlo. Todo estaba a oscuras, no se veía nada, así que pasó al modo de visión nocturna; pero solo veía rayones verdes cuando el animal entraba y salía del denso follaje. El orangután seguía ascendiendo al tiempo que se desplazaba en horizontal.

—*Vloek het. Tu puta moeder.*

—Vaya boquita.

La voz se oía cada vez más lejos.

Gorevitch se dio cuenta de que tenía que tomar una decisión, y rápido, de modo que soltó la cámara y buscó el rifle. Apuntó hacia arriba, acercando el ojo a la mira. Visión nocturna militar, verde brillante, muy claro. Vio al simio, vio cómo le brillaban los ojos como dos puntos blancos...

—¡No! —gritó Hagan

El orangután saltó a otro árbol y quedó suspendido en el aire unos instantes.

Gorevitch disparó.

Oyó el silbido del gas comprimido y el impacto del dardo al alcanzar las hojas.

—No le he dado.

Volvió a levantar el rifle.

—No haga eso...

—Cállese.

Gorevitch ajustó la mira y disparó.

Los árboles dejaron de sacudirse unos instantes.

—Le ha dado —aventuró Hagar.

Gorevitch esperó.

El rumor de hojas y ramas se inició de nuevo. El orangután volvía a moverse, esta

vez casi por encima de sus cabezas.

—No, no le he dado.

Gorevitch levantó el cañón una vez más.

—Sí, le ha dado. Si vuelve a disparar...

Gorevitch apretó el gatillo.

Oyó el zumbido del gas junto a la oreja y luego, silencio. Gorevitch bajó el rifle y empezó a recargarlo sin apartar la vista de la copa de los árboles. Se agachó, abrió el estuche metálico con un rápido movimiento y rebuscó más cartuchos, sin desviar en ningún momento la atención de las ramas.

Silencio.

—Le ha dado —insistió Hagar.

—Tal vez.

—Estoy seguro de que le ha dado.

—No, no lo sabe. —Gorevitch introdujo tres cartuchos más en el arma—. No puede saberlo.

—No se mueve. Le ha dado.

Gorevitch se preparó y levantó el rifle justo en el momento en que una figura oscura caía a plomo sobre él. Era el orangután, que se precipitaba desde la copa de los árboles, a más de cuarenta metros de altura.

El animal se estrelló contra el suelo a los pies de Gorevitch y los salpicó de barro. No se movía. Hagar paseó el haz de la linterna por su cuerpo.

Asomaban tres dardos: uno en la pata y dos en el pecho. El orangután seguía inmóvil, con los ojos abiertos mirando hacia el cielo.

—Genial —masculló Hagar, fastidiado—, gran trabajo.

Gorevitch cayó de rodillas en el barro, puso la boca sobre los labios del orangután y le insufló aire en los pulmones para resucitarlo.

Seis abogados esperaban sentados a una larga mesa, revolviendo papeles y haciendo un ruido espantoso. Rick Diehl esperaba pacientemente, mordiéndose el labio. Al final, Albert Rodríguez, el abogado que dirigía el caso, levantó la vista.

—La situación es la siguiente: tiene buenas razones, o como mínimo suficientes, para creer que Frank Burnet conspiró con la intención de destruir las líneas celulares que usted poseía y, consecuentemente, proceder a su reventa a otras compañías.

—Así es —confirmó Rick—. Ha dado en el puto clavo.

—Tres tribunales han dictaminado que las células de Burnet son de su propiedad. Usted, por tanto, tiene derecho a reponerlas.

—Se refiere a extraer más.

—Sí, en efecto.

—El problema es que el tipo ha desaparecido.

—Eso es un inconveniente, pero no varía los hechos materiales de la situación. Usted es el dueño de la línea celular Burnet —insistió Rodríguez—. Da igual dónde se encuentren esas células.

—Lo que quiere decir que...

—Que seguramente sus hijos y nietos comparten las mismas células.

—¿Está diciendo que puedo extraer células de sus hijos?

—Usted es el dueño —confirmó Rodríguez.

—¿Y si los hijos se niegan a que se las extraiga?

—Podría darse el caso, pero teniendo en cuenta que las células son tuyas, los hijos no tienen nada que hacer.

—Estamos hablando de biopsias de hígado y bazo —advirtió Diehl—, no se trata de cirugía menor precisamente.

—Ni tampoco de cirugía mayor —repuso Rodríguez—. Creo que se trata de un procedimiento bastante común que incluso puede llevarse a cabo en un ambulatorio. Por descontado, suya sería la obligación de asegurarse que la extracción de células la realizara un médico competente. Asumo que así lo haría usted.

Diehl frunció el ceño.

—Veamos si lo he entendido. ¿Me está diciendo que puedo agarrar a cualquiera de sus hijos por la calle como si tal cosa, llevármelo a un médico y quitarle sus células? ¿Tanto si le gusta como si no?

—Exacto, sí.

—¿Cómo puede ser eso legal? —preguntó Diehl.

—Porque andan por ahí con células que legalmente le pertenecen a usted, por consiguiente con una propiedad robada, y eso es un delito grave. Según la ley, si un ciudadano es testigo de la comisión de un delito grave, tiene derecho a llevar a cabo la detención. De modo que, si viera a los hijos de Burnet caminando por la calle, podría detenerlos con todas las de la ley.

—¿Yo personalmente?

—No, no. En este tipo de casos ha de recurrirse a un profesional competente, un captor de fugitivos.

—¿Se refiere a un cazarrecompensas?

—No les gusta que los llamen así, y a nosotros tampoco.

—Está bien. ¿Conocen algún captor de fugitivos de confianza?

—Lo conocemos.

—Entonces llámenlo —lo apremió Diehl—. ¿A qué esperan?



Vasco Borden se puso delante del espejo y repasó su aspecto con ojo profesional mientras se aplicaba rímel en los bordes canosos de la perilla. Vasco era un hombre imponente, de casi un metro noventa y cinco, ciento diez kilos, todo músculo, sin apenas un gramo de grasa en todo el cuerpo. La cabeza rasurada y su bien cuidada y negra perilla le daban el aspecto de un diablo. Un señor diablo. Quería parecer intimidatorio y lo conseguía.

Se volvió hacia la maleta que descansaba encima de la cama y en la que había colocado con sumo cuidado un mono con el logo de Con Ed en el pecho, una llamativa americana de cuadros escoceses, un elegante traje negro italiano, una chaqueta de motorista en cuya espalda se leía «Die in Hell», un chándal de velvetón, una escayola falsa para la pierna, una Mossberg 590 de cañón recortado y dos Parabellum del calibre 45 negras. Ese día vestía una americana de tweed, pantalones de sport y zapatos marrones de cordones.

Por último, dispuso tres fotografías encima de la cama.

La primera, la del tipo, Frank Burnet: cincuenta y un años, en forma, ex marine.

La de la hija del tipo, Alex: treinta y pocos, abogada.

La del nieto del tipo, Jamie: ocho años.

El tipo había desaparecido y Vasco no veía razón por la que molestarse en buscarlo. Burnet podía estar en cualquier parte del mundo: México, Costa Rica, Australia... Sería mucho más fácil obtener las células directamente de otros miembros de la familia.

Miró la foto de la hija, Alex. Una abogada... Como objetivo, de lo peor. Aunque condujeras el asunto sin salirte de la ley, tenías la demanda asegurada. La chica era rubia y parecía estar en buena forma física; bastante atractiva, si te iban las flacas, aunque demasiado escuchimizada para el gusto de Vasco; además, seguramente recibía clases de defensa personal israelí durante el fin de semana. Nunca se sabía. De todas formas, anunciaba problemas potenciales.

Lo que dejaba al crío.

Jamie. Ocho años, en segundo curso, escuela municipal. Vasco podía acercarse, recogerlo, obtener las muestras y tenerlo todo listo por la tarde. Perfecto. Vasco recibiría un extra de cincuenta mil dólares si obtenía resultados en la primera semana, los cuales se reducirían a diez mil al cabo de cuatro, de modo que tenía razones más

que suficientes para dejarlo listo cuanto antes.

«A por el niño», se dijo. Sencillo y al grano.

Dolly entró con un papel en la mano. Ese día vestía un traje azul marino, zapatos de tacón bajo y una camisa blanca. Llevaba un maletín de piel marrón. Como era habitual, su aspecto anodino le permitía proceder sin que nadie se fijara en ella.

—¿Qué te parece? —preguntó, tendiéndole el papel.

Vasco le echó un rápido vistazo. Era una autorización firmada por Alex Burnet mediante la que se facultaba a la persona que la entregara a recoger a su hijo Jamie en el colegio y llevarlo al médico para que le hicieran una revisión.

—¿Has llamado a la consulta del médico? —preguntó Vasco.

—Sí. Les comenté que Jamie tenía fiebre y la garganta irritada y me dijeron que se lo llevara.

—De modo que si el colegio llama al médico...

—Tenemos las espaldas cubiertas.

—¿Te envía el bufete de la madre?

—Así es.

—¿Llevas la tarjeta?

Dolly sacó una tarjeta de visita con el logo de la firma de abogados.

—¿Y si llaman a la madre?

—Como ves, el número de su móvil aparece en la nota.

—¿Es el de Cindy?

—Sí. —Cindy era su oficinista en Playa del Rey.

—De acuerdo, vamos allá —se decidió Vasco. Le pasó el brazo por los hombros—. ¿Estás segura de que no tienes reparos de ningún tipo?

—Claro, ¿por qué?

—Ya sabes por qué.

Dolly sentía debilidad por los niños. Se derretía en cuanto la miraban a los ojos. En una ocasión tuvieron que perseguir a un fugitivo hasta Canadá y lo localizaron en su casa de Vancouver. Dolly preguntó a la niña que respondió a la puerta si su padre estaba en casa y la niña, de unos ocho años, respondió que no, que no estaba. Dolly se conformó con la respuesta y se marchó. En ese mismo momento, el tipo enfilaba la calle en su coche, de camino a casa. La encantadora niña cerró la puerta, fue hasta el teléfono, llamó a su padre y le dijo que no se detuviera. Se las sabía todas; llevaban huyendo desde que tenía cinco años. Nunca más volvieron a verle el pelo al tipo.

—Solo fue una vez —protestó Dolly.

—Han sido más de una.

—Vasco, hoy todo va a salir bien —aseguró.

—Está bien.

Dejó que la besara en la mejilla.

La ambulancia estaba aparcada junto al bordillo, con las puertas traseras abiertas. Vasco olió el humo del tabaco y rodeó el vehículo. Nick estaba fumando sentado en la parte de atrás, ataviado con una bata blanca de laboratorio.

—Por Dios, Nick. ¿Qué estás haciendo?

—Es solo uno —protestó Nick.

—Apaga eso —ordenó Vasco—. Salimos ya. ¿Tienes el material?

—Lo tengo.

Nick Ramsey era el médico del que echaban mano para sus trabajitos cuando necesitaban un facultativo. Había trabajado en servicios de urgencias hasta que el alcohol y las drogas lo retiraron de circulación. Había salido de rehabilitación, pero le costaba encontrar un trabajo estable.

—Quieren biopsias del hígado y del bazo, y sangre...

—Lo he leído. Aspiraciones con aguja fina. Estoy listo.

Vasco se detuvo un momento.

—¿Has bebido, Nick?

—No. Mierda, claro que no.

—Te lo huelo en el aliento.

—Que no. Vamos, Vasco, ya sabes que no...

—Tengo buen olfato, Nick.

—Que no.

—Abre la boca.

Vasco se inclinó y lo olisqueó.

—Solo ha sido un traguito, nada más —se defendió Nick.

Vasco alargó la mano.

—La botella.

Nick rebuscó bajo la camilla y le tendió una botella de Jack Daniel's.

—Genial. —Vasco se acercó y le habló a milímetros de la cara—. Escúchame bien: vuelve a intentar tomarme el pelo y yo personalmente te echaré a patadas de la ambulancia —le advirtió en voz baja—. ¿Quieres arruinar tu vida? No te preocupes, yo me encargaré de ello. ¿Entendido?

—Sí, Vasco.

—Perfecto. Me alegra que nos entendamos tan bien. —Retrocedió un paso—. Extiende las manos.

—Estoy bien...

—Que extiendas las manos. —Vasco nunca levantaba la voz en momentos de tensión. La bajaba. Eso les obligaba a prestar atención, los ponía nerviosos—. Extiende las manos ya, Nick.

Nick Ramsey extendió las manos. No le temblaban.

—Muy bien. Sube a la ambulancia.

—Solo quería...

—Que subas, Nick. No quiero oír una palabra más.

Vasco entró en la parte delantera, se sentó junto a Dolly y encendió el motor.

—¿Todo bien ahí atrás? —preguntó Dolly.

—Más o menos.

—No le hará daño al niño, ¿verdad?

—No, son solo un par de agujitas —la tranquilizó Vasco—. Unos segundos y listo.

—Será mejor que no le haga daño.

—Eh, ¿sigues queriéndolo hacer o qué?

—Sí, adelante.

—Muy bien. Entonces, vamos.

Se pusieron en marcha.

Brad Gordon tuvo un mal presentimiento en cuanto entró en el Border Café de Ventura Boulevard y miró en los compartimientos. El lugar era un cuchitril grasiento lleno de actores. Un tipo lo saludó desde uno de los compartimientos del fondo. Brad se dirigió hacia allí.

El hombre llevaba un traje gris claro. Era bajo, medio calvo y no parecía muy seguro de sí mismo; el apretón de manos fue laxo.

—Willy Johnson —se presentó—. Soy su nuevo abogado para el próximo juicio.

—Creía que mi tío, Jack Watson, ponía el abogado.

—Así es —confirmó Johnson—. Soy yo. Estoy especializado en pederastia.

—¿Qué significa eso?

—Sexo con un jovencito, pero mi experiencia se extiende a cualquier pareja menor de edad.

—No me he acostado con nadie —protestó Brad—, ni menor ni mayor de edad.

—He repasado su ficha y los informes policiales —comentó Johnson, sacando una libreta de hojas amarillas—. Creo que disponemos de varias vías posibles de defensa.

—¿Y la chica?

—No podemos contar con ella, está fuera del país, en Filipinas. Por lo visto su madre se ha puesto enferma, pero me han dicho que volverá para el juicio.

—Creía que no iba a haber juicio —se extrañó Brad. La camarera se acercó, pero la despidió con un gesto—. ¿Por qué nos hemos encontrado aquí?

—Tengo que estar en los tribunales a las diez, en Van Nuys, y esto me quedaba a mano.

Brad miró a su alrededor, incómodo.

—Este lugar está lleno de gente. De actores. Esa gente habla mucho.

—No vamos a discutir los detalles del caso —lo tranquilizó Johnson—, pero me gustaría establecer las bases de su defensa. En su caso, propongo una defensa genética.

—¿Una defensa genética? ¿Qué significa eso?

—La gente con diversas anomalías genéticas es incapaz de reprimir ciertos impulsos —se explicó Johnson—, así que, técnicamente, son inocentes. Lo propondremos como explicación de su caso.

—¿Qué anomalía genética? No tengo ninguna anomalía genética.

—Eh, que no es nada malo —le aseguró Johnson—. Considérelo como una diabetes. Usted no es el responsable, ya nació así. En su caso, siente el impulso irresistible de acostarse con jovencitas atractivas. —Sonrió—. Es un impulso que comparte con cerca del 90 por ciento de la población adulta masculina.

—¿Qué mierda de defensa es esa? —protestó Brad Gordon.

—Una muy efectiva. —Johnson rebuscó entre los papeles de una carpeta—. Recientes informes...

—¿Pretende decirme que existe un gen responsable de que te acuestes con jovencitas?

Johnson suspiró.

—Ojalá fuese tan sencillo. Por desgracia, no.

—Entonces, ¿cuál es la defensa?

—D4DR.

—¿Qué significa eso?

—Se llama el gen de la novedad. Es el gen que te impele a asumir riesgos y comportamientos donde prima la búsqueda de la emoción.

—Eso no son más que gilipolleces.

—¡No me diga! Veamos. ¿Ha saltado alguna vez desde un avión?

—Sí, en el ejército. Lo odiaba.

—¿Submarinismo?

—Un par de veces. Tenía una novia a la que le gustaba.

—¿Escalada?

—No.

—¿De verdad? ¿Su clase del instituto no subió al monte Rainer?

—Sí, pero eso fue...

—Ha escalado uno de los mayores picos estadounidenses —lo atajó Johnson, asintiendo con la cabeza—. ¿Suele conducir coches deportivos a gran velocidad?

—No, la verdad es que no.

—En los últimos tres años le han puesto cinco multas por exceso de velocidad al volante de su Porsche. Según las leyes de California, podría haber perdido su carnet de conducir en cualquier momento.

—Iba a la velocidad normal...

—Creo que no. ¿Qué me dice sobre lo de acostarse con la amiguita del jefe?

—Bueno...

—¿Y con la esposa del jefe?

—Solo una vez, en otro trabajo. Pero fue ella la que...

—Se consideran parejas de riesgo, señor Gordon. Cualquier jurado me daría la razón. ¿Qué me dice del sexo sin protección? ¿Enfermedades venéreas?

—Eh, un momento —le cortó Brad—. No quiero entrar...

—Por supuesto que no, y no me sorprende, teniendo en cuenta que ha pasado por tres casos de *pediculosis pubis*, es decir, ladillas. Dos gonorreas, una clamidia, dos condilomas o verrugas genitales entre las que tenemos... Mmm, una cerca del ano. Y eso solo en los últimos cinco años, según el historial de su médico de California.

—¿Cómo lo ha conseguido?

Johnson se encogió de hombros.

—Caída libre, submarinismo, escalada, conducción temeraria, parejas sexuales de alto riesgo, sexo no seguro... Si eso no establece un patrón de comportamiento adicto a las situaciones límites y las emociones fuertes, ya me dirá usted qué.

Brad Gordon se quedó en silencio. Debía admitir que el tipo bajito sabía exponer un caso. Jamás había considerado su vida desde ese punto de vista. Como cuando se tiraba a la mujer del jefe. Su tío se había limitado a ponerlo de vuelta y media, le había preguntado por qué tomaba esa mierda de decisiones, lo había llamado memo y le había aconsejado que mantuviera el pajarillo enjaulado. Brad no había sabido qué decirle. Bajo la fulminante mirada de su tío, sus acciones le habían parecido bastante estúpidas. La tipa ni siquiera estaba buena. Sin embargo, ahora Brad tenía una respuesta para la pregunta de su tío: no podía evitarlo, su herencia genética condicionaba su comportamiento.

Johnson se explayó un poco más en los detalles y le dio profusión de explicaciones. Según él, Brad estaba a merced de ese gen D4DR, que controlaba los niveles químicos de su cerebro. Algo llamado dopamina empujaba a Brad a asumir riesgos y a disfrutar de la experiencia, a desearla. Los escáneres cerebrales y otras pruebas demostraban que la gente como Brad no controlaba el deseo de vivir al límite.

—Es el gen de la novedad —aseguró Johnson—. El nombre se lo ha puesto el genetista más importante de Estados Unidos, el doctor Robert Bellarmino, uno de los mejores investigadores genéticos de los NIH. Cuenta con un inmenso laboratorio y publica cincuenta artículos al año. Ningún jurado pondría en entredicho su investigación.

—Muy bien, así que tengo el gen. ¿En serio cree que funcionará?

—Sí, pero vamos a añadirle una guinda al pastel antes de ir a juicio.

—¿Y eso qué significa?

—Antes de un juicio, es natural que uno esté preocupado, estresado.

—Sí...

—Quiero que se vaya de viaje para alejar las preocupaciones de su cabeza. Quiero que recorra el país y quiero que asuma riesgos allí adonde vaya.

Johnson le expuso el plan: multas por exceso de velocidad, parques de

atracciones, peleas, montañas rusas, escaladas en parques nacionales... Eso sí, en todo momento debía procurar enzarzarse en discusiones sobre seguridad y cursar una reclamación sobre la insuficiencia del equipo. Lo que fuera para que su nombre acabara recogido en un documento que luego pudiera ser utilizado en un juicio.

—Eso es todo —concluyó Johnson—. Adelante. Nos veremos de aquí a unas semanas.

Le entregó una hoja de papel.

—¿Qué es esto?

—Una lista de las mayores montañas rusas de Estados Unidos. Procure visitar las tres primeras como mínimo.

—Por Dios. Ohio... Indiana... Texas...

—No quiero oírlo. Amigo mío, se enfrenta a veinte años de prisión junto a un tipo grande y tatuado que le va a procurar algo más que verrugas anales. Así que haga lo que le digo y abandone hoy mismo la ciudad.

De vuelta en su piso, en Sherman Yaks, hizo las maletas. La idea del tipo grande tatuado era lo que más le preocupaba. Se preguntó si debería llevarse la pistola. Eso de cruzar el país para acabar en lugares tan peligrosos como Ohio... Quién sabe con qué podría encontrarse. Metió una caja de munición en la bolsa y la pistola con la funda que se ajustaba a la pierna.

De camino al coche, Brad se descubrió más animado. Hacía un día radiante, su Porsche relucía y él tenía un plan.

¡Carretera y manta!



Lynn Kendall entró corriendo en el colegio La Jolla y llegó sin aliento al despacho de la directora.

—He venido en cuanto he podido —se disculpó—. ¿Cuál es el problema?

—Es David, el niño que está educando en casa —la informó la directora, una mujer de cuarenta años—. Su hijo Jamie lo ha traído hoy al colegio.

—Sí, para ver cómo...

—Y mucho me temo que no ha sido buena idea. Le ha mordido a otro niño en el patio.

—Oh, Dios mío.

—Y casi le ha hecho sangre.

—Qué horror.

—Estas cosas suelen ocurrir con los niños que reciben su educación en casa, señora Kendall. Carecen de aptitudes para la socialización y el autocontrol. No es posible sustituir el ambiente escolar diario, donde se encuentran rodeados de iguales.

—Siento mucho lo ocurrido...

—Tiene que hablar con él —insistió la directora—. Está castigado en la habitación de al lado.

Lynn entró en el pequeño despacho repleto de archivadores metálicos de color verde amontonados unos encima de otros. Dave estaba sentado en una silla de madera y parecía una pequeña bola castaña, arrebujado en el asiento.

—Dave, ¿qué ha ocurrido?

—Le hizo daño a Jamie —contestó Dave.

—¿Quién?

—No sabo cómo se llama. Va a sexto.

Lynn se extrañó y pensó que si iba a sexto entonces se trataba de un niño mucho mayor que ellos.

—¿Y qué pasó, Dave?

—Tiró a Jamie al suelo. Le hizo daño.

—¿Y qué hiciste tú?

—Me eché encima de él.

—¿Porque querías proteger a Jamie?

Dave asintió con la cabeza.

—Pero no se muerde, Dave.

—Él me mordió primero.

—¿Ah, sí? ¿Dónde te ha mordido?

—Aquí.

Dave levantó un rechoncho y musculoso dedo. La piel era clara y gruesa. Puede que hubiera marcas de dientes, pero Lynn no estaba segura.

—¿Se lo has dicho a la directora?

—No está con mi madre.

Lynn sabía que así era como Dave expresaba que la directora no le tenía aprecio. Los chimpancés jóvenes vivían en una sociedad matriarcal donde las alianzas entre las hembras eran de suma importancia y se respetaban.

—¿Le has enseñado el dedo?

Dave sacudió la cabeza. No.

—Hablaré con ella —aseguró Lynn.

—Eso es lo que él dice, ¿no? —fue la respuesta de la directora—. Bueno, no me sorprende, se ha abalanzado sobre él. ¿Qué esperaba que ocurriera?

—Entonces, ¿es verdad que el otro niño le ha mordido primero?

—Aquí no se muerde, señora Kendall.

—¿Le ha mordido o no?

—Dice que no.

—¿Ese niño va a sexto?

—Sí, está en la clase de la señorita Fromkin.

—Me gustaría hablar con él.

—No se nos permite —la informó la directora—. No es su hijo.

—Pero ha acusado a Dave y la situación es muy grave. Si tengo que tomar una decisión sobre qué hacer con Dave, necesito saber qué ha ocurrido entre ellos.

—Ya le he explicado lo que ha ocurrido.

—¿Usted estaba allí?

—No, pero el señor Arthur, el vigilante de patio, nos lo ha contado. Es muy imparcial en lo que se refiere a las peleas, se lo aseguro. La cuestión es que aquí no se muerde, señora Kendall.

Lynn empezaba a sentir que la oprimía una mano invisible. La conversación tomaba unos derroteros escabrosos.

—Tal vez debería hablar con mi hijo Jamie.

—Estoy segura de que la historia de su hijo coincidirá con la de David, pero no ha sucedido de ese modo.

—¿El grande no ha atacado primero a Jamie?

La directora se puso tensa.

—Señora Kendall, en casos de discrepancia sobre cuestiones disciplinarias, podemos consultar la cámara de seguridad que hay instalada en el patio... Si lo cree necesario. Cuando quiera, ahora o más tarde, pero le agradecería que se centrara en el tema de los mordiscos, es decir, en David, por muy incómodo que esto le pueda resultar.

—Ya veo —comentó Lynn. La situación estaba clara—. Muy bien, me encargaré de Dave esta tarde, cuando vuelva del colegio.

—Creo que debería llevárselo ahora.

—Preferiría que acabara el día y volviera con Jamie.

—Creo que no...

—Como usted acaba de poner de manifiesto —la interrumpió Lynn—, Dave tiene problemas de adaptación escolar, por lo que no creo que llevármelo ahora del colegio ayude a su integración. Me encargaré de él cuando vuelva de clase.

La directora asintió, renuente.

—Bueno...

—Iré a hablar con él para decirle que se queda el resto del día.

Alex Burnet se apeó del taxi de un salto y corrió hacia el colegio. El corazón le dio un vuelco al ver la ambulancia.

Unos minutos antes estaba con una denta —que no dejaba de sollozar— cuando la recepcionista la avisó de que había llamado la profesora de Jamie para informarle de algo sobre una visita al médico para su hijo. La historia era un poco confusa, pero Alex no perdió tiempo: tendió a la denta una caja de pañuelos de papel y salió corriendo. Se metió en el primer taxi que encontró y azuzó al conductor a saltarse los semáforos en rojo.

La ambulancia estaba aparcada junto al bordillo con las puertas abiertas y un médico con bata blanca esperaba en la parte trasera. Sintió ganas de gritar. Era una sensación nueva para ella: el mundo había adoptado un tono blanco verdoso y estaba muerta de miedo. Pasó volando junto a la ambulancia y entró en el patio del colegio. La mujer que había tras el mostrador de recepción la saludó.

—¿En qué puedo...?

Alex sabía que la clase de Jamie se encontraba en la planta baja, junto al patio trasero, hacia donde se dirigió sin perder tiempo.

En ese momento sonó su teléfono móvil. Era la profesora de Jamie, la señorita Holloway.

—La mujer está esperando fuera de clase —la informó en voz baja—. Me ha entregado una nota con tu número de teléfono, pero me ha dado mala espina, así que he llamado al que aparecía en la ficha del colegio y...

—Bien hecho —la felicitó Alex—, ya estoy aquí.

—Está fuera.

Alex dobló la esquina y vio a una mujer vestida con traje azul esperando en la puerta de la clase. Alex se fue directamente hacia ella.

—¿Quién coño es usted?

La mujer sonrió con calma y le tendió la mano.

—Hola, señora Burnet. Casey Rogers, siento que haya tenido que acercarse hasta aquí.

Parecía tan tranquila y serena que desarmó a Alex, quien puso los brazos en jarras y le preguntó, resollando:

—¿Cuál es el problema, Casey?

—No hay ningún problema, señora Burnet.

—¿Trabaja en mi oficina?

—Cielos, no. Trabajo en el consultorio del doctor Hughes. El doctor Hughes me pidió que pasara a recoger a Jamie y lo llevara para ponerle la vacuna del tétanos. No es urgente, pero hay que hacerlo. Se hizo un corte en el tobillo la semana pasada, ¿no?

—No...

—¿No? Vaya, pues no sé... ¿No me diga que se han equivocado de niño? Déjeme llamar al doctor Hughes...

Sacó su móvil.

—Sí, por favor, hágalo.

Los niños las miraban a través del cristal de la puerta de clase. Alex saludó a Jamie y este le sonrió.

—Tal vez sería mejor que nos apartáramos, para no distraerlos —propuso Casey Rogers. Luego se dirigió al teléfono—. Con el doctor Hughes, por favor. Sí. Soy Casey.

Juntas, regresaron al vestíbulo del colegio. Alex vio la ambulancia a través del arco de la entrada.

—¿La ambulancia es suya? —preguntó Alex.

—Cielos, no. No sé qué hace ahí. —Señaló el parabrisas—. Parece que el conductor está almorzando.

A través del cristal, Alex vio a un hombre fornido con una perilla negra que estaba dando cuenta de un bocadillo gigantesco. ¿Se había detenido junto al colegio solo para comer? Había algo que no le cuadraba, pero no sabía concretar de qué se trataba.

—¿Doctor Hughes? Soy Casey. Sí, estoy con la señora Burnet y dice que su hijo Jamie no se ha hecho ningún corte en el pie.

—No tiene nada —insistió Alex.

Atravesaron el arco de la entrada y, una vez fuera, se acercaron paulatinamente a la ambulancia. El hombre fornido dejó el bocadillo en la guantera y abrió la puerta del conductor. Estaba bajando del vehículo.

—Sí, doctor Hughes, estamos saliendo del colegio —siguió Casey. Le tendió el móvil a Alex—. ¿Quiere hablar con él?

—Sí —contestó Alex.

Al acercarse el teléfono a la oreja, oyó un estridente pitido electrónico que la desorientó, por lo que soltó el móvil al tiempo que Casey Rogers la cogía por los codos y tiraba de sus brazos hacia atrás. El conductor rodeaba la ambulancia, en su dirección.

—No necesitamos al niño —aseguró el hombre—. Ella también sirve.

Solo precisó de unos segundos para encajar las piezas: la estaban secuestrando. Sin embargo, el instinto acudió a su llamada: impulsó la cabeza hacia atrás con fuerza y alcanzó a Casey en la cara, que la soltó con un grito. Sangraba por la nariz. Alex cogió a Casey por el brazo y la empujó hacia delante para lanzarla contra el hombre. El tipo la esquivó con soltura y Casey cayó al suelo, rodando y aullando de dolor.

Alex rebuscó algo en el bolsillo.

—Atrás —le avisó.

—No vamos a hacerle daño, señora Burnet —le aseguró el hombre. Le sacaba cabeza y media, si no más, y era muy musculoso. Cuando se inclinó hacia ella, Alex oprimió el capuchón y le roció la cara con pimienta—. ¡Mierda! ¡Me cago en la puta!

El hombre levantó un brazo para protegerse los ojos y le volvió la espalda. Alex sabía que sería su única oportunidad, así que lanzó una patada alta, rápida y firme y lo alcanzó en el cuello con su zapato de tacón. El hombre gritó desesperado de dolor y ella cayó al suelo de culo al perder el equilibrio. Retrocedió arrastrándose hasta que consiguió ponerse en pie otra vez. La mujer, que también se estaba enderezando sin dejar de sangrar sobre la acera, hizo caso omiso de Alex y se acercó rápidamente al hombre para auxiliarlo. El tipo estaba apoyado en la ambulancia, encorvado, agarrándose el cuello y gimiendo de dolor.

Alex oyó unas sirenas a lo lejos; así que alguien había avisado a la policía. La mujer estaba ayudando al hombre a subir a la ambulancia, al asiento del acompañante. Todo ocurría muy deprisa y Alex empezó a temer que esos dos acabarían escapándose antes de que llegara la policía. Sin embargo, poco podía hacer.

—¡Ya te arrestaremos! —le gritó la mujer subiendo a la ambulancia.

—Que ¿qué? —preguntó Alex. Creyó que el surrealismo de la situación empezaba a hacer mella en ella—. Que vosotros ¿qué?

—¡Volveremos, puta! —chilló la mujer, poniendo el motor en marcha—. ¡No te librarás!

El piloto rojo se iluminó con el aullido de la sirena. La mujer puso la primera.

—¿Por qué? —replicó Alex.

Lo único que se le ocurría era que todo ese asunto había sido un lamentable error. No obstante, Vern Hughes era su médico y habían utilizado su propio nombre correctamente. Habían ido a por Jamie...

No. No se trataba de un error.

«Ya te arrestaremos». ¿Qué podría significar eso? Dio media vuelta y entró a toda prisa en el colegio. Lo único que en esos momentos ocupaba sus pensamientos era Jamie.

Había llegado la hora del almuerzo. Los niños estaban sentados en su sitio, comiendo fruta troceada. Algunos tenían yogur. Armaban bastante jaleo. La señorita Holloway

le entregó la nota que la mujer le había dado: un fax enviado desde el bufete de Alex y firmado por ella; no se trataba de una nota de la consulta del médico.

Eso significaba que la mujer del traje azul era muy astuta y que había cambiado la historia en cuestión de segundos, en cuanto la habían pillado. Le había estrechado la mano, sonriente, y había encontrado una excusa para atraerla afuera sin levantar sospechas... Incluso le había ofrecido el teléfono para que cuando ella lo aceptara...

«No necesitamos al niño. Ella servirá».

Habían ido a secuestrar a Jamie, pero no habrían tenido ningún problema en secuestrarla a ella en su lugar. ¿Por qué? ¿A cambio de un rescate? No tenía dinero. ¿Se trataría de algún caso que estuviera llevando? Se había encargado de pleitos peligrosos en el pasado, pero en esos momentos no había ninguno pendiente.

«Ella servirá».

O su hijo o ella.

—¿Hay algo que el colegio o yo debiéramos saber? —preguntó la profesora.

—No, pero me llevo a Jamie a casa.

—Casi han acabado de almorzar.

Alex le indicó a Jamie con un gesto de la cabeza que se acercara. El niño lo hizo, fastidiado.

—¿Qué pasa, mamá?

—Tenemos que irnos.

—Quiero quedarme.

Alex suspiró. Llevándole la contraria, como siempre.

—Jamie...

—Me he perdido muchas clases porque estaba enfermo, pregúntaselo a la señorita Holloway. Y todavía no he visto a mis amigos. Quiero quedarme. Y hay perritos calientes para comer.

—Lo siento. Ve a tu sitio y recoge tus cosas. Tenemos que irnos.

Dos coches de la policía y cuatro agentes inspeccionaban la acera delante del colegio.

—¿Es usted la señora Burnet? —preguntó uno de ellos.

—Sí, soy yo.

—Una mujer nos ha llamado desde el despacho del director para informarnos de lo sucedido —se explicó el policía, señalando una ventana del edificio—. Pero aquí hay mucha sangre, señora Burnet.

—Sí, la mujer se hizo daño en la nariz al caerse.

—¿Está usted divorciada, señora Burnet?

—Sí.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Cinco años.

—Así que no es reciente.

—En absoluto.

—La relación con su ex...

—Es muy cordial.

Siguió charlando con la policía mientras Jamie esperaba impaciente. Alex tuvo la sensación de que los agentes se mostraban algo reticentes a implicarse, distantes, como si creyeran haberse topado con un asunto privado como una disputa doméstica.

—¿Quiere presentar una denuncia?

—Lo haré, pero ahora tengo que llevarme a mi hijo a casa —contestó Alex.

—Podemos facilitarle los impresos por si quiere cumplimentarlos en casa.

—Perfecto.

Uno de los policías le entregó una tarjeta de visita y le dijo que lo llamara si necesitaba algo más. Alex le aseguró que lo haría y, a continuación, Jamie y ella se fueron a casa.

Ya en la calle, el mundo a su alrededor se le antojó completamente distinto. No existía nada más alegremente inocuo que la luz del sol en Beverly Hills y, sin embargo, Alex se sentía intimidada. Aunque ignoraba por qué o de dónde procedía dicha amenaza.

Cogió a Jamie de la mano.

—¿Vamos andando? —preguntó, fastidiado.

—Sí, vamos a pie.

No obstante, las dudas la acosaron en cuanto Jamie lo preguntó. Vivían a pocas manzanas del colegio, pero ¿era seguro ir a casa? ¿No los estarían esperando los tipos de la ambulancia? ¿O la próxima vez se esconderían mejor?

—Queda muy lejos para ir andando —protestó Jamie, caminando con desgana—. Y hace mucho calor.

—Iremos andando y no se hable más. —Abrió el móvil y marcó el número de la oficina. Contestó Amy, su ayudante—. Escucha, quiero que repases las demandas interpuestas recientemente en el condado. Averigua si mi nombre aparece en alguna como parte demandada.

—¿Hay algo que debiera saber? —preguntó Amy en tono jocoso, aunque con una risita nerviosa. La mala praxis de los abogados podía dar con los huesos de sus ayudantes en prisión. Últimamente se habían conocido varios casos.

—No —aseguró Alex—, pero creo que tengo unos cazarrecompensas detrás de mí.

—¿Te has fugado estando bajo fianza?

—No, el caso es ese, que no sé qué quiere esa gente.

La ayudante le aseguró que lo comprobaría.



—Mamá, ¿qué es cazar con pesas? ¿Por qué van detrás de ti? —preguntó Jamie a su lado.

—Es lo que intento averiguar, Jamie. Creo que se trata de un error.

—¿Quieren hacerte daño?

—No, no. No es eso.

No había razón para preocuparlo. La ayudante volvió a llamar.

—Muy bien, efectivamente te han puesto una demanda. En el Tribunal Superior, en el condado de Ventura.

Eso se encontraba a más de una hora de Los Angeles, pasado Oxnard.

—¿Cuál es el motivo?

—La presentó BioGen Research Incorporated, de Westview Village. No puedo acceder a los detalles de la demanda por internet, pero te buscan por incomparecencia.

—¿Cuándo tenía que haberme presentado?

—Ayer.

—¿Se supone que recibí la citación?

—Eso parece.

—Pues es mentira —aseguró Alex.

—Pone que sí.

—¿Hay una citación por desacato? ¿Una orden judicial de detención?

—No sale nada, pero tarda un día en aparecer toda la información, así que podría ser.

Alex cerró el teléfono de golpe.

—¿Te van a detener?

—No, cariño, no lo van a hacer.

—Entonces, ¿puedo volver al colegio después de comer?

—Ya veremos.

Todo parecía tranquilo bajo el sol del mediodía alrededor del bloque de pisos al norte de Roxbury Park. Alex se paró en el otro extremo del parque para observar la zona con detenimiento.

—¿A qué esperamos? —preguntó Jamie.

—Un segundo.

—Ya ha pasado.

—No, todavía no.

Alex se fijó en un hombre vestido con mono de trabajo que asomaba por uno de los lados del edificio. Parecía el encargado de la lectura de los contadores, pero a aquel tipo corpulento con peluca y una perilla negra bien cuidada ya lo había visto antes en alguna otra parte. Además, los encargados de la lectura de los contadores

nunca entraban por delante, siempre lo hacían por el callejón de atrás. Alex pensó que si ese tipo era un cazarrecompensas tenía derecho a entrar en su propiedad sin aviso previo y sin una orden de detención; hasta podía tirar la puerta abajo, si quería. Tenía derecho a registrar su piso, a revolver entre sus cosas e incluso a llevarse el ordenador y rebuscar en el disco duro. Podía hacer lo que quisiera para capturar a un fugitivo. Sin embargo, ella no era...

—¿Podemos entrar, mamá? —gimoteó Jamie—. Por favoor.

Su hijo tenía razón en una cosa: no podían quedarse allí plantados. Había un cajón de arena en medio del parque, varios niños, canguros y madres sentadas alrededor.

—Ve a jugar con la tierra.

—No quiero.

—Ve.

—Es para niños pequeños.

—Solo un rato, James.

Jamie pateó el suelo y se sentó en el borde del cajón de arena. Pegaba puntapiés a la tierra mientras Alex marcaba el número de su ayudante.

—Amy, estaba pensando en BioGen, la empresa que compró la línea celular de mi padre... No tenemos ninguna petición pendiente, ¿verdad?

—No. Todavía queda un año para que el caso llegue al Tribunal Supremo de California.

Pero entonces, ¿qué estaba pasando? ¿Qué tipo de demanda querría interponer BioGen ahora?

—Llama al ayudante del juez de Ventura y averigua de qué va todo esto.

—De acuerdo.

—¿Sabes algo de mi padre?

—Nada por el momento.

—Bien.

En realidad no estaba bien, porque tenía el terrible presentimiento de que todo eso tenía que ver con su padre. O al menos con las células de su padre. Los cazarrecompensas iban equipados con una ambulancia y un médico en la parte trasera de esta porque querían recoger una muestra o llevar a cabo algún tipo de procedimiento quirúrgico. Agujas largas. Había visto el reflejo de la luz del sol en unas agujas largas envueltas en plástico cuando el médico de la ambulancia rebuscaba entre el material.

Entonces lo comprendió: querían extraerle sus células.

Querían sus células o las de su hijo, aunque no sabía para qué. No obstante, estaba claro que se creían con todo el derecho de hacerlo. ¿Debería llamar a la policía? Decidió que todavía no. Si hubiera una orden de detención por incomparecencia, la detendrían. ¿Qué haría entonces con Jamie? Sacudió la cabeza.

En esos momentos necesitaba tiempo para averiguar qué ocurría, tiempo para desentrañar ese embrollo. ¿Qué se suponía que debía hacer? Quería hablar con su padre, pero llevaba varios días sin responder al teléfono. Si esos tipos sabían dónde vivía, también sabrían qué tipo de coche conducía y...

—Amy, ¿qué te parecería llevarte mi coche unos días?

—¿El BMW? Ningún problema, pero...

—Y yo me llevaré el tuyo —la atajó Alex—, pero tienes que traérmelo. Deja de hacer eso, Jamie, no levantes polvo.

—¿Estás segura? Es un Toyota lleno de abolladuras.

—En realidad me va que ni pintado. Acércate hasta el Roxbury Park y aparca delante de un bloque de pisos blanco orientado hacia el sur con una verja de entrada de hierro forjado.

Tanto por carácter como por educación, Alex no estaba preparada para enfrentarse a la situación en la que se encontraba. Nunca había tenido que ocultarse de nada ni de nadie, acataba las normas, era funcionaría judicial y seguía las reglas del juego, no se saltaba los semáforos en ámbar, no aparcaba en las zonas reservadas y pagaba todos sus impuestos. En la firma de abogados se la tenía por una persona íntegra, aburrída. Solía decirles a los clientes que las leyes estaban hechas para cumplirlas, no para saltárselas. Y lo creía a pies juntillas.

Cinco años atrás había descubierto que su marido le ponía los cuernos y lo había echado de casa al cabo de una hora de enterarse de la verdad. Le hizo la maleta, se la dejó en el escalón de la puerta y cambió la cerradura. Cuando él regresó de su «escapada para ir a pescar», lo mandó a paseo sin siquiera abrirle. De hecho, Matt se acostaba con una de las mejores amigas de Alex —en su línea— y ella no volvió a dirigirle la palabra a esa mujer.

Nunca puso en entredicho el derecho de Jamie de ver a su padre y, de hecho, procuró que así fuera. Dejaba al niño con Matt a la hora convenida en punto, a pesar de que Matt no solía devolverlo según lo acordado. Sin embargo, Alex era de la opinión que, a la larga, el tiempo ponía a todo el mundo en su sitio. Creía que si ella cumplía con su parte, los demás acabarían haciendo lo propio tarde o temprano.

En el trabajo se la consideraba una persona idealista, poco práctica y poco realista, a lo que ella respondía que en la abogacía, realista era sinónimo de deshonesto. Se mantenía en sus trece.

Con todo, era cierto que a veces tenía la sensación de que ella misma se limitaba a casos que no ponían en entredicho sus convicciones. El propio jefe de la firma, Robert A. Koch, le había puesto palabras a esa sensación: «Alex, eres como un objetor de conciencia: dejas que sean los demás los que entren en combate, pero hay veces en que no puede evitarse el conflicto y entonces hay que tomar las armas».

Koch era ex marine, como su padre, con quien compartía el orgullo de serlo y la misma franqueza y brusquedad a la hora de expresarse. Alex nunca se lo había tomado en serio, pero ahora eso había cambiado. Ignoraba qué estaba sucediendo, pero sabía que la labia no sería suficiente para sacarla del aprieto.

También sabía que nadie iba a clavarle una aguja, ni a ella ni a su hijo, y haría lo que hubiera que hacer para impedirlo.

Cualquier cosa.

Volvió a repasar mentalmente el incidente del colegio. No llevaba pistola porque nunca la había tenido, pero en esos momentos le habría gustado empuñar una. Se preguntó si los habría matado en el caso de que se hubieran atrevido a hacerle algo a su hijo.

La respuesta fue: sí, los habría matado.

Y sabía que era cierto.

Un Toyota Highlander blanco con el parachoques delantero destrozado aparcó cerca de allí. Vio a Amy al volante.

—Jamie, vamos —lo llamó.

Jamie enfiló el camino hacia su casa, pero Alex lo obligó a virar en otra dirección.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a hacer un viajecito.

—¿Adónde? —No las tenía todas consigo—. No quiero viajar.

—Te compraré una PSP —dijo Alex sin pensárselo dos veces. Llevaba un año entero negándose en redondo a comprarle uno de esos juegos electrónicos, pero en esos momentos dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—¿De verdad? ¡Gracias! —Con todo, siguió con el ceño fruncido—. Pero ¿qué juegos? Quiero el de Tony Hawk Tres y el de Shrek...

—Lo que quieras, pero sube al coche. Vamos a llevar a Amy de vuelta al trabajo.

—¿Y luego? ¿A dónde iremos luego?

—A Legoland.

Lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Te he traído el paquete de tu padre —le informó Amy por el camino de vuelta a la oficina—. Pensé que lo querrías.

—¿Qué paquete?

—Llegó al despacho la semana pasada, pero no lo abriste, estabas con lo del juicio de Mick Crowley por el caso de violación. Ya sabes, ese periodista político al que le gustan los niños pequeños.

Era un pequeño paquete FedEx. Alex rasgó el sobre y vació el contenido en su regazo.

Un móvil barato de tarjeta.

Dos tarjetas prepago.

Cinco mil dólares en billetes de cien envueltos en papel de aluminio.

Una nota críptica: «En caso de necesidad. No uses las tarjetas de crédito. Apaga tu móvil. No le digas a nadie a dónde vas. Coge prestado el coche de alguien. Envíame un mensaje al busca cuando estés en un motel. No te separes de Jamie».

—Qué hijo de puta —suspiró Alex.

—¿Qué es?

—De verdad que a veces lo mataría —contestó. Era todo lo que Amy necesitaba saber—. Escucha, hoy es martes, ¿por qué no te tomas un largo fin de semana?

—Eso es lo que quiere hacer mi novio. Le gustaría ir a Pebble Beach a ver el desfile de coches antiguos.

—Qué gran idea. Llévate mi coche.

—¿De verdad? No sé... ¿Y si le pasa algo? ¿Y si tengo un accidente o algo así?

—No te preocupes por eso —la tranquilizó Alex—, anda, llévatelo.

Amy frunció el ceño. Se hizo un largo silencio.

—¿No será peligroso?

—Qué va a ser peligroso.

—No sé en qué estás metida.

—No es nada, un caso de identificación equivocada. El lunes estará todo aclarado, te lo prometo. Tráete el coche el domingo por la noche y nos vemos el lunes en el despacho.

—¿Estás segura?

—Totalmente.

—¿Puede conducir mi novio? —preguntó Amy.

—Pues claro.

De no ser por la caja de cereales, Georgia Bellarmino no lo habría sabido nunca.

Georgia estaba al teléfono con un cliente de Nueva York, un asesor de inversiones que acababa de conseguir un puesto en el Departamento de Energía. Estaban hablando sobre la casa que iba a comprar para la familia cuando se mudaran a Rockville, en Maryland. Georgia, la agente inmobiliaria de Rockville con mayores ventas durante tres años consecutivos, estaba ocupada tratando de ultimar los detalles de la compra cuando su hija de dieciséis años, Jennifer, la llamó desde la cocina.

—Mamá, voy a llegar tarde al insti. ¿Dónde están los cereales?

—En la mesa de la cocina.

—No, no están.

—Vuelve a mirar.

—¡Mamá, no quedan! Debe de habérselos acabado Jimmy.

La señora Bellarmino tapó el auricular con la mano.

—Pues coge otra caja, Jen. Tienes dieciséis años y dos manitas.

—¿Dónde está?

Portazos en la cocina.

—Mira encima del horno —le indicó su madre.

—Ya lo he hecho, no hay.

La señora Bellarmino le dijo a su cliente que lo llamaría más tarde y fue a la cocina. Su hija llevaba unos vaqueros de cintura baja y un top mínimo que se parecía a lo que una buscona se habría puesto para ir a trabajar. En los tiempos que corrían, hasta las jovencitas de instituto se vestían así. Suspiró.

—Mira encima del horno, Jen.

—Que ya lo he hecho.

—Vuelve a mirar.

—Mamá, ¿por qué no los encuentras tú y ya está? Voy a llegar tarde.

La señora Bellarmino se mantuvo firme.

—Encima del horno.

Jennifer alargó la mano, abrió las puertas y sacó la caja de cereales que, evidentemente, estaba justo donde había dicho su madre. Sin embargo, la señora Bellarmino no miraba la caja, sino la barriga de su hija, que había quedado al descubierto.

—Jen... Te han vuelto a salir esos morados.

Su hija sacó la caja y se estiró el top para taparse la barriga.

—No es nada.

—El otro día también los tenías.

—Mamá, llego tarde.

Se sentó a la mesa.

—Jennifer, déjame ver eso.

Su hija se puso en pie con un suspiro de exasperación y se levantó el top para dejar la barriga al descubierto. La señora Bellarmino vio un morado de unos tres centímetros justo encima de la raya del biquini. Y aun otro, más difuminado, en el otro lado.

—No es nada, mamá. Es que me doy con el canto del escritorio.

—Pero no tendrían que salirte morados...

—No es nada.

—¿Te tomas las vitaminas?

—Mamá, ¿podrías dejarme desayunar tranquila?

—Ya sabes que puedes contarme lo que sea, sabes que...

—¡Mamá, vas a hacerme llegar tarde al insti! ¡Tengo un examen de francés!

De nada le valdría seguir presionándola en ese momento y, de todos modos, el teléfono volvió a sonar. Seguro que era el pesado del cliente de Nueva York. Los clientes no tenían paciencia, esperaban que los agentes inmobiliarios estuvieran disponibles a todas horas del día. Fue a la otra habitación para atender la llamada y abrió la carpeta para repasar los números.

Cinco minutos después, su hija gritó desde la otra punta:

—¡Adiós, mamá!

Georgia oyó el portazo de la entrada.

La dejó muy preocupada. Tenía un presentimiento, así que llamó a su marido al laboratorio de Bethesda. Por una vez Rob no estaba reunido y la pasaron con él enseguida. Le contó lo sucedido.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —preguntó.

—Regístrale la habitación —contestó él sin vacilar—. Es nuestra responsabilidad.

—De acuerdo, llamaré a la oficina y los avisaré de que llegaré tarde.

—Luego tengo que coger un vuelo, pero dime qué has encontrado.

El Boeing 737 de Barton Williams frenó en la terminal privada de Hopkins, en Cleveland, Ohio, y el quejido de los motores fue reduciéndose paulatinamente. El interior del aparato estaba equipado con todo tipo de lujos. Contaba con dos dormitorios, dos baños completos con ducha y un salón para ocho comensales. Con todo, el dormitorio principal, que ocupaba un tercio de la parte posterior del aparato —con una cama de matrimonio, un cubrecama de piel y luz ambiente—, era donde Barton pasaba la mayor parte del vuelo. Solo necesitaba una azafata, pero siempre viajaba con tres. Le gustaba la compañía. Le gustaban las risas y la cháchara. Le gustaba la piel joven y suave sobre el cubrecama, con la luz ambiente baja, cálida, rojiza, sensual. Y, qué diantre, a doce mil metros de altura era el único lugar donde estaba a salvo de su mujer.

Pensar en su esposa le enfriaba el entusiasmo. Miró el pajarraco encaramado en la percha del salón del avión.

—Me ha secuestrado —lo acusó el loro.

—Vuelve a repetirme tu nombre —pidió Barton.

—Riley. Doghouse Riley —contestó con voz impostada.

—No te pases de listo conmigo.

—Me llamo Gerard.

—Muy bien, Gerard. No me gusta demasiado, suena a extranjero. ¿Qué te parece Jerry? ¿Te gusta?

—No —contestó el loro—, no me gusta.

—¿Por qué no?

—Suena bobo. Menuda bobada.

Se hizo un incómodo silencio.

—¿De verdad? —preguntó Barton Williams con un deje amenazador en la voz. Williams sabía que no era más que un animal, pero no estaba acostumbrado a que lo llamaran bobo, y menos un pájaro; hacía muchísimos años que nadie lo trataba así. Empezó a notar que la ilusión por el regalo empezaba a remitir—. Jerry, será mejor que nos llevemos bien, porque ahora soy tu dueño.

—Las personas no tienen dueños.

—Tú no eres una persona, Jerry, tú eres un pajarraco. —Barton se acercó a la percha—. Permíteme que te explique cómo funciona esto: vas a ser un regalo para mi



mujer y quiero que te comportes, quiero que seas divertido y quiero que la lisonjees, la halagues y la hagas sentirse bien. ¿Entendido?

—Eso ya lo hacen los demás —contestó Gerard, imitando la voz del piloto, quien al oírlo desde la cabina, volvió la cabeza—. Por Dios, no sabes cómo me carga a veces ese viejo pelmazo.

Barton Williams frunció el ceño.

A continuación, oyó una fiel imitación del ruido de los motores en vuelo y por encima de este, la voz de una chica, una de las azafatas:

—Jenny, ¿a quién le toca chupársela, a ti o a mí?

—Te toca a ti.

—Vale... —Suspiro de resignación.

—No te olvides de llevarle su copa. —Se abre y se cierra una puerta.

Barton Williams empezó a sonrojarse. El loro continuó:

—¡Oh, Barton! ¡Sí, dame más! ¡Qué grande la tienes! ¡Sí, Barton! Sí, cariño. ¡Sí, machote! ¡Ah, cómo me gusta! ¡Qué grande, qué grande, aaaaaah!

Barton Williams fulminó al loro con la mirada.

—Creo que no vas a ser una adquisición bienvenida en mi hogar.

—*You're the reason our kids are ugly, little darlin'* —cantó Gerard.

—Se acabó —ordenó Barton, dándose la vuelta.

—¡Oh, Barton! ¡Sí, dame más! ¡Qué grande la tienes! ¡Ah...!

Barton Williams lanzó el cubrecama sobre la jaula del loro.

—Jenny, guapa, tú tienes familia en Dayton, ¿verdad?

—Sí, señor Williams.

—¿Crees que a alguien de tu familia le gustaría tener un pájaro parlanchín?

—Ah, bueno, la verdad es que... Sí, señor Williams, estoy segura de que les encantaría.

—Bien, bien. Te agradecería mucho que se lo regalaras hoy mismo.

—Por supuesto, señor Williams.

—Y si por alguna razón tu familia no acaba de apreciar la compañía alada, átale unos buenos pesos a las patas y títalo al río, porque no quiero volver a verlo en la vida.

—Sí, señor Williams.

—Lo he oído —advirtió el loro.

—Me alegro —contestó Barton Williams.

Después de que la limusina del anciano hubiera desaparecido a lo lejos, Jenny se quedó en el asfalto con la jaula cubierta.

—¿Y ahora qué hago yo con esto? Mi padre odia los pájaros, los caza.

—Llévalo a una tienda de mascotas —propuso el piloto—, o dáselo a alguien para que lo envíe a Utah o a México o a un lugar de esos.

Refreshing Paws era una exclusiva tienda de Shaker Heights en la que sobre todo vendían cachorros. El joven del mostrador era atractivo, tal vez un poco más joven que Jenny, y parecía estar en buena forma. La azafata entró llevando a Gerard en su jaula cubierta.

—¿Tenéis loros?

—No, solo perros. —Le sonrió—. ¿Qué llevas ahí? Me llamo Stan.

En la etiqueta de identificación se leía: STAN MILGRAM.

—¿Qué tal, Stan? Me llamo Jenny, y este es Gerard. Es un loro gris africano.

—Echémosle un vistazo. ¿Qué quieres, venderlo?

—O donarlo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Al dueño no le gusta.

Jenny retiró el trapo con un gesto brusco. Gerard parpadeó y ahuecó las alas.

—Me han secuestrado —dijo.

—Eh, habla muy bien —se sorprendió Stan.

—Le gusta mucho hablar —respondió Jenny.

—Le gusta mucho hablar —repitió Gerard, imitando su voz—. Deja de tratarme con condescendencia.

Stan frunció el ceño.

—¿Qué dice?

—Estoy rodeado de imbéciles —dijo Gerard.

—Habla sin parar —comentó Jenny, encogiéndose de hombros.

—¿Le pasa algo?

—No, nada.

Gerard se volvió hacia Stan.

—Ya te lo he dicho —insistió, enérgico—. Me han secuestrado y ella está implicada. Es cómplice de los secuestradores.

—¿Es robado? —quiso saber Stan.

—Robado no, secuestrado —lo corrigió Gerard.

—¿Y ese acento? —preguntó Stan, sonriendo a Jenny.

La joven se volvió de lado, para exhibirse de perfil.

—Es francés.

—Parece británico.

—Viene de Francia, ya no sé más.

—*Oh la la!* —exclamó Gerard—. ¿Es que nadie me escucha?

—Cree que es una persona —dijo Jenny.

—Soy una persona, imbécil, y si quieres tirarte a este tipo, ve y tíratelo, pero no me hagas perder el tiempo mientras exhibes tus encantos delante de él.

Jenny se sonrojó. El chico desvió la mirada y luego volvió a sonreírle.

—Vaya boca que tiene —comentó Jenny, todavía ruborizada.

—¿Dice palabrotas?

—Nunca le he oído decir tacos, no.

—Porque conozco a alguien a quien podría interesarle, siempre que no diga palabrotas.

—¿Y quién es ese alguien?

—Una tía mía que vive en California, en Mission Viejo, en el condado de Orange. Es viuda y vive sola. Le gustan los animales y necesita compañía.

—Ah, bien, eso estaría bien.

—¿Vas a regalarme? —se indignó Gerard—. ¡Eso es esclavismo! No soy algo que se pueda regalar.

—Tengo que acercarme hasta allí de aquí a un par de días —continuó Stan Milgram— y podría aprovechar para llevárselo. Sé que le gustará. Esto... ¿Qué haces esta noche?

—Puede que esté libre —contestó Jenny.

El almacén se encontraba cerca del aeropuerto de Medan. Tenía una claraboya, de modo que la luz era buena, y el joven orangután de mirada brillante y atenta que había en la jaula parecía bastante sano. Daba la impresión de haberse recuperado por completo de los dardos.

Pese a todo, Gorevitch paseaba arriba y abajo con gran frustración, echando miradas furtivas al reloj. La cámara de vídeo estaba volcada encima de una mesa cercana, con la cubierta rota y chorreando agua embarrada. Gorevitch la había desmontado para secarla, pero le faltaban herramientas. Le faltaba de todo.

En uno de los lados, Zanger, el representante de la cadena, preguntó:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Estamos esperando otra puñetera cámara —contestó Gorevitch. Se dirigió hacia el representante de DHL, un joven malayo con uniforme de color amarillo chillón—: ¿Cuánto falta?

—Han dicho que menos de una hora, señor.

Gorevitch dejó escapar un bufido desdeñoso.

—Hace dos horas dijeron lo mismo.

—Sí, señor, pero el avión ha despegado de Bekasi y ya viene hacia aquí.

Bekasi estaba en la costa norte de Java, a mil trescientos kilómetros de allí.

—¿Y la cámara va en el avión?

—Sí, eso creo.

Gorevitch siguió paseando, evitando la mirada acusadora de Zanger. Era todo un sainete. Durante casi una hora Gorevitch había sudado la gota gorda en la jungla para resucitar al simio antes de que el animal diera señales de volver a la vida. A continuación, había tenido que apañárselas para atarlo y volver a sedarlo —esta vez sin pasarse— y luego vigilar de cerca su evolución para evitar que la criatura sufriera una descarga de adrenalina mientras lo trasladaba al norte, a Medan, la ciudad más próxima al aeropuerto.

El orangután sobrevivió al viaje sin mayores percances y acabó en un almacén, donde no dejaba de renegar como un marinero holandés. Gorevitch se puso en contacto con Zanger, quien de inmediato voló hasta allí desde Nueva York.

Sin embargo, cuando Zanger llegó, el simio tenía laringitis y había dejado de hablar, solo emitía un ronco susurro.

—¿Qué coño quieres que hagamos con esto? —protestó Zanger—, pero si no se le oye.

—No importa —contestó Gorevitch—, lo grabamos y luego doblamos la voz. Ya sabes, lo sincronizamos con el movimiento de los labios.

—¿Que luego le añadirás la voz?

—Nadie se enterará.

—¿Te has vuelto loco? Se enterará todo Dios. Todos los laboratorios del mundo revisarán el vídeo con aparatos sofisticados. No tardarían ni cinco minutos en averiguar que lo has doblado.

—Está bien, entonces esperaremos a que se mejore —accedió Gorevitch.

Esa solución tampoco fue del agrado de Zanger.

—Parece enfermo. No me digas que se ha resfriado.

—Es posible —admitió Gorevitch.

De hecho, estaba casi seguro de haber sido él quien le había contagiado el resfriado durante el boca a boca. Para Gorevitch solo se trataba de un catarro leve, pero parecía revestir mayor gravedad para el orangután, que se doblaba sobre sí mismo con cada acceso de tos.

—Tiene que verlo un veterinario.

—Imposible, se trata de una especie protegida y nos lo hemos llevado, ¿recuerdas? —replicó Gorevitch.

—Te lo has llevado tú —puntualizó Zanger— y si no te andas con cuidado, también te lo cargarás.

—Es joven, se recuperará.

En efecto, al día siguiente el simio volvía a hablar, pero tosía espasmódicamente y escupía unos asquerosos salivazos de color verde amarillento. Gorevitch decidió que era preferible grabar al animal cuanto antes, así que fue a buscar el nuevo equipo al coche, tropezó y la cámara cayó a la cuneta embarrada. La cubierta se partió. Había ocurrido a apenas tres metros de la puerta del almacén.

Además, en toda la ciudad de Medan no consiguieron encontrar una cámara de vídeo decente, así que tuvieron que pedir que les enviaran una desde Java por avión. La estaban esperando, mientras el simio los insultaba, carraspeaba, les tosía y les escupía desde la jaula.

Zanger se mantenía fuera de su alcance, con gesto frustrado.

—Por Dios, menuda cagada.

—¿Cuánto falta? —preguntó Gorevitch una vez más, volviéndose hacia el chico malayo.

El joven sacudió la cabeza y se encogió de hombros.

Dentro de la jaula, el orangután tosió y soltó un taco.

Georgia Bellarmino abrió la puerta del dormitorio de su hija y le echó un rápido vistazo. La habitación era un caos, como siempre: migajas entre las arrugas de la colcha hecha un rebusco, CD rayados por el suelo, latas de Coca-Cola arrojadas debajo de la cama junto con un cepillo lleno de pelos, unas tenacillas de rizar y un tubo vacío de crema autobronceadora. Georgia abrió los cajones de la mesilla de noche y descubrió un montón de envoltorios de chicle, ropa interior hecha un ovillo, pastillas para el aliento, rímel, fotos del último baile del colegio, cerillas, una calculadora, unos calcetines sucios, números antiguos de *Teen*, *Vogue* y *People*. Y un paquete de cigarrillos que no le alegró el día precisamente.

A continuación, a por los cajones del tocador. Les echó un rápido vistazo, hurgando hasta el fondo. En el armario se entretuvo un poco más. En la parte de abajo se arremolinaba un batiburrillo de zapatos y zapatillas de deporte. Revisó el mueble del lavabo e incluso el cesto de la ropa sucia.

No encontró nada que explicara los morados.

Aunque se preguntó para qué querría un cesto en la habitación cuando Jennifer dejaba la ropa sucia tirada por el suelo del cuarto de baño. Georgia Bellarmino se agachó y la recogió en un acto reflejo, pero fue entonces cuando se fijó en el suelo embaldosado. Rayotes hechos por una goma. Débiles. En paralelo.

Sabía muy bien qué explicaba esas marcas: la escalera.

Levantó la vista y vio un panel del techo suelto y con marcas de dedos.

Georgia fue a buscar la escalera.

Apartó el panel y le cayeron encima agujas y jeringuillas, que acabaron en el suelo con un tintineo.

«Por amor de Dios», pensó. Subió un par de peldaños más y rebuscó en el hueco del ático. Tocó unos tubos de cartón apilados parecidos a cajas de dentífrico, y los sacó. Todos tenían nombre de medicamento: Lupron, Gonal-F, Follestim.

Fármacos para el tratamiento de la infertilidad.

¿Qué estaba haciendo su hija?

Decidió no llamar a su marido, solo lo preocuparía. En su lugar sacó el móvil y marcó el número del instituto.

El intercomunicador zumbaba en su consulta de Chicago, pero el doctor Martin Bennett no le prestó atención.

El informe de la biopsia era peor de lo que había esperado, mucho peor. Pasó los dedos a lo largo del borde del papel, preguntándose cómo se lo iba a decir al paciente.

Martin Bennett tenía cincuenta y cinco años, llevaba siendo especialista en medicina interna cerca de veinticinco y en su día había dado malas noticias a muchos pacientes. Sin embargo, no por eso resultaba más fácil, especialmente si eran jóvenes y tenían niños pequeños. Miró las fotografías de sus hijos sobre el escritorio. Ahora los dos iban a la universidad. Tad estaba a punto de licenciarse en Stanford y Bill iba a Columbia. Además, Bill estaba realizando un curso preparatorio para entrar en la facultad de medicina.

Oyó que llamaban a la puerta y, segundos después, su enfermera, Beverly, asomó la cabeza.

—Lo siento, doctor Bennett, pero creo que es importante y como no respondía al intercomunicador...

—Lo sé, solo estaba... tratando de encontrar la manera de decírselo. —Se enderezó—. Haga pasar a Andrea.

Beverly sacudió la cabeza.

—Andrea no ha llegado todavía, yo le hablo de la otra mujer.

—¿Qué otra mujer?

Beverly entró en la consulta y cerró la puerta detrás de ella. Bajó la voz.

—Su hija.

—¿De qué está hablando? No tengo ninguna hija.

—Bueno, ahí fuera en la sala de espera hay una mujer que dice que es su hija.

—Eso es imposible —repuso Bennett—. ¿Quién es?

Beverly le echó un vistazo a una tarjeta.

—Se apellida Murphy y vive en Seattle. Su madre trabaja en la universidad. Debe de tener unos veintiocho años y viene con una niñita, de año y medio o así.

—¿Murphy? ¿Seattle? —Bennett intentó hacer memoria—. ¿Y dice que tiene unos veintiocho años? No, no. Es imposible.

Había tenido sus aventuras cuando iba a la universidad, pero llevaba cerca de treinta años casado con Emily y desde entonces solo le había sido infiel en los

congresos de medicina. Ciertamente, se celebraban dos veces al año como mínimo, en Cancún, en Suiza, en sitios exóticos, pero el asunto de la infidelidad había empezado hacía solo unos diez o quince años. Era imposible que tuviera una hija de esa edad.

—Supongo que nunca puede estarse seguro... —aventuró Beverly—. ¿La hago pasar?

—No.

—Ahora se lo digo —aseguró Beverly, y añadió con un hilo de voz—: pero supongo que no estaría bien que montara una escena delante de los demás pacientes. Tiene pinta de ser un poquito, esto, inestable. Y si no es su hija, tal vez podría quitársela de encima rápidamente en privado.

Bennett asintió despacio. Se recostó en la silla.

—Está bien —accedió—, hágala pasar.

—Menuda sorpresa, ¿eh? —La mujer de la puerta que acunaba a la niña que llevaba en brazos era una rubia poco agraciada, de estatura media, vestida con vaqueros y una camiseta. Ropa desastrada. La niña tenía la cara sucia y se le caían los mocos—. Disculpe que no vaya vestida para la ocasión, pero ya sabe cómo son estas cosas.

Bennett no se levantó.

—Adelante, por favor, ¿señorita...?

—Murphy. Elizabeth Murphy. —Señaló a la niña con un gesto de cabeza—. Esta es Bess.

—Soy el doctor Bennett.

Le hizo un gesto con la mano para que tomara asiento enfrente del escritorio. La observó con detenimiento mientras se sentaba, pero no descubrió ningún parecido, nada de nada. Él tenía el cabello oscuro, piel clara y un ligero sobrepeso. Ella era más bien morena de piel aceitunada, muy delgada, nerviosa y de aspecto enfermizo.

—Sí, lo sé, está pensando que no me parezco a usted en nada, pero con mi verdadero color de pelo y un poco más de peso, enseguida se nota el parecido familiar.

—Disculpe, pero, para ser sincero, no lo veo —repuso Bennett, recostándose hacia atrás.

—No pasa nada —aseguró ella, encogiéndose de hombros—, supongo que debe de ser una gran sorpresa para usted, esto de presentarme en su consulta así.

—Desde luego, es una sorpresa.

—Quería llamar antes para avisarle, pero luego decidí pasarme directamente y ya está, por si acaso se negaba a recibirme.

—Ya veo. Señorita Murphy, ¿qué le hace pensar que es usted mi hija?

—Lo soy, se lo aseguro, de eso no hay duda.

La joven hablaba con asombrosa seguridad.



—¿Su madre dice conocerme? —preguntó Bennett.

—No.

—¿Nos hemos visto alguna vez?

—Dios, no.

Bennett suspiró, aliviado.

—Entonces temo que no entiendo...

—Iré al grano: fue residente en Dallas, en el Southern Memorial.

Bennett frunció el ceño.

—Sí...

—Por entonces llevaban un registro de los estudiantes por si acaso los necesitaban para donaciones urgentes de sangre.

—Fue hace mucho tiempo.

Echó cuentas. De eso debía de hacer unos treinta años.

—Pues bien, no tiraron la sangre.

Bennett volvió a apreciar la convicción en su tono de voz.

—Y eso ¿qué significa?

Murphy se removió en el asiento.

—¿Quiere coger a su nieta?

—Por ahora no, gracias.

La mujer esbozó una sonrisa torcida.

—No es como esperaba. Creía que un médico sería más... comprensivo. Hasta en Bellevue, donde te dan la metadona, hay gente más amable.

—Señorita Murphy, permítame...

—Cuando dejé las drogas y tuve esta preciosa niña, quise darle un sentido a mi vida, quise que mi hija conociera a sus abuelos. Así que pensé en encontrarme por fin con usted.

Bennett decidió que había llegado el momento de poner fin a aquella farsa, así que se levantó.

—Señorita Murphy, supongo que sabe que puedo pedir un análisis genético y que este demostrará...

—Sí, lo sé.

La mujer arrojó una hoja de papel doblada encima de la mesa. Bennett la abrió despacio. Se trataba de los resultados de una prueba realizada en un laboratorio genético de Dallas. Le echó un vistazo y, de pronto, se sintió mareado.

—Ratifica que es mi padre más allá de cualquier duda —lo informó la mujer—. Una posibilidad entre cuatro mil millones de que no lo sea. Contrastaron mi material genético con su sangre almacenada.

—Esto es una locura —se escandalizó Bennett, desplomándose en la silla.

—Creía que me felicitaría, no fue fácil averiguarlo. Mi madre vivía en St. Louis

hace veintiocho años. Por entonces estaba casada...

Bennett había cursado sus estudios en la facultad de medicina de St. Louis.

—Pero si no me conoce.

—Se hizo inseminar con el espermatozoides de un donante. Con el suyo. —A Bennett empezó a darle vueltas la cabeza—. Supuse que el donante sería un estudiante de medicina —continuó la mujer— porque mi madre acudió a la clínica de la facultad y esta contaba con su propio banco de espermatozoides. Por ese entonces los estudiantes de medicina donaban semen a cambio de dinero, ¿no?

—Sí, veinticinco dólares.

—Ahí lo tiene, mucho dinero en esos días. Y se podía hacer, ¿qué? ¿Una vez a la semana? Solo había que entrar ahí y meneársela un rato.

—Más o menos.

—Hace quince años la clínica se incendió y se perdieron todos los informes, pero me hice con los anuarios de los estudiantes y rebusqué entre ellos. Los cursos tenían ciento veinte alumnos, la mitad mujeres. Eso son unos sesenta hombres. Si eliminas los asiáticos y otras minorías, te quedan treinta y cinco por año. Por entonces no solía guardarse el espermatozoides más de un año, así que al final me quedaron unos ciento cuarenta nombres. Fue más rápido de lo que creía.

Bennett se hundió en la silla.

—Aunque, ¿quiere saber la verdad? Lo supe al instante, en cuanto vi su foto en el anuario médico. No sé, el pelo, las cejas... —Se encogió de hombros—. Da igual, aquí estoy.

—Se suponía que esto no ocurriría —protestó Bennett—. Éramos donantes anónimos, se nos dijo que no podrían rastrearnos y que jamás sabríamos si teníamos hijos o no. Por ese entonces, el anonimato era incuestionable.

—Bueno, sí, eso era entonces.

—Pero yo nunca quise ser su padre, a eso voy.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Qué quiere que le diga?

—Mi intención no era tener un hijo, sino ayudar a parejas estériles a tener uno.

—Bueno, pues soy su hija.

—Pero usted ya tiene padres...

—Soy su hija, doctor Bennett, y puedo demostrarlo en los tribunales.

Se hizo un silencio durante el que se miraron fijamente. La niña babeaba y no paraba de moverse.

—¿Por qué ha venido aquí? —preguntó Bennett, al fin.

—Quería conocer a mi padre biológico...

—Muy bien, ya me conoce.

—Y quería que cumpliera con sus obligaciones. Por lo que me hizo.

Así que era eso, por fin ponía las cartas sobre la mesa.

—Señorita Murphy, no obtendrá nada de mí —le advirtió, muy despacio.

Bennett se levantó y ella hizo otro tanto.

—Soy drogadicta por culpa de sus genes.

—No diga estupideces.

—Su padre era alcohólico y usted también tuvo problemas con las drogas. Lleva los genes de la adicción.

—¿Qué genes?

—El AGS3, responsable de la dependencia a la heroína; el DAT1, responsable de la dependencia a la cocaína. Usted tiene esos genes, igual que yo, y fue de usted de quien los heredé. Para empezar, jamás debería de haber donado esperma.

—¿De qué está hablando? —preguntó, repentinamente nervioso. Esa mujer estaba siguiendo a las claras un guión aprendido. Percibió el peligro—. Doné esperma hace treinta años, cuando no existía ninguna prueba. Hoy no puede exigir responsabilidades...

—Usted lo sabía —lo atajó ella—. Usted sabía que tenía un problema con la cocaína, sabía que lo llevaba en la sangre, pero aun así vendió su esperma, puso su peligroso semen en el mercado sin pensar en los posibles infectados.

—¿Infectados?

—No tenía derecho a hacer lo que hizo. Es usted la vergüenza de la profesión médica. Hizo que otra gente cargara con sus enfermedades genéticas... Y encima le importaba un pimiento.

A pesar de lo alterado que estaba, consiguió controlarse. Se dirigió hacia la puerta.

—Señorita Murphy, no tengo nada más que hablar con usted —dijo.

—¿Me está echando? Se arrepentirá de esto. Se arrepentirá, se lo aseguro.

Y salió de la consulta echando pestes.

Bennett se desplomó en la silla, sintiéndose repentinamente exhausto. Estaba conmocionado. Se quedó mirando el escritorio y la pila de historiales de los pacientes de la sala de espera. En ese momento, nada parecía tener importancia. Llamó a su abogado y le explicó la situación sucintamente.

—¿Quiere dinero? —preguntó el abogado.

—Supongo.

—¿Te ha dicho cuánto?

—Jeff, ¿no estarás hablando en serio? —se escandalizó Bennett.

—Por desgracia, sí —contestó el abogado. Ocurrió en Missouri cuando allí todavía no existían leyes claras acerca de la paternidad en temas relacionados con la inseminación artificial. Los casos como el tuyo no habían supuesto ningún problema

hasta hace muy poco. No obstante, por norma el tribunal siempre ordena la manutención del hijo en disputas de paternidad.

—Tiene veintiocho años.

—Sí, y padres, y pese a todo puede alegar malos tratos durante la infancia y lo que le apetezca sacarse de la manga. Puede que consiga algo del juez o puede que no, pero recuerda que los fallos sobre paternidad suelen ser desfavorables para los hombres. Pongamos que dejas a una mujer embarazada y que esta decide abortar. Puede hacerlo sin consultarte, pero si decide tenerlo, tendrás que hacerte cargo de la manutención de la criatura aunque nunca hubieras accedido a tener un hijo con la madre. El tribunal alegará que, en primer lugar, es responsabilidad tuya no haberla dejado embarazada. O supón que les haces un análisis genético a tus hijos y descubres que no son tuyos, que tu mujer te ha engañado. El tribunal seguirá exigiéndote la manutención de esos niños.

—Pero si tiene veintiocho años, ya no es una niña...

—La cuestión es la siguiente: ¿le conviene a un médico prominente ir a los tribunales por negarse a pagar la manutención de su hija?

—No —contestó Bennett.

—Exacto, no le conviene, y ella lo sabe. Además, supongo que también conoce la ley de Missouri, así que te recomiendo que esperes a que vuelva a ponerse en contacto contigo, que conciertes una entrevista con ella y que me llames. Si tiene abogado, mejor que mejor. Procura que también esté presente. Mientras tanto, envíame por fax ese análisis genético que te ha dado.

—¿Voy a tener que pagarle?

—Cuenta con ello —le aseguró el abogado, y colgó.

La agente que custodiaba la recepción de la comisaría de Rockville era una atractiva mujer negra de piel satinada y unos veinticinco años. En la placa identificativa se leía: AGENTE J. LOWRY. Llevaba el uniforme arrugado. Georgia Bellarmino empujó a su hija para que se acercara al mostrador y dejó la bolsa de papel llena de jeringuillas delante de la policía.

—Agente Lowry, quisiera saber por qué mi hija tiene estas cosas, pero se niega a decírmelo.

Su hija la fulminó con la mirada.

—Te odio, mamá.

La agente Lowry no pareció sorprenderse. Miró las jeringuillas y se volvió hacia la hija de Georgia.

—¿Te las ha recetado un médico?

—Sí.

—¿Tienen que ver con temas de fertilidad?

—Sí.

—¿Qué edad tienes?

—Dieciséis años.

—¿Puedo ver algún tipo de identificación?

—Dice la verdad, tiene dieciséis años —intervino Georgia Bellarmino, inclinándose hacia delante—, y quiero saber...

—Lo siento, señora —la atajó la policía—, si tiene dieciséis años y estos fármacos están relacionados con temas de fertilidad, no tiene la obligación de informarle.

—¿Qué significa que no tiene la obligación de informarme? Es mi hija y tiene dieciséis años.

—Es lo que dice la ley, señora.

—Pero esa ley hace referencia a los abortos y ese no es su caso. No sé qué narices está haciendo con estos fármacos. ¿No lo entiende? Se está chutando fármacos para ser fértil.

—Lo siento, pero no puedo ayudarla.

—¿Me está diciendo que mi hija puede inyectarse medicamentos y que a mí no me está permitido saber qué ocurre?

—No, si ella no quiere decírselo, no.

—¿Y su médico?

La agente Lowry sacudió la cabeza.

—Él tampoco puede decirle nada. Se lo exige el secreto profesional.

Georgia Bellarmino recogió las jeringuillas y las volvió a meter en la bolsa.

—Esto es ridículo.

—Yo no redacto las leyes —contestó la policía—, solo me ocupo de que se cumplan.

Volvieron a casa en coche.

—Cariño, ¿estás intentando quedarte embarazada? —preguntó Georgia.

—No —contestó furiosa Jennifer, sentada con los brazos cruzados.

—Tienes dieciséis años, por lo que no debería ser difícil... Así que, ¿se puede saber qué estás haciendo?

—Me has hecho sentir como una imbécil.

—Cariño, estoy preocupada.

—No, no lo estás. Eres una bruja entrometida. Te odio y odio este coche.

Siguieron discutiendo durante un rato, hasta que Georgia dejó a su hija en el instituto. Jennifer salió del coche y estampó la puerta.

—¡Y encima me haces llegar tarde a francés!

Había sido una mañana extenuante y había cancelado dos visitas. Ahora tendría que intentar volver a emplazar a sus clientes para otra ocasión. Georgia entró en el despacho, dejó la bolsa de jeringuillas en el suelo y empezó a marcar los números.

La secretaria, Florence, entró y vio la bolsa.

—Vaya, ¿no eres ya un poco mayor para esto?

—No son mías —contestó Georgia, molesta.

—Entonces... ¿No serán de tu hija?

Georgia asintió con la cabeza.

—Sí.

—Es ese doctor Vandickien.

—¿Quién?

—El tipo ese de Miami. Las adolescentes toman hormonas, se les inflan los ovarios, le venden los óvulos y se embolsan el dinero.

—Para hacer ¿qué?

—Para pagarse implantes de mama.

Georgia suspiró.

—Genial, lo que me faltaba.

Quería que su marido tuviera una charla con Jennifer pero, por desgracia, Rob estaba en un vuelo hacia Ohio, donde iba a grabar un programa de televisión que

trataría sobre él. La discusión, acalorada sin duda, tendría que esperar.

En el tranvía subterráneo que comunica el edificio de oficinas del Senado con el comedor, el senador Robert Wilson (demócrata por Vermont) se volvió hacia la senadora Dianne Feinstein (demócrata por California) y le comentó:

—Creo que deberíamos ir un paso por delante con lo de la genética. Por ejemplo, deberíamos redactar una ley para prevenir que las jóvenes pudieran vender sus óvulos por dinero.

—Eso ya lo están haciendo, Bob —repuso Feinstein—, hoy por hoy ya pueden vender sus óvulos.

—¿Para qué? ¿Para pagarse la universidad?

—Tal vez algunas, pero la mayoría lo hacen para comprarle un coche nuevo al novio o para pagarse una operación de estética.

El senador Wilson no daba crédito.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—Desde hace un par de años —contestó Feinstein.

—Tal vez en California...

—En todas partes, Bob. Una adolescente de New Hampshire lo hizo para pagar la fianza de su novio.

—¿Y no te preocupa?

—No me gusta —aseguró Feinstein—, creo que no se les informa como es debido y que, médicamente, el procedimiento entraña muchos riesgos. Me temo que esas chicas están poniendo en peligro su capacidad reproductora futura, pero ¿en qué nos fundamentaríamos para prohibirlo? Se trata de su cuerpo y de sus óvulos. —Feinstein se encogió de hombros—. De todas maneras, ese barco ya ha zarpado, Bob. Hace mucho tiempo.



¡Otra vez no!

Ellis Levine encontró a su madre en la segunda planta de la tienda Polo Ralph Lauren de la esquina de Madison con la Setenta y dos. Se contemplaba en un espejo, vestida con un traje de lino de color crema y un pañuelo verde, volviéndose hacia uno y otro lado para verse mejor.

—Hola, cariño —lo saludó al verlo—. ¿Vas a montarme otra escena?

—Mamá, ¿qué haces?

—Comprando unas cosillas para el verano, corazón.

—Ya hemos hablado de esto —protestó Ellis.

—Si solo son cuatro trapos —replicó su madre—. Para el verano. ¿Te gustan las vueltas de estos pantalones?

—Mamá, creía que había quedado claro.

Su madre frunció el ceño y se ahuecó el pelo con aire ausente.

—¿Te gusta el fular? Creo que queda un poco exagerado.

—Tenemos que hablar.

—¿Vamos a comer?

—El pulverizador era inocuo.

—Pues no sé qué decirte... —Se acarició la mejilla—. Me noto la piel como más hidratada. Lo advertí al cabo de una semana, aunque tampoco te vayas a creer, eh.

—Y no dejas de comprar.

—Pero si ya apenas salgo de compras.

—Tres mil dólares la semana pasada.

—Ah, no te preocupes: ya he devuelto la mayoría de las cosas. —Ahuecó el fular—. Creo que el verde no me sienta bien a la cara, parezco enferma, pero un fular rosa podría quedar bien. Voy a preguntar si lo tienen en rosa.

Ellis la miraba de hito en hito. Lo atenazaba un mal presentimiento. Se convenció de que a su madre le pasaba algo. Estaba delante del espejo, exactamente en el mismo lugar que unas semanas atrás y mostrando la misma y total indiferencia de entonces por él, por lo que tuviera que decirle y por la situación familiar y económica que atravesaba. Su comportamiento estaba por completo fuera de lugar.

Como contable que era, Ellis huía de la gente que no sabía administrar su dinero. El dinero era real, tangible; datos concretos y hojas de cálculo. Los números y las

cifras no dependían de un punto de vista, no cambiaban según los mirases. Su madre no quería afrontar la penosa realidad de su situación económica.

La vio sonreír y preguntarle a la dependienta si también tenían ese fular en rosa. La joven le contestó que no, que ese año no lo habían sacado en rosa, que solo lo tenían en verde o blanco. Su madre le pidió que le sacara el blanco. La dependienta se alejó y su madre le dedicó a Ellis una sonrisa.

Totalmente fuera de lugar. Como si... Se le ocurrió que tal vez podría tratarse de un caso de demencia prematura, de un primer síntoma.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así cómo, mamá?

—No estoy loca, no vas a meterme en un asilo.

—¿Cómo se te ocurre decir una cosa así?

—Sé que tus hermanos y tú queréis el dinero, por eso estáis vendiendo los apartamentos de Vail y de las islas Vírgenes, por el dinero. Menudo hatajo de usureros. Sois como buitres a la espera de que tu padre y yo nos muramos, y si no nos morimos, pues lo aceleráis y punto, nos declararéis incapacitados, nos metéis en un asilo y un problema menos. Ese es vuestro plan, ¿verdad?

La dependienta regresó con un fular blanco. Su madre se lo envolvió en el cuello y se echó el extremo por encima del hombro con un gesto extravagante.

—Bueno, don sabelotodo, pues no vais a meterme en un asilo, ya os lo podéis estar quitando de la cabeza. —Se volvió hacia la joven—. Me lo llevo —decidió, sonriendo.

Los hermanos se vieron por la noche. Jeff, el más guapo y con contactos en los mejores restaurantes de la ciudad, les consiguió una mesa cerca de la cascada del Sushi Hana. A pesar de que todavía era pronto, el lugar estaba abarrotado de modelos y actrices a las que Jeff no les quitaba ojo.

—¿Cómo van las cosas por casa? —preguntó Ellis, enojado.

—Bien. —Jeff se encogió de hombros—. A veces tengo que trabajar hasta tarde, ya sabes.

—No, no lo sé, porque no soy un gran asesor financiero y las chicas no me guiñan el ojo como te lo guiñan a ti.

Aaron, el más joven de los tres, el abogado, estaba hablando por el móvil. Terminó y lo cerró.

—Parad ya, vosotros dos. Llevo oyendo la misma cantinela desde el instituto. ¿Cómo está mamá?

—Ya te lo dije por teléfono —contestó Ellis—, da miedo. Sonríe y parece feliz. No le importa nada.

—Tres de los grandes la semana pasada.

—Y no le importa. Compra más que nunca.

—Pues vaya con el gen del pulverizador —comentó Aaron—. Por cierto, ¿de dónde lo sacaste?

—De unos tipos que trabajan en una compañía de California. BioGen.

Jeff tenía la mirada puesta en otros asuntos, pero al oír ese nombre se volvió hacia la mesa.

—Eh, he oído algo sobre BioGen. Tienen problemas.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Aaron.

—No sé qué de un producto que está contaminado. Sus beneficios caen en picado. Creo que no fueron todo lo rigurosos que debían o cometieron un error, no lo recuerdo. Iban a salir a bolsa dentro de poco, pero se vendrán abajo seguro.

Aaron se volvió hacia Ellis.

—¿Crees que ese pulverizador está afectando a mamá?

—No, no lo creo. Creo que la mierda esa no hacía nada.

—Pero si estaba contaminada... —sugirió Aaron.

—Olvida que eres abogado por un momento. La envié una prima de mamá como un favor especial.

—Ya, pero la terapia génica es peligrosa —insistió Aaron—. Ha habido muertos. Y muchos.

Ellis suspiró.

—Aaron, no vamos a demandar a nadie —dijo Ellis—. Creo que nos encontramos a las puertas de, bueno, ya sabéis, un deterioro mental. Alzheimer o algo por el estilo.

—Solo tiene sesenta y dos años.

—No empieza tan pronto.

Aaron sacudió la cabeza.

—Vamos, Ellie, hace nada estaba sana como una manzana y con la cabeza en su sitio y ahora me dices que está medio senil. Podría ser el pulverizador.

—Contaminación —les recordó Jeff, sonriéndole a una chica.

—Jeff, joder, ¿quieres prestar atención?

—Ya lo hago, mira qué delantera.

—No son de verdad.

—Cómo te gusta fastidiarlo todo.

—Y también se ha hecho la nariz.

—Es guapa.

—Está paranoica —dijo Ellis.

—¿Qué sabrás?

—Hablo de mamá. Cree que vamos a meterla en un asilo.

—Puede que tengamos que hacerlo —repuso Aaron—, y será muy caro. Pero si lo hacemos será por culpa de esa compañía genética. Ya sabéis que la gente no le tiene

mucha simpatía a ese tipo de empresas. Las encuestas de opinión pública revelan que el 92 por ciento está en su contra. Se las tiene por unas cabronazas sin escrúpulos indiferentes a la vida humana. Cosechas modificadas genéticamente que se cargan el medio ambiente, patentes genéticas que se apropian de nuestra herencia común mientras nadie mira, ingresos de miles de dólares por medicamentos que apenas cuestan un centavo, afirman que se dedican a la investigación cuando en realidad no lo hacen y se limitan a comprar el trabajo de otros, alegan que tienen altos costes de investigación cuando la mayoría del dinero se lo gastan en publicidad... Y luego viene la publicidad engañosa. Ladinos, deshonestos, indolentes, ladrones y gilipollas. El caso está ganado de antemano.

—No estamos hablando de una demanda, estamos hablando de mamá —protestó Ellis.

—Papá está bien —aseguró Jeff—. Que se ocupe él de ella.

Se levantó de la mesa y fue a sentarse con tres chicas de largas piernas con minifalda.

—Pero si no deben de tener más de quince años —se escandalizó Ellis, con gesto de desaprobación.

—Les han servido alcohol —observó Aaron.

—Tiene dos hijos en el colegio.

—¿Cómo van las cosas por casa? —preguntó Aaron.

—Que te den.

—No nos desviemos del tema, puede que mamá esté perdiendo la cabeza o puede que no, pero vamos a necesitar un montón de pasta si tenemos que meterla en un asilo. No sé si podremos permitirnoslo.

—Entonces, ¿qué propones?

—Quiero saber más sobre BioGen y ese gen en pulverizador que enviaron. Mucho más.

—Me suena a que ya estás planeando la demanda.

—Hay que ser previsor —contestó Aaron.

—¡Tío, esto no se queda así!

Billy Cleever, el malhumorado alumno de sexto curso, arrancó del suelo sobre su tabla con un aéreo de la vieja escuela, dibujó en el aire un giro hacia dentro de trescientos sesenta grados, encogiéndose las piernas hacia atrás y agarrando a la espalda el extremo trasero de la tabla con una mano, y aterrizó en la acera haciendo girar la tabla en el aire y cayendo sobre ella. Le salió impecable, y menos mal, porque ese día tenía la sensación de haber perdido parte de ese gancho por el que lo admiraban los demás. Sin embargo, en vez de ponerse a gritar como era lo habitual, los cuatro chicos que lo seguían permanecieron mudos, y eso que estaban en la empinada cuesta de San Diego que daba a Market Street. Aun así, silencio. Como si hubieran perdido la confianza en él.

Ese día habían humillado a Billy Cleever. La mano le dolía a rabiar y aunque le había dicho a la imbécil de la enfermera que le pusiera una tirita, ella había insistido en ese aparatoso vendaje blanco. Se lo había arrancado en cuanto acabaron las clases, pero seguía teniendo una pinta de pena, parecía un lisiado, como si estuviera enfermo.

Humillado. Solo tenía once años, pero Billy Cleever ya medía un metro setenta y cinco y pesaba cincuenta y cinco kilos, puro músculo para un chaval de su edad. Con esa altura les sacaba una cabeza a todos sus compañeros; incluso era más alto que muchos de los profesores y, por ende, nadie se metía con él.

Ese mierdecilla de Jamie, ese payaso de dientes salidos no tendría que haberse puesto en medio. Markie Lester, el Pestes, le había lanzado un balón y estaba retrocediendo para recibirlo cuando tropezó con esa especie de castor que lo hizo caer, llevándose con él. Billy estaba cabreado y sonrojado, espatarrado delante de todo el mundo, mientras Sarah Hardy y los demás intentaban disimular las risas. El niño todavía estaba en el suelo, así que Billy le dio un par de puntapiés con sus zapatillas de skater —una tontería, solo a modo de advertencia— y cuando el crío se levantó, le dio una colleja. Tampoco era para tanto.

Pese a todo, cuando quiso darse cuenta el niño mono le había saltado a la espalda y le había pegado un mordisco que... ¡Eh, cómo había dolido, para cagarse! Había visto las estrellas.

Por descontado, el monitor de patio, el señor Mocos Colgantes, no había hecho

nada excepto ponerse a gimotear:

—¡Basta ya, niños! ¡Niños, basta ya!

Habían castigado al niño mono y habían llamado a su madre para que viniera a buscarlo, pero su madre obviamente no se lo había llevado a casa, haciéndole un flaco favor porque allí estaban ahora, paseando al final de la colina, a punto de cruzar el campo de béisbol.

Jamie y el niño mono.

¡Esto no se queda así!

Billy los alcanza de costado, a toda velocidad, y ambos salen volando como si fueran bolos junto a la caseta en el lateral del campo. Jamie aterriza con la barbilla y levanta una nube de polvo amarillento, y el niño mono se golpea contra la valla metálica de protección que hay detrás de la base del bateador. A un lado, los amigos de Billy gritan: «¡Sangre! ¡Queremos sangre!».

El niño pequeño, Jamie, gimotea tumbado en el suelo, así que Billy se dirige derecho al niño mono y carga contra él con la tabla. Con los ejes por delante, la blande y alcanza al cabroncete negro detrás de la oreja, creyendo que eso le dará una lección. Al niño mono le flaquean las piernas y se desploma en el suelo como una muñeca de trapo, momento que Billy aprovecha para propinarle un fuerte puntapié en la barbilla que le hace levantar el culo del suelo. Sin embargo, Billy no quiere que la sangre de ese mono le manche sus zapatillas Vans, así que vuelve a la carga blandiendo la tabla, imaginando que se la estampará en la cara, que incluso le romperá la nariz y la mandíbula y que quedará más feo de lo que ya es.

Sin embargo, el otro se hace a un lado de un salto, la tabla se estrella contra la malla con estrépito y el niño mono le clava los dientes en la muñeca y los aprieta con fuerza. Billy grita y deja caer la tabla, pero el niño mono no cede. Billy siente que la mano se le está quedando entumecida y ve un hilillo de sangre corriéndole por el brazo y por la barbilla del niño mono, que no deja de gruñir como un perro, con ojos desorbitados, mirándolo fijamente. Además, es como si tuviera el pelo erizado o algo así, y Billy piensa en un instante de puro pánico: «Joder, este negro de mierda me va a comer».

En ese momento sus colegas se acercan corriendo, blandiendo las cuatro tablas en alto con las que golpean al mono en la cabeza mientras Billy no deja de chillar y el simio de gruñir. Transcurre una eternidad antes de que el niño mono le suelte la mano y salte sobre Markie Lester para golpearlo con fuerza en el pecho. El Pestes cae y empiezan a rodar por el suelo seguidos de los demás mientras Billy se sujeta el brazo ensangrentado.

Segundos después, cuando el dolor es soportable, Billy levanta la vista y ve que el mono ha trepado por la malla metálica y se encuentra a unos cuatro metros por

encima de ellos mirando fijamente a sus colegas, que lo esperan abajo, gritándole y agitando las tablas. No obstante, no ocurre nada. Billy se pone en pie como puede.

—Parecéis una panda de monos —dice.

—¡Queremos hacerlo bajar!

—Pues no va a bajar, que no es tonto —repuso Billy—. Sabe que si baja se va a cagar.

—Entonces, ¿cómo lo pillamos?

Billy se siente mezquino, tiene sed de mal, arde en deseos de causar dolor, así que se acerca a Jamie y empieza a patearlo intentando alcanzarlo en los testículos, pero el niño rueda sobre sí mismo y pide ayuda a gritos como el criaajo que es. A algunos de sus colegas no les parece bien.

—Eh, déjalo en paz. Eh, que solo es un crío.

No obstante, Billy piensa: «Que les den», lo único que quiere es que baje ese mono y sabe que ver al payaso del otro niño rodando por el suelo lo hará bajar. Una patada y otra y otra. El niño pide ayuda a gritos.

De repente, sus colegas se ponen a gritar.

—¡Ah, mierda!

—¡Mierda, mierda!

—¡Mierda!

Y salen corriendo. En ese momento, algo caliente y blando se estrella contra la nuca de Billy, quien percibe un extraño olor al que no puede dar crédito. Se pasa la mano y... ¡Jesús! No puede creerlo.

—¡Mierda! ¡Está tirando mierda!

El niño mono está allí arriba con los pantalones bajados lanzándoles excrementos. Con mucha puntería, con precisión mortífera. Los niños están cubiertos de heces. Entonces, un nuevo lanzamiento acierta en plena cara a Billy, que tiene la boca medio abierta.

—¡Qué asco! —Escupe una y otra vez, se limpia la cara y vuelve a escupir intentando quitarse el sabor de la boca. ¡Mierda de mono! ¡Joder! ¡Mierda! Billy levanta un puño—. ¡Puto animal!

Y recibe un nuevo disparo en la frente.

Recoge la tabla y se aleja a toda prisa. Se reúne con sus colegas, que también escupen. Qué asco. Se les queda pegada a la ropa, a la cara. Mierda. Todos miran a Billy, lo llevan escrito en la cara: «Mira qué nos ha pasado por tu culpa», así que ha llegado el momento de redoblar el ataque. Y Billy sabe cómo.

—Eso de ahí es un animal y solo hay una cosa que puede hacerse con los animales —dice Billy—. Mi padre tiene una pistola y sé dónde está.

—Fanfarronadas —se mofa Markie.

—Eres un mentiroso de mierda —añade Hurley.

—¿Ah, sí? Esperad y veréis. Ese niño mono va a perderse las clases de mañana. Esperad y veréis.

Billy se aleja penosamente de camino a casa, arrastrando la tabla y a los demás tras él. «Mierda, ¿qué acabo de prometerles?», piensa.



Stan Milgram había iniciado el largo viaje para ver a su tía en California, pero no llevaba conduciendo más de una hora cuando Gerard empezó a quejarse.

—Qué asco —rezongó Gerard, encaramado en la percha—. Esto huele que apesta. —Miró por la ventana—. ¿Qué lugar tan espantoso es este?

—Es Columbus, Ohio —contestó Stan.

—Espantoso —insistió Gerard.

—Ya sabes lo que dicen: Columbus es Cleveland sin los oropeles.

El loro no contestó.

—¿Sabes lo que son los oropeles?

—Sí, calla y conduce.

Gerard parecía malhumorado, y Stan creía que no debería ser así teniendo en cuenta lo bien que había tratado al pájaro el último par de días. Stan se había conectado a internet para averiguar qué comían los loros grises y le había dado manzanas succulentas y verduras especiales; incluso había dejado encendida la televisión por la noche en la tienda de animales para que Gerard la viera. Al cabo de un día, Gerard había dejado de intentar picotearle los dedos. Incluso le había permitido ponérselo al hombro sin intentar arrancarle la oreja.

—¿Falta mucho? —preguntó Gerard.

—No, solo llevamos una hora de camino.

—¿Cuánto queda?

—Tenemos que conducir tres días, Gerard.

—Tres días, eso significa veinticuatro veces tres, es decir setenta y dos horas.

Stan frunció el ceño. Nunca había oído que a un pájaro se le dieran bien las mates.

—¿Dónde lo has aprendido?

—Soy un hombre de recursos.

—No eres un hombre. —Se echó a reír—. ¿No salía eso en una película?

Sabía que a veces los pájaros repetían frases de películas.

—Dave, esta conversación ya no tiene ningún objeto. Adiós —contestó Gerard, con voz monótona.

—Eh, espera, esa me la conozco, es de *La guerra de las galaxias*.

—Ajústense los cinturones, esta noche vamos a tener tormenta —respondió, esta

vez adoptando una voz de mujer.

Stan frunció el ceño.

—Una peli de aviones...

—Lo buscan por aquí, lo buscan por allá, esos francesitos lo buscan sin cesar.

—Lo sé, no es de una peli, es de un poema.

—¡Que me aspen! —contestó, esta vez con acento británico.

—Me rindo —admitió Stan.

—Yo también —dijo Gerard con un suspiro exagerado—. ¿Cuánto queda?

—Tres días —insistió Stan.

El loro contempló la ciudad que pasaba por su ventanilla.

—Bueno, ya se han librado de las ventajas de la civilización —comentó, arrastrando las palabras con acento vaquero. A continuación, reprodujo el sonido del aporreo de un banjo.

Ese mismo día algo más tarde, el loro empezó a entonar canciones francesas, o tal vez fueran árabes, Stan no estaba seguro. Daba igual, en otro idioma. Tenía la sensación de estar escuchando un concierto en directo o su grabación, porque el loro imitó el sonido ambiente, la prueba de los instrumentos y la animación del público cuando los músicos salieron al escenario antes de empezar a cantar. Le pareció entender algo como «Didi» o así.

Al principio y durante un rato lo encontró interesante. Era como estar escuchando la radio de un país extranjero, aunque Gerard tendía a repetirse.

En una estrecha carretera secundaria se toparon con otro coche conducido por una mujer que no les dejaba pasar. Stan intentó adelantarla un par de veces, pero sin éxito.

—*Le soleil c'est beau* —empezó a decir Gerard al cabo de un rato y luego emitió un sonido estridente, como el de un disparo.

—¿Eso es francés? —preguntó Stan.

Más disparos.

—*Le soleil c'est beau. ¡Pum! Le soleil c'est beau. ¡Pum! Le soleil c'est beau. ¡Pum!*

—Gerard...

—*Les femmes au volant c'est la lâcheté personnifié* —añadió a continuación el pájaro. Se oyó un ruido sordo—. *Pourquoi elle ne dépasse pas? Oh, oui, merde, des travaux.*

La mujer por fin tomó un desvío a la derecha, pero tan despacio que Stan tuvo que frenar ligeramente al pasar por su lado.

—*Il ne faut jamais freiner... Comme disait le vieux père Bugatti, les voitures sont faites pour rouler, pas pour s'arrêter.*

Stan suspiró.

—No entiendo ni una palabra de lo que dices, Gerard.

—*Merde, les flics arrivent!*

Empezó a aullar como una sirena de policía.

—Se acabó —decidió Stan, y encendió la radio.

Empezaba a caer la noche. Ya habían pasado Maryville y se dirigían hacia St. Louis. El tráfico empezaba a resultar denso.

—¿Falta mucho? —preguntó Gerard.

Stan suspiró.

—Es un caso perdido.

Iba a ser un viaje muy largo.

Lynn se sentó en el borde de la bañera y utilizó la manopla para limpiarle con delicadeza el corte de detrás de la oreja.

—Dave, cuéntame qué ha pasado —le pidió Lynn. El corte era profundo, pero el niño no se quejaba.

—¡Vinieron a por nosotros, mamá! —Jamie estaba agitado, no paraba de mover los brazos. Estaba cubierto de polvo y tenía magulladuras en la barriga y los hombros, pero sus heridas no revestían mayor gravedad—. ¡No hicimos nada! ¡Eran de sexto! ¡Niños malos!

—Jamie, que me lo cuente Dave —lo interrumpió—. ¿Cómo te hiciste este corte?

—Billy le pegó con la tabla —respondió Jamie—. ¡No hicimos nada!

—¿No hicisteis nada? —repitió Lynn, enarcando una ceja—. ¿Quieres decir que os hicieron esto por nada?

—¡Sí, mamá! ¡Te lo juro! ¡Nosotros solo nos íbamos a casa! ¡Ellos vinieron a por nosotros!

—Ha llamado la señora Lester y dice que su hijo está cubierto de excrementos.

—No, es caca —la corrigió Jamie.

—¿Cómo...?

—¡Se la tiró Dave! ¡Estuvo genial! ¡Nos estaban pegando y entonces él les tiró caca y ellos salieron corriendo! ¡No falló ni una!

Lynn siguió limpiándole el corte con delicadeza.

—¿Es eso cierto, Dave?

—Hacieron daño a Jamie, le pegaron y le dieron patadas.

—Les tiraste... ¿caca?

—Hacieron daño a Jamie —insistió, como si eso lo explicara todo.

—Estás de guasa —exclamó Henry, cuando llegó a casa un poco más tarde—, ¿que les lanzó heces? Ese comportamiento es característico de los chimpancés.

—Ya, pues ese es el problema —repuso Lynn—. Dicen que es una mala influencia en clase. Se mete en líos a la hora del recreo, ha mordido a otros niños y ahora lanza heces... —Sacudió la cabeza en gesto de desaprobación—. No sé cómo ser madre de un chimpancé.

—Medio chimpancé.

—Aunque solo fuera un cuarto, Henry. No hay modo de hacerle entender que no

puede comportarse de esa manera.

—Pero se metieron con él, ¿no? —repuso Henry—. Además, ¿esos niños mayores no van a sexto? Andan todo el día por ahí con sus monopatines. Esos críos no hacen más que entrar y salir de los reformatorios. Es más, ¿qué hacen los de sexto molestando a los de segundo?

—Jamie dice que los niños se burlan de Dave. Lo llaman niño mono.

—¿Crees que Dave buscó la pelea?

—No lo sé, es agresivo.

—Ocurrió en el patio. Estoy seguro de que tienen una cámara de seguridad.

—Henry, no me estás escuchando —se quejó Lynn.

—Sí que te escucho, tú crees que Dave tiene la culpa y yo tengo la sensación de que un crío abusón y tonto del culo...

En ese momento oyeron un disparo en el jardín trasero.

El tráfico avanzaba lentamente. La autopista 405 era un meandro de luces rojas en la noche. Alex Burnet suspiró.

—¿Queda mucho? —preguntó Jamie, sentado a su lado.

—Un rato, Jamie.

—Estoy cansado.

—Estírate y descansa.

—No puedo, es aburrido.

—Todavía queda un rato —insistió Alex.

Abrió el móvil y buscó el número de su vieja amiga de la infancia. No sabía a quién más llamar y siempre podía contar con Lynn cuando la necesitaba. Con el divorcio de Alex, el pequeño y ella habían ido a visitar a Lynn y a Henry. Los niños, los dos llamados Jamie, habían hecho buenas migas.

Alex se había quedado una semana.

Sin embargo, ahora no había manera de que respondiera al teléfono. Al principio temió no haber tecleado bien el número, luego pensó que algo debía de pasarle a su móvil barato, pero entonces saltó el contestador y ahora...

—¿Sí? ¿Sí, quién es?

—Lynn, soy Alex. Escucha...

—¡Ah, Alex! Mira, lo siento mucho, pero ahora no puedo hablar...

¿Qué?

—Ahora no, lo siento. Más tarde.

—Pero ¿qué...?

Oyó un tono prolongado.

Lynn había colgado.

Mantuvo la mirada al frente, en las luces rojas de la ondulante autopista.

—¿Con quién hablas? —preguntó su hijo.

—Con la tía Lynn —contestó—, pero no podía hablar. Parecían ocupados.

—¿Todavía vamos a ir?

—Tal vez mañana.

Abandonó la autopista en San Clemente y empezó a buscar un motel. No sabía por qué, pero no haber podido ver a Lynn la había dejado algo desorientada. Hasta ese momento no cayó en la cuenta de que había dado por hecho que pasarían allí la

noche.

—¿A dónde vamos, mamá? —Jamie parecía preocupado.

—Nos quedaremos en un motel.

—¿En qué motel?

—Estoy buscándolo.

La miró sin pestañear.

—¿Sabes dónde está?

—No, Jamie, estoy buscando.

Pasaron uno, un Holiday Inn, pero era demasiado grande y llamativo. Encontró un Best Western, discreto, en Camino Real, y aparcó. Le dijo a Jamie que esperara en el coche mientras ella iba a recepción.

Un joven granujiento y desgarbado esperaba detrás del mostrador, tamborileando los dedos sobre la pulida superficie de granito y tarareando una cancioncilla. Parecía nervioso.

—Hola, ¿quedan habitaciones para esta noche? —preguntó Alex.

—Sí, señora.

—Desearía una.

—¿Solo para usted?

—No, para mí y mi hijo.

El joven alargó el cuello para echarle un vistazo a Jamie a través de la puerta.

—¿Es menor de doce años? —Seguía repicando las uñas.

—Sí, ¿por qué?

—Si va a la piscina, tendrá que ir acompañado.

—De acuerdo.

No dejó de tamborilear los dedos. Alex le tendió una tarjeta de crédito y él la pasó por la máquina acompañando la acción con un tamborileo de la otra mano. La estaba sacando de quicio.

—¿Le molesta si le pregunto por qué hace eso?

El joven empezó a cantar sin entonación:

—*Trouble's where I'm going, and trouble's where I've been* —repiqueteó las manos sobre el mostrador—. *Cause trouble is my middle name and trouble is my sin.*

—Sonrió—. Es una canción.

—No es muy conocida.

—Mi padre solía cantarla.

—Ya veo.

—Está muerto.

—Vaya.

—Se mató.

—Lo siento.

—Con una escopeta.

—Lo siento mucho.

—¿Quiere verla?

Alex pestañeó incrédula.

—Tal vez en otro momento.

—La tengo aquí mismo —insistió él, haciendo un gesto hacia la parte baja del mostrador—. No está cargada, claro. —Empezó a repicar las manos y a cantar de nuevo—: *Trouble is the only place I've been...*

—Solo quiero registrarme —lo atajó Alex.

Él le devolvió la tarjeta y Alex rellenó el impreso. El joven seguía tamborileando los dedos, sin parar. Alex se planteó si buscar otro sitio, pero estaba cansada y Jamie esperaba. Tenía que darle algo de comer, comprarle ropa, un cepillo de dientes y todo lo demás.

—Aquí tiene —dijo el joven, tendiéndole las llaves de la habitación.

Ya de vuelta en el coche, en busca de una plaza vacía cerca de la habitación donde aparcar, recordó que no debía haber usado la tarjeta de crédito.

Ya era demasiado tarde.

—Mamá, tengo hambre.

—Lo sé, cariño. Ahora vamos a comer algo.

—Quiero una hamburguesa.

—Vale, pues una hamburguesa.

Atravesó el aparcamiento con el coche y regresó a la carretera. Lo mejor sería que comieran algo antes de ir a la habitación.



Se oyeron dos nuevos disparos cuando Lynn salió corriendo al jardín trasero. Su hija, Tracy, gritaba, Dave estaba en lo alto del árbol chillando y agitando los brazos y Jamie, tendido en el suelo, tenía sangre en la cabeza. Se sintió desfallecer, pero avanzó con determinación.

—¡Mamá! ¡Al suelo! —gritó Tracy.

Los disparos parecían proceder de la calle. Quien quisiera que fuese, estaba disparando a través de la valla de listones de madera. Lynn oyó unas sirenas a lo lejos, pero no podía apartar la mirada de Jamie. Reanudó sus pasos hacia él.

Más disparos y chasquidos de hojas en el árbol. Disparaban a Dave, que daba alaridos y gruñía mientras agitaba las ramas con furia.

—¡Estás muerto! ¡Estás muerto, chaval! —gritaba.

—Dave, tranquilo —dijo Lynn.

Empezó a arrastrarse hacia Jamie. Tracy chillaba al teléfono móvil, dándole la dirección a la policía. Jamie gemía tendido en la hierba. Lynn no veía nada más que a su hijo. Esperaba que Henry hubiera ido por la puerta de entrada para ver de quién se trataba y que no le hubiera pasado nada. Era evidente que alguien intentaba alcanzar a Dave.

Las sirenas sonaban cada vez más cerca. Oyó gritos y pasos apresurados en la calle. Un coche había frenado y unas luces brillantes relumbraron entre las tablas de la valla, proyectando sombras.

En lo alto, Dave lanzó un grito de guerra y desapareció. Tracy no dejaba de chillar. Lynn alcanzó a Jamie. La sangre se había condensado alrededor de la cabeza.

—Jamie, Jamie...

Se puso de rodillas y le dio la vuelta con delicadeza. El niño tenía un corte profundo en la frente del que manaba una sangre roja que le manchaba la cara.

El niño le sonrió débilmente.

—Hola, mamá.

—Jamie, ¿dónde te han dado?

—No...

—¿Dónde, Jamie?

—Me caí. Del árbol.

Le limpió con cuidado la herida con el borde de la falda, pero no vio ningún

orificio de bala, solo una enorme abrasión que sangraba profusamente.

—Cariño, ¿no te han disparado?

—No, mamá. —Sacudió la cabeza—. Además, no va a por mí, va a por Dave.

—¿Quién va detrás de Dave?

—Billy.

Lynn levantó la vista hacia el árbol. Las ramas se mecían suavemente a la luz de los faros.

Dave había desaparecido.

Dave aterrizó en la acera de un salto y empezó a correr detrás de Billy Cleever, que se daba a la fuga al cabo de la calle, en dirección a su casa. Dave podía avanzar muy veloz cuando se lo proponía, dando grandes zancadas ayudándose de las cuatro extremidades. Corría en paralelo a la acera, sin apartarse de los parterres ya que el cemento le lastimaba los nudillos. No dejaba de gruñir acercándose cada vez más a Billy.

Al final de la manzana, Billy se volvió y vio a Dave cerniéndose sobre él. Levantó el arma con ambas manos temblorosas y disparó una vez y luego otra. Dave no se detuvo. La gente se asomaba a las ventanas a lo largo de la calle. En los cristales se reflejaba el brillo azulado de los televisores del interior.

Billy dio media vuelta para echar a correr, pero Dave lo atrapó y le golpeó la cabeza contra un semáforo, que resonó con el impacto. Billy intentó volverse, pero estaba aterrorizado. Dave lo sujetó con firmeza y le estampó la cabeza contra el cemento. Lo habría matado de no ser porque el sonido cada vez más próximo de las sirenas lo hizo detenerse y levantar la vista.

En ese momento, Billy le dio una patada, se puso en pie como pudo y se dirigió corriendo al camino de entrada de la primera casa que encontró. Se metió en el coche que había aparcado delante. Dave fue tras él. Billy cerró de un portazo y echó el seguro justo cuando Dave aterrizaba en el parabrisas. Acto seguido, este se deslizó por el techo del coche y asomó la cabeza por las ventanillas para mirar en el interior.

Billy lo apuntó con la pistola, pero estaba demasiado nervioso y aterrorizado para disparar. Dave se dejó resbalar por el lado del copiloto y empezó a tirar con fuerza del abridor. Billy respiraba con dificultad, sin dejar de mirarlo.

En ese momento, Dave se agachó y desapareció de su vista.

Las sirenas estaban cada vez más cerca.

Poco a poco Billy empezó a ser consciente del aprieto en que se había metido. La policía estaba a punto de llegar. Él estaba encerrado en el coche con una pistola en la mano y su sangre y sus huellas estaban por todas partes. Restos de pólvora y un corte producido por el percutor del arma. En realidad no sabía disparar. Solo quería asustarlos, nada más.

La policía iba a encontrarlo allí, encerrado en ese coche.

Miró por la ventanilla del acompañante con suma cautela, intentando localizar a Dave.

Dave, una bola de pelo oscuro que daba alaridos, apareció de un salto y golpeó el cristal. Billy gritó y, al echarse hacia atrás, el arma se disparó y la bala se alojó en el salpicadero. Varias esquirlas de plástico se le incrustaron en el brazo y el coche se llenó de humo. La pistola se le cayó al suelo. Se recostó en el asiento, intentando respirar.

Sirenas. Muy cerca.

Puede que lo encontraran allí, pero había sido en defensa propia, eso quedaría patente porque el niño mono era un animal salvaje. La policía le echaría un vistazo y comprendería que había actuado en defensa propia, para protegerse. El niño mono era un salvaje. Parecía un simio y se comportaba como un simio. Era un asesino. Detrás de los barrotes de un zoo era donde tenía que estar...

Unas refulgentes luces rojas barrieron el techo del coche. Las sirenas enmudecieron y Billy oyó un megáfono.

—Policía. Salga del coche despacio con las manos a la vista.

—¡No puedo! —gritó Billy—. ¡Está ahí fuera!

—¡Salga del coche! —bramó la voz—. ¡Con las manos en alto!

Billy esperó unos instantes y salió con las manos en alto. La brillante luz del foco de los coches de policía lo obligó a parpadear. Un agente se acercó a él, lo empujó para que se tirara al suelo y lo esposó.

—Yo no he sido —se defendió Billy, con la cara apretada contra el césped—. Ha sido ese Dave, está debajo del coche.

—No hay nadie debajo del coche, hijo —repuso el policía, levantándolo del suelo—. Solo tú, nadie más. ¿Vas a decirnos a qué viene todo esto?

Su padre hizo acto de presencia. Billy sabía que se había ganado una buena zurra, aunque no vio a su padre de ese ánimo. En su lugar pidió que le enseñaran la pistola y le preguntó a Billy dónde estaban las balas. Billy le explicó que le había disparado a un niño que era una bestia que lo había atacado.

El padre de Billy asintió, inexpresivo, pero informó a la policía de que los seguiría hasta la comisaría cuando se lo llevaran para ficharlo.

—Creo que debemos asumirlo: no funciona —admitió Henry.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lynn, hundiendo los dedos entre el pelo de Dave—. Él no tiene la culpa, tú mismo lo has dicho.

—Lo sé, pero es que no da más que problemas. Mordiscos, peleas... Y ahora disparos, por amor de Dios. Nos está poniendo a todos en peligro.

—Pero, Henry, él no tiene la culpa.

—Me preocupa lo que pueda suceder.

—Eso podrías haberlo pensado antes —le recriminó en un súbito arrebató—.

Como unos cuatro años atrás, cuando decidiste llevar a cabo tu experimento, porque ahora ya es un poquito tarde para arrepentirse, ¿no crees? Es responsabilidad nuestra y se queda con nosotros.

—Pero...

—Somos su familia.

—Han disparado a Jamie.

—Jamie está bien.

—Pero que le disparen...

—Lo hizo un crío desquiciado, uno de sexto. La policía ya lo ha cogido.

—Lynn, no me estás escuchando.

Lynn lo fulminó con la mirada.

—¿Qué crees, que puedes desembarazarte de él así por las buenas, como si fuera una placa de Petri que no ha salido bien? No puedes tirar a Dave como si fuera un desperdicio biológico. Eres tú el que no escucha. Dave es un ser vivo que piensa y siente, y tú lo creaste. Tú eres la razón de su existencia, así que no tienes derecho a abandonarlo solo porque sea un estorbo o porque tiene problemas en el colegio. —Se detuvo para recuperar el aliento. Estaba muy enojada—. Y no quiero volver a oír hablar del asunto.

—Pero...

—Ahora no, Henry.

Henry sabía muy bien qué quería decir ese tono. Se encogió de hombros y se fue.

—Gracias —dijo Dave, inclinando la cabeza para que Lynn pudiera rascarle la nuca—. Gracias, mamá.

Alex llevó a su hijo a una hamburguesería de la cadena InNOut, donde pidieron una hamburguesa, patatas fritas y un batido de fresa desde el coche. Se le pasó por la cabeza volver a llamar a Lynn, pero antes le había parecido bastante ocupada, así que decidió no molestarla.

Pagó en efectivo y luego se fueron a un drugstore Walston's, uno de esos edificios que ocupan una manzana entera y donde puede encontrarse de todo. Le compró a Jamie ropa interior y una muda, y lo mismo para ella. También adquirió un par de cepillos de dientes y pasta dentífrica.

Se dirigía hacia la caja cuando vio las armas en exposición junto a las cámaras y los relojes y decidió ir a echar un vistazo. Había acompañado a su padre a campos de tiro durante muchos años, por lo que sabía manejar un arma. Le dijo a Jamie que fuera a dar una vuelta al pasillo de los juguetes y ella se dirigió hacia el expositor de pistolas.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó un tipo con aspecto apocado y bigote.

—Me gustaría ver esa Mossberg de doble acción —dijo, señalando a la pared con un gesto de cabeza.

—Es nuestro modelo 590, calibre 12, ideal para la defensa del hogar. Esta semana la tenemos a un precio especial.

Alex la sopesó.

—De acuerdo, me la llevo.

—Necesitaré un documento de identidad y un depósito para la reserva.

—No, quiero decir que la compro ahora.

—Lo siento, señora, pero en California hay un período de espera de diez días.

Alex le devolvió el arma.

—Me lo pensaré.

Fue a buscar a Jamie, le compró el muñeco de Spiderman con el que estaba jugando pero, al salir al aparcamiento, vio a un hombre agachado junto a su coche, en la parte de atrás, mirando la matrícula y apuntando el número. Era un tipo mayor vestido de uniforme que parecía el guardia de seguridad de la tienda.

Lo primero que se le pasó por la cabeza fue echar a correr y desaparecer de allí de inmediato, pero eso no habría tenido sentido. Necesitaba el coche, así que tendría que pensar en algo, y rápido. Le dijo a Jamie que subiera al vehículo mientras ella se

dirigía a la parte de atrás.

—Sabe de sobras que es un mentiroso de tomo y lomo —dijo.

—¿Quién? —preguntó el guardia.

—Mi ex marido. Actúa como si el coche fuera suyo, pero no lo es; me está acosando. Conseguí una orden judicial para pararle los pies y una sentencia a mi favor contra el guardia de seguridad de un WalMart.

—¿Qué me dice?

—No se haga el tonto —lo increpó—. Sé que lo ha llamado. Se hace pasar por abogado, por avalista de fianzas o por agente judicial diciendo que lo único que quiere es confirmar si mi coche está en el aparcamiento. Suele alegar que se trata de un tema legal pendiente.

—Bueno, sí...

—Miente y lo hace a usted responsable. ¿Le dijo que yo era abogada?

—No, solo me...

—Bien, pues lo soy, y usted es cómplice de haber infringido la orden judicial, por lo que pueden imputársele daños y perjuicios: violación de la intimidad y acoso. —Sacó una libreta del bolso—. Su nombre es... —Entrecerró los ojos para descifrar el nombre que aparecía en la placa de identificación y empezó a escribir.

—Señora, yo no quiero problemas...

—Entonces deme esa hoja de papel en la que ha escrito mi matrícula y déjeme en paz. Será mejor que le diga a mi marido cuando vuelva a llamar que deje de molestarme o nos veremos en los tribunales y, se lo prometo, tendrá suerte si lo único que usted pierde es su trabajo.

El hombre asintió y le tendió el papel con manos temblorosas. Alex subió al coche y se alejó de allí.

Mientras salía del aparcamiento iba pensando que tal vez funcionaría. O tal vez no. Sin embargo, lo que más le sorprendía era la celeridad con que ese cazarrecompensas la había localizado.

Estaba convencida de que el tipo había estado siguiendo su coche un par de horas antes de darse cuenta de que lo había intercambiado con su ayudante. Él y los suyos conocían el nombre de su colega y tenían acceso a la información de tráfico, así que a esas horas ya sabrían qué coche conducía en realidad.

Además, había utilizado la tarjeta de crédito, de modo que el cazarrecompensas no debía de haber tardado más que unos minutos en localizarla y establecer su posición en un motel de San Juan Capistrano. Sabiendo que necesitaría provisiones, seguramente el tipo había llamado a todas las tiendas en un radio de ocho kilómetros del motel y les habría contado cualquier cuento a los de seguridad para que estuvieran atentos por si aparecía un Toyota blanco con matrícula tal y cual.

Y encima el guarda del aparcamiento había dado con ella.

En menos que canta un gallo.

A menos que fuera muy desencaminada, el cazarrecompensas se dirigía a Capistrano en esos momentos. Si venía en coche, se presentaría allí en unas tres horas, pero si disponía de un helicóptero, podría aparecer en cualquier momento.

En ese mismo instante.

—Mamá, ¿podré ver la tele cuando lleguemos al motel?

—Claro, cariño.

Aunque, por descontado, no iban a volver al motel.

Aparcó a la vuelta de la esquina, desde donde veía la recepción y al joven del mostrador, que estaba hablando por teléfono y mirando a su alrededor al mismo tiempo.

Encendió el móvil y llamó al motel.

El joven apretó el botón de llamada en espera y atendió la suya.

—Best Western.

—Sí, soy la señora Colson, me he registrado hace un rato.

—Sí, señora Colson.

Parecía nervioso. Miraba a todas partes, agitado.

—Me ha dado la habitación 204.

—Sí...

—Creo que hay alguien en mi habitación.

—Señora Colson, no sé...

—Quiero que venga a abrir la puerta o ¿tengo que llamar a la policía?

—No, estoy seguro de que... Voy enseguida.

—Gracias.

El joven recuperó la llamada anterior, dijo algo a toda prisa y abandonó la recepción para echar a correr hacia las habitaciones de la parte de atrás.

Alex bajó del coche y, sin perder tiempo, cruzó la calle, entró en la recepción, dio la vuelta al mostrador, cogió el arma y salió de allí. Se trataba de una Remington recortada de calibre 12. No era la que ella habría elegido, pero por el momento le serviría. Ya compraría los cartuchos más adelante.

Volvió a subir al coche.

—¿Para qué es la pistola? —preguntó Jamie.

—Por si acaso —contestó su madre.

Puso el motor en marcha y se dirigió hacia Camino Real. Por el retrovisor, vio que el joven regresaba a la recepción, desconcertado.

—Quiero ver la tele —protestó Jamie.

—Esta noche no —dijo su madre—. Esta noche vamos a vivir una aventura.

—¿Qué tipo de aventura?

—Ya lo verás.

Se dirigió hacia el este, lejos de las luces, hacia la oscuridad de las montañas.



Stan Milgram estaba perdido en la inmensa oscuridad. La carretera que se prolongaba delante de él era una franja de luz, pero a los lados no se veían señales de vida, solo un paisaje desértico negro como boca de lobo que se extendía hacia el infinito. Al norte solo distinguía la cadena de montañas, una débil línea negra sobre fondo negro, pero nada más: ni luces, ni ciudades, ni casas, ni nada.

Llevaba así una hora.

¿Dónde coño estaba?

El pájaro soltó desde el asiento de atrás un estridente chillido que le perforó los oídos. Stan dio un bote y pensó que el mejor compañero de viaje para atravesar el país no era un maldito pajarraco precisamente. Hacía una hora que le había echado un trapo por encima para tapar la jaula, pero había dejado de tener efecto. En todo el camino desde St. Louis, pasando por Missouri, hasta Gallup, en Nuevo México, el pájaro no había callado ni un solo momento. Stan se había registrado en un motel de Gallup y sobre la medianoche el animal había empezado a desgañitarse y a lanzar unos chillidos ensordecedores.

No le había quedado más remedio que volver a hacer las maletas y pagar —mientras el resto de los huéspedes del motel no dejaban de gritarle— y ponerse de nuevo detrás del volante. El pájaro se calló en cuanto encendió el motor. Ya de día, había aparcado unas horas en el arcén para dormir. No obstante, al detenerse en Flagstaff, Arizona, para descansar el animal había empezado a chillar incluso antes de darle tiempo a registrarse en el motel.

Había seguido conduciendo. Winona, Kingman, Barstow, hacia San Bernardino —o San Berdoo, como lo llamaba su tía— con un único pensamiento en la cabeza: que el viaje pronto llegaría a su fin. «Por favor, Señor, que acabe antes de que me cargue al pájaro».

Pero Stan estaba agotado y había acabado desorientado después de conducir más de tres mil kilómetros. O bien se había pasado el desvío hacia San Berdoo o... O ya no sabía qué.

Se había perdido.

Además, el pájaro no paraba de chillar.

—*Your heart sweats, your body shakes, another kiss is what it takes...*

Stan frenó en seco, abrió la puerta de atrás y retiró el trapo de la jaula.

—Gerard, ¿por qué me haces esto? —preguntó, suplicante.

—*Yon can't sleep, you can't eat...*

—Gerard, basta. ¿Por qué?

—Tengo miedo.

—¿De qué?

—Estoy muy lejos de casa. —El pájaro parpadeó y miró la oscuridad que lo rodeaba—. ¿Qué nuevo infierno será este?

—Estamos en el desierto.

—Me estoy congelando.

—Por la noche hace frío en el desierto.

—¿Por qué estamos aquí?

—Te llevo a tu nuevo hogar. —Stan miró fijamente al pájaro—. Si dejas la jaula destapada, ¿te estarás calladito?

—Sí.

—¿No dirás ni una palabra?

—No.

—¿Lo prometes?

—Sí.

—De acuerdo. Necesito silencio para saber dónde estamos.

—*I don't know why, I love you like I do, after all the changes...*

—Gerard, por favor, colabora un poco.

Stan rodeó el coche, se sentó detrás del volante y se incorporó a la calzada. El pájaro se había callado, fueron pasando los kilómetros, hasta que vio la señal de un pueblo llamado Earp, a unos cinco kilómetros de allí.

—¿Qué tal va eso, ancianete? —dijo Gerard.

Stan suspiró.

Siguió conduciendo.

—Te pareces a un tipo —insistió Gerard.

—Me lo prometiste —protestó Stan.

—No, se supone que ahora tú has de decir: «¿A quién?».

—Gerard, cállate.

—Te pareces a un tipo —volvió a repetir Gerard.

—¿A quién?

—A un tipo que conozco.

—¿Por qué?

—Te pareces a él.

—¿En qué? —preguntó Stan.

—En todo.

—¿De verdad?

—Te pareces a un tipo.

—¿A quién? —repuso Stan, y cayó en la cuenta de que el pájaro estaba jugando con él—. Gerard, o te callas o sales del coche.

—Ah, ¿no eres ese retorcido conejo?

Stan miró qué hora era.

«Una hora —pensó—, una hora más y el pájaro va a la calle».

Ellis tomó asiento delante de su hermano Aaron en el despacho de la firma de abogados de este. La ventana daba al sur, sobre la ciudad, hacia el Empire State Building. Era un día neblinoso, pero aun así la vista seguía siendo espectacular, impresionante.

—Muy bien, he hablado con el tipo ese de California, Josh Winkler —le informó Ellis.

—Aja.

—Dice que no le ha dado nada a mamá.

—Aja.

—Dice que lo que envió era agua.

—En fin, ¿qué esperabas que dijera?

—Aaron, le dieron agua —insistió Ellis—. Winkler dice que no iba a jugársela enviando cualquier cosa a otro estado. Su madre le calentó la cabeza, así que envió agua para probar el efecto placebo.

—Y le creíste —se mofó Aaron, sacudiendo la cabeza.

—Creo que tiene documentación.

—¿Cómo no va a tenerla? —repuso Aaron.

—Registros de salida, informes de laboratorio y demás papeleo que requiere la empresa.

—Falsificaciones —presumió Aaron.

—La FDA se lo exige y su falsificación es un delito federal.

—Por eso experimenta su terapia génica con conocidos. —Aaron sacó un fajo de papeles—. ¿Conoces la historia de la terapia génica? Es una película de terror, Ellie. Se remonta a finales de los ochenta, cuando a los que andaban con la biotecnología les dio por hacer las cosas deprisa y corriendo y mataron a gente a diestro y siniestro. Sabemos que murieron cerca de seiscientas personas y seguramente muchas más que desconocemos. ¿Sabes por qué?

—No, ¿por qué?

—Según ellos, no te lo pierdas, no podían dar parte de los decesos porque esa información estaba protegida por una patente. Matar pacientes era un secreto comercial.

—¿De verdad dijeron eso?

—¿Cómo me iba a inventar una cosa así? Y luego le pasan la factura al sistema sanitario por el montante del experimento que mató al paciente. Ellos matan, nosotros pagamos. Si pillan a una universidad, esta suele aducir que no está obligada a presentar un consentimiento informado a sus conejillos de Indias porque son instituciones sin ánimo de lucro. Duke, Penn, la Universidad de Minnesota... Han pillado instituciones importantes. Los académicos creen que están por encima de la ley. ¡Seiscientas muertes!

—No veo qué tiene que ver eso con... —intentó decir Ellis.

—¿Sabes cómo actúa la terapia genética en las personas? De muchas maneras, porque los investigadores no tienen ni idea de los resultados. Les inyectan genes que acaban resultando cancerígenos, por lo que la gente muere de cáncer. O sufren terribles reacciones alérgicas y mueren. Esos memos no saben qué coño hacen. Son unos imprudentes temerarios que ya no observan las normas. Pues nosotros vamos a escarmentarlos.

Ellis se removió inquieto en la silla.

—¿Y si Winkler dice la verdad? ¿Y si nos equivocamos?

—Nosotros no hemos quebrantado las reglas —repuso Aaron—, sino ellos. Mamá tiene alzhéimer y van a encontrarse con la mierda hasta el cuello.

Cuando Brad Gordon inició la pelea tabernaria en el Lucky Lucy Saloon de Pearl Street en Jackson Hole, Wyoming, su intención no era la de acabar en el hospital. Los dos tipos de ajustadas camisas a cuadros con puntiagudos bolsillos de botón nacarado le parecieron un par de mariposones e imaginó que podría con ellos sin dificultades. ¿Cómo iba a saber que eran hermanos, no amantes? No se tomaron demasiado a bien sus comentarios.

De igual modo, ¿cómo iba a saber que el más bajito era instructor de kárate y que había ganado un campeonato de artes marciales en Hong Kong?

Kickboxing con botas vaqueras de punta metálica. Brad había conseguido aguantar treinta segundos, pero ahora le bailaban la mitad de los dientes. Llevaba tres horas tendido en esa puñetera enfermería mientras intentaban volver a colocárselos en su sitio. No hacían más que llamar a un periodontólogo, pero este no respondía al teléfono, seguramente —tal como le explicó el interno— porque debía de haber salido a cazar el fin de semana. Le gustaban los alces. Tenían un sabor fuerte.

¡Alces! La boca lo estaba matando.

Lo dejaron allí con bolsas de hielo apretadas contra la cara y un chute de novocaína en la mandíbula y acabó durmiéndose. A la mañana siguiente la hinchazón había remitido lo bastante para poder hablar por teléfono, así que llamó a su abogado, Willy Johnson, a Los Ángeles, sujetando la tarjeta de visita entre sus magullados dedos.

La recepcionista respondió en tono alegre:

—Johnson, Baker y Halloran.

—Con Willy Johnson, por favor.

—Un momento, gracias.

Brad oyó un clic, pero no lo pusieron en llamada en espera. A continuación oyó que la mujer decía:

—Faber, Ellis y Condón.

Brad volvió a mirar la tarjeta que tenía en la mano. La dirección correspondía a un bloque de oficinas de Encino. Lo conocía: un edificio donde abogados independientes podían alquilar un despacho diminuto y compartir una recepcionista avezada en contestar al teléfono como si estuviera empleada en un gran bufete y de ese modo los clientes no sospecharan que el profesional que habían contratado

trabajaba solo y por su cuenta. Ese tipo de edificios únicamente albergaba a los abogados de menor éxito, los que llevaban los casos de camellos de medio pelo. O incluso los que habían pasado una temporadita a la sombra.

—Oiga... —le dijo al auricular.

—Discúlpeme, estoy intentando localizar al señor Johnson. —La mujer tapó el aparato con una mano—. ¿Alguien ha visto por ahí a Willy Johnson?

«¡Willy Johnson es un gilipollas!», oyó replicar a alguien con voz apagada.

Brad, sentado a la entrada de urgencias, debilitado, rabiando y con la mandíbula doliéndole una barbaridad, no se sintió especialmente reconfortado con lo que estaba oyendo.

—¿Ha encontrado al señor Johnson?

—Un momento, por favor, estamos buscando...

Brad colgó.

Tuvo ganas de echarse a llorar.

Salió a desayunar, pero le dolía demasiado la boca para masticar y la gente de la cafetería lo miraba de manera extraña. Vio su reflejo en el cristal y se dio cuenta de que tenía toda la mandíbula azulada y abultada. Aun así, parecía tener mejor pinta que la noche anterior. Lo único que le preocupaba era ese abogado, Johnson. Sus sospechas iniciales sobre el hombre se habían visto confirmadas. ¿Por qué se habían encontrado en un restaurante y no en su bufete? Porque Johnson no pertenecía a ninguno.

Su única salida en esos momentos era llamar a su tío Jack.

—John B. Watson Investment Group.

—Con el señor Watson, por favor.

Lo pasaron con su secretaria, que a su vez lo pasó con su tío.

—Hola, tío Jack.

—¿Dónde coño te has metido? —preguntó Watson. No parecía precisamente contento.

—Estoy en Wyoming.

—Espero que no te hayas metido en ningún lío.

—De hecho, mi abogado me envió aquí y por eso te llamo. Estoy un poco preocupado. Es decir, ese tipo...

—Escucha, estás acusado de abusos sexuales —lo interrumpió su tío— y se te ha asignado un experto en abusos sexuales para que lleve tu caso. No tiene por qué gustarte. Personalmente, creo que es un gilipollas.

—Bueno...

—Pero gana casos. Haz lo que te diga. ¿Por qué hablas tan raro?

—Por nada...

—Estoy ocupado, Brad. Y te dijeron que no llamas.

Colgaron.

Brad se sentía peor que nunca. De vuelta a su motel, el tipo de recepción le informó de que un agente de policía había preguntado por él en relación con algo de un delito de odio. Brad decidió que había llegado la hora de abandonar la bella Jackson Hole. Se dirigió a su habitación para hacer las maletas. Mientras recogía, veía un programa sobre fugitivos en el que la policía detenía a un peligroso delincuente haciéndole creer que iba a aparecer en televisión. Habían montado un plato de entrevistas falso y en cuanto el tipo se relajó, lo esposaron. El hombre se encontraba en esos momentos en el corredor de la muerte.

La policía utilizaba trucos cada vez más ingeniosos. Brad se apresuró a terminar de hacer las maletas y corrió al coche.



El autoproclamado artista medioambiental Mark Sanger, que poco antes había regresado de un viaje a Costa Rica, alzó la vista de su ordenador, desconcertado, cuando cuatro hombres echaron la puerta abajo e irrumpieron en su piso de Berkeley. Los tipos vestían trajes protectores de goma azul que les cubrían todo el cuerpo, enormes cascos de goma con grandes viseras, guantes de goma, botas y empuñaban unas armas de un aspecto que no presagiaba nada bueno.

No le había dado tiempo a recuperarse de la impresión cuando ya los tenía encima. Lo agarraron con sus manos de goma y lo arrancaron del teclado de malas maneras.

—¡Cerdos! ¡Fascistas! —vociferó Sanger, y de repente parecía que todo el mundo estuviera gritando y chillando en la habitación—. ¡Esto es un atropello! ¡Cerdos fascistas! —siguió gritando mientras lo esposaban. Vio sus caras a través de las viseras y descubrió que ellos también estaban asustados—. Cielo santo, pero ¿qué pensáis que tengo aquí dentro? —preguntó.

—Sabemos qué está haciendo, señor Sanger —respondió uno de ellos, y lo hizo girar en redondo.

—¡Eh, eh!

Lo obligaron a bajar la escalera que conducía a la calle a empujones, sin miramientos. Sanger rezaba para que los medios de comunicación estuvieran esperando abajo, preparados con sus cámaras para dejar constancia de ese atropello a plena luz del día.

La prensa había acudido, pero la mantenían a una distancia prudencial detrás del cordón de seguridad. Oyeron los gritos de Sanger y lo grabaron, pero estaban demasiado lejos para el abordamiento descarado y los primeros planos por los que había rezado. De hecho, Sanger fue repentinamente consciente de la imagen que debía de estar transmitiéndose en ese momento a través de sus lentes: policías vestidos con amedrentadores trajes protectores escoltando a un hombre de unos treinta años, con barba, vaqueros y una camiseta del Che Guevara que forcejeaba para liberarse y que no dejaba de insultarlos y gritar.

Sanger sabía que debía de parecer un chiflado, un Ted más que añadir a la lista: Ted Bundy, Ted Zaczyński... Uno de ellos. Los agentes informarían de que guardaba equipo microbiológico en su piso, que poseía lo necesario para realizar experimentos

genéticos y que estaba creando una nueva plaga, un virus, una enfermedad... Algo espeluznante. Un chiflado.

—Bajadme —pidió, obligándose a conservar la calma—. Puedo andar, dejadme andar.

—Muy bien, señor —se avino uno de ellos.

Lo dejaron en el suelo para que anduviera por su propio pie.

Sanger caminó con toda la dignidad que consiguió reunir, enderezó la espalda y se sacudió el largo cabello mientras lo acompañaban hasta el coche que les esperaba. ¡Cómo no!, un coche camuflado. Debería de haberlo imaginado. Puto FBI o CIA o quienes fueran, las organizaciones secretas del gobierno, el gobierno en la sombra, quien fuera. Helicópteros negros. Qué locura, los criptonazis en persona.

Echaba humo, por lo que no estaba preparado para la señora Malouf, la mujer de raza negra que vivía en la segunda planta de su edificio, que lo esperaba allí fuera plantada con sus dos hijos pequeños. Al pasar por su lado, se inclinó hacia delante y empezó a vociferar:

—¡Cabrón! ¡Has puesto en peligro a mi familia! ¡Has puesto en peligro la vida de mis hijos! ¡Frankenstein, más que Frankenstein!

Sanger fue muy consciente de cómo quedaría ese momento en las noticias de la noche: una madre negra gritándole y llamándolo Frankenstein mientras sus hijos lloraban a su lado, asustados por lo que ocurría a su alrededor.

Los policías metieron a Sanger en el coche camuflado. Le pusieron una mano enguantada en la cabeza y lo ayudaron a entrar en la parte de atrás. «Estoy bien jodido», pensó cuando la puerta se cerró de golpe.

Estaba sentado en la celda, intentando oír las noticias por encima de las discusiones de los demás ocupantes del cubículo y soslayar el débil olor a vómito y la profunda sensación de desesperación que se iba apoderando de él mientras veía la televisión del pasillo.

Primero aparecieron imágenes de Sanger, con el pelo largo, vestido como un vagabundo, avanzando entre dos tipos enfundados en trajes protectores. Daba peor impresión de la que había temido. El mandadero de la cadena que leía las noticias recitaba el cliché de rigor: Sanger estaba en el paro, era un trotamundos sin estudios, un fanático y un solitario con equipamiento para llevar a cabo experimentos genéticos en su apestoso y caótico piso y se lo consideraba peligroso porque encajaba en el perfil del clásico bioterrorista.

A continuación, un abogado barbudo de San Francisco contratado por un grupo de defensa del medio ambiente aseguró que debía hacerse recaer todo el peso de la justicia sobre Sanger por haber causado un daño irreparable a una especie amenazada y haber puesto en peligro la supervivencia de dicha especie con sus acciones.

Sanger frunció el ceño. ¿De qué coño estaban hablando?

Entonces, en el televisor apareció una imagen de una tortuga laúd y un mapa de Costa Rica. Parecía ser que las autoridades habían sido puestas sobre aviso acerca de las actividades de Sanger porque hacía un tiempo había visitado Tortuguero, en la costa atlántica de Costa Rica, y porque había cometido graves delitos contra el medio ambiente relacionados con las tortugas laúd.

Sanger no entendía nada. No había cometido ningún delito, solo había intentado ayudar, solo eso. Además, una vez que había regresado a su piso, se había descubierto incapaz de llevar sus planes a buen término. Había comprado montañas de libros sobre genética, pero el tema le había resultado demasiado complejo. Había abierto los menos prolijos y escaneado varios pies de ilustraciones. «Un plásmido que hospeda un loxP normal tiene pocas posibilidades de seguir integrado en un genoma en un sitio loxP similar puesto que la recombinasa Cre eliminará el fragmento de ADN integrado...» «Los vectores lentivirales inyectados en embriones unicelulares o incubados con embriones de los que se ha retirado la zona pelúcida eran particularmente...» «Un modo más eficiente de sustituir un gen se basa en el uso de las células madre embrionarias mutadas desprovistas del gen HPRT (hipoxantina fosforibosil transferasa). Estas células no sobreviven en el medio HAT, que contiene hipoxantina, aminopterina y timinida. El gen HPRT se introduce en el sitio escogido con una doble recombinación homóloga...».

Sanger había dejado ahí la lectura.

En la pantalla de televisión aparecieron tortugas en la playa, de noche, que irradiaban una extraña luz de color morado... ¿Y creían que él había hecho eso? Era ridículo, pero un Estado fascista exigía sangre por cualquier transgresión, real o imaginaria. Sanger ya se veía encerrado a la sombra por un crimen que no había cometido, un crimen que ni siquiera sabría cómo cometer.

## **Nuevas mascotas transgénicas en perspectiva**

Cucarachas gigantes, eternos cachorros

La industria y los artistas trabajan con ahínco

**L**a artista Lisa Hensley, formada en Yale, ha unido fuerzas con la firma genética Borger and Snodd Ltd. para crear cucarachas gigantes y comercializarlas como mascotas. Las cucarachas modificadas genéticamente tendrán un metro de largo y treinta centímetros de alto. Según Hensley, «serán del tamaño de un perro salchicha grande, aunque no ladrarán, por descontado».

Hensley considera las mascotas como obras de arte creadas con la intención de concienciar a la gente sobre la gran comunidad que forman los insectos. «La aplastante mayoría de los seres vivos de la Tierra son insectos —mantiene—, y aun así conservamos un prejuicio irracional hacia ellos. Deberíamos recibir con los brazos abiertos a nuestros hermanos insectos, besarlos, amarlos».

Según la artista «el verdadero peligro del calentamiento global es la posible extinción de muchos insectos». Hensley reconoció que se había inspirado en la obra de la artista Catherine Chalmers (licenciada en ingeniería por la Universidad de Stanford) cuyo proyecto «La cucaracha americana» fue el primero en convertir a este insecto en un elemento propio del arte contemporáneo.

Mientras tanto, en las afueras de Nueva Jersey, la firma Kumnick Genomics trabaja con ahínco en la creación del animal que, según dicha compañía, los dueños de perros desean en realidad: cachorros que nunca crecen. Según su portavoz, Lyn Kumnick: «Los Pequeternos de Kumnick no crecerán nunca. Cuando compre un Pequeterno, comprará un cachorro para toda la vida». La empresa está trabajando para eliminar el comportamiento inmaduro molesto como mordisquear zapatos, algo que saca de quicio a los dueños de perros. «En cuanto les han salido todos los dientes, este comportamiento desaparece —asegura Kumnick—. Por desgracia, hasta ahora las intervenciones genéticas que hemos realizado han detenido el crecimiento completo de los dientes, pero lo solventaremos». También desmintió los rumores acerca de la salida al mercado de un animal desdentado llamado MellaCan.

Kumnick apunta que al tiempo que una adolescencia permanente está sustituyendo la etapa adulta en los seres humanos, es natural que la gente desee seguir acompañada por perros igualmente juveniles. «Nos negamos a crecer, igual que Peter Pan —mantiene—. ¡Con la genética es posible!».

Perdido, conduciendo por un terreno accidentado, Stan Milgram entrecerró los ojos para leer la señal de tráfico que surgía de la oscuridad: PALOMAR MOUNTAIN 60 KM. ¿Dónde coño estaba eso? Jamás hubiera creído que California fuera tan grande. Ya había dejado atrás un par de poblaciones, pero a las tres de la mañana todo estaba cerrado, incluidas las gasolineras. Así que ahí estaba, otra vez en medio de la oscuridad y solo en varios kilómetros a la redonda.

Tendría que haberse llevado un mapa.

Stan estaba agotado, irritable, y necesitaba parar un rato para dormir, pero el maldito pajarraco empezaría a chillar en cuanto se le ocurriera detener el coche.

Gerard se había mantenido callado la última hora, pero entonces, sin razón aparente, se había puesto a imitar tonos de marcado, como si llamara a alguien.

—Para ya, Gerard —lo avisó Stan.

El loro se calló y, al menos durante un rato, Stan pudo conducir en silencio; aunque no duró mucho, claro.

—Tengo hambre —dijo Gerard.

—Los dos tenemos hambre.

—¿Quedan patatas chips?

—Se han acabado. —Habían terminado las últimas cerca de Earp. ¿Cuánto hacía de eso? ¿Una hora? ¿Dos?

—*Nobody knows the trouble I've seen* —canturreó Gerard.

—No empieces —le advirtió Stan.

—*Nobody knows, 'cept Jesus...*

—Gerard...

Silencio.

Stan pensó que era como viajar con un niño, el pájaro tenía la tozudez y la imprevisibilidad de una criatura. Era agotador.

Dejaron las vías de un tren a la derecha.

Gerard empezó a imitar el lento avance de un tren y dejó escapar un lastimero silbido.

—*I ain't seen the sunshine, since I don't know wheeen...*

Stan decidió no decir nada. Agarró el volante con fuerza y se adentró en la noche. A su espalda, el cielo se iluminaba débilmente. Eso significaba que se dirigía hacia el

oeste, hacia su destino. Más o menos.

Entonces, en medio del tenso silencio, Gerard empezó de nuevo:

—Señoras y caballeros, *mesdames et messieurs, damen und herren*, de lo que una vez fue una inarticulada masa de tejido inanimado, voy a presentarles ahora a un culto y sofisticado hombre de ciudad. ¡Ya!

—Estás jugándotela —dijo Stan—, te lo advierto.

—*It's my life, don't you forget!* —cantó el papagayo, desgañitándose. Fue como si todo el coche vibrara. Stan creyó que las ventanillas iban a estallar.

Hizo una mueca de dolor y agarró el volante aún más fuerte.

—Nos alegra ver aquí esta noche a muchos de nuestros amigos —continuó Gerard como si fuera un presentador.

Stan sacudió la cabeza.

—Por Dios bendito.

—Seamos felices, felices, felices, dilo conmigo. Felices, felices, felices, probadlo...

—Para —pidió Stan.

Gerard continuó como si nada.

—Felices, felices, felices, felices, oh, cariño, sí, felices, felices...

—¡Se acabó! —gritó Stan, frenando junto al arcén. Bajó del coche y cerró la puerta del conductor de un enérgico portazo.

—No me asustas, macho —contestó Gerard.

Stan soltó un taco y abrió la puerta de detrás.

Gerard volvía a cantar.

—*I've got some news for you, and you 'll soon find out it's true, and you 'll have to eat your lunch all by yourself...*

—¡Está bien, vas a salir de ahí ahora mismo, colega!

Cogió el pájaro sin miramientos. Gerard empezó a picotearlo con fiereza, pero Stan ni se inmutó y dejó a Gerard en la cuneta, en la tierra.

—*It looks as though you're letting go, and if it's real I don't want to...*

—Ahí te quedas —gruñó Stan.

Gerard aleteó.

—No puedes hacerme esto —se quejó.

—¿Ah, no? Pues mira.

Stan regresó junto a la puerta del conductor y la abrió.

—Quiero mi percha —protestó Gerard—, es lo mínimo que puedes...

—¡A la mierda tu puta percha!

—*Don't go away mad, it can't be so bad, don't go away...*

—Adiós, Gerard.

Stan cerró de un portazo y hundió el pie en el acelerador. Se alejó a toda

velocidad, procurando dejar atrás una espesa nube de polvo. Volvió la vista, pero no vio al pájaro. Lo que sí vio en cambio fueron los excrementos que había dejado en el asiento trasero. Joder, se pasaría días enteros para limpiarlo.

Sin embargo, había silencio.

Bendito silencio.

Por fin.

El viaje de Gerard había terminado.

Ahora que lo rodeaba la quietud, la fatiga acumulada acudió a su llamada y Stan empezó a adormilarse. Encendió la radio, bajó la ventanilla y sacó la cabeza para que le diera el aire, pero no hubo manera. Al final tuvo que aceptar que acabaría durmiéndose y que tenía que detenerse junto al arcén.

Ese pájaro había impedido que se durmiera, por lo que se sintió ligeramente mal por haberlo abandonado como lo había hecho junto a la carretera. En realidad era como haberlo matado porque un pájaro como ese no duraría demasiado en el desierto. Una serpiente de cascabel o un coyote no tardarían en dar cuenta de él. Lo más probable era que ya lo hubieran hecho, así que no había razón para dar marcha atrás.

Stan salió de la carretera y se detuvo en un pinar. Apagó el motor e inhaló la fragancia de los árboles. Se durmió al instante.

Gerard correteó arriba y abajo durante un rato en la oscuridad. Quería elevarse del suelo y varias veces intentó saltar a los achaparrados arbustos de artemisa que lo rodeaban; sin embargo, la planta no soportaba su peso y siempre acababa estampándose contra el suelo. Al final, medio brincando, medio volando, aterrizó sobre un enebro a un metro de altura. Se habría dormido sobre esa percha improvisada si no hubiera sido por la temperatura extremadamente baja para un ave tropical y por los aullidos de una manada de animales del desierto.

Los aullidos se aproximaban.

Gerard volvió a erizar las plumas.

Sin perder de vista la manada que se dirigía hacia él.

El helicóptero Robinson R44 descendió en una nube de polvo y Vasco Borden se apeó de él, agachado bajo las aspas, para subir a continuación al Hummer negro que lo esperaba.

—Cuéntame —le dijo a Dolly, que iba al volante.

La mujer se había adelantado a Vasco cuando este todavía estaba enfrascado en la persecución inútil que lo había llevado a Pebble Beach.

—Se registró en el Best Western a las siete y media, fue a Walston's y uno de los guardias de seguridad identificó su matrícula, pero ella se lo quitó de encima: le soltó una patraña sobre un ex marido y el tipo se la tragó.

—¿Cuándo fue eso?

—Poco antes de las ocho. Desde allí regresó al motel, le explicó al tipo de recepción algo acerca de un intruso en su habitación y, mientras él lo comprobaba, cogió la escopeta que guardaba debajo del mostrador y se largó con ella.

—¡No me digas! La señora tiene huevos —se admiró Borden.

—Por lo visto había intentado comprar una pistola en un drugstore, pero se topó con el período de espera de diez días.

—¿Y ahora?

—Estábamos intentando localizar su móvil, pero lo apagó. Antes de eso se dirigía hacia el este, hacia Ortega Highway.

—Al desierto —musitó Vasco, asintiendo con la cabeza—. Dormirá en el coche y continuará por la mañana.

—Podemos bajar instantáneas del satélite a las ocho de la mañana. Antes será imposible.

—Se habrá ido antes de las ocho —repuso Vasco. Se recostó en el asiento del Hummer—. Saldrá de madrugada, así que veamos... —Se puso a pensar—. Ha conducido toda la tarde y hacia el sur, casi siempre hacia el sur. Cuando empezó todo esto, nuestra damita se dirigía hacia el sur.

—¿Crees que se dirige a México? —preguntó Dolly.

Vasco negó con la cabeza.

—No quiere dejar rastro, y cruzar la frontera lo dejaría.

—Tal vez se desvíe hacia el este para intentar cruzar por Brown Field o Calexico —aventuró Dolly.



—Tal vez. —Vasco se rascó la perilla, pensativo. Demasiado tarde se percató de que se había quitado el rímel, que ahora le pringaba los dedos. Maldita sea, tenía que recordarlo para otra vez—. Está asustada. Creo que se dirige a un lugar donde cree que encontrará ayuda. Quizá vaya a reunirse con su padre o con alguien que conoce. ¿Un antiguo novio? ¿Una amiga del colegio? ¿Una compañera de fraternidad? ¿Un antiguo profesor? ¿Un antiguo socio? Algo parecido.

—Llevamos dos horas comprobando las bases de datos de la red —dijo Dolly—, pero hasta el momento no hemos conseguido nada.

—¿Y los registros telefónicos antiguos?

—No hay llamadas al área de San Diego.

—¿Hasta dónde os habéis remontado?

—Un año. No se puede acceder a más sin una orden especial.

—Así que, se trate de quien se trate, no se ha puesto en contacto con esa persona en un año. —Vasco suspiró—. Tendremos que esperar. —Se volvió hacia Dolly—. Vayamos a ese Best Western. Quiero averiguar con qué tipo de arma se ha hecho esa damita y de paso descansaremos un par de horas antes de que se haga de día. Estoy seguro de que mañana la pescaremos. Tengo un presentimiento. —Se dio un golpecito en el pecho—. Y nunca me equivoco.

—Cari, te has manchado la camisa de rímel.

—Mierda. —Vasco suspiró.

—Se irá —le aseguró Dolly—, ya te la quitaré yo.

Gerard vio cómo se acercaban las oscuras siluetas.

Avanzaban al trote, gruñendo y olisqueando el aire, a veces incluso parecía que maullaran. No eran demasiado corpulentas, sus lomos apenas asomaban por encima de los arbustos de artemisa. Rodeaban la percha donde estaba encaramado, primero se aproximaron para alejarse de inmediato.

No obstante, era evidente que lo habían olido porque cada vez los tenía más cerca. Eran seis en total. Gerard erizó las plumas, en parte para entrar en calor.

Los animales tenían un morro largo y sus ojos eran dos puntos verdes y luminosos en la oscuridad. Despedían un olor almizclado muy penetrante y desagradable. Tenían colas largas y peludas, y descubrió que no eran negros, sino más bien de un color castaño grisáceo. Casi los tenía encima.

—*I'm sha sha shakin', I'm shakin' now.*

Cada vez más cerca. Prácticamente podía tocarlos.

El más grande se detuvo a unos centímetros y se quedó mirando fijamente a Gerard. El loro no se movió.

Al cabo de unos instantes, el animal se aproximó con cautela.

—¡Deténgase ahora mismo, caballero!

La bestia se detuvo en seco, incluso reculó unos pasos. Los demás lo imitaron. La voz los había desconcertado.

Aunque no por mucho tiempo. El animal de mayor corpulencia empezó a acercarse de nuevo.

—¡Quieto ahí!

Esta vez solo se detuvo un momento y enseguida retomó el avance.

—¿No crees que debieras pensar que eres afortunado? ¿Verdad que sí, vago?

El animal fue aproximándose, esta vez muy despacio. Lo olisqueaba, cada vez más cerca... Lo olfateaba... La criatura olía a rayos. Tenía el morro a apenas unos centímetros...

Gerard se inclinó y le propinó un contundente picotazo en el hocico. La bestia aulló y retrocedió de un salto. El animal estuvo a punto de tirar a Gerard de su percha, pero este consiguió recuperar el equilibrio a tiempo.

—Cada vez que mires hacia atrás creerás verme. Algún día me encontrarás detrás de ti, Matt, y ese día te mataré —dijo Gerard.

El animal tenía la barriga pegada al suelo y se frotaba el hocico herido con las patas delanteras. Al cabo de un rato se levantó, gruñendo.

—La vida es dura, pero aún lo es más si eres estúpido.

Ahora gruñía toda la manada, que fue cerrando el semicírculo. Parecían coordinados. Gerard ahuecó las alas y volvió a erizarlas. Incluso aleteó para intentar aparentar la mayor envergadura y agitación que le fuera posible, aunque no pareció impresionar a las criaturas.

—Escuchen, escuchen, todos ustedes están en peligro, ¿no lo entienden? ¡Les persiguen, nos persiguen a todos!

Las distintas voces ya no parecían tener efecto en ellos. Los animales estaban cada vez más cerca. Uno se colocó a la espalda de Gerard con su suave trote. El pájaro volvió la cabeza para mirar. No tenía buena pinta, no, no la tenía.

—*Get back to where you once belonged!*

Gerard agitó las alas una vez más, nervioso, y por lo visto la desesperación le insufló nuevas fuerzas porque se elevó ligeramente de la rama en la que estaba encaramado. Los hoscos animales estaban a punto de cerrar el círculo...

Gerard aleteó con energía y sintió que se elevaba. Claro, habían transcurrido varias semanas desde la última vez que le habían recortado las alas, por eso... ¡podía volar! Se alejó del suelo unos centímetros y descubrió que aún podía remontar un poco más. No mucho, pero lo suficiente. Los apestosos animales quedaron muy abajo, aullándole, mientras Gerard ponía rumbo al oeste, hacia la carretera que había seguido Stan. Empezó a alejarse del amanecer y dirigió su vuelo hacia la oscuridad y el olor a comida que su fino sentido del olfato había detectado.

Dormida en el asiento delantero de su coche, Alex Burnet abrió los ojos y vio que estaba rodeada de hombres. Tres de ellos escudriñaban el interior con los ojos entrecerrados. Llevaban sombreros de vaquero y unos palos coronados por una lazada. Se enderezó de golpe. Uno de ellos le indicó con las manos que no dijera nada.

—Solo será un momentito, señora.

Alex miró a su hijo, Jamie, que dormía plácidamente en el asiento de atrás. El niño no se despertó. Se necesitaba una bomba para despertar a Jamie.

Al mirar fuera, Alex ahogó un grito. Uno de los vaqueros levantó el palo, del que colgaba una gigantesca serpiente de cascabel de un metro y medio de largo y del grosor de un brazo, que no dejaba de retorcerse en el extremo mientras emitía con la cola su ruido característico.

—Ahora ya puede salir si quiere.

Apartó la serpiente a un lado.

Alex abrió la puerta con prudencia.

—Por las mañanas, el calor del motor las atrae bajo el coche —se explicó uno de ellos.

Alex contó seis hombres en total, equipados todos con palos y unos largos sacos con algo que se retorcía en su interior.

—¿Qué están haciendo?

—Buscamos serpientes de cascabel.

—¿Para qué?

—Para el rodeo de cascabeles de la semana que viene. En Yuma.

—Ya entiendo...

—Se celebra todos los años. Es un concurso. El que lleva más serpientes, gana.

—Ya.

—Lo que importa es el peso, así que buscamos las más grandes. No teníamos intención de asustarla.

—Gracias.

El grupo de hombres empezó a alejarse, pero el que hablaba con ella se demoró un poco más.

—Señora, no debería andar sola por aquí. Aunque ya veo que lleva un arma. —

Señaló la escopeta del asiento trasero con un gesto de la cabeza.

—Sí, pero no tengo cartuchos —confesó Alex.

—Entonces no le hace ningún servicio —repuso el hombre. Se dirigió hacia su vehículo, aparcado en medio de la carretera—. Es del doce, ¿verdad?

—Sí, del doce.

—Estos le irán bien. —Le tendió un puñado de cartuchos rojos, que Alex se metió en los bolsillos.

—Gracias. ¿Qué le debo?

El hombre negó con la cabeza.

—Solo cuídese, señora. —Se volvió para unirse a los demás—. Un Hummer negro pasó por esta carretera hará cosa de una hora. Dentro iba un tipo grande con perilla que dijo ir buscando a una mujer y a su hijo pequeño. Nos contó que era el tío y que estaban desaparecidos.

—Aja, ¿y ustedes qué le contestaron?

—Todavía no la habíamos visto, así que le dijimos que no sabíamos nada.

—¿Qué dirección tomó? —preguntó Alex.

—Se dirigía a Elsinore, pero supongo que debe de haber dado la vuelta.

—Gracias.

El hombre la saludó con la mano.

—No se detenga a repostar —la aconsejó—, y que tenga buena suerte.

## **TRANSCRIPCIÓN: CBS 5 SAN FRANCISCO >>>>**

### **Acusado de bioterrorismo puesto hoy en libertad**

**(CBS 5)** El presunto terrorista Mark Sanger ha salido hoy de la prisión del condado de Alameda condenado a dos años de libertad a prueba por posesión de material biológico peligroso. Fuentes bien informadas aseguran que la complejidad técnica de los cargos que el gobierno le imputa a Sanger condujo a la acusación a la reticente conclusión de que no podían mantener al sospechoso entre rejas. En particular se ha puesto en entredicho la acusación por la cual el señor Sanger habría llevado a cabo la modificación genética de tortugas en América Central. Hemos hablado con Julio Manarez en Costa Rica.

**(Manarez)** Es cierto que las tortugas atlánticas han sufrido una modificación genética por la cual sus caparazones desprenden un brillo morado. Aunque todavía no hemos hallado una explicación para lo sucedido, la edad de las tortugas indica que la manipulación genética tuvo lugar entre cinco y diez años atrás.

**(CBS 5)** Poco después de la detención, los investigadores determinaron que Sanger no había visitado Costa Rica con suficiente antelación para poder ser el artífice de la modificación genética, puesto que el primer viaje a la zona lo realizó el año pasado. Por tanto, Mark Sanger, el presunto terrorista, se encuentra ahora en libertad tras satisfacer el pago de una multa de quinientos dólares.



En la sala de vista 443 del Congreso, mientras esperaba el inicio de la reunión, el congresista Marvin Minkowski (demócrata por Wisconsin) se volvió hacia el congresista Henry Wexler (demócrata por California) y le dijo:

—¿No deberíamos contar con una regulación más estricta para restringir el acceso a la tecnología del ADN recombinado?

—¿Estás pensando en Sanger?

—Bueno, es el caso más reciente. ¿De dónde sacaría todo ese material? ¿Tienes alguna idea?

—De internet —contestó Wexler—. Puedes comprar equipos de recombinación a empresas de Nueva Jersey y Carolina del Norte. Cuestan unos doscientos dólares.

—Ya son ganas de meterse en líos, ¿no?

—Verás, mi mujer se encarga del jardín ¿y la tuya? —preguntó Wexler.

—Ahora que los niños han volado del nido se ha convertido en una fanática de las rosas.

—¿Y está apuntada al club de jardinería y todo lo demás?

—Sí, por supuesto.

—Muchos jardineros que solían crear híbridos injertando esquejes en rizomas ahora utilizan equipos de ADN para ir un poco más allá —se explicó Wexler—. La gente modifica genéticamente y cultiva sus propias rosas en todo el mundo. Se supone que una empresa japonesa ha creado una rosa azul utilizando métodos de ingeniería genética. La rosa azul ha sido el sueño de todos los cultivadores desde hace siglos. Lo que quiero decir es que la tecnología está en todas partes, Marv. En las grandes compañías y en el patio de casa. En todas partes.

—¿Y qué vamos a hacer al respecto? —preguntó Minkowski.

—Nada —contestó Wexler—. No pienso hacer nada que enfurezca ni a tu mujer ni a la mía. —Se cogió el mentón con la mano, un gesto pensativo que siempre quedaba bien ante la cámara—. Sin embargo, tal vez haya llegado el momento de pronunciar un discurso que exprese mi preocupación por los peligros que entraña el uso de la tecnología sin ningún control.

—Buena idea, creo yo haré lo mismo —se animó Minkowski.

## AVANCES SOBRE LIPOSUCCIÓN

### **La grasa de un presidente vendida por 18.000\$**

*Lo siguiente: los famosos donan su grasa a la beneficencia*

BBC NEWS. Un coleccionista privado ha adquirido una pastilla de jabón por 18.000 dólares hecha con la grasa obtenida en la liposucción a la que se sometió el presidente italiano Silvio Berlusconi. El jabón es una obra de arte titulada *Mani Pulite* («Manos limpias») del artista Gianni Motti, afincado en Suiza. Motti compró la grasa a una clínica de Lugano, donde le practicaron una liposucción a Berlusconi. Motti la moldeó en una pastilla de jabón que vendió en la feria de arte de Basilea a un coleccionista privado suizo que «ahora puede lavarse las manos con Berlusconi».

Los comentaristas apuntaron que la popularidad de Berlusconi vive sus horas bajas en Europa, lo que pudiera haber reducido el valor de su grasa. En cambio, la de estrellas de cine podría alcanzar precios muchos más elevados. «Cualquier cosa sería posible con productos derivados de Brad Pitt o Pamela Anderson», aseguraba uno de ellos.

¿Venderán alguna vez los famosos su grasa? «¿Por qué no? —se preguntaba un cirujano plástico de Beverly Hills—. Podría tratarse de un acto benéfico. Después de todo, en cualquier caso la liposucción van a acabar haciéndosela. En estos momentos nos limitamos a deshacernos de esa grasa, pero podría utilizarse para la ayuda de causas más elevadas».

### **Corredor de lanchas motoras pierde el culo**

*Con el impulso de popa*

WIRED NEWS SERVICE. El acaudalado neozelandés Peter Bethune intentará batir un récord mundial en lancha motora impulsada por grasa de su propio trasero. Su trimarán ecológico de 24 metros de eslora, Earthroce, está impulsado únicamente por combustible biológico compuesto de aceite vegetal y otras grasas. De hecho, el trasero de Bethune solo hará una pequeña contribución al viaje alrededor del mundo ya que sus nalgas apenas aportaron un litro de combustible. Sin embargo, Bethune apuntó que seguía amoratado y aseguró que se trataba de un «sacrificio personal» para producir combustible.

### **Artista cocina y prueba su propia grasa corporal**

*Protesta contra el «despilfarro» de la sociedad occidental*



REUTERS. Al artista conceptual de Nueva York Ricardo Vega le practicaron una liposucción, tras la que cocinó su grasa y se la comió. Según Vega, su propósito consistía en llamar la atención sobre el despilfarro al que está abonada la sociedad occidental. También apartó varias porciones de su grasa para ponerlas a la venta, apuntando que esto permitiría a la gente probar la carne humana y experimentar el canibalismo. Vega no le puso precio a su grasa, pero un marchante de arte calculó que su valor sería considerablemente menor a la de Berlusconi. «Berlusconi es presidente de un país —comentó—, mientras que Vega es un desconocido. Además, ya se había hecho antes: el artista Marcos Evaristta había cocinado albóndigas con su grasa».

Marcos Evaristta es un artista nacido en Chile, afincado en Dinamarca. No han podido confirmarse los rumores acerca de que Christie's de Nueva York pretende sacar a subasta sus albóndigas de grasa corporal ya que los representantes no atienden las llamadas.

La ambulancia se dirigió hacia el sur por la autopista a toda velocidad. Dolly iba al volante y hablaba con Vasco a través de sus nuevos auriculares Bluetooth. Vasco estaba enojado, pero Dolly no podía hacer nada al respecto. Él solito había tomado el rumbo equivocado por segunda vez.

—Escucha, acabo de recibir los registros telefónicos de los últimos cinco años — lo informó Dolly—. Alex llama a unos tal Kendall, Henry y Lynn, que viven en esta zona. Él es bioquímico, pero no sabemos a qué se dedica ella. Sin embargo, Lynn y Alex son de la misma edad. Creemos que crecieron juntas.

—¿Dónde viven esos Kendall? —preguntó Vasco.

—En La Jolla, está al norte de...

—Ya sé dónde está, cojones —la interrumpió Vasco.

—¿Dónde te encuentras ahora? —preguntó Dolly.

—De vuelta de Elsinore. Estoy a una hora de La Jolla y esta puta carretera está llena de curvas. Maldita sea, sé que ha dormido por aquí cerca.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé y punto. Me lo dice mi olfato.

—Vale, bien, probablemente ahora esté de camino a La Jolla. Puede que incluso ya esté allí.

—¿Dónde estás tú?

—A veinte minutos de la casa de los Kendall. ¿Quieres que los detenga?

—¿Cómo está el matasanos? —preguntó Vasco.

—Sobrio.

—¿Seguro?

—Lo bastante para hacer de médico —contestó Dolly—. Bebe café de un termo.

—¿Le has echado un ojo a ese termo?

—Sí, por supuesto. Entonces... ¿los detenemos o te esperamos?

—Si ves a la chica, a Alex, ni te acerques, pero si ves al crío, échale el guante.

—Lo que tú digas.

—Bob —dijo Alex, con el teléfono pegado a la oreja.

Oyó un gruñido al otro lado de la línea.

—¿Qué hora es?

—Son las siete, Bob.

—Por Dios. —Alex oyó un ruido sordo producido por una cabeza desplomándose en la almohada—. Más te vale que sea importante, Alex.

—¿Has estado en una cata de vinos?

Robert A. Koch, distinguido director de una firma de abogados, dedicaba mucho tiempo al mundo del vino. Guardaba su colección bajo llave repartida por toda la ciudad. Compraba en las subastas de Christie's y viajaba a Napa, a Australia, a Francia... No obstante, por lo que Alex sabía, no era más que una excusa para emborracharse con regularidad.

—Estoy esperando, Alex. Será mejor que valga la pena.

—Muy bien, llevo las últimas veinticuatro horas huyendo de un cazarrecompensas. Me persigue un tipo enorme, un armario con piernas, para clavarnos una aguja de biopsia y extraernos células a mi hijo y a mí.

—Muy gracioso. Estoy esperando.

—Lo digo en serio, Bob. Nos persigue un cazarrecompensas.

—¿Así por las buenas?

—No. Creo que guarda relación con BioGen.

—He oído decir que BioGen tiene problemas —recordó Bob—. ¿Y están intentando extraeros células? No creo que puedan hacerlo.

—Un «no creo» no es lo que quiero oír.

—Ya sabes que la ley no es clara al respecto.

—Escúchame, tengo aquí conmigo a mi hijo de ocho años. Intentan meterlo en la parte de atrás de una ambulancia y clavarle una aguja en el hígado, así que tampoco quiero oír que la ley «no es clara». Lo que quiero oír es un: «Los detendremos».

—Claro, lo intentaremos —le aseguró—. ¿Tiene que ver con el caso de tu padre?

—Sí.

—¿Lo has llamado?

—No contesta.

—¿Has llamado a la policía?

—Han conseguido una orden de detención en Oxnard y la vista es hoy. Necesito que alguien de confianza vaya allí y se presente por mí.

—Enviaré a Dennis.

—He dicho alguien de confianza.

—Dennis es de confianza.

—Dennis es de confianza si tiene un mes, pero la vista es hoy, Bob.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga?

—Quiero que vayas tú.

—Por Dios. ¿A Oxnard? Está en la quinta porra... Y todavía no he tomado ni un trago...

—Llevo una escopeta recortada en el asiento de atrás, Bob. Me importa un pimiento si crees que queda muy lejos.

—Vale, vale, cálmate. Tengo que arreglar unos asuntillos.

—¿Irás?

—Sí, iré. ¿Te importaría ponerme al corriente?

—Está todo en el expediente Burnet. Supongo que lo habrán presentado como un caso de extracción, o bien alegan su derecho a expropiar o simplemente apropiación indebida.

—¿La extracción de tus propias células?

—Se fundamentan en que son tuyas.

—¿Cómo pueden ser tuyas tus células? Son dueños de las de tu padre. Ah, vale, ahora lo entiendo: son las mismas células. Pero eso son gilipollices, Alex.

—Díselo al juez.

—No pueden violar la integridad de tu cuerpo o el cuerpo de tu hijo solo porque...

—Resérvate para el juez —lo interrumpió—. Te llamaré luego para saber cómo va.

Cerró el teléfono móvil.

Miró a Jamie, que seguía durmiendo como un angelito.

Si Koch se acercaba a Oxnard a última hora de la mañana, podría conseguir una vista urgente para la tarde. Lo llamaría sobre las cuatro, aunque ese tiempo se le antojaba eterno.

Puso rumbo a La Jolla.

Henry Kendall pensó que era lo último que necesitaban: ¡visitas! Observó con consternación cómo Lynn abrazaba a Alex Burnet y se agachaba para hacer otro tanto con el hijo de Alex, Jamie. Alex y Jamie acababan de presentarse por las buenas, sin avisar. Las mujeres charlaban animadamente, gesticulaban y parecían felices de estar juntas cuando entraron en la cocina para buscar algo que ofrecerle al Jamie de Alex. Mientras tanto, el otro Jamie y Dave estaban jugando al «Drive or Die!» con la PlayStation. El ruido de metal aplastado y neumáticos chirriantes llenaba la habitación.

Henry Kendall estaba superado por las circunstancias, así que entró en el dormitorio para organizar sus pensamientos. Acababa de regresar de la comisaría, donde habían repasado la grabación del día anterior de la cámara de seguridad instalada en el patio del colegio. La calidad de la imagen no era buena pero, dadas las circunstancias, daba las gracias porque la visión de ese crío, Billy, pateando y pegando a su hijo le había resultado tan sobrecogedora que apenas había sido capaz de mantener los ojos en la pantalla. Había tenido que apartar la mirada varias veces. Esos chicos, esa panda de skaters, tendrían que estar todos entre rejas. Con un poco de suerte, los expulsarían del colegio.

No obstante, Henry sabía que eso no se acabaría ahí. Siempre ocurría lo mismo. Hoy día, todo el mundo interponía demandas, por lo que estaba convencido de que los padres del skater pondrían un pleito para que los readmitieran a todos. Demandarían a la familia de Henry y a Jamie y Dave, y por culpa de esos pleitos estaba seguro de que se descubriría que no existía ningún síndrome de Gandalf Crikey o lo que fuera que Lynn se hubiera inventado. Estaba seguro de que todo el mundo se enteraría de que Dave en realidad era un chimpancé transgénico.

Y luego, ¿qué? Un circo mediático más allá de lo que cualquiera pudiera imaginar. Los periodistas acamparían en el jardín delantero durante semanas y los perseguirían allí adonde fueran, los grabarían con cámaras camufladas día y noche, destruirían sus vidas y para cuando los periodistas se hubieran aburrido, los beatos y los ecologistas volverían a la carga. Tacharían de impíos a Henry y su familia, de criminales, de gente peligrosa y antiamericana y de amenaza para la biosfera. Empezó a imaginar comentaristas de televisión hablando en un babel de lenguas — inglés, español, alemán, japonés— con imágenes de Dave y suyas de fondo.

Y eso solo sería el principio.

Se llevarían a Dave. Henry seguramente iría a prisión (aunque de eso no estaba tan seguro, ya que muchos científicos llevaban más de dos décadas saltándose las normas en cuanto a los experimentos genéticos y ninguno había dado con sus huesos en la cárcel, ni siquiera cuando había muertos). No obstante, era indudable que lo apartarían de la investigación. Lo echarían del laboratorio durante un año o más. ¿Cómo iba a mantener a su familia? Lynn no podía hacerlo sola y casi seguro que el negocio de ella también se iría a pique. ¿Qué ocurriría con Dave? ¿Y con su hijo? ¿Y con Tracy? ¿Y qué pasaría con su comunidad? La Jolla era bastante liberal (al menos, algunas zonas), pero era posible que la gente no fuera demasiado comprensiva con la idea de que un híbrido de humano y chimpancé acudiera al colegio con sus hijos. Era algo radicalmente nuevo, de eso no cabía duda. La gente todavía no estaba preparada para una cosa así. Los liberales no eran tan liberales.

Puede que tuvieran que mudarse. Puede que tuvieran que vender la casa y trasladarse a algún lugar remoto, como Montana. Aunque tal vez a la gente de allí les costara aún más aceptarlos.

A estas y otras ideas les daba vueltas en la cabeza, acompañadas por los chirridos y los encontronazos de los coches y las risas de su mujer y la amiga de esta en la cocina. Se sentía superado por las circunstancias. Y en medio, justo en el centro, se encontraba su profunda sensación de culpabilidad.

Una cosa estaba clara: no podía perder de vista a sus hijos, tenía que saber dónde estaban en todo momento. No podía arriesgarse a que se repitiera lo del día anterior. Lynn les había obligado a retrasar una hora la salida de casa para que entraran más tarde al colegio, de ese modo no habría incidentes con los niños de cursos superiores. El joven Cleever era una amenaza y parecía bastante improbable que lo metieran entre rejas. Seguramente se limitarían a asustarlo y a entregarlo a su padre en custodia. Henry sabía que el padre era analista de defensa de un comité asesor local, un tipo pirado por las armas que se creía muy duro, uno de esos intelectuales a quienes les gusta disparar a las cosas. Un intelectual varonil. Cualquiera sabía qué podía ocurrir.

Se volvió hacia el paquete que se había traído del laboratorio. Llevaba la etiqueta de TrackTech Industries, Chiba City, Japón. Dentro había cinco relucientes tubitos plateados de apenas tres centímetros de largo y algo menos gruesos que una pajita. Los sacó y los miró. Esas maravillas de la miniaturización llevaban incorporada tecnología GPS, así como sensores de temperatura, pulso, respiración y presión sanguínea que se activaban a través de un imán en uno de los extremos. La punta lanzó un único destello azulado y luego se apagó.

Se habían ideado para hacer un seguimiento de los primates, los monos y los babuinos del laboratorio, a los que les introducían los tubitos con un instrumento

quirúrgico especial que parecía una jeringuilla extragrande. Se los colocaban debajo de la piel del cuello, por encima de la clavícula. Henry no podía hacer lo mismo con los niños, claro, así que la cuestión era: ¿dónde los colocaba? Regresó al salón, con los niños. ¿Les metía los sensores en las mochilas? No. ¿Por el cuello de la camisa? Sacudió la cabeza. Lo notarían. Entonces, ¿dónde?

El instrumento quirúrgico funcionó a la perfección. Los dispositivos entraron con suavidad en la goma del tacón de la zapatilla de deporte. Primero cogió la de Dave, luego la de Jamie y después, llevado por un impulso, salió a buscar una zapatilla del otro Jamie, del hijo de Alex.

—¿Para qué es? —preguntó el pequeño.

—Tengo que medirla. Vuelvo enseguida.

Introdujo otro dispositivo en la tercera zapatilla.

Solo quedaban dos. Henry estuvo cavilando unos instantes y varias opciones acudieron a su mente.

El Hummer frenó detrás de la ambulancia y Vasco se apeó del vehículo para acercarse a esta.

Dolly se cambió al asiento del acompañante.

—¿Qué ocurre? —preguntó al subir.

Dolly señaló con la cabeza la casa del final de la calle.

—Esa es la de los Kendall y el coche de Burnet está aparcado delante. Lleva una hora ahí dentro.

Vasco frunció el ceño.

—¿Y qué ocurre? —insistió.

Dolly sacudió la cabeza.

—Podría sacar el micrófono direccional, pero hay que estar delante de la ventana y supuse que no querrías que aparcara más cerca.

—Tienes razón, así está bien.

Vasco se recostó en el asiento y dejó escapar un largo suspiro. Consultó la hora.

—Bueno, no podemos entrar. —Los cazarrecompensas tenían permitida la entrada en el domicilio del fugitivo aunque no llevaran una orden de detención, pero no podían acceder a los de terceras personas, ni siquiera aunque supieran que el fugitivo estaba dentro—. Tarde o temprano tendrán que salir y cuando lo hagan nosotros estaremos allí.



Gerard estaba cansado. Llevaba volando más de una hora desde el último descanso, el cual había resultado una experiencia muy desagradable. Poco después del amanecer se había detenido junto a unas edificaciones donde olía a comida. Junto a las construcciones, de madera y con la pintura desvaída, había unos coches viejos y la maleza crecía por todas partes. Gerard se posó en un poste de la valla tras la que unos animales enormes resoplaban sin cesar cuando vio que un chico joven vestido con un mono azul salía con un cubo en la mano. Gerard olió la comida.

—Tengo hambre —dijo.

El chico se volvió, miró a su alrededor un instante y siguió su camino.

—Quiero comer, tengo hambre —insistió Gerard.

El chico se detuvo una vez más y de nuevo inspeccionó los alrededores.

—¿Qué te pasa? ¿Es que no sabes hablar? —preguntó Gerard.

—Sí —contestó el chico—. ¿Dónde estás?

—Aquí.

El chico entrecerró los ojos y se acercó a la valla.

—Me llamo Gerard.

—¡Esta sí que es buena! ¡Sabes hablar!

—Qué emocionante —se burló Gerard. El olor de lo que hubiera en el balde se había intensificado. Olía a maíz y otros granos. También olía a algo que apestaba, pero el hambre podía más—. Quiero comida.

—¿Qué comida quieres? —preguntó el chico. Metió la mano en el cubo y la sacó llena de grano—. ¿Quieres esto?

Gerard se inclinó y lo probó. Lo escupió al instante.

—¡Puaj!

—Es comida de pollos, no tiene nada de malo. Ellos se la comen.

—¿No tienes verduras frescas?

El chico se echó a reír.

—Qué gracioso, pareces británico. ¿Cómo te llamas?

—Gerard. ¿Ni una naranja? ¿No tienes una naranja? —Empezó a dar saltitos por el poste de la valla, impaciente—. Quiero una naranja.

—¿Cómo es que hablas tan bien?

—Lo mismo podría preguntarte.

—¿Sabes qué? Voy a llevarte a mi padre —decidió el chico, y alargó la mano—. Estás amaestrado, ¿verdad?

—¡Que me aspen!

Gerard saltó a la mano, el chico se lo puso en el hombro y dio media vuelta hacia la construcción de madera.

—Seguro que sacaremos bastante dinero por ti.

Gerard soltó un graznido y voló hasta el tejado de una de las edificaciones.

—¡Eh, vuelve aquí!

—¡Jared, vuelve a tus tareas! —le advirtió una voz desde el interior de la casa.

Gerard vio que el chico se volvía de mala gana hacia el patio de tierra, por donde fue esparciendo el grano del cubo a puñados. Unos cuantos pájaros amarillos cloquearon y se acercaron dando brincos cuando les arrojaron la comida. Parecían increíblemente estúpidos.

Gerard se lo pensó unos segundos, pero enseguida decidió que comería lo que le dieran. Bajó volando, soltó un potente graznido para espantar a los pájaros estúpidos y se dispuso a picotear la comida. Sabía a rayos, pero tenía que llevarse algo al gaznate. En ese momento, el chico se lanzó a por él adelantando los brazos. Gerard se alzó en el aire, le propinó un contundente picotazo en la nariz —el chico gritó— y se posó no muy lejos para reanudar su tarea. Los pájaros amarillos lo rodearon.

—¡Atrás! ¡Atrás todos!

Las aves amarillas apenas le prestaron atención. Gerard imitó una sirena. El chico intentó atraparlo de nuevo y falló por muy poco. Obviamente, no tenía muchas luces.

—¡Turbulencias! ¡Turbulencias! ¡Seis mil metros, turbulencias! Voy a empujar la palanca de mando... —Y a continuación se oyó una enorme y terrible explosión.

Los pollos huyeron despavoridos, así pudo disfrutar de un momento de paz para comer un poco.

El chico volvió a la carga, esta vez con una red con la que intentó atraparlo. Demasiada excitación para Gerard, que sentía el estómago revuelto por culpa de esa asquerosa comida, así que se alzó rápidamente en el aire al tiempo que se aliviaba y alcanzaba al chico justo en la cabeza. Se elevó hacia el cielo azul para seguir su camino.

Veinte minutos después llegó a la costa ya más tranquilo y la bordeó. De ese modo le resultó más fácil porque encontró ráfagas de aire ascendente, una bendición para sus extenuadas alas. No podía remontar, pero de todos modos ayudaba. Experimentó una modesta sensación de paz.

Al menos hasta que un enorme y silencioso pájaro blanco —desmesurado, gigantesco— pasó volando junto a él como una exhalación creando una turbulencia en la que Gerard empezó a dar vueltas y acabó perdiendo la estabilidad. Cuando se recuperó, el majestuoso pájaro se había alejado de él con sus enormes y extensas alas.

Tenía un solo ojo, que brillaba al sol, en medio de la cabeza y las alas no se movían nunca, permanecían estiradas y rectas.

Gerard sintió un gran alivio al averiguar que solo se trataba de un pájaro y no de una bandada. Siguió observándolo mientras este descendía en lentos círculos hacia el suelo, momento en que Gerard se fijó en el bello y exuberante oasis que se alzaba en medio de la desértica costa. ¡Un oasis! Lo habían construido sobre un yacimiento de enormes rocas alisadas por la erosión, alrededor de las que se alzaban palmeras y exuberantes jardines, y bellos edificios se adivinaban entre el verde follaje. Gerard estaba seguro de que allí debía de haber comida. Le resultó tan irresistible que descendió en espiral.

Era una especie de sueño. Gente hermosa con albornoces blancos que caminaban en silencio entre los jardines de flores y arbustos a la fresca sombra de las palmeras con todo tipo de pájaros revoloteando por doquier. Ni rastro de comida, pero estaba seguro de que la había.

Entonces la olió: ¡naranja! ¡Naranja cortada!

Instantes después había localizado a otro pájaro, de un rojo y azul brillantes, posado sobre una percha, con un montón de naranjas dispuestas en una bandeja que tenía debajo. Naranjas, un aguacate y varias hojas de lechuga. Con cautela, Gerard aterrizó a su lado.

—*I want you to want me* —dijo.

—Hola —contestó el pájaro rojo y azul.

—*I need you to need me.*

—Hola.

—Qué casa tan bonita que tienes. Me llamo Gerard.

—Aaah, ¿qué hay de nuevo, viejo?

—¿Te importa si cojo una naranja?

—Hola, aaah, ¿qué hay de nuevo, viejo? —repitió el pájaro.

—Digo que si te importa que me coma una naranja.

—Hola.

Gerard perdió la paciencia y se abalanzó sobre la fruta, pero el pájaro azul y rojo le lanzó un contundente picotazo. Gerard lo esquivó y salió volando con la naranja en el pico. Una vez posado en la rama de un árbol y tras mirar atrás, descubrió que el otro pájaro estaba encadenado a la percha. Gerard se comió la naranja con toda tranquilidad y luego volvió a por más. Primero descendió sobre la percha por detrás, luego por un lado. Aparecía de manera inesperada, esquivando en todo momento a ese pájaro que solo parecía saber decir: «¡Ho-la!».

Al cabo de media hora sintió que había satisfecho su apetito.

Mientras tanto, observaba a la gente de los albornoces blancos que iban arriba y abajo hablando de NyQuil y Jell-O.

—¡Jell-O, el succulento postre para toda la familia, ahora con más calci-O!

Dos personas levantaron la vista. Alguien rió. Y continuaron su paseo. Ese lugar era un remanso de paz donde el agua borbotaba en pequeños arroyos junto al camino. Gerard estaba seguro de que se quedaría allí por mucho, mucho tiempo.

—Perfecto, preparados para la acción —dijo Vasco.

Dos niños salían de casa de los Kendall. Uno era moreno, llevaba una gorra y tenía las piernas ligeramente arqueadas. El otro era rubio y también llevaba una gorra, unos pantalones caqui y una camiseta.

—Se parece a Jamie —observó Vasco, metiendo la primera.

Avanzaron despacio.

—No sé, no parece el mismo —dudó Dolly.

—Es por la gorra. Pregúntale.

Dolly bajó la ventanilla y asomó la cabeza.

—Jamie, guapo.

El niño se volvió.

—¿Sí? —contestó.

Dolly se apeó del vehículo de un salto.

Henry Kendall estaba trabajando con el ordenador, activando el TrackTech, cuando oyó el chillido procedente de la calle y supo al instante que se trataba de Dave. Se levantó como si tuviera un resorte y salió corriendo. Lynn lo siguió de inmediato desde la cocina, pero Henry se fijó en que Alex se quedaba allí sentada, abrazando a su hijo Jamie, aterrorizada.

Dave no sabía cómo interpretar lo que estaba viendo. Jamie se había detenido a hablar con la mujer del coche grande y blanco, quien a continuación se había apeado de un salto y lo había cogido en volandas. Dave sentía una predisposición natural a no atacar a las hembras, así que se limitó a observar mientras la mujer cogía a Jamie en vilo, se lo llevaba a la parte de atrás del coche blanco y abría las puertas traseras. Dave vio a un hombre en el interior, vestido con bata blanca y rodeado de muchos aparatos relucientes que lo aterraron.

Jamie también debía de estar asustado porque de repente se puso a chillar, momento en que la mujer cerró las puertas traseras de golpe.

Antes de que el coche arrancara, Dave lanzó un grito, subió de un salto a la parte de atrás y se aferró a los tiradores de las puertas. El coche blanco aceleró y continuó la marcha a toda velocidad. Dave aguantó, intentando no perder el equilibrio. En cuanto estuvo seguro de que no iba a caerse, se dio impulso y miró por las ventanillas traseras, a través de las que vio al hombre de la bata y a la mujer sujetando a Jamie

contra una camilla mientras intentaban atarlo. Jamie estaba gritando.

Dave sintió que le hervía la sangre. Lanzó un gruñido, aporreando las puertas. La mujer levantó la vista, asustada. Pareció muy sorprendida de ver a Dave, y le gritó algo al conductor.

El hombre del volante dio un bandazo. Dave se vio zarandeado a un lado y se sujetó a duras penas en el hueco de los tiradores. Cuando el coche dio una nueva sacudida, Dave alargó la mano y se aferró a las luces que había encima de las puertas. Acto seguido se dio impulso y subió al techo de la ambulancia. El viento soplaba con fuerza y la superficie era resbaladiza, así que se tumbó y avanzó a rastras. El coche dejó de dar bandazos y redujo la velocidad. Oyó que alguien gritaba en el interior.

Siguió avanzando.

—¡Lo hemos perdido! —gritó Dolly mirando por la ventanilla trasera.

—¿Qué era eso?

—¡Parecía un mono!

—¡No es un mono, es mi amigo! —protestó Jamie, forcejeando para soltarse—.

Va al colegio conmigo.

Al niño se le cayó la gorra y en ese momento Dolly vio que tenía el pelo castaño.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Jamie. Jamie Kendall.

—Oh, no.

—¡Por Dios! —exclamó Vasco, sin soltar el volante—. ¿Te has equivocado de crío?

—¡Dijo que se llamaba Jamie!

—Te has equivocado de crío. Por Dios bendito, eres imbécil, Dolly. Esto es un secuestro.

—No es culpa mía...

—¿Y de quién si no?

—Tú también viste al crío.

—Yo no vi...

—Tú también estabas mirando.

—Por Dios, cállate ya, dejemos de discutir. Tenemos que devolverlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenemos que dejarlo donde lo encontramos. Esto un puto secuestro.

Vasco soltó un taco y un grito de frustración.

Dave estaba en el techo de la ambulancia, encajado entre el puente de luces y la cubierta combada del vehículo. Se asomó rápidamente por el lado del conductor y vio un enorme retrovisor donde se reflejaba un hombre feo de perilla negra que conducía y gritaba. Sabía que ese hombre le iba a hacer daño a Jamie. Estaba enseñando los dientes en señal de enojo.

Dave avanzó, apoyó su peso en el retrovisor lateral e introdujo el brazo a través de la ventanilla abierta. Sus robustos dedos atraparon la nariz del hombre barbudo, que se puso a chillar y estiró la cabeza hacia atrás. Los dedos de Dave resbalaron, pero arremetió contra él y le mordió la oreja, sin soltarla. El hombre gritaba fuera de sí. Dave notó que estaba rabioso, pero su propia rabia lo desbordaba. Tiró con fuerza y sintió que la oreja del tipo se desprendía con un chorro de sangre caliente. El hombre aulló de dolor, y dio un volantazo.

La ambulancia dio un bandazo, las ruedas de la izquierda se despegaron del suelo, el vehículo fue inclinándose lentamente y acabó volcado sobre el lateral derecho. Se oyó un ensordecedor estruendo metálico. Dave intentó no perder el equilibrio durante el vuelco, pero se soltó con el impacto. Sus pies golpearon el rostro del hombre de la perilla y una de sus zapatillas fue a parar directamente a su boca. El vehículo fue deslizándose sobre el lateral hasta que se detuvo. El hombre apretaba los dientes y tosía. La mujer gritaba desde dentro. Dave retiró el pie, pero la zapatilla quedó encajada en la boca del hombre barbudo. La sangre manaba con profusión de su oreja.

Se quitó la otra zapatilla de un tirón, corrió hacia la parte trasera de la ambulancia y abrió las puertas como pudo. El hombre de la bata blanca estaba tumbado de lado y sangraba por la boca. Jamie había quedado atrapado debajo de este y no paraba de chillar, así que Dave sacó al hombre de la bata blanca a rastras y lo dejó caer en el asfalto. A continuación entró y cogió a Jamie, se lo cargó a la espalda y salió corriendo en dirección a casa.

—¿Estás herido? —preguntó Jamie.

Dave todavía llevaba la oreja en la boca. La escupió en la mano.

—No.

—¿Qué llevas en la mano?

Dave abrió el puño.

—Es una oreja.

—¡Ah! ¡Qué asco!

—Le muerdí la oreja. Era malo. Te hice daño.

—¡Qué asco!

A poca distancia, vieron a todo el mundo en el jardín de casa. Henry, Lynn y también a los nuevos. Dave dejó a Jamie en el suelo y corrió hacia sus padres con la esperanza de que su madre, Lynn, lo consolara, pero ella en esos momentos solo tenía ojos para Jamie y eso lo hizo sentir mal. Tiró la oreja al suelo. Todo el mundo iba y venía a su alrededor, pero nadie lo tocaba, nadie le pasó los dedos por el pelo.

Se sentía cada vez más desolado.

Hasta que vio el coche negro de líneas rectas que se abalanzaba como un bólido sobre ellos. Era enorme, muy alto y entró directo en el jardín.

La sala del tribunal de Oxnard era pequeña y dentro hacía tanto frío que Bob Koch creyó que acabaría cogiendo una neumonía. De todos modos, aunque no hiciera frío tampoco se habría sentido mucho mejor. La resaca le había dejado una desagradable sensación en el estómago. El juez era un tipo de aspecto juvenil, de unos cuarenta años, y también parecía resacoso. Aunque tal vez no fuera eso. Koch se aclaró la garganta.

—Señoría, vengo en representación de Alexandra Burnet, que 10 ha podido estar aquí hoy en persona.

—Este tribunal había ordenado su comparecencia —repuso el juez—. En persona.

—Soy consciente de ello, señoría, pero en estos momentos la persigue un cazarrecompensas, a ella y a su hijo, con la intención de extraer tejido de sus cuerpos y, por tanto, se ha dado a la fuga para evitarlo.

—¿Qué cazarrecompensas? —preguntó el juez—. ¿Por qué hay un cazarrecompensas implicado en este asunto?

—Eso es exactamente lo que nos gustaría saber, señoría —apuntó Bob Koch.

El juez se volvió.

—¿Señor Rodríguez?

—Señoría, no existe tal cazarrecompensas per se —aseguró Rodríguez, levantándose.

—Bueno, pues entonces ¿qué hay?

—Un captor de fugitivos profesional.

—¿Con qué autorización?

—No está autorizado per se. En este caso está llevando a cabo una detención, señoría.

—¿La detención de quién?

—De la señora Burnet y su hijo.

—¿Sobre qué fundamentos?

—Posesión de bienes robados, señoría.

—Para llevar a cabo una detención, el ejecutor de esta ha de haber sido testigo de cómo esa persona se apoderaba del bien robado.

—Sí, señoría.

—¿De qué ha sido testigo?



—De la posesión del bien en cuestión, señoría.

—¿Se refiere a la línea celular Burnet? —intentó aclarar el juez.

—Sí, señoría. Tal como se ha demostrado ante este tribunal, esa línea celular pertenece a la UCLA, que a su vez concedió un permiso de explotación a BioGen, en Westview. Varias resoluciones anteriores han avalado el derecho a esa propiedad.

—Entonces, ¿cómo pueden haberla robado?

—Señoría, tenemos pruebas de que el señor Burnet conspiró para eliminar las líneas celulares en posesión de BioGen. Sin embargo, sea cierto o no, BioGen tiene derecho a restablecer las líneas celulares que le pertenecen.

—Las puede obtener del señor Burnet.

—Sí, señoría, eso se supone. Puesto que el tribunal ha dictaminado que las células del señor Burnet pertenecen a BioGen, pueden extraérselas en cualquier momento. Que la propiedad se halle en el cuerpo del señor Burnet o no, no es pertinente. BioGen es dueña de las células.

—¿Está negando el derecho del señor Burnet a la integridad de su cuerpo? —preguntó el juez, enarcando una ceja.

—Con todos mis respetos, señoría, no existe tal derecho. Supongamos que alguien sustrae el anillo de diamantes de su esposa y se lo traga. El anillo sigue siendo de su propiedad.

—Sí —admitió el juez—, pero podría requerírseme que esperara con paciencia a recuperarlo.

—Sí, señoría, pero suponga que por alguna razón el anillo queda encajado en el intestino. ¿No tendría usted derecho a recuperarlo? Por descontado así sería, no se le puede negar. Sigue siendo su propiedad esté donde esté. Quien se lo trague, asume el riesgo de que usted desee recuperarlo.

Koch pensó que había llegado el momento de mover ficha.

—Señoría, si no recuerdo mal las clases de biología del instituto —intervino—, cualquier cosa que uno se trague está tan dentro del cuerpo como podría estarlo en el agujero de una rosquilla. El anillo está fuera del cuerpo.

—Señoría... —empezó a farfullar Rodríguez.

—Señoría —se adelantó Koch alzando la voz—, confío en que todos estamos de acuerdo en que no hablamos de anillos de diamantes robados. Estamos hablando de células que residen dentro del organismo humano. La idea de que esas células puedan pertenecer a otra persona, aun cuando el tribunal de apelación haya confirmado la resolución de un jurado, nos conduce a conclusiones tan absurdas como la que aquí nos concierne. Si BioGen ya no posee las células del señor Burnet es porque las ha perdido por culpa de su imprudencia y no tiene derecho a reclamar más. Si usted pierde su anillo de diamantes, no puede volver a la mina y exigir un repuesto.

—La analogía es inexacta —objetó Rodríguez.

—Señoría, todas las analogías son inexactas.

—En este caso pediría al tribunal que se ciñera al tema en cuestión y que tuviera en cuenta las conclusiones previas del tribunal que son relevantes para el caso. El tribunal ha dictaminado que BioGen es dueña de esas células. Procedían del señor Burnet, pero son propiedad de BioGen. Alegamos que tenemos derecho a recuperar esas células en cualquier momento.

—Señoría, ese argumento entra en conflicto directo con la Decimotercera Enmienda acerca de la abolición de la esclavitud. Puede que BioGen sea dueña de las células del señor Burnet, pero no es dueña del señor Burnet. No pueden ser sus dueños.

—Nunca hemos aducido que el señor Burnet nos pertenezca, solo sus células. Y eso es lo único que pedimos —concluyó Rodríguez.

—Sin embargo, en la práctica lo que se desprende de su reclamación es que son dueños efectivos del señor Burnet, puesto que exigen el libre acceso a su cuerpo en cualquier momento.

El juez parecía cansado.

—Caballeros, me hago cargo de la complejidad del caso, pero ¿qué tiene todo eso que ver con la señora Burnet y su hijo?

Bob Koch retrocedió un paso pensando que era mejor que Rodríguez se las apañara solo con ese tema. La conclusión a la que le estaba pidiendo al tribunal que llegara era inconcebible.

—Señoría, si el tribunal acepta que las células del señor Burnet son propiedad de mi cliente, como así creo que debe ser, entonces las citadas células son propiedad de mi cliente allí donde se encuentren. Por ejemplo, si el señor Burnet donó sangre a un banco de sangre, el material donado contendría células que nos pertenecen. Podríamos reclamar la propiedad de esas células y exigir que las extrajeran de la sangre donada, puesto que el señor Burnet no está legitimado jurídicamente para donar esas células a nadie más. Son nuestras.

»Del mismo modo, las células que nos pertenecen, idénticas, también se encuentran en la descendencia del señor Burnet. Por tanto, también somos dueños de esas células y tenemos derecho a extraerlas.

—¿Y el cazarrecompensas?

—El captor de fugitivos está realizando una detención fundamentándose en lo siguiente: dado que los descendientes del señor Burnet se pasean con nuestra propiedad, por definición están manifiestamente en posesión de bienes robados y, por tanto, son susceptibles de detención.

El juez suspiró.

—Señoría —se apresuró a añadir Rodríguez—, puede que esta conclusión sorprenda al tribunal por ilógica, pero la realidad es que nos encontramos en una

nueva era y lo que ahora se nos antoja insólito dejará de parecérnoslo dentro de unos años. Un gran porcentaje del genoma humano tiene dueño. La información genética de varios organismos causantes de enfermedades tiene dueño. La idea de que dichos elementos biológicos se encuentren en manos privadas solo es extraña porque es nueva, pero el tribunal debe fallar de acuerdo con las conclusiones anteriores. Las células Burnet son nuestras.

—Pero en el caso de los descendientes, se trata de copias —repuso el juez.

—Sí, señoría, pero ese no es el caso. Si soy dueño de una fórmula para hacer algo y alguien fotocopia esa fórmula en una hoja de papel y se la da a otro, sigue siendo de mi propiedad. La fórmula es mía por mucho que la copien o quién la copie y, por tanto, tengo derecho a recuperar la copia.

El juez se volvió hacia Bob Koch.

—¿Señor Koch?

—Señoría, el señor Rodríguez le ha pedido que sea inflexible a la hora de dictar sentencia. Lo mismo le pido yo. Tribunales anteriores sostuvieron que una vez que las células del señor Burnet estuvieron fuera de su cuerpo, dejaron de pertenecerle. No dijeron que el señor Burnet fuera una mina de oro andante que BioGen pudiera expoliar a voluntad una y otra vez. Y desde luego en ningún momento se mencionó que BioGen tuviera derecho a extraer físicamente esas células sin importar a quién pertenecieran. Esa exigencia va mucho más allá de cualquier interpretación sobre la conclusión previa del tribunal. En realidad se trata de una nueva reclamación derivada de sus propias conjeturas, por lo que pedimos al tribunal que exija a BioGen la retirada del cazarrecompensas.

—No entiendo en qué se ha fundamentado BioGen para actuar por cuenta propia, señor Rodríguez —dijo el juez—. Lo considero apresurado e injustificado. Podrían haber esperado a que la señora Burnet hubiera comparecido ante este tribunal.

—Por desgracia, señoría, no es posible. La situación empresarial de mi cliente es crítica. Como ya he dicho, creemos que somos víctimas de una conspiración para privarnos de lo que es nuestro. Sin entrar en detalles, es urgente que repongamos las células de inmediato. Si el tribunal dictamina un aplazamiento, podríamos perder importantes garantías empresariales, tales que nuestra compañía tendría que cerrar. Solo intentamos obtener una solución oportuna a un problema urgente.

Bob sabía que el juez empezaba a ceder. Toda esa mierda sobre el momento crítico por el que pasaba la empresa estaba surtiendo efecto, el hombre no quería ser el responsable del cierre de una compañía de biotecnología californiana. El juez hizo girar la silla, consultó la hora en el reloj de la pared y se volvió hacia los abogados.

Bob tenía que recuperar las riendas y tenía que hacerlo cuanto antes.

—Señoría, existe una cuestión añadida que podría afectar a su decisión. Me gustaría informarle de la siguiente declaración jurada del Centro Médico de la

Universidad de Duke con fecha de hoy. —Le tendió una copia a Rodríguez—. Resumiré el contenido para su señoría y explicaré en qué afecta al caso que nos concierne.

Según la declaración, la línea celular Burnet era capaz de producir grandes cantidades de una sustancia química llamada citotóxico TLA 7D, un potente anticarcinógeno, la sustancia química que hacía valiosa la línea celular para BioGen.

—Sin embargo, la Oficina de Patentes concedió una patente para el gen TLA 4A la semana pasada. Es un gen promotor que codifica una enzima que separa un grupo hidroxilo del centro de una proteína 4B asociada al linfocito T citotóxico. Esta proteína es la precursora del citotóxico TLA 7D, que se forma cuando el grupo hidroxilo se retira. A menos que el grupo hidroxilo se separe, la proteína no tiene actividad biológica, de modo que el gen que controla la producción del producto de BioGen pertenece a la Universidad de Duke, quienes manifiestan dicha propiedad en el documento que ahora se encuentra en sus manos.

Rodríguez empezaba a congestionarse.

—Señoría, esto es un intento de embrollar lo que debería ser un caso muy sencillo —intervino—. Recomendaría que...

—Es sencillo —convino Bob—. A menos que BioGen llegue a un acuerdo de explotación con Duke, no pueden usar la enzima producida por el gen de Duke. La enzima y su producto no son de su propiedad.

—Pero esto es...

—BioGen posee una célula, señoría —insistió Bob—, pero no todos los genes de esa célula.

El juez volvió a consultar la hora.

—Tengo que someter este caso a la deliberación de expertos —concluyó—. Mañana les anunciaré mi decisión.

—Pero señoría...

—Gracias, caballeros. Las exposiciones han concluido.

—Pero señoría, una mujer y su hijo están siendo perseguidos...

—Les aseguro que lo comprendo, pero también tengo que comprender la ley. Los veré mañana, abogados.

Los Kendall se pusieron a gritar cuando vieron que el Hummer se abalanzaba sobre ellos, pero Vasco Borden, gruñendo de dolor entre dientes y con una mano apretada contra el vendaje de la oreja ensangrentada, sabía lo que se hacía. Subió el coche a la acera, entró en el jardín y pisó el freno delante de la puerta de entrada para impedir el acceso a la vivienda. A continuación, Dolly y él se apearon de un salto, apresaron al Jamie de Alex, empujaron a la confundida madre del niño al suelo, volvieron a subir al Hummer de un salto y se alejaron sin perder tiempo mientras los demás contemplaban la escena estupefactos, sin saber qué hacer.

—¡Así es la vida, guapa! —le gritó Vasco—. Si no estás dentro de casa, eres mío. Enfiló la calle a toda velocidad.

—Hemos perdido la ambulancia, así que pasemos al plan B. —Miró atrás—. Dolly, cariño, pon en marcha la sala de operaciones. Diles que estaremos allí en veinte minutos. Una hora y listos.

Henry Kendall no daba crédito. Había sido testigo de un secuestro en su propio jardín y no había hecho nada para impedirlo. Su hijo sollozaba aferrado a su madre y Dave había dejado caer la oreja de alguien al suelo. La madre del otro niño estaba pidiendo a gritos que alguien llamara a la policía mientras se ponía en pie, pero ya no había rastro del Hummer, el vehículo había enfilado la calle y había desaparecido al doblar la esquina.

Se sentía inseguro e impotente, como si hubiera hecho algo malo, y le incomodaba la presencia de la amiga de Lynn, así que entró en la casa y se sentó delante del ordenador, en la silla que ocupaba cinco minutos antes, cuando Dave había empezado a chillar.

Todavía tenía abierta la página de TrackTech en la que había introducido los nombres y los números de serie, aunque solo los de Dave y Jamie, aún le faltaba el otro Jamie. Se sintió culpable y lo hizo en ese momento.

Apareció una página en blanco con un mapa de cualquier parte y una casilla donde había que introducir la unidad que buscaba. La primera que introdujo fue la de Jamie Burnet. Si el sensor estaba operativo, tenía que desplazarse por la calle, pero el punto azul no se movía, estaba estático. La dirección que aparecía era el número 348 de Marbury Madison Drive, es decir, su propia casa.

Miró en el salón y vio las zapatillas deportivas blancas de Jamie en un rincón,

junto a la pequeña mochila. Ni siquiera había vuelto a calzarse.

A continuación, introdujo el número de sensor de su hijo. El mismo resultado: el punto azul aparecía en su casa. En ese momento su hijo entró por la puerta y el punto se desplazó.

—Papá, ¿qué haces? La policía está fuera y quiere hablar con todos.

—Muy bien, enseguida salgo.

—Su madre está muy preocupada, papá.

—Ya voy.

—Está llorando. No sé qué dijo mamá de un tejido.

—Enseguida estaré con vosotros.

Henry introdujo el tercer número de serie, el de Dave, sin perder tiempo. La pantalla se puso en blanco. Al cabo de unos instantes estudió con atención el mapa que se recomponía y donde empezaban a dibujarse las carreteras que conducían al norte de la ciudad, hacia el área de Torrey Pines.

El punto azul se movía.

«Norte, carretera de Torrey Pines, ENE, 90 km/h».

A continuación, el punto torció hacia Gaylord Road, hacia el interior.

Ignoraba cómo, pero el sensor estaba en el Hummer. O bien se le había caído de la zapatilla o se la habían llevado, pero el sensor estaba ahí y funcionaba.

—Jamie, ve a buscar a Alex. Dile que tengo que verla un momento.

—Pero papá...

—Hazlo, y no le digas nada a la policía.

Alex miró fijamente la pantalla.

—Voy a encontrar a ese hijo de puta y voy a volarle la cabeza. Quien toque a mi hijo es hombre muerto —musitó con voz fría y desapasionada.

A Henry lo recorrió un escalofrío. Lo decía en serio.

—¿A dónde se dirige? —preguntó Alex.

—Hacia el interior, ha dejado la costa, pero puede que solo sea para tratar de evitar el tráfico de Del Mar. Puede que regrese a la costa. Lo sabremos enseguida.

—¿Está muy lejos?

—A unos diez minutos.

—Vamos. Tú llévate eso —le indicó, señalando el ordenador con un gesto de cabeza—, yo cogeré la escopeta.

Henry miró por la ventana. Había tres coches patrulla con las luces encendidas aparcados junto al bordillo y seis agentes en el jardín delantero.

—No va a ser fácil.

—Sí, sí que lo va a ser. Tengo el coche aparcado en la esquina.

—Han dicho que quieren hablar conmigo.

—Invéntate una excusa. Te espero en el coche.

Henry les dijo que Dave necesita que lo viera un médico y que tenía que llevarse al hospital. Les aseguró que su esposa, Lynn, lo había visto todo y que ella podría explicarles lo que había sucedido. Les prometió una declaración completa a su vuelta, pero ahora tenía que llevarse a Dave al hospital.

Dave tenía las manos manchadas de sangre, así que lo creyeron, pero Lynn lo miró extrañada.

—Volveré en cuanto pueda —dijo a su mujer.

Rodeó la casa por detrás y atajó por la propiedad colindante. Dave lo siguió.

—¿A dónde vamos? —preguntó Dave.

—A buscar a ese tipo. Al de la perilla.

—Le hizo daño a Jamie.

—Sí, ya lo sé.

—Yo también le hice daño.

—Sí, lo sé.

—Se le salieron las orejas.

—Aja.

—Luego será la nariz.

—Dave, hay que ser comedido.

—¿Qué es comedido? —preguntó Dave.

Era demasiado complicado para explicárselo. El Toyota blanco de Alex estaba aparcado enfrente. Subieron al coche; él delante, Dave detrás.

—¿Qué es esto? —quiso saber Dave, señalando el asiento de al lado.

—No lo toques, Dave —le advirtió Alex—. Es una escopeta.

Alex encendió el motor y se pusieron en marcha.

Llamó a Bob Koch con la vana esperanza de que tuviera buenas noticias.

—Las tengo —aseguró Bob—, aunque ojalá fueran mejores.

—¿Lo han desestimado?

—Lo han pospuesto hasta mañana.

—¿Intentaste...?

—Sí, lo intenté. Al hombre le viene un poco grande. Los jueces de Oxnard no están acostumbrados a estos temas, seguramente por eso presentaron aquí la demanda.

—¿Así que hasta mañana?

—Sí.

—Gracias.

Alex colgó. No tenía sentido contarle qué iba a hacer. Ni siquiera estaba segura de que fuera a hacerlo, aunque creía que sí.

Henry iba en el asiento del acompañante, mirando el ordenador. La conexión desde el coche se perdía a veces durante un minuto o dos y le empezó a preocupar

que la acabaran perdiendo del todo. Le echó un vistazo a Dave, que iba descalzo.

—¿Dónde están tus zapatillas?

—Las perdí.

—¿Dónde?

—En el coche blanco. —Se refería a la ambulancia.

—¿Cómo?

—Una la llevaba en la boca. El hombre. Luego se cayó el coche.

—¿Y perdiste las zapatillas?

—Sí, las perdí.

Por lo visto Alex pensaba lo mismo porque dijo:

—Entonces sus zapatillas siguen en la ambulancia, no en el Hummer. Estamos siguiendo el vehículo equivocado.

—No, la ambulancia se estrelló. No puede estar en la ambulancia.

—Pero la señal...

—Debe de haberse caído de la suela y no sé cómo ha debido de ir a parar a la ropa del tipo.

—Entonces también se le ha podido volver a caer.

—Sí, puede ser.

—O podrían haberlo encontrado.

—Sí.

Alex no dijo nada más.

Henry siguió mirando la pantalla. El punto azul se desplazaba hacia el norte hasta que se desvió hacia el este. Luego otra vez al norte. Y finalmente al este de nuevo, dejó atrás Rancho Santa Fe y volvió al desierto. A continuación torció hacia Highland Drive.

—Vale, ya sé a dónde van —anunció Henry—. A Solana Canyon.

—¿Qué es eso?

—Un balneario muy grande. Todo lujo.

—¿Con médicos?

—Seguro que sí. Incluso practican cirugía. Liftings faciales, liposucciones, cosas por el estilo.

—Entonces tienen equipos quirúrgicos —concluyó Alex con angustia.

Pisó a fondo el acelerador.

Las cuarenta hectáreas conocidas como Solana Canyon representaban un triunfo del marketing. Apenas unas décadas atrás, a la región se la conocía por su nombre original: Hellhole Palms, el Infierno de las Palmeras. Era un terreno llano y pedregoso, sin un solo cañón a la vista, por lo que Solana Canyon no tenía cañón y bien poco que ver con la ciudad costera de Solana Beach. El nombre simplemente daba mejor impresión que las otras opciones: Arroyos del Ángel, Mirador del Monte



Zen, Arroyos del Cedro y Santuario del Monte Plateado. Comparada con las demás opciones, el nombre de Solana Canyon transmitía un sosiego y una sobriedad que estaban en armonía con un balneario que cobraba miles de dólares diarios por rejuvenecer los cuerpos, las mentes y el espíritu de sus clientes. Lo que se conseguía gracias a una combinación de yoga, masajes, meditación, orientación espiritual y consejos dietéticos, todo esto propiciado por una plantilla que saludaba a sus huéspedes con las manos unidas como en una oración y con un sentido «Namaste».

Solana Canyon también era un reputado lugar donde se desintoxicaban los famosos.

Alex atravesó con su vehículo la entrada principal al estilo de las construcciones de adobe, oculta con gran ingenio detrás de unas desproporcionadas palmeras. Seguían la señal del sensor, que rodeaba el complejo.

—Se dirige a la entrada posterior —dijo Henry.

—¿Ya has estado antes aquí?

—Una vez, para dar una charla sobre genética.

—¿Y?

—No me volvieron a llamar. No les gustó el discurso. Ya sabes lo que dicen: los profesores atribuyen la inteligencia de sus estudiantes al entorno y la inteligencia de sus hijos a sus genes. Pues lo mismo ocurre con los ricos. Si eres rico y agraciado, quieres oír que los responsables son tus genes, lo que te permite sentirte inherentemente superior a los demás, que te mereces el éxito. Así luego puedes irle a la gente con todas esas gilipollos... Espera, se han detenido. Reduce.

—¿Y ahora qué? —preguntó Alex. Estaban en una carretera secundaria y delante tenían la entrada de servicio.

—Creo que están en el aparcamiento.

—¿Y? Vayamos allí.

—No. —Negó con la cabeza—. Siempre tienen un par de guardias de seguridad en el aparcamiento. En cuanto vean la escopeta la cosa se pondrá fea. —Miró la pantalla—. Se han detenido... Vuelven a moverse. Otra vez parados. —Frunció el ceño.

—Si hay guardias de seguridad, verán a Jamie forcejear cuando lo saquen.

—Tal vez lo hayan drogado o... No me hagas caso —se apresuró a añadir al ver la expresión de profunda desesperación en el rostro de Alex—. Espera, están otra vez en marcha. Se dirigen a la calle de atrás.

Alex metió la primera y se dirigió hacia la entrada de servicio. Estaba abierta y no había nadie en la garita, así que la atravesó y penetró en el aparcamiento. Había que cruzarlo entero para llegar a la calle de atrás.

—¿Qué hacemos? —preguntó Alex—. ¿Los seguimos?

—No me parece buena idea. Si lo hacemos, nos verán. Será mejor que aparques.

—Abrió la puerta—. Vamos a dar un paseo por el bonito balneario de Solana Canyon.

—Se volvió hacia ella—. ¿Vas a dejar la escopeta aquí?

—No —contestó Alex. Abrió el maletero y buscó una toalla con que envolverla—. Lista.

—Muy bien —dijo Henry—. Vamos allá.

—¡Maldita sea! —exclamó Vasco, pisando el freno.

Se dirigía a la calle de atrás para aparcar detrás del centro quirúrgico. Según el plan, el doctor Manuel Cajal tenía que salir del balneario, subir al Hummer, practicar las biopsias y apearse. Nadie lo ve, nadie lo sabe.

Sin embargo, la calle de atrás estaba bloqueada. Dos excavadoras cavaban una zanja y no había forma de rodearlas ni ninguna otra calle por la que pasar. Para más inri, apenas los separaban unos cien metros del centro.

—¡Mierda, mierda, mierda! —masculló.

—Tranquilo, Vasco, no pasa nada —intentó calmarlo Dolly—. Si la calle está cortada, caminaremos hasta el centro, entraremos por detrás y lo haremos allí.

—Nos verá todo el mundo.

—¿Y qué? Estamos de visita. Además, en este lugar nadie levanta la vista de su propio ombligo, no tienen tiempo para desperdiciarlo con nosotros. Y si lo tuvieran y decidieran llamar a alguien, cosa que dudo, la operación habría acabado antes de que colgaran el teléfono. Manuel puede hacerlo más rápido ahí dentro que fuera.

—No me gusta. —Vasco miró alrededor, examinó la calle y luego el complejo del balneario. Dolly tenía razón, solo sería un paseo a través de los jardines. Se volvió hacia el crío—. Escucha, vamos a hacer lo siguiente: vamos a dar un paseo, así que estate calladito y todo irá bien.

—¿Qué vais a hacerme? —preguntó.

—Nada. Solo a sacarte un poco de sangre.

—¿Con agujas?

—Una muy pequeña, como la del médico. —Se volvió hacia Dolly—. Vale, llama a Manuel y dile que vamos. Pongámonos en marcha de una vez.

A Jamie le habían enseñado diligentemente que si alguien intentaba secuestrarlo, debía gritar y dar patadas, y eso era lo que había hecho cuando lo apresaron, pero en esos momentos estaba muy asustado y tenía miedo de que le hicieran daño si creaba problemas. Por eso avanzó por el sendero del jardín sin abrir la boca, con la mujer con la mano apoyada en su hombro a un lado y el hombretón con un sombrero vaquero para ocultar la oreja al otro.

Pasaron junto a gente en albornoz, la mayoría mujeres que charlaban y reían, pero nadie pareció reparar en ellos. Atravesaron una nueva zona ajardinada y entonces oyeron una voz que decía:

—Eh, ¿necesitas ayuda para hacer los deberes?

El niño se quedó tan sorprendido que se detuvo y alzó la vista.

Era un pájaro. Un pájaro de color grisáceo.

—¿Eres amigo de Evan? —preguntó el ave.

—No —contestó.

—Eres del mismo tamaño. ¿Si a once le restamos nueve, cuánto queda?

Jamie estaba tan anonadado que no supo qué decir.

—Vamos, cariño —intentó hacerlo avanzar Dolly—, solo es un pájaro.

—¡Un pájaro! —chilló el ave—. ¿A quién llamas pájaro?

—Hablas mucho —observó Jamie.

—Tú no —repuso el pájaro—. ¿Quiénes son esos? ¿Por qué te sujetan?

—No lo sujetamos —protestó Dolly.

—Ustedes, señores, no intentarán en serio matar a mi hijo, ¿verdad? —preguntó el loro.

—Por Dios —exclamó Vasco.

—Por Dios —repitió el pájaro, imitando su voz a la perfección—. ¿Cómo te llamas?

—Sigamos —dijo Vasco.

—Me llamo Jamie —contestó Jamie.

—Hola, Jamie. Yo me llamo Gerard —se presentó el pájaro.

—Hola, Gerard.

—Muy bien, sigamos adelante —insistió Vasco.

—Eso depende bastante del jinete —contestó Gerard.

—Dolly, tenemos que ajustamos al plan.

—El mejor amigo de un chico es su madre —dijo el pájaro, con voz extraña.

—¿Conoces a mi madre?

—No, hijo —contestó Dolly—, no la conoce, solo repite cosas que ha oído antes.

—Su historia no me ha convencido —repuso Gerard. Y añadió con voz distinta —: Es una lástima, ¿tiene usted otra mejor?

Sin embargo, los adultos no le hicieron caso y empujaron a Jamie para que caminara. El niño sabía que no podía demorarse más y no quería montar una escena.

—Adiós, Gerard.

—Adiós, Jamie.

Continuaron por el sendero.

—Era gracioso —comentó el niño.

—Sí, cariño —contestó Dolly, sin soltarle el hombro.

Al entrar en los jardines, Alex pasó primero junto a la zona de la piscina. Era la piscina más silenciosa que había visto jamás, sin chapuzones ni gritos. La gente estaba tumbada al sol, como cadáveres. Alex cogió un albornoz de un armario lleno hasta arriba de toallas y albornoces y se lo echó al hombro para tapar la escopeta

envuelta en la toalla.

—¿Cómo sabes esas cosas? —preguntó Henry, mirándola.

Estaba nervioso. Caminaba al lado de una mujer con un arma, consciente de que estaba dispuesta a usarla. Henry no sabía si el tipo de la perilla iba armado, pero no le extrañaría que así fuera.

—Por la facultad de derecho —contestó Alex, riendo.

Dave los seguía a poca distancia.

—No te quedes atrás, Dave —dijo Henry, volviéndose hacia él.

—Vale...

Doblaron una esquina, pasaron bajo un arco de adobe y entraron en otro jardín apartado. El aire era fresco y el camino estaba a la sombra. Un pequeño arroyo discurría a lo largo del sendero.

—¿Qué tal va eso, ancianete? —oyeron que decía una voz.

Henry levantó la vista.

—¿Qué ha sido eso?

—Yo.

—Es un pájaro —dijo Henry.

—Discúlpenme, me llamo Gerard —se presentó el pájaro.

—Oh, un pájaro que habla —se sorprendió Alex.

—Me llamo Jamie. Hola, Jamie, me llamo Gerard. Hola, Gerard —repitió Gerard.

Alex se quedó helada, mirándolo de hito en hito.

—¡Ese es Jamie!

—¿Conoces a mi madre? —preguntó el pájaro con la voz de Jamie.

—¡Jamie! —Alex empezó a gritar por el jardín—. ¡Jamie! ¡Jamie!

Y oyó en la distancia:

—¡Mamá!

Dave echó a correr. Henry miró a Alex, que parecía muy tranquila. La mujer tiró la toalla y el albornoz al suelo y cargó la escopeta con suma calma. Tiró del cerrojo hacia atrás y se volvió hacia Henry.

—Vamos —dijo, imperturbable. Llevaba el arma apoyada en el brazo—. Será mejor que vayas detrás de mí.

—Ah, vale.

Emprendió la marcha.

—¡Jamie!

—¡Mamá!

Apretó el paso.

Apenas seis metros los separaban de la puerta trasera del centro quirúrgico —tal vez unos tres o cuatro pasos, no más— cuando todo empezó.

Vasco estaba cabreado. Su leal ayudante se ablandaba delante de sus ojos.

El niño había gritado «mamá» y ella lo había soltado y se había quedado ahí mirando, como si estuviera atontada.

—No lo sueltes, mierda —le espetó—, pero ¿qué haces?

Dolly no contestó.

—¡Mamá! ¡Mamá!

Estaba ocurriendo precisamente lo que más temía. Tenía un crío de ocho años llamando a gritos a su madre y estaba rodeado de mujeres en albornoz. Si hasta ese momento no se habían fijado ni en el crío ni en él, no le cabía duda de que ahora lo harían, lo señalarían y empezarían a atar cabos. Vasco estaba totalmente fuera de lugar, un tipo de casi dos metros, con perilla, vestido de negro y con un sombrero vaquero que debía encasquetarse porque le habían arrancado una oreja de un mordisco. Sabía que parecía el villano de una mala película de vaqueros. Y encima su compañera no ayudaba, no estaba tranquilizando al niño ni animándolo a seguir y sabía que ese crío daría media vuelta y echaría a correr en cualquier momento.

Vasco tenía que recuperar el control de la situación. Alargó la mano hacia su arma, pero no dejaban de salir mujeres de todas partes. Mierda, de hecho toda una clase de yoga salía al jardín para ver qué ocurría y averiguar por qué había un niño llamando a su madre a voz en grito.

Y allí se encontraba él, el hombre de negro.

Estaba bien jodido.

—Dolly, cojones, no pierdas la calma —le pidió—. Tenemos que llevar a este crío al centro quirúrgico...

Vasco no llegó a terminar la frase porque en ese momento una figura oscura se abalanzó sobre él. Se había encaramado a un árbol de un salto, se había colgado de una rama a unos dos metros y medio de altura y —justo cuando Vasco comprendió que volvía a tratarse del niño negro y peludo, el que le había arrancado la oreja de un mordisco— el niño negro se abalanzó sobre él, con fuerza. Fue como si una roca le aplastara el pecho. Vasco retrocedió tambaleante y cayó de culo sobre unos rosales, despatarrado.

Ahí se acabó todo.

El niño echó a correr llamando a gritos a su madre, Dolly de repente empezó a actuar como si no lo conociera y él tuvo que salir a rastras de los rosales sin su ayuda, lleno de cortes y arañazos. ¿Cómo iba a retener ni un ápice de dignidad intentando ponerse en pie con el trasero lleno de espinas? Encima, como mínimo había un centenar de personas mirándolo y los guardias de seguridad se presentarían en cualquier momento.

Para acabar de rematarlo, el niño negro con pinta de mono había desaparecido. No lo veía por ninguna parte.

Vasco supo que tenía que salir de ahí. Se había acabado, todo era un puto

desastre. Dolly seguía paralizada como la estatua de la Libertad de los cojones, así que empezó a empujarla, gritándole para que se moviera porque tenían que esfumarse cuanto antes. Las mujeres del jardín empezaron a abuchearlo y a silbarle. «¡Embutido de testosterona!», gritó una tipa con mallas. Las otras no se quedaron atrás: «¡Déjala en paz!», «¡Asqueroso!», «¡Violador!». Deseó contestarles que trabajaba para él, aunque era evidente que ya no. Estaba aturdida y desconcertada, y las tipas de las mallas empezaron a gritar que alguien llamara a la policía.

Así que la cosa se iba a poner peor.

Los movimientos de Dolly eran tan lentos que se la podría haber confundido con una sonámbula, pero Vasco tenía que salir de allí, de modo que la empujó a un lado para abrirse paso y atravesó los jardines a todo correr sin pensar en otra cosa que en encontrar la salida y alejarse de ese lugar. Sin embargo, en el siguiente jardín se topó con el niño, que iba acompañado de otro tipo, y delante de ellos vio a la tipa esa, Alex, empuñando una puta escopeta de cañón recortado como si supiera utilizarla: una mano en la culata y la otra en la caña.

—Si vuelvo a verte la jeta, te la volaré, cabrón —lo avisó Alex.

Vasco no contestó, se limitó a pasar de largo como una exhalación, pero acto seguido oyó un estallido de mil demonios y delante de él los arbustos que bordeaban el sendero volaron por los aires en una nube verde de agitados pétalos, hojas y tierra. Así que, por descontado, se detuvo. En seco. Dio media vuelta, muy despacio, con las manos separadas del cuerpo.

—¿Has oído lo que he dicho, joder?

—Sí, señora —contestó.

Siempre había que ser educado con una dama armada. Especialmente si estaba nerviosa. Las espectadoras habían aumentado, filas de señoras de tres y cuatro en fondo chismorreando como cotorras que no dejaban de estirar el cuello para enterarse de lo que ocurría. Estaba convencido de que esa tipa no iba a dejarle irse de rositas.

—¿Qué te he dicho? —le chilló.

—Me ha dicho que si vuelve a verme, me matará.

—Eso es, ten por seguro que lo haré. Vuelve a tocarme a mí o a mi hijo y te juro que te mato.

—Sí, señora. —Se sintió enrojecer. Rabia, humillación, ira.

—Ahora puedes irte —dijo la mujer, moviendo el cañón ligeramente.

La señora sabía lo que se hacía. Una abogada que hacía prácticas de tiro. Lo peor.

Vasco asintió con la cabeza y desapareció tan rápido como se lo permitieron las piernas. Deseaba alejarse de ella y desaparecer de la vista de todas esas mujeres. Era como una pesadilla: un montón de mujeres en albornoz viendo cómo mordía el polvo. Al cabo de unos instantes casi se puso a correr para llegar cuanto antes de vuelta al Hummer, lejos de ese lugar.

En ese momento vio al niño negro, el que parecía un simio. De hecho era un simio, Vasco estuvo seguro al ver cómo se movía. Un simio vestido como un niño, pero no dejaba de ser un simio. El simio estaba rodeando el jardín. Solo con verlo, el lugar que había ocupado su oreja empezó a latirle. Desenfundó su arma sin pensárselo dos veces y empezó a disparar. Sabía que no alcanzaría al pequeño cabrón a esa distancia, pero tenía que hacer algo. Y el simio corrió, trepó, saltó una pared y desapareció.

Vasco lo siguió. Se había metido en el servicio de señoras, joder. Por suerte, estaba vacío. Las luces del lavabo estaban apagadas. Vio la piscina a la derecha, lejos, y también estaba desierta, de modo que no había nadie en el baño salvo el simio. Mantuvo el arma alzada y avanzó.

En ese momento oyó el ruido de un cargador y se quedó helado.

Conocía muy bien el sonido de una escopeta de repetición manual y sabía que no se entraba en una habitación después de oír eso. Esperó.

—¿No crees que deberías pensar que eres afortunado? ¿Verdad que sí, vago? —preguntó una voz áspera, que le sonó familiar.

Siguió junto a la entrada del servicio de señoras, enojado y preocupado, hasta que empezó a sentirse como un tonto expuesto.

—A la mierda.

Dio media vuelta para regresar al coche. De todas maneras, el niño mono le importaba un pimiento.

—Caramba, caramba, tantas armas en la ciudad y tan pocos cerebros —dijo una voz a su espalda.

Giró en redondo para ver quién había hablado, pero lo único que vio fue el pájaro de antes agitando las alas encima de la puerta que daba al baño. No habría sabido decir de dónde procedía la voz.

Vasco apretó el paso hasta el Hummer, pensando qué les diría a los del bufete y a los de BioGen. La verdad era que no había funcionado. La mujer iba armada y estaba sobre aviso, alguien le había dado el chivatazo, y ante eso Vasco no podía hacer nada. Era bueno en su trabajo, pero no hacía milagros. Si querían buscar un culpable, que buscaran al topo que la había puesto sobre aviso antes de echarle las culpas a él. Tenían un problema interno.

Bueno, algo así.

Adam Winkler estaba postrado en su cama de hospital, sin apenas fuerzas, muy débil. Estaba pálido y se había quedado calvo. Su mano huesuda se aferraba a la de Josh.

—Escucha, no es culpa tuya —le dijo—. De todas maneras me estaba matando yo mismo, habría ocurrido tarde o temprano; el cómo poco importa. El tiempo que me has dado... Me has hecho un gran favor. Mírame. No quiero que te eches la culpa.

Josh no podía hablar, tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Prométeme que no te culparás.

Josh asintió con la cabeza.

—Mentiroso. —Adam esbozó una leve sonrisa—. ¿Cómo va tu caso?

—Bien —contestó Josh—. Unos tipos de Nueva York dicen que le hemos provocado alzhéimer a su madre y en realidad solo le dimos agua.

—¿Lo ganarás?

—Seguro.

Adam suspiró.

—Mentiroso. —Relajó la mano—. Cuídate, hermanito.

Cerró los ojos.

A Josh lo invadió el pánico y se enjugó las lágrimas, pero Adam todavía respiraba. Dormía plácidamente.



El juez de Oxnard tosió en la fría sala al tender el fallo a los abogados reunidos. Alex Burnet estaba presente, junto con Bob Koch y Albert Rodríguez.

—Como pueden ver, he dictaminado que el derecho de BioGen sobre las células del señor Burnet no los legitima a extraer esas células de cualquier individuo, vivo o muerto, incluido el propio señor Burnet. Y, desde luego, no pueden extraérseles células a los miembros de su familia. Cualquier resolución en contra de este fallo entraría en conflicto con la Decimotercera Enmienda, que prohíbe la esclavitud.

»En lo que se refiere a mi sentencia, observo que esta situación viene auspiciada por confusiones derivadas de resoluciones anteriores en relación con lo que constituye el derecho a la propiedad en un contexto biológico. Primero, que el material que se extrae de un cuerpo es un «residuo» o «material de desecho» y que, por tanto, carece de importancia para la persona de quien se extrae. Esa asunción es falsa. Si tomamos en consideración el caso de un feto que haya nacido muerto, por ejemplo, a pesar de que este ha abandonado el cuerpo de la madre, se intuye que o bien la madre o bien otros parientes pueden sentirse estrechamente vinculados al feto y deseen decidir la forma en que dispondrán de él, bien mediante un entierro o una cremación, o donando sus tejidos a la ciencia o para ayudar a otros. La idea de que el hospital o el médico puedan disponer del feto a su voluntad solo porque está fuera del cuerpo y, por tanto, es «material de desecho», es claramente irrazonable e inhumana. Una lógica similar se aplica a las células del señor Burnet. Aunque estén fuera de su cuerpo, tiene todo el derecho a sentir que siguen siendo suyas. Es un sentimiento humano muy común y natural que no desaparecerá porque los tribunales fallen fundamentándose en conceptos jurídicos cogidos por los pelos. No se pueden prohibir los sentimientos humanos con una orden judicial. Sin embargo, eso es precisamente lo que los tribunales han intentado hacer.

«Ciertos tribunales han fallado casos sobre tejidos basándose en que dichos tejidos son desperdicios. Ciertos tribunales han considerado dichos tejidos material de investigación similar a los libros de una biblioteca. Ciertos tribunales consideran que los tejidos son propiedad abandonada de la que puede disponerse de manera automática cuando se dan ciertas circunstancias, igual que las taquillas de alquiler pueden abrirse después de cierto tiempo y poner a la venta su contenido. Ciertos tribunales han intentado equilibrar las reivindicaciones opuestas y han concluido que

el derecho a la investigación que exige la sociedad está por encima del derecho a la propiedad que exige el individuo.

»Cada una de estas analogías tropieza con la tozuda realidad de la naturaleza humana. Nuestros cuerpos son nuestra propiedad individual. En cierto modo, la propiedad de nuestro cuerpo es el tipo de propiedad más fundamental que conocemos, es la experiencia básica de lo que somos. Si el tribunal no reconoce esta noción esencial, sus conclusiones no tendrán valor por muy acertadas que puedan parecer dentro de la lógica jurídica.

»Por esta razón, la donación de un tejido a un médico para realizar un estudio no puede compararse, ni ahora ni nunca, con la donación de un libro a una biblioteca. Si el médico o la institución que lleva a cabo el estudio desean utilizar más adelante ese tejido para cualquier otro propósito, deberían estar obligados a obtener un permiso para ese nuevo uso. Indefinidamente. Si las revistas pueden notificar a sus suscriptores que se acerca el término de dicha suscripción, las universidades pueden notificar a los dueños de los tejidos que desean utilizarlos para otros fines.

»Se nos dice que esto resulta tremendamente oneroso para la investigación médica. Al contrario ocurre del mismo modo. Si las universidades no reconocen que la gente conserva un interés razonable, emocional y perpetuo por sus tejidos, la gente dejará de donarlos a la ciencia y en su lugar los venderá a empresas cuyos abogados afinarán el ingenio para prohibir a las universidades su uso, incluso el de los análisis de sangre para cualquier propósito, sin un pago previo negociado. Los pacientes no son tontos y sus abogados tampoco.

»El coste de la investigación médica aumentará astronómicamente si médicos y universidades continúan actuando de manera prepotente. El verdadero bien social, por tanto, es promulgar una legislación que permita a la gente conservar el derecho a disponer de sus tejidos a su voluntad para siempre.

»Se nos dice que el interés del paciente por sus tejidos y su derecho a la privacidad acaba con la muerte. Eso también es una forma de pensar pasada de moda que hemos de cambiar. Dado que los descendientes de una persona fallecida comparten sus genes, su privacidad se ve invadida cuando se lleva a cabo la investigación o la publicación de su mapa genético. Los descendientes del difunto pueden llegar a perder el seguro de vida únicamente porque las leyes actuales no reflejan la realidad contemporánea.

»Sin embargo, el caso Burnet se ha desarrollado como lo ha hecho por un profundo y fundamental error cometido en los tribunales. Las sentencias sobre este tipo de derecho a la propiedad siempre se verán sembradas de complicaciones dado que el individuo es capaz de producir dentro de su cuerpo lo que el tribunal ha dictaminado que pertenece a otra persona. Viene siendo así con las líneas celulares, los genes y ciertas proteínas, cosas cuya posesión escapa a la razón. La ley siempre

ha defendido que ninguna persona puede poseer nuestra herencia común, la ley siempre ha defendido que los hechos naturales no pueden tener dueño y, sin embargo, durante más de dos décadas los fallos jurídicos han optado por obviar este hecho, las conclusiones de los tribunales respecto a patentes han obviado este hecho y las confusiones resultantes no harán más que aumentar con el tiempo y con los avances de la ciencia. La propiedad privada de un genoma o de los hechos naturales se complicará cada vez más, será onerosa y obstaculizadora. Los tribunales han cometido un error que ha de enmendarse. Y cuanto antes mejor.

Alex se volvió hacia Bob Koch.

—Creo que a este juez le han echado una mano —comentó.

—Sí, podría ser —convino Bob.

Rick Diehl estaba intentando que las cosas no se le fueran de las manos, pero todo se desmoronaba a su alrededor. El gen de la madurez era un desastre; peor aún, un avisado e inescrupuloso abogado de Nueva York había demandado a BioGen. Los abogados de Rick le habían recomendado llegar a un acuerdo, pero eso supondría la bancarrota de la compañía, aunque seguramente ocurriría de todas formas. BioGen había perdido la línea Burnet, no había conseguido reponerla con células de sus descendientes y encima parecía que una nueva patente interfería con su producto y le restaba todo su valor.

A petición de Diehl, su esposa había dado señales de vida y regresado a la ciudad. Los niños estaban en casa de los padres de ella pasando el verano, en Martha's Vineyard. Su mujer iba a quedarse con la custodia. Su propio abogado, Barry Sindler, se estaba enfrentando a su propio divorcio y no parecía tener tiempo para Rick esos días. Se había levantado mucho revuelo con lo de llevar a cabo análisis genéticos para los casos de custodia. Habían denunciado a Sindler por poner en práctica dicha artimaña, tachada de poco ética.

Se decía que el Congreso iba a aprobar leyes para limitar la experimentación genética, pero los especialistas dudaban que el Congreso se decidiera a actuar porque las compañías aseguradoras estaban interesadas en dicha investigación. Lógico, dado que a las compañías de seguros no les haría gracia tener que pagar demandas.

Brad Gordon había abandonado la ciudad a la espera de la celebración del juicio. Se rumoreaba que rondaba por el Oeste, metiéndose en líos.

La firma de abogados de Rodríguez había presentado a BioGen la primera parte de su minuta por más de un millón de dólares. Querían otro millón en concepto de iguala, a la luz de toda la litigación pendiente que le esperaba a la compañía.

La secretaria de Rick lo llamó por el intercomunicador.

—Señor Diehl, la mujer de BDG, la compañía de seguridad, está aquí.

Rick se enderezó. Recordaba a la estimulante Jacqueline Maurer, una mujer que irradiaba sexualidad y sofisticación. Se sentía vivo solo de estar a su lado y hacía semanas que no la había visto.

—Hágala pasar.

Se levantó, se remitió con prisas la camisa en los pantalones y se volvió hacia la puerta.

Una joven de unos treinta años, con un traje azul anodino y un maletín, entró en el despacho. Tenía una sonrisa agradable, un rostro mofletudo y un pelo castaño que le llegaba al hombro.

—¿Señor Diehl? Soy Andrea Woodman, de BDG. Siento que no hayamos podido conocernos antes, pero, caramba, hemos estado muy liados con otros clientes estas últimas semanas y hasta ahora no he podido venir. Encantada de conocerlo.

Le tendió la mano.

Diehl se la quedó mirando.

## LOS HOMBRES DE LAS CAVERNAS LAS PREFERÍAN RUBIAS

**Un antropólogo hace hincapié en la rápida evolución del gen claro  
¿Son las rubias realmente más atractivas?**

Un nuevo estudio llevado a cabo por el antropólogo Peter Frost asegura que los ojos azules y el cabello rubio aparecieron entre las mujeres europeas al final de la última era glaciaria con el fin de atraer a los varones. Según el investigador, el gen del color del pelo MC1R derivó en siete variaciones hace unos once mil años de un modo extremadamente rápido en términos genéticos. Por lo general, se necesitaría cerca de un millón de años para que se produjese un cambio de estas características.

Sin embargo, la preferencia sexual puede alentar rápidas mutaciones genéticas. La competencia entre las mujeres por los hombres, escasos debido a las muertes prematuras en tiempos tan difíciles, condujo a la aparición de un nuevo color de pelo y de ojos. Las conclusiones de Frost se apoyan en el trabajo de tres universidades japonesas que establecieron la fecha en que se produjo la mutación genética que dio origen a las rubias.

Frost postula que las rubias resultan sexualmente atractivas porque el pelo y los ojos claros en las mujeres son un indicador de un alto nivel de estrógenos y, por tanto, de una mayor fertilidad. Sin embargo, no todo el mundo está de acuerdo con esta opinión. La joven modelo Jodie Kidd, de veintisiete años, señaló: «No creo que ser rubia te haga sexualmente más atractiva [...] La belleza es algo más profundo que el color del cabello».

La teoría del profesor Frost apareció en la revista *Evolution and Human Behaviour*. Su trabajo ha sido corroborado por un estudio de la OMS, que predijo la desaparición de las rubias en el año 2202. Informes posteriores refutaron los resultados del estudio de la OMS, después de que una mesa redonda de la ONU pusiera en tela de juicio su rigurosidad.



Frank Burnet entró en las austeras y modernas oficinas del capitalista de riesgo Jack Watson poco después del mediodía. Estaba igual que en las anteriores visitas: muebles de Mies, obras de arte moderno —un cuadro de Warhol de Alejandro Magno, una escultura de Koons hecha con globos, un cuadro de unos escaladores de Tansey colgado detrás del escritorio de Watson—, los teléfonos mudos, las alfombras beige... y todas esas eficientes y despampanantes mujeres que iban arriba y abajo en completo silencio. Una de ellas estaba de pie junto a Watson, con una mano apoyada en su hombro.

—Hola, Frank —lo saludó Watson. No se levantó—. ¿Conoce a Jacqueline Maurer?

—Creo que no.

La mujer le estrechó la mano. Impasible, directa.

—Señor Burnet.

—Y ya conoce a nuestro genio de la tecnología, Jimmy Maxwell.

Watson señaló con la cabeza a un joven de unos veinte años sentado al fondo de la habitación. El muchacho llevaba unas gafas de gruesa montura de concha y una cazadora de los Dodgers. Levantó la vista de su portátil y saludó a Burnet.

—¿Qué tal?

—Hola —lo saludó Burnet.

—Le he pedido que venga porque estamos a punto de zanjar el asunto —lo informó Watson, cambiando de postura—. La señorita Maurer acaba de negociar el acuerdo de licencia con la Universidad de Duke en términos extremadamente favorables.

La mujer sonrió. Una sonrisa de esfinge.

—Me entiendo bien con los científicos —comentó.

—Y Rick Diehl ha dimitido como director de BioGen —continuó Watson—. Winkler y el resto de la plantilla se han ido con él. La mayoría se enfrenta a problemas legales, pero es una pena que la compañía no pueda ayudarlos. Cuando se infringe la ley, la póliza de seguros no lo cubre, así que están solos.

—Por desgracia —intervino Jacqueline Maurer.

—Así son las cosas —repuso Watson—, pero dada la crisis actual, la junta directiva me ha pedido que asuma el mando y que reflote la compañía. He accedido a

cambio de un reajuste salarial.

Burnet asintió.

—Entonces todo ha salido según lo esperado.

Watson lo miró con extrañeza.

—Eh, sí. En cualquier caso, Frank, ya no hay nada que le impida volver a casa con su familia. Estoy seguro de que su hija y su nieto se alegrarán mucho de volver a verle.

—Eso espero —contestó Burnet—. Seguramente estará hecha una furia, pero todo se arreglará. Siempre acaba arreglándose.

—Eso es —se alegró Watson. Le tendió la mano sin levantarse, con un ligero gesto de dolor.

—¿Va todo bien? —se interesó Frank.

—No es nada, demasiado golf. Ayer debió de darme un tirón.

—Pero es bueno tomarse un poco de tiempo libre.

—Una verdad como un templo —convino Watson, ofreciéndole su famosa y radiante sonrisa—. Sí, señor.



Brad Gordon siguió a la multitud que se dirigía hacia el Poderoso Kong, la enorme montaña rusa de Cedar Point, en Sandusky, Ohio. Llevaba semanas que no hacía más que visitar parques de atracciones, pero ese era el mayor y el mejor de todo Estados Unidos. Se sentía mejor, la mandíbula ya apenas le dolía.

Lo único que le preocupaba era la conversación que había mantenido con su abogado, Johnson. Parecía un tipo listo, pero Brad no las tenía todas consigo. ¿Por qué su tío no había buscado un abogado de primera? Siempre lo había hecho. Brad tenía la vaga sensación de que su vida pendía de un hilo.

No obstante, desechó todos esos pensamientos y miró los raíles que se extendían muy por encima de él y la gente que gritaba cuando los vagones los recorrían a toda velocidad. ¡Menuda montaña rusa! ¡El Poderoso Kong! Sus más de ciento veinte metros de caída justificaban de sobra los gritos. La cola de entrada bullía de animación, la gente estaba emocionada. Como solía hacer, Brad esperó hasta que dos jovencitas muy monas se añadieron a la hilera. Eran del lugar, criadas con leche de verdad, saludables y sonrosadas, de rostros candorosos y pequeños pechos que despuntaban. Una de ellas llevaba aparatos en los dientes y eso la hacía aún más adorable. Se situó detrás de ellas, escuchando embobado sus vocecitas agudas y su cháchara pueril. Luego gritó con los demás al enfilear la fantástica caída.

La atracción le había proporcionado un chute de adrenalina y lo dejó temblando de excitación reprimida; se sintió flojear al bajar del vagón. Miró los redonditos traseros de las niñas cuando estas se dirigían a la salida de la montaña rusa. ¡Un momento! ¡Volvían a subir! ¡Perfecto! Las siguió y se sumó a la cola por segunda vez.

Se sentía de maravilla; contuvo la respiración y paseó la mirada sobre los suaves rizos de sus cabellos y las pecas de los hombros que los tops sin espalda ni mangas dejaban a la vista. Estaba empezando a fantasear cómo sería hacérselo con una de ellas —¡qué coño!, con las dos— cuando un hombre se adelantó y dijo:

—Acompáñeme, por favor.

Brad parpadeó, sintiéndose culpable por su ensueño.

—¿Disculpe?

—¿Le importaría venir conmigo, caballero?

La voz venía acompañada de un rostro agradable que inspiraba confianza y que lo

animaba a ir con él, sonriente.

Brad sospechó al instante. La policía solía comportarse a menudo de manera educada y amistosa. No les había hecho nada a las niñas, estaba seguro. No las había tocado, no les había hablado...

—Señor, por favor. Es importante que se acerque hasta aquí... Por aquí, por favor.

Brad echó un vistazo y atisbo a un lado a varias personas uniformadas, tal vez uniformes de seguridad, y a un par de hombres con batas, como si trabajaran en un manicomio, además de un equipo de televisión, o alguien con una cámara, grabándolo todo. De repente se sintió acorralado.

—Caballero, por favor, necesitamos... —insistió el apuesto hombre.

—¿Para qué me necesita? —lo interrumpió Brad.

—Por favor, señor... —El hombre tiró del codo de Brad e insistió con mayor firmeza—. Señor, no solemos encontrar demasiados adultos que repitan...

«Adultos que repitan». Brad se estremeció. Lo sabían. Ese tipo, el hombre apuesto y zalamero, lo conducía hacia la gente de las batas. Estaba claro que lo buscaban a él, por lo que intentó zafarse, pero lo tenía bien agarrado.

El corazón le iba a cien por hora. Sintió que lo invadía el pánico. Se agachó y desenfundó el arma.

—¡No! ¡Suélteme!

El hombre apuesto lo miró sorprendido. Alguien gritó. El hombre levantó las manos.

—Tranquílcese, va a ser...

El arma se disparó. Brad no se dio cuenta de lo que había ocurrido hasta que vio que el hombre se tambaleaba y le fallaban las piernas. Se agarró a Brad, colgándose de él, y Brad volvió a disparar. El hombre cayó hacia atrás. Todo el mundo empezó a chillar.

—¡Han disparado al doctor Bellarmino! ¡Han disparado a Bellarmino! —oyó que alguien anunciaba a voz en cuello.

Para entonces ya no entendía nada. La gente se alejaba corriendo, los deliciosos traseritos también huían, todo se había ido al carajo; y cuando más hombres uniformados le gritaron que soltara el arma, también les disparó a ellos. Y perdió el mundo de vista.

Ese otoño, el filántropo Jack B. Watson era el encargado de leer el conmovedor discurso de apertura de la reunión de los directores de la OUTT, la agrupación de oficinas de transferencia de tecnología de las universidades, un grupo dedicado a autorizar el trabajo de los científicos universitarios. Hizo hincapié en los temas de siempre: el desarrollo espectacular de la biotecnología, la importancia de las patentes genéticas, el apoyo a la ley Bayh-Dole y la necesidad de conservar el statu quo en bien del auge empresarial y el florecimiento universitario.

—La salud y la prosperidad de nuestras universidades dependen de sólidos socios biotecnológicos. ¡Es la clave del conocimiento y del futuro!

Les dijo lo que querían oír y abandonó el estrado arropado por el fervoroso aplauso habitual. Solo unos pocos se fijaron en que renqueaba ligeramente y que el brazo derecho no se balanceaba con la misma soltura que el izquierdo.

Entre bastidores, se apoyó en una bella mujer.

—¿Dónde coño está el doctor Robbins?

—Te espera en la clínica —contestó ella.

Watson soltó un taco y se ayudó de la mujer para acercarse hasta la limusina que los esperaba. La noche era fría, impregnada de una fina neblina.

—Malditos médicos. No voy a hacerme más análisis.

—El doctor Robbins no mencionó nada de análisis.

El conductor abrió la puerta. La mujer lo ayudó a subirse al vehículo y Watson lo hizo con torpeza, arrastrando la pierna. Se arrellanó detrás, con un gesto de dolor. La mujer ocupó el asiento de al lado.

—¿Te duele mucho?

—Por la noche es peor.

—¿Quieres una pastilla?

—Ya me he tomado una. —Hizo una rápida inspiración—. ¿Sabe Robbins qué narices me pasa?

—Eso creo.

—¿Te lo ha dicho?

—No.

—Mientes.

—No me lo ha dicho, Jack.

—Por Dios.

La limusina aceleró, adentrándose en la noche. Watson miraba por la ventanilla. Le costaba respirar.

La clínica hospitalaria estaba desierta a esas horas. Fred Robbins, el apuesto médico de treinta y cinco años, esperaba a Watson con dos médicos más jóvenes en una enorme consulta. Robbins había colocado las placas de rayos X, la electroforesis y los resultados de la resonancia magnética en los paneles luminosos.

Watson se desplomó en una silla y despidió a los médicos más jóvenes con un gesto de la mano.

—Pueden irse.

—Pero Jack...

—Dímelo a solas —lo atajó—. En los últimos dos meses me han examinado diecinueve puñeteros médicos. Me han hecho tantas resonancias y TAC que brillo en la oscuridad. Dímelo. —También despidió a la mujer—. Espérame fuera.

Todos salieron. Watson se quedó a solas con Robbins.

—Dicen que eres el mejor médico especializado en diagnósticos clínicos de Estados Unidos, Fred, así que dímelo.

—Bien, principalmente se trata de un proceso bioquímico —empezó Robbins—, por eso quería...

—Hace tres meses sentí un dolor en la pierna —lo interrumpió Watson—. Una semana después, la arrastraba. Desgastaba el borde del zapato. Muy poco después empecé a tener problemas para subir escaleras. Ahora tengo inservible el brazo derecho, ni siquiera puedo apretar el tubo de pasta de dientes con la mano. Cada vez me cuesta más respirar. ¡En tres meses! Así que suéltalo.

—Se llama paresia de Vogelmann —se decidió Robbins—. No es muy común, pero tampoco es rara. Suelen darse unos cuantos miles de casos al año, tal vez unos cincuenta mil en todo el mundo. Se documentó por primera vez en 1890, un médico francés...

—¿Tiene cura?

—En esta fase no existe ningún tratamiento definitivo.

—¿Y cualquier otro?

—Paliativo y medidas preventivas, masajes y vitamina B...

—Pero no hay tratamiento.

—No, lo cierto es que no, Jack.

—¿Qué lo causa?

—Eso lo sabemos. Hace cinco años, el equipo de Enders, del Scripps, aisló un gen, el BRD7A, que da lugar a una proteína que repara la mielina que recubre las células nerviosas. Han demostrado que una mutación concreta en el gen produce la paresia de Vogelmann en los animales.

—Sí, muy bien, así que me estás diciendo que tengo una deficiencia genética como cualquier otra —resumió Watson.

—Sí, pero...

—¿Cuánto hace que descubrieron el gen? ¿Cinco años? Entonces es el candidato perfecto para la sustitución genética, para empezar a producir la proteína codificada dentro del cuerpo...

—La terapia sustitutiva conlleva muchos riesgos, tenlo en cuenta.

—¿Crees que me importa? Mírame, Fred. ¿Cuánto tiempo me queda?

—El tiempo puede variar, pero...

—Escúpelo.

—Tal vez cuatro meses.

—Cielo santo. —Watson se quedó sin aliento. Se pasó la mano por la frente e intentó volver a respirar—. De acuerdo, así que esto es lo que hay. Empecemos con la terapia. Cinco años después ya deben de tener un protocolo.

—Pues no —repuso Robbins.

—Alguien debe tenerlo.

—No lo tienen. Scripps patentó el gen y autorizó su uso a Beinart Baghoff, el gigante farmacéutico suizo, como parte de un paquete de acuerdos con Scripps acerca de una veintena de colaboraciones. No se consideró que el BRD7A revistiera demasiada importancia.

—¿Qué estás diciendo?

—Beinart estableció una tarifa muy alta para el gen.

—¿Por qué? Es una enfermedad sin futuro comercial, no tiene sentido...

Robbins se encogió de hombros.

—Son una gran compañía. ¿Quién sabe por qué hacen esas cosas? Su departamento de licencias establece tarifas para los ochocientos genes que controlan. Hay cuarenta personas en ese departamento. Es pura burocracia. De todos modos, establecieron una tarifa muy alta...

—Jesús.

—Y ningún laboratorio en ninguna parte del mundo ha trabajado en la enfermedad en estos últimos cinco años.

—Jesús.

—Demasiado caro, Jack.

—Entonces compraré el maldito gen.

—No puedes, ya lo he comprobado, no está a la venta.

—Todo está a la venta.

—Cualquier venta que Beinart pretenda realizar ha de ser previamente aprobada por Scripps y la oficina de transferencia de tecnología de Scripps no...

—No importa, la aprobaré yo mismo.

—Eso sí puedes hacerlo.

—Y encontraré la forma de hacer la transferencia genética por mi cuenta. Pondremos a trabajar a un equipo de este hospital en el asunto.

—Te aseguro que me gustaría que así fuera, Jack, pero la transferencia genética es extremadamente arriesgada y hoy día ningún laboratorio quiere jugársela. Todavía no ha ido nadie a la cárcel, pero se han documentado muchas muertes de pacientes y...

—Fred, mírame.

—Puedes pedir que te la hagan en Shangai.

—No, no. Aquí.

Fred Robbins se mordió el labio.

—Jack, tienes que afrontar la realidad. Existe menos de un 1 por ciento de posibilidades de éxito. Es decir, si contáramos a nuestras espaldas con cinco años de trabajo, tendríamos los resultados de la experimentación en animales, pruebas con portadores, protocolos inmunodepresores y todo tipo de análisis con que asegurarnos las posibilidades de éxito. Pero dar palos de ciego...

—Es para lo único que tengo tiempo, para los palos de ciego.

Fred Robbins sacudía la cabeza.

—Cien millones de dólares para el laboratorio que quiera llevarlo a cabo —ofreció Watson—. Abre una clínica en Arcadia. Solo yo, nadie lo sabrá. Lleva a cabo el procedimiento allí. O funciona o no funciona.

Fred Robbins sacudió la cabeza con tristeza.

—Lo siento, Jack. Lo siento de veras.

Las luces del techo de la sala de autopsias se encendieron, plafón tras plafón. Gorevitch pensó que sería una primera secuencia bastante efectista. El hombre con bata de laboratorio tenía un porte distinguido y serio —cabello plateado, gafas de montura metálica—, se trataba del internacionalmente reconocido anatomista experto en primates Jorg Erickson.

—Doctor Erickson, ¿qué vamos a hacer hoy? —preguntó Gorevitch, cámara en ristre.

—Vamos a examinar un espécimen de fama mundial: el supuesto orangután parlante de Indonesia. Se dice que este animal ha hablado en dos idiomas como mínimo. Bueno, ahora veremos. —El doctor Erickson se volvió hacia la mesa de acero inoxidable donde se hallaba tendido un cuerpo envuelto en una tela blanca, que retiró con una fioritura—. Aquí tenemos un *Pongo abelii* subadulto o joven, un orangután de Sumatra, que se distingue del orangután de Borneo por ser más pequeño. Este espécimen es un macho de unos tres años que parece disfrutar de buena salud. No se aprecian ni cicatrices ni lesiones externas... Muy bien, empecemos. —Cogió un bisturí—. Con una incisión mediosagital expongo la musculatura anterior de la garganta y la faringe. Fíjense en el vientre muscular superior e inferior del omohioideo, y aquí, en el del esternohioideo... Mmm...

Erickson estaba inclinado sobre el cuello del animal y a Gorevitch le resultaba complicado maniobrar para obtener una imagen.

—¿Qué es lo que ve, profesor?

—Estoy buscando los músculos estilohioideo y el cricotiroideo, aquí y allí... Esto es muy interesante. Por lo general, en el *Pongo* encontramos la musculatura anterior muy poco desarrollada y carente del preciso control motor del aparato fonador humano. Sin embargo, parece que nos hallamos ante una criatura en transición, dado que combina la morfología de la clásica faringe póngida con atributos característicos del cuello humano. Fíjense en el esternocleidomastoideo...

«Esternocleidomastoideo. Jesús, tendrán que doblarlo», pensó Gorevitch.

—Profesor, ¿podría decirlo en nuestro idioma?

—No, los términos son latinos, no conozco la traducción...

—Me refiero a si podría explicarlo para los profanos en la materia. Para nuestros espectadores.

—Ah, por supuesto. Todos estos músculos superficiales, la mayoría de ellos unidos al hiod... Es decir, a la nuez, pues estos músculos son más característicos de los humanos que de los simios.

—¿Y qué lo explicaría?

—Una mutación, obviamente.

—¿Y el resto del animal? ¿Tiene más partes humanas?

—No he reconocido el resto del animal —contestó Erickson muy serio—, pero enseguida estaremos con eso, todo a su debido tiempo. Me gustaría examinar la rotación del axis del foramen magnum y, por descontado, la profundidad y la disposición de las anfractuosidades del córtex motor todo lo que nos permita el estado de conservación de la materia gris.

—¿Espera encontrar características humanas en el cerebro?

—Sinceramente, no, no lo creo —contestó Erickson. Volvió a concentrarse en la parte superior del cráneo. Pasó las manos enguantadas sobre el escaso pelo del cuero cabelludo del orangután, tanteando los huesos—. Verá, en este animal, los huesos parietales se achatan hacia la parte superior del cráneo, una característica típica de los póngidos o los simios, mientras que los huesos parietales de los humanos sobresalen. La parte superior de la cabeza es más ancha que la base.

Erickson se apartó de la mesa.

—Entonces, ¿está diciendo que este animal es una mezcla de humano y simio? —preguntó Gorevitch.

—No —negó Erickson—. Se trata de un simio. Un simio anómalo, pero un simio al fin y al cabo.

## **GRUPO DE INVERSIÓN JOHN B. WATSON**

### ***Para su inmediata publicación***

John B. Watson, Jack, el filántropo de fama mundial y fundador del Grupo de Inversión Watson, ha muerto hoy en Shangai, China. Internacionalmente alabado por su obra benéfica y sus desvelos por los pobres y los oprimidos del mundo, el señor Watson estuvo enfermo solo durante un breve período de tiempo, pues sufría un tipo de cáncer muy agresivo. Ingresó en una clínica privada de Shangai y murió tres días después. Sus amigos y colaboradores en todo el mundo lloran su pérdida.

ARTÍCULO, AMPLIAREMOS LA NOTICIA

---



Henry Kendall no salía de su asombro viendo cómo Gerard ayudaba a Dave con sus deberes de matemáticas, aunque no duraría demasiado; al final tendrían que encontrarle un colegio especial. Dave había heredado la incapacidad para mantener la atención durante un período prolongado característica de los chimpancés. Cada vez le costaba más seguir el ritmo de la clase, sobre todo en lo referido a la lectura, que le suponía un suplicio. Además, sus características físicas no podían compararse a las de los demás cuando salían al patio, por lo que los otros niños no lo dejaban jugar; así que se había convertido en un surfista excelente.

Además, ahora ya se sabía todo. Había aparecido un artículo especialmente preocupante en *People* que decía: «La familia moderna, la que está más al día, ha dejado de ser la familia con padres del mismo sexo, la mixta o la interracial. Según Tracy Kendall, todo eso ha quedado aparcado en el siglo pasado, y ella debe de saberlo ya que la familia Kendall de La Jolla, California, es transgénica e híbrida, por lo que en su casa siempre hay mucha “animación”».

Habían llamado a Henry para que testificara ante el Congreso, lo que resultó una curiosa experiencia. Los congresistas hablaron para las cámaras durante dos horas, luego se levantaron y se fueron, aduciendo que asuntos urgentes reclamaban su presencia en otro lugar. A continuación les llegó el turno a los testigos, seis minutos cada uno, aunque sin congresista que escuchara sus observaciones. Sin embargo, posteriormente, todos los congresistas anunciaron que no tardarían en pronunciar discursos relevantes sobre el tema de la producción genética.

Henry había sido nombrado científico del año por la Sociedad para la Biología Libertaria. Jeremy Rifkin lo había tachado de «criminal de guerra». El Consejo Nacional de Iglesias lo había vilipendiado. El Papa lo había excomulgado, aunque luego se descubrió que no era católico; se habían equivocado de Henry Kendall. Los NIH habían criticado su labor, pero el sustituto de Robert Bellarmino al mando del departamento de genética era William Gladstone, una persona de mente más abierta y mucho menos pagado de sí mismo que Bellarmino. Ahora Henry no paraba de viajar dando conferencias sobre técnicas transgénicas en seminarios universitarios de todo el país.

Era objeto de gran controversia. El reverendo Billy John Harker de Tennessee lo consideraba la «encarnación de Satán». Bill Mayer, un conocido reaccionario de la

izquierda, publicó un extenso y muy discutido artículo en el *New York Review of Books* que llevaba por título: «Expulsados del Edén: por qué debemos evitar los artificios transgénicos». El artículo olvidó mencionar que los animales transgénicos llevaban existiendo desde hacía dos décadas. Perros, gatos, bacterias, ratones, ovejas, ganado... Se había creado de todo. Cuando le preguntaron a uno de los científicos más antiguos de los NIH sobre el artículo, este carraspeó y contestó:

—¿Qué es el *New York Review*?

Lynn Kendall gestionaba la página web TransGenic Times, en la cual se detallaba la vida de Dave, Gerard y sus hijos totalmente humanos, Jamie y Tracy.

Al cabo de un año en La Jolla, Gerard empezó a imitar el sonido del tono de marcado de un teléfono. Lo había hecho antes, pero los Kendall no habían descifrado el significado. Sabían que se trataba de los tonos de un teléfono del extranjero, pero no supieron adivinar a qué país correspondía.

—¿De dónde vienes, Gerard? —le preguntaban.

—*I can't sleep wink anymore, ever since you first walked out the door.* —Se había vuelto un fanático de la música country—. *All y you ever do is bring me down.*

—¿De qué país, Gerard?

Nunca respondía a eso. Hablaba algo de francés y a menudo solía adoptar un acento británico, por lo que asumieron que era europeo.

Entonces, un día, uno de los alumnos franceses de posgrado de Henry estaba comiendo en su casa y oyó los tonos de Gerard.

—Dios mío, ya sé qué está haciendo —anunció. Volvió a prestarle atención—. No marca el prefijo de la ciudad, pero... Probemos. —Sacó su propio móvil y empezó a apretar las teclas—. Hazlo otra vez, Gerard.

Gerard repitió los tonos.

—Otra vez.

—*Life is a book, you've got to read it* —cantó Gerard—. *Life is a story and you've got to tell it...*

—Conozco esa canción —aseguró el alumno de posgrado.

—¿Cuál es? —preguntó Henry.

—Es de Eurovisión. Gerard, los tonos.

Al final, Gerard volvió a marcar los tonos. El alumno de posgrado se decidió a llamar y probó primero con París. Una mujer respondió al teléfono.

—Discúlpeme, ¿conoce un loro gris que se llama Gerard? —preguntó en francés.

La mujer se puso a chillar.

—Déjeme hablar con él —pidió—. ¿Está bien?

—Está bien.

Aguantaron el teléfono junto a la percha de Gerard para que este oyera la voz de la mujer. El loro empezó a cabecear con nerviosismo.

—¿Así que esta es tu casa? A mi madre le encantará —exclamó Gerard.

Gail Bond llegó de visita al cabo de unos días. Se quedó una semana y luego volvió sola. Por lo visto, Gerard quería quedarse. Durante días, el loro no hizo más que cantar:

*My baby used to stay out all night long,  
She made me cry, be done me wrong,  
She hurt my eyes open, that's no lie,  
Tables turn and now her turn to cry,  
Because I used to love her, but it's all over now...*

En general, las cosas iban mucho mejor de lo que nadie hubiera esperado. La familia estaba muy ocupada, pero iban tirando. Solo había dos motivos de preocupación. Henry se había fijado en que a Dave le habían salido unos pelos grises alrededor del hocico, así que era posible que muriera antes de lo habitual, como la mayoría de los transgénicos.

Y un día de otoño, mientras Henry paseaba por la feria del condado con Dave de la mano, un granjero con pantalón de peto se acercó y le dijo:

—Me gustaría agenciarme uno de esos para trabajar en la granja.

Henry sintió un escalofrío.

## Nota del autor

Al final del trabajo de documentación que realicé para este libro, llegué a las siguientes conclusiones:

### ***1. Deben dejar de patentarse genes.***

Tal vez las patentes genéticas parecieran algo lógico y normal hace veinte años, pero la situación ha tomado un cariz que nadie habría podido predecir. Hoy día contamos con suficientes argumentos para poder asegurar que las patentes genéticas son innecesarias, desaconsejables y contraproducentes.

Existe una gran confusión en cuanto a las patentes genéticas. Muchos observadores vinculan la defensa de su abolición con sentires anticapitalistas y contrarios a la propiedad privada. Nada más lejos. Es lógico y normal que la industria busque un mecanismo que rentabilice la inversión productiva y que dicho mecanismo conlleve una restricción de la competencia en relación con un producto creado; sin embargo, esa protección no implica que deban patentarse los genes. Al contrario, las patentes genéticas contradicen la arraigada y tradicional protección de la propiedad intelectual.

Para empezar, los genes son hechos naturales. Igual que la gravedad, la luz del sol y las hojas de los árboles, los genes existen en la naturaleza. Los hechos naturales no pueden tener dueño. Puede ostentarse la propiedad de la prueba que permite determinar un gen o la de un fármaco que afecte a un gen, pero no el gen en sí. Las patentes genéticas violan esta norma fundamental. Evidentemente podría discutirse la definición de un hecho natural —y hay gente que cobra por ello—, pero la prueba es muy sencilla: si algo ya existía millones de años antes de la aparición del *Homo sapiens* en la Tierra, es un hecho natural. Intentar argumentar que un gen es una invención humana es absurdo, por tanto, conceder una patente para un gen es como conceder una patente para el hierro o el carbón.

Puesto que se trata de la patente de un hecho natural, se convierte en un monopolio ilegítimo. Por lo general, la protección de patentes permite proteger una invención, pero anima a otros a realizar sus propias versiones. Mi iPod no impide que otros fabriquen un reproductor de audio digital. Mi trampa para ratones es de madera,

pero no prohíbe que otras sean de titanio.

Sin embargo, no ocurre así con las patentes genéticas. La patente no contiene más que información preexistente en la naturaleza y dado que no existe invención alguna, nadie puede innovar ningún otro uso sin violar la patente en sí, de modo que el camino de la innovación acaba vedado. Si se permitiera la patente de narices entonces no podrían fabricarse gafas, pañuelos de papel, inhaladores nasales, caretas, maquillaje o perfume porque todos están relacionados en uno u otro grado con la nariz; podría utilizarse una crema autobronceadora para el cuerpo, pero no para la nariz porque cualquier alteración de esta violaría la patente nasal; podría demandarse a los chefs que no pagaran el royalty de la nariz por cocinar succulentos platos; etcétera, etcétera. Evidentemente, todos estaríamos de acuerdo en que patentar la nariz es absurdo. Si todos tenemos una, ¿cómo puede tener un solo dueño? Las patentes genéticas son absurdas por la misma razón.

No hace falta un gran derroche de imaginación para comprender que la patente monopolista obstaculiza la creación y la productividad. Si el creador de Auguste Dupin fuera el dueño de todos los detectives de ficción, jamás habríamos conocido a Sherlock Holmes, Sam Spade, Philip Marlowe, la señorita Marple, el inspector Maigret, Peter Wimsey, Hercules Poirot, Mike Hammer o J.J. Gittes, por nombrar unos cuantos. Se nos habría negado este rico patrimonio de la invención por una equivocación en la concesión de la patente. Sin embargo, es exactamente en esta misma equivocación en la que se incurre con las patentes genéticas.

Las patentes genéticas son malas políticas públicas. Disponemos de pruebas más que suficientes de que perjudican la asistencia sanitaria y obstruyen la investigación. Cuando Myriad patentó dos genes relacionados con el cáncer de mama, decidieron cobrar a tres mil dólares la prueba, aunque el coste de un análisis genético no tenga nada que ver con lo que cuesta desarrollar un fármaco. No es de extrañar que la Oficina de Patentes europea revocara dicha patente en virtud de un tecnicismo. El gobierno canadiense anunció que llevaría a cabo análisis genéticos sin pagar la patente. Hace unos años, el dueño del gen de la enfermedad de Canavan se negó a poner a disposición de todo el mundo de forma gratuita la prueba para detectar dicha enfermedad a pesar de que las familias que la habían padecido habían contribuido con tiempo, dinero y sus tejidos a la identificación de dicho gen. Ahora esas familias no pueden permitirse la prueba. Es una vergüenza, pero ni siquiera se acerca a la más peligrosa de las consecuencias de las patentes genéticas. En su punto culminante, la investigación sobre el SARS (siglas en inglés del Síndrome Respiratorio Agudo Severo) se vio entorpecida porque los científicos desconocían quién ostentaba la titularidad del genoma puesto que se habían presentado tres solicitudes de patente simultáneas. Como resultado, la investigación sobre el SARS no fue tan efectiva como debería haber sido, algo que debería estremecer a cualquier persona sensata.

Nos encontrábamos ante una enfermedad con un índice de mortalidad de un 10 por ciento, que se había extendido a dos docenas de países de todo el mundo y, aun así, la investigación científica que debía combatir la afección se vio entorpecida por causas relacionadas con las patentes genéticas. Hoy día la hepatitis C, el VIH, la gripe hemofílica y varios genes de la diabetes tienen dueño y no debería ser así, nadie debería poseer una enfermedad.

Si se pone fin a las patentes genéticas, habrá quien ponga el grito en el cielo e intente amedrentarnos con que el mercado abandonará la investigación, las empresas irán a la bancarrota, el sistema sanitario se verá afectado y la gente morirá. No obstante, es más probable que el fin de las patentes genéticas acabe siendo liberador para todos y resulte en una oleada de nuevos productos para el público.

## ***2. Deben establecerse unas directrices claras para el uso de los tejidos humanos.***

La recolección de tejido humano es cada vez más importante, así como provechosa, para la investigación médica. Existen regulaciones federales adecuadas para la gestión de los bancos de tejidos, pero los tribunales han soslayado la normativa federal. Desde siempre, los juzgados han fallado sobre cuestiones relacionadas con tejidos humanos fundamentándose en la ley de la propiedad existente. En líneas generales, consideran que una vez que el tejido abandona el cuerpo desaparecen los derechos sobre este. Según dicha argumentación, podríamos establecer una analogía entre los tejidos y, por ejemplo, la donación de un libro a una biblioteca. Sin embargo, la gente tiene un fuerte sentimiento de propiedad de sus cuerpos que un simple tecnicismo jurídico jamás conseguirá invalidar, por lo que necesitamos una nueva, clara y enérgica legislación.

¿El porqué de esa legislación? Tomemos como ejemplo una sentencia reciente sobre el caso del doctor William Catalona. Este eminente oncólogo, experto en cáncer de próstata, recopiló muestras de tejidos de sus pacientes para poder trabajar en la enfermedad. Sin embargo, cuando el señor Catalona cambió de universidad e intentó llevarse los tejidos con él, la Universidad de Washington se negó, aduciendo que los tejidos le pertenecían. El juez dio la razón a la institución aduciendo hechos tan triviales como que algunas de las publicaciones se habían impreso en papel de la universidad. Los pacientes están en estos momentos comprensiblemente indignados pues creían entregar sus tejidos a un médico en quien confiaban y no a una universidad con fines poco claros. Estaban convencidos de que entregaban sus tejidos específicamente para la investigación del cáncer de próstata, no para cualquier otro uso que a la universidad se le antojara y que así defiende.

La idea de que una vez que nos deshacemos de nuestros tejidos dejamos de tener

derecho sobre ellos es absurda. Tomemos como ejemplo lo siguiente: según la ley actual, si alguien me hace una foto, conservo mis derechos sobre el uso de esa imagen para siempre. Si dentro de veinte años alguien la publica o la hace aparecer en un anuncio, sigo conservándolos. Sin embargo, si alguien me extrae tejido —parte de mi cuerpo físico— los pierdo, lo que significa que poseo más derechos sobre mi imagen que sobre los tejidos de mi organismo.

La indispensable legislación debería garantizar al paciente el control de sus tejidos, los cuales se donan con un concreto y único propósito. Si más adelante alguien desea utilizarlos con un fin diferente, debería estar obligado a solicitar una nueva autorización y a no utilizar el tejido en el caso de no obtenerla.

Esta medida satisface una necesidad emocional importante y al mismo tiempo hace hincapié en la existencia de razones jurídicas y religiosas para negarse a que dicho tejido se utilice para propósitos diferentes a los convenidos en un primer momento.

No debemos temer que este tipo de normativa entorpezca la investigación —después de todo, los Institutos Nacionales de la Salud parecen capaces de desempeñar su labor siguiendo estas directrices—, ni tampoco debemos dar por válido el argumento de que suponen una carga onerosa. Si las revistas pueden notificar a sus suscriptores que la inscripción ha caducado, las universidades pueden notificar a sus colaboradores que desean utilizar sus tejidos para fines distintos a los convenidos.

3. Deben promoverse leyes que garanticen la disponibilidad pública de la información sobre análisis genéticos.

Se hace necesaria una nueva legislación si deseamos que la FDA publique los resultados adversos derivados de los experimentos relacionados con la terapia genética. Hoy día, no puede. En el pasado, algunos investigadores intentaron vetar la publicación de la muerte de pacientes arguyendo que dichas defunciones eran un secreto comercial.

La gente es cada vez más consciente de los defectos del sistema que empleamos para publicar la información médica. Los datos obtenidos en las investigaciones no se ponen a disposición de otros científicos, no se exige la revelación total de la información relacionada con los descubrimientos y la verificación independiente y fiable es anecdótica. El resultado es una población expuesta a peligros desconocidos de los que no son informados. La parcialidad en los estudios publicados se ha convertido en un chiste de mal gusto. El psiquiatra John Davis estudió los ensayos financiados por empresas farmacéuticas en directa competencia por descubrir el antipsicótico más efectivo entre cinco diferentes. Descubrió que el 90 por ciento de las veces, el fármaco fabricado por la empresa que patrocinaba (financiaba) el estudio era considerado superior a los otros. Quien pagaba el estudio tenía el mejor fármaco.

Nada nuevo. Los estudios de evaluación llevados a cabo por quien tiene un

interés económico o de cualquier otro tipo en el resultado no son fiables porque son inherentemente parciales. Dichos estudios debería realizarlos un sistema de información que no permitiera los ensayos parciales y que tomara medidas para que no ocurriera. Sin embargo, la parcialidad sigue siendo muy común en la medicina, así como en ciertas áreas de la ciencia donde hay mucho dinero en juego.

El gobierno debería tomar cartas en el asunto. A largo plazo, la mala información no gana electores. A corto plazo, todo tipo de grupos desean que los hechos se interpreten a su favor y no dudan en echar mano de sus senadores, ya sean demócratas o republicanos. Esta situación continuará igual hasta que la población exija un cambio.

#### ***4. Deben evitarse las cortapisas a la investigación.***

Varios grupos de distinto cariz político desean poner trabas a ciertos aspectos relacionados con la investigación genética. Estoy de acuerdo en que ciertos experimentos no deberían llevarse a cabo, al menos por el momento, pero en principio me opongo a poner obstáculos a la investigación y la tecnología.

Las prohibiciones no se obedecen; no sé por qué todavía no hemos aprendido esta lección. Desde la ley seca a la guerra contra el narcotráfico, una y otra vez nos regodeamos en la fantasía de creer que podemos prohibir los comportamientos e invariablemente nos equivocamos. En una economía global, las prohibiciones adquieren otros significados: aunque la investigación se detenga en un país, esta continúa en Shangai. De modo que, ¿qué hemos conseguido?

Sí, la esperanza es lo último que se pierde y las fantasías nunca mueren: esos grupos imaginan que pueden llegar a conseguir una prohibición internacional para cierto tipo de investigación; sin embargo, por lo que yo sé, las prohibiciones internacionales jamás han surtido efecto, por lo que es bastante improbable que la investigación genética sea la primera.

#### ***5. Debe derogarse la ley Bayh-Dole.***

En 1980 el Congreso decidió que los descubrimientos científicos realizados en las universidades no debían hacerse públicos en beneficio de la población. Rizando el rizo, se aprobó una ley que permitía a los investigadores de la universidad vender sus descubrimientos en beneficio propio, aun cuando esa investigación hubiera sido financiada con dinero del contribuyente.

Como resultado de esta legislación, la mayoría de los profesores universitarios están ligados o bien a compañías que han fundado ellos mismos o a otras empresas del ramo biotecnológico. Hace treinta años existía una clara diferencia conceptual



entre la investigación llevada a cabo en las universidades y la realizada por la empresa privada. Hoy día esa distinción se desvanece o simplemente no existe. Hace treinta años los científicos se prestaban a debatir de manera desinteresada sobre cualquier tema que afectara a la población. Hoy día los científicos tienen intereses personales que influyen en sus opiniones.

Las instituciones académicas han cambiado de modo inesperado. La legislación Bayh-Dole original reconocía que las universidades no eran entidades empresariales y las animaba a poner sus hallazgos a disposición de organizaciones que sí lo eran. Sin embargo, en la actualidad las universidades tratan de maximizar sus beneficios y realizan una labor cada vez más empresarial. De este modo consiguen rentabilizar sus productos cuando por fin les conceden la autorización para comercializarlos. Por ejemplo, si la universidad cree haber hallado un nuevo fármaco, llevará a cabo las pruebas de la FDA ella misma, y así sucesivamente. Por tanto, por paradójico que parezca, la ley Bayh-Dole ha fomentado el carácter comercial de la universidad. Muchos expertos consideran que esta legislación tiene un efecto corruptivo y destructor para universidades e instituciones educativas.

Siempre se puso en duda la conveniencia de la ley Bayh-Dole para los contribuyentes estadounidenses, quienes, gracias a su propio gobierno, se convirtieron en inversores generosos sin parangón. Los ciudadanos financian la investigación, pero cuando esta da fruto los investigadores venden los resultados en su propio beneficio institucional y personal, tras lo cual el fármaco vuelve a venderse a los contribuyentes. De esta manera, el ciudadano paga el fármaco que ayudó a financiar a un precio muy alto.

Por lo general, cuando un capitalista de riesgo invierte en investigación, espera un beneficio significativo. El contribuyente estadounidense no obtiene absolutamente nada a cambio. La legislación Bayh-Dole presagiaba que la población recibiría a cambio una avalancha de maravillosas y fiables terapias que justificarían la estrategia inversora, pero no ha ocurrido así.

Al contrario, las desventajas superan con mucho los beneficios. El secreto comercial se ha hecho con la investigación y obstaculiza el progreso científico. Las universidades que una vez fueron reducto académico comercializan cada vez más y el reducto desaparece. Los científicos que un día se sentían llamados por una causa humanitaria se han convertido en hombres de negocios preocupados por las pérdidas y las ganancias. La vida intelectual es un concepto tan extraño como un corsé de ballena.

Hace quince años los expertos previeron lo que se avecinaba con total claridad, pero entonces nadie les prestó demasiada atención. Hoy día los problemas son evidentes. Un primer paso hacia la recuperación del equilibrio entre el mundo académico y el empresarial pasará por derogar la ley Bayh-Dole.

## Bibliografía

El lector no especializado tiene a su disposición excelentes libros sobre genética, muchos de ellos escritos por expertos. Esta bibliografía pone de relieve los textos que he utilizado durante el proceso de documentación para este libro. Confié sobre todo en el trabajo de la profesora de derecho Lori Andrews, los escritores Matt Ridley y Ronald Bailey y los científicos John Avise, Stuart Newman y Louis-Marie Houdebine.

ANDREWS, Lori B., *The Clone Age: Adventures in the New World of Reproductive Technology*, Henry Holt and Company, Nueva York, 1999. Si desea saber más acerca de los casos reales que se citan en esta novela, consulte este trabajo.

—, y Dorothy NELKIN, *Body Bazaar: The Market for Human Tissue in the Biotechnology Age*, Crown Publishers, Nueva York, 2001. Durante muchos años, Andrews ha sido la mayor voz de autoridad jurídica en cuestiones genéticas. Dorothy Nelkin es profesora en la Universidad de Nueva York. Un trabajo exhaustivo.

—, Maxwell J. MEHLMAN y Mark A. ROTHSTEIN, *Genetics: Ethics, Law and Policy. American Casebook Series*, West Group, St. Paul, Minnesota, 2002. Texto jurídico sobre cuestiones genéticas.

AVISE, John C., *The Hope, Hype, and Reality of Genetic Engineerings Oxford University Press*, Nueva York, 2003. A pesar de lo confuso que pueda resultar el título, se trata de uno de los mejores libros sobre ingeniería genética para el lector no especializado. Cubre todo el espectro, desde los cultivos hasta la terapia génica con humanos, pasando por los fármacos. Es muy clarificador y, a diferencia de la mayoría de libros, el autor explica con exactitud qué procedimientos se llevan a cabo en genética. Si usted se bibliografía qué se lleva a cabo exactamente hoy día, aquí tiene un buen libro por donde empezar.

BAILEY, Ronald, *Liberation Biology: The Scientific and Moral Case for the Biotech Revolution*, Prometheus, Amherst, Nueva York, 2005. Una crítica documentada científicamente sobre los bioconservadores, esos individuos tanto de izquierdas

como de derechas que desean poner trabas al campo de la investigación. La réplica de Bailey cita realidades científicas, se muestra respetuosa con sus oponentes y al final, desde mi punto de vista, resulta completamente persuasiva. Considero su obra como una de las respuestas más claras y completas a las objeciones religiosas a la biotecnología.

BULLER, David J., *Adapting Minds: Evolutionary Psychology and the Persistent Quest for Human Nature*, MIT Press, Cambridge, Massachusetts, 2005. Una crítica a la psicología evolutiva.

CHESTERTON, G. K., *What's Wrong with the World*, Ignatius Press, San Francisco, 1910. (*Lo que está mal en el mundo*, Ciudadela Libros, Madrid, 2006). Autor inteligente, incansable y *bon vivant* Chesterton perdió el debate acerca de la futura dirección de la sociedad ante sus coetáneos H. G. Wells, Bertrand Russell y George Bernard Shaw. Chesterton comprendió las implicaciones de la visión de la sociedad del siglo xx que postulaban sus contemporáneos y predijo con toda exactitud los resultados. No es un escritor fácil para el lector actual, sus agudezas tienen un estilo muy formal y las referencias a sus coetáneos se pierden en el tiempo, pero en los puntos esenciales es de una claridad atterradoramente meridiana.

—, *Eugenics and Other Evils: An Argument Against the Scientifically Organized Society*, edición de Michael W. Perry, Inkling Books, Seattle, 2000. Publicado por primera vez en 1922, este texto impresionantemente adelantado a su época tiene mucho que decir acerca de cómo entendíamos la genética entonces (y ahora) y de la seducción que ejerce la pseudociencia sobre el gran público. La de Chesterton fue una de las escasas voces que se opusieron a la eugenesia a principios del siglo xx. La consideraba ilícita desde todos los puntos de vista y predijo con gran exactitud adonde conduciría. Incontables críticos lo tacharon de reaccionario, ridículo, ignorante, histérico, incoherente y lleno de prejuicios y observaron consternados que «su influencia para conducir a la gente en la dirección equivocada es considerable». Sin embargo, Chesterton tenía razón y el consenso de científicos, políticos e intelectuales era erróneo. Chesterton vivió para ver los horrores de la Alemania nazi. Un libro cuya lectura merece la pena pues, en retrospectiva, se evidencia que los razonables argumentos de Chesterton merecían respuesta y, no obstante, lo hicieron callar. Y no solo por eso, sino porque en el siglo xxi la mayoría de las escalofriantes ideas sobre la eugenesia, aunque disfrazadas de formas variadas, vuelven a contar con defensores. El responsable de esta edición ha incluido citas de valedores de la eugenesia de la década de los años veinte, que se parecen sorprendentemente a las palabras de los profetas del juicio final de hoy día. Hay cosas que nunca cambian, entre las que por desgracia

se incluye la credulidad de la prensa y el público. A los seres humanos no nos gusta recordar nuestros errores pasados. Aunque deberíamos hacerlo.

Departamento de Comercio de Estados Unidos, *Patents and How to Get One: A Practical Handbook*, Dover Publications, Nueva York, 2000.

FORGACS, Gabor, y Stuart A. NEWMAN, *Biological Physics of the Developing Embryo*, Cambridge University Press, Cambridge, Gran Bretaña, 2005. Texto académico sobre un tema crucial.

FUKUYAMA, Francis, *Our Posthuman Future: Consequences of the Biotechnology Revolution*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2002. (*El fin del hombre: consecuencias de la revolución biotecnológica*, Ediciones B, Barcelona, 2002). Críticos tanto de izquierdas como de derechas perciben una inminente deshumanización en el campo de la biotecnología. Fukuyama asegura que podemos controlar la biotecnología y que debemos hacerlo. Aunque coincido en que no deberíamos asumir que la tecnología es incontrolable, en este caso dudo de que dicho control sea posible.

HAMER, Dean, y Peter COPELAND, *The Science of Desire: The Search for the Gay Gene and the Biology of Behavior*, Simon and Schuster, Nueva York, 1994. Un libro tan curioso y ambiguo como el descubrimiento que lo alentó. Farragoso, aunque bienintencionado e instructivo.

HORGAN, John, *The End of Science*, Addison Wesley, Reading, Massachusetts, 1996. (*El fin de la ciencia: los límites del conocimiento en el declive de la era científica*, Paidós, Barcelona, 1998). Un libro notable habilidosamente tergiversado por la mayoría de sus detractores.

—, *The Undiscovered Mind: How the Human Brain Defies Replication, Medication, and Explanation*, The Free Press, Nueva York, 1999. (*La mente por descubrir: cómo el cerebro humano se resiste a la replicación, la mediación y la explicación*, Paidós, Barcelona, 2001). Horgan es uno de los más brillantes e iconoclastas observadores de la ciencia actual. Su prosa es vigorizante y tiene un sutil punto de vista.

HOUEBINE, Louis-Marie, *Animal Transgenesis and Cloning*, John Wiley and Sons, Hoboken, Nueva Jersey, 2003. Un claro estudio sobre transgénesis comprensible para el lector interesado y sin demasiados conocimientos técnicos. La inserción de genes en embriones es un procedimiento sumamente complejo.

KNIGHT, H. Jackson, *Patent Strategy for Researchers and Research Managers*, 2.<sup>a</sup> ed., John Wiley and Sons, Chichester, Gran Bretaña, 1996.

KRIMSKY, Sheldon, *Science in the Primate Interest: Has the Lure of Profits Corrupted*

*Biomedical Research?*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland, 2003. Krimsky fue uno de los primeros y de los más persistentes críticos de la comercialización de la biología. Un libro serio que pone de manifiesto las complejidades dentro de la tendencia hacia la comercialización del mundo académico.

—, Peter SHORETT, eds., *Rights and Liberties in the Biotech Age: Why We Need a Genetic Bill of Rights*, Rowman and Littlefield, Lanham, Maryland, 2005. Este compendio de breves ensayos pone de manifiesto las preocupaciones que acucian a los que creen que deberían ponerse límites a la biotecnología. Algunos ensayos tratan temas científicos, mientras que otros suscitan cuestiones filosóficas o jurídicas.

LARSON, Edward J., *Summer for the Gods: The Scopes Trial and America's Continuing Debate over Science and Religion*, Harvard University Press Cambridge, Massachusetts, 1997. Pocos acontecimientos en la historia de Estados Unidos se han tergiversado de tal manera como el caso Scopes, hoy emblema de la guerra entre la ciencia y la religión cuando en realidad distaba mucho de ser así. La verdad es mucho más interesante, compleja y sugerente. Una joya.

MIDGLEY, Mary, *Evolution as a Religion*, Methuen and Co., Londres, 1985. Nuestra postura ante la genética está estrechamente relacionada con nuestra concepción de la evolución. Un latente debate filosófico que trata sobre cómo nos enfrentamos al concepto de evolución y las lecciones que extraemos, un debate más interesante que el que acapara la atención de los medios de comunicación y que guarda relación con el mecanismo evolutivo. Midgley, filósofa británica versada en temas científicos, no vacila en enfrentarse a las vacas sagradas y a esos iluminados cuyas ideas considera infundadas o vacuas.

MOORE, David S., *The Dependent Gene: The Fallacy of «Nature vs. Nurture»*, Henry Holt and Company, Nueva York, 2001. Psicólogo que carga con virulencia contra la idea de que los genes y el entorno interactúen de manera sencilla o ni siquiera medible. Su valoración de términos como «hereditabilidad» hacen que su lectura valga la pena. Podría concluirse que el autor protesta demasiado; sin embargo, ejemplifica las profundas pasiones que caracterizan el debate herencia-entorno.

MORANGE, Michel, *The Misunderstood Gene*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 2001.

MUELLER, Janice M., *An Introduction to Patent Law*, Aspen Publishers, Nueva York, 2003.

National Research Council of the National Academies, *Reaping the Benefits of*

*Genomic and Proteomic Research: Intellectual Property Rights, Innovation, and Public Health*, National Academies Press, Washington D.C., 2006. Las patentes genéticas ponen en peligro la investigación futura.

PETRYNA, Adriana, Andrew LAKOFF y Arthur KLEINMAN, eds., *Global Pharmaceuticals: Ethics, Markets, Practices*, Duke University Press, Durham, Carolina del Norte, 2005.

PINCUS, Jonathan H., y Gary J. TUCKER, *Behavioral Neurology*, 4.<sup>a</sup> ed., Oxford University Press, Nueva York, 1974.

RIDLEY, Matt, *Genome: The Autobiography of a Species in 23 Chapters*. Nueva York: HarperCollins, 1999. Ridley es una rareza entre los autores que escriben sobre ciencia: es capaz de ser entretenido sin simplificar la materia. Un estilo natural y fácilmente legible, con sentido del humor y anécdotas pertinentes; en general, una mente inquieta.

—, *The Agile Gene: How Nature Turns on Nurture*, Harper-Collins, Nueva York, 2003. ¿Cómo interactúan los genes con el entorno? ¿Qué constituye un efecto ambiental o genético? Ridley conduce al lector a través de sus entresijos gracias a brillantes ejemplos.

SARGENT, Michael G., *Biomedicine and the Human Condition: Challenges, Risks, and Rewards*, Cambridge University Press, Nueva York, 2005.

SHANKS, Pete, *Human Genetic Engineering: A Guide for Activists, Skeptics, and the Very Perplexed*, Nation Books, Nueva York, 2005. Equilibrado, directo y fácil de leer.

STOCK, Gregory, *Redesigning Humans: Our Inevitable Genetic Future*, Houghton Mifflin, Nueva York, 2002. El biofísico de la UCLA defiende esta nueva tecnología mientras trata de aclarar las razones por las que otros se oponen o la temen.

TANCREDI, Laurence, *Hardwired Behavior: What Neuroscience Reveals About Morality*, Cambridge University Press, Nueva York, 2005. Experimentado autor tanto en el campo del derecho como en el de la medicina, que presenta una fresca e interesante perspectiva. Delimita una clara línea entre las realidades del presente y las posibilidades del futuro.

WAILOO, Keith, y Stephen PEMBERTON, *The Troubled Dream of Genetic Medicine*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 2006.

WATSON, James D., *The Double Helix*, Touchstone, Nueva York, 2001. Un clásico. Una memoria tan brillante como el propio descubrimiento.

WEINER, Jonathan, *Time, Love, Memory: A Great Biologist and His Quest for the Origins of Behavior*, Knopf, Nueva York, 1999. (*Tiempo, amor; memoria: en busca de los orígenes del comportamiento*, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2001). Demasiados libros fracasan en explicar cómo avanza la ciencia. Esta magnífica obra se concentra en Seymour Benzer y su trabajo.

WEST-EBERHARD, Mary Jane, *Developmental Plasticity and Evolution*. Nueva York: Oxford University Press, 2003. La relación entre la plasticidad y la evolución es crucial para llegar a comprender cómo se produce dicha evolución. Un tema complejo esclarecido en un excelente texto.

### **ARTÍCULOS, PRENSA**

ATTANASIO, John B., «The Constitutionality of Regulating Human Genetic Engineering: Where Procreative Liberty and Equal Opportunity Collide», *The University of Chicago Law Review*, 53 (1986), pp. 1.274-1.342. Por lo general suelo huir de la especulación estrafalaria, pero este ensayo, escrito hace dos décadas, sigue destacando por su detallada y compleja presentación.

CHARLTON, Bruce G., «The rise of the boy-genius: Psychological neoteny, science and modern life», *Medical Hypotheses*, 67 n.º 4 (2006), pp. 679-681.

DOBSON, Roger, y Abul TAHAR, «Cavegirls Were the First Blondes to Have Fun», *The Sunday Times* (Gran Bretaña), 26 de febrero de 2006.

MARSHALL, Eliot, «Fraud Strikes Top Genome Lab», *Science*, 274 (1996), pp. 908-910.

NENG YU, Margot S. KRUSKALL, Juan J. YUNIS, Joan H. M. KNOLL, Lynne UHL, Sharon ALOSCO, Marina OHASHI, Olga CLAVIJO, Zaheed HUSAIN, Emilio J. YUNIS, Jorge J. YUNIS, y Edmond J. YUNIS, (2002), «Disputed maternity leading to identification of tetragametic chimerism», *New England Journal of Medicine*, 346, n.º 20, pp. 1.545-1.552.

NEWMAN, Stuart A., «Averting the Clone Age: Prospects and Perils of Human Developmental Manipulation», *Journal of Contemporary Health Law and Policy*, 19, n.º 1 (2003), pp. 431-463. Científico que presenta un caso anticlonación.

PATTERSON, N., Daniel J. RICHTER, Sante GNERRE, Eric S. LANDER y David REICH, «Genetic evidence for complex speciation of humans and chimpanzees», *Nature* (publicación avanzada on line), DOI: 10.1038/nature 04789.

RAJGHATTA, Chidanand, «Blondes Extinction Report Is Pigment of Imagination», *Times of India*, 3 de octubre de 2002.

«Scientist Admits Faking Stem Cell Data», *New York Times*, 5 de julio de 2006.

STERN, Andrew, «Artist Seeks to Free His Glowing Creation— Rabbit», *Reuters*, 23 de septiembre de 2000,  
<http://www.ekac.org/reuters.html>

WADE, Nicholas, «University Panel Faults Cloning Co-Author», *New York Times*, 11 de febrero de 2006.

—, «Journal to Examine How It Reviewed Articles», *New York Times*, 11 de enero de 2006.

## ***RECURSOS ELECTRÓNICOS***

«Berlusconi's Fat Becomes Soap»,  
[http://www.ananova.com/news/story/sm\\_l424471.html](http://www.ananova.com/news/story/sm_l424471.html)

«“Berlusconi's Fat” Moulded to Art», BBC News, 20 de junio de 2005.  
<http://news.bbc.co.uk/2/hi/entertainment/4110402.stm>

«Blonde Extinction»,  
<http://www.snopes.com/science/stats/blondes.asp>

«Blondes to Die Out in 200 Years», BBC News, 27 de septiembre de 2002.

«Extinction of Blondes Vastly Overreported, Media Fail to Check Root of “Study”»,  
*Washington Post*, 2 de octubre de 2002.

«Genetic Savings & Clone»,  
<http://www.savingsandclone.com/>

«It Really Hauls Ass», Agencia de noticias, mayo de 2006,  
<http://www.wired.com/wired/archive/14.05/start.html>

«Marco Evaristti, Polpette al grasso di Marco», 2006,  
<http://www.evaristti.com/news/meatball.htm>

Marshall, Eliot. «Families Sue Hospital, Scientist for Control of Canavan Gene»,  
<http://www.sciencemag.org/cgi/content/summary/290/5494/1062>

OMS, «Clarification of erroneous news reports indicating WHO genetic research on hair color», 1 de octubre de 2002.  
<http://www.who.int/mediacentre/news/statements/statement05/en/>

«The Cactus Project»,  
<http://www.thecactusproject.com/images.asp>

«Tissue Engineering: The Beat Goes On: Nature»,







MICHAEL CRICHTON (Chicago, Illinois, 23 de octubre de 1942 - Los Ángeles, California, 4 de noviembre de 2008) fue un médico, escritor y cineasta estadounidense, considerado el iniciador del estilo narrativo llamado *tecno-thriller*.

Se han vendido más de 150 millones de copias literarias de sus obras, la mayoría best-sellers, que han sido traducidas a más de treinta idiomas y de las cuales doce se han llevado al cine, a destacar *Devoradores de cadáveres* (1973), *Parque Jurásico* (1990) o *Twister* (1996).

Quizá principalmente conocido por ser el padre de *Parque Jurásico*, lo es también de la prestigiosa serie de televisión, *ER (Urgencias)*. Es la única persona que ha tenido: el libro número uno (*Acoso*), la película número uno (*Parque Jurásico*) y la serie de televisión número uno (*Urgencias - ER*), en el mismo instante.

# Notas

[1] En español en el original. (*N. de las T.*) <<

[2] En español en el original. (*N. de las T.*) <<

[3] En español en el original. (*N. de las T.*) <<